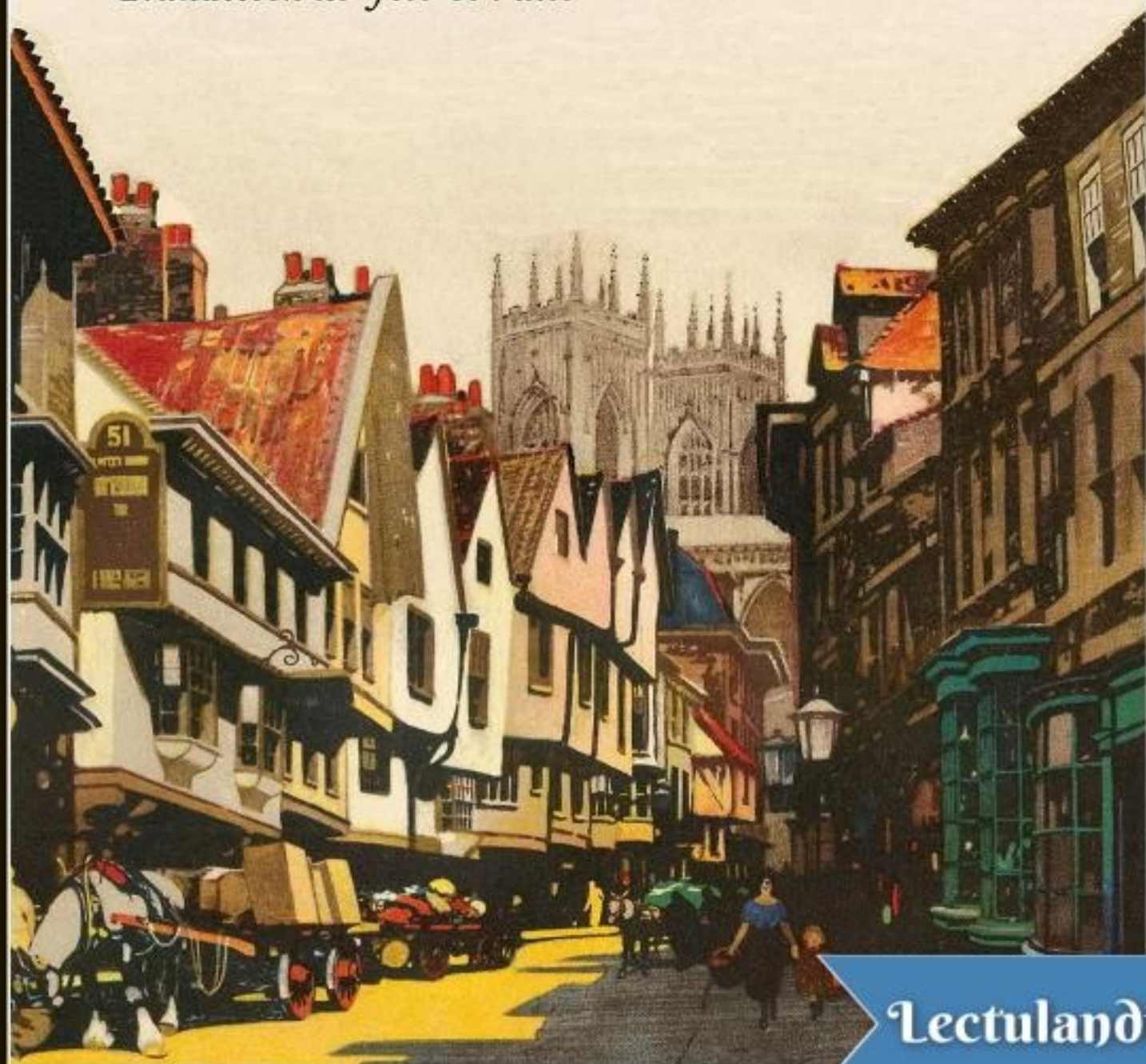


EDMUND CRISPIN

El canto del cisne

Un nuevo y extraño misterio para Gervase Fen

Traducción de José C. Vales



Lectulandia

Tras el éxito de *La juguetería errante*, vuelve el profesor de Oxford y detective aficionado Gervase Fen, para resolver otro extraño crimen a puerta cerrada. Cuando una encofetada compañía de ópera recala en Oxford para poner en marcha la primera producción posbélica de *Los maestros cantores de Núremberg*, de Wagner, la felicidad que reina en el ambiente pronto quedará ensombrecida por la aparición del odioso y molesto tenor Edwin Shorthouse. Todo el mundo tiene un motivo personal para odiar con toda su alma a Shorthouse, pero ¿quién de los presentes será tan torpe como para acabar con él ahorcándole y apuñalándole en su propio camerino, cerrado por dentro? Como dice Edmund Crispin en la primera línea de esta perspicaz novela: «Pocas criaturas hay en el mundo más estúpidas que un cantante».

Una inteligente, chispeante y divertida comedia de misterio. Un clásico del género, que recupera a uno de los personajes más memorables de la novela inglesa del xx, el profesor Gervase Fen.

Lectulandia

Edmund Crispin

El canto del cisne

Gervase Fen - 4

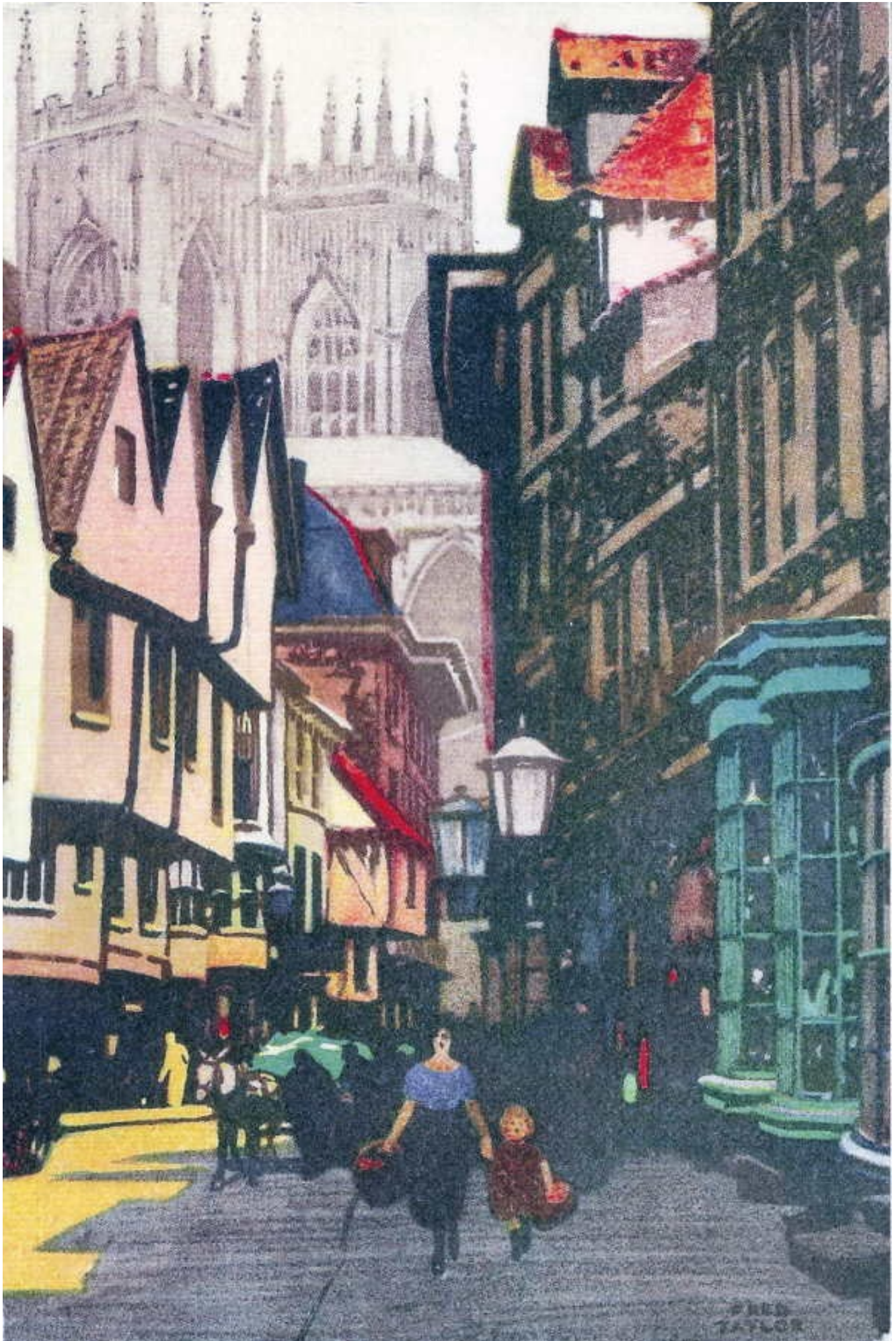
ePub r1.1

Akhenaton 13.12.14

Título original: *Swan Song*
Edmund Crispin, 1947
Traducción: José C. Vales
Diseño de colección: Enrique Redel

Editor digital: Akhenaton
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



DEDICADO A GODFREY SAMSON^[1]

Mi querido Godfrey,

Supongo que no eres un lector asiduo de este tipo de historias de crímenes, y en circunstancias normales me pensaría muy mucho dedicarte una de ellas. Pero un libro que tiene como telón de fondo *Los maestros cantores...* en fin, ¿qué otra cosa podía hacer? Fuiste tú quien me descubrió por vez primera esta noble obra (en aquellos días en los que toda mi actividad musical consistía en intentar evitar las clases de piano), y la admiración que ambos sentimos por ella no es ni el único ni el menor de los lazos que han estrechado nuestra amistad. Acepta esta historia, por tanto, aunque solo sea por el escenario, y como un aperitivo hasta el día que esta obra maestra de Wagner regrese al Covent Garden... sin los espantosos contratiempos que se narran en las siguientes páginas, esperemos.

Tuyo, como siempre
E. C.

Devon, 1946



Capítulo uno

Pocas criaturas hay en el mundo más estúpidas que un cantante. Es como si el ajuste milimétrico de la laringe, la glotis y los senos bucofaríngeos que se precisa para la generación de sonidos hermosos tuviera que venir acompañado casi invariablemente —oh, cuán inexcrutables son los caminos de la Providencia— de la estulticia propia de un ave de corral. Sin embargo, tal vez la cosa no sea tanto innata cuanto el resultado de las circunstancias y el entrenamiento. Esa susceptibilidad e irritabilidad de los cantantes, y esos lapsus aterradores y esos vacíos intelectuales, se observan también en los actores... Y se ha advertido desde hace mucho tiempo que los cantantes que tienen relación con el teatro son más obtusos e insufribles que otros cualesquiera. Uno se sentiría inclinado, desde luego, a atribuir esas deficiencias exclusivamente a las consecuencias de la exposición pública a la que se ven continuamente sometidos, si no fuera por la existencia de los bailarines de ballet, que (con unas pocas y notables excepciones) son por lo general particularmente ingenuos y encantadores. Evidentemente no hay una respuesta inmediata y general a este complejo problema. En cualquier caso, el hecho en sí mismo es un dato cierto y admitido por todo el mundo.

Elizabeth Harding desde luego era consciente de ello... Tal vez solo teóricamente al principio, pero tuvo una implacable confirmación práctica cuando comenzaron los ensayos de *El Caballero de la Rosa*^[2]. De modo que se sintió aliviada al descubrir que aquel Adam Langley era considerablemente más culto e inteligente, y también más esbelto y atractivo, que la mayoría de los tenores operísticos. Tenía la intención de casarse con él y, naturalmente, su capacidad intelectual era un factor que había que tener en consideración.

Elizabeth no era en ningún caso una persona fría y calculadora, por supuesto. Pero la mayoría de las mujeres —a pesar de las ficciones románticas que enturbian todo el asunto matrimonial— son lo suficientemente realistas como para examinar con cuidado todos los méritos y deméritos de sus posibles maridos antes de comprometerse. Además, Elizabeth gozaba de una vida holgada e independiente gracias a su propio talento, y había decidido que no iba a abandonar imprudentemente todo aquello al albur de un simple afecto, por muy apasionado que fuera. De modo que examinó la situación con su característica meticulosidad y claridad mental.

Y la situación era la siguiente: que se había enamorado explicable y bastante inesperadamente de un tenor de ópera. De hecho, en los momentos en los que las dudas la asaltaban, la palabra «encaprichamiento» le parecía incluso un término más ajustado que «amor». Los síntomas no dejaban la menor duda respecto a su dolencia. Incluso mostraban un parecido tan fuerte con los tropos y los tópicos de las historias de amor convencionales, que casi le resultaban vagamente desconcertantes: pensaba en Adam antes de irse a dormir por las noches; seguía pensando en él cuando se

levantaba por la mañana; incluso, como una degradación definitiva, soñaba con él; y corría a la ópera para encontrarse con él con una pasión absolutamente inapropiada en una joven discreta y sofisticada de veintiséis años. En cierto sentido, aquello era humillante; por otra parte, desde luego era la forma más deliciosa y excitante de humillación que hubiera experimentado jamás... Y eso a pesar de haber tenido una experiencia abundante en cuestiones amorosas y haberse entregado a muchas lecturas teóricas sobre la materia.

Nunca fue capaz de recordar con claridad cómo llegó a esa situación, pero parecía haber ocurrido de un modo bastante repentino, sin un período de gestación previo ni advertencias preliminares. Un día, Adam Langley no era más que un miembro agradable pero anónimo de una compañía operística; al día siguiente, brillaba en solitario con un esplendor cósmico, en medio de una barahúnda de satélites insignificantes que se tornaban espectrales e irreales a su lado. Ante semejante fenómeno, Elizabeth se sentía un poco como el temeroso cenobita que recibe la visita de un arcángel, y se asombraba al descubrir que aquella experiencia amorosa modificaba la opinión que tenía de la mayoría de las cosas que la rodeaban. «Esas cosas que perdemos por el camino, que se desvanecen...»^[3]. Desde luego, habría rechazado de plano aquella interferencia gratuita en sus puntos de vista habituales de no haber sido por aquel sentimiento sin precedentes de paz y felicidad del que venía acompañada.

—Mi Adam querido... —susurró aquella noche a su almohada caliente y taciturna—, mi querido y *odioso* Adam... —Era una forma de cariño que habría molestado enormemente al objeto de su amor si lo hubiera oído. Hubo más arrumacos de ese tipo, pero semejantes efusiones amorosas conforman un espectáculo tan lamentable que el editor ha decidido eliminarlas; además, el lector puede suponer cómo eran o se las podrá imaginar él solito.

El epíteto «odioso» era de todo punto difamatorio. Adam Langley era una persona perfectamente presentable: tenía treinta y cinco años, y unos rasgos amables, agradables y normales, unos ojos castaños risueños, y unos modales corteses que le servían admirablemente para encubrir su natural timidez. Su principal defecto residía en cierto aire distraído que en ocasiones adoptaba la apariencia de desidia. Era un hombre confiado, modesto, fácilmente impresionable, e inocente por completo de cualquier pecado salvo de faltas levísimas, y aunque de vez en cuando se había sentido conmovido por una pasión delicada y —a decir verdad— bastante torpe, las mujeres no habían desempeñado un papel muy importante en su pacífica y exitosa vida. Tal vez fuera por esa razón por lo que estuvo durante tanto tiempo sin darse cuenta de lo que Elizabeth sentía por él. Al principio, en todo caso, él la consideraba simplemente como una escritora que había conseguido que la admitieran en los ensayos de *El Caballero de la Rosa*, con el fin de estudiar el ambiente operístico, pues tenía la idea de utilizarlo en un episodio de su nueva novela.

—Pero *schön!* —le susurró Karl Wolzogen a Adam durante un receso en uno de

sus ensayos al piano—. Si al menos esa mujer cantara... ah, amigo mío, ¡menudo Octaviano sería^[4]!

Y, más por cortesía que porque le impresionara el entusiasmo de Karl —que tendía, para ser sinceros, a ser indiscriminado—, Adam se fijó en Elizabeth detenidamente por vez primera. Comprobó que era una mujer pequeña, exquisitamente esbelta, con el pelo castaño claro, ojos azules, una nariz ligeramente respingona, y unas cejas combadas que le conferían un aire un tanto irónico a su semblante. Su voz —en aquel momento estaba hablando con Joan Davis— era grave, intensa y sosegada, con una leve aspereza no del todo desagradable. Se había aplicado el carmín con una notabilísima habilidad, y Adam se sintió gratamente sorprendido, pues en general tenía la impresión de que la mayoría de las mujeres debían de realizar esa operación delante de un espejo distorsionado y mientras sufrían un ataque del baile de San Vito. Iba vestida sobria y carísimamente, aunque con un excesivo toque de masculinidad, para el gusto de Adam. ¿Y respecto a su personalidad? En ese aspecto, se podría decir que Adam estaba un poco empantanado. De todos modos, le gustaba la vitalidad controlada de Elizabeth, y su aplomo, y tanto más cuanto que no había ni una pizca de arrogancia en él.

Años después Adam solía bromear atribuyendo su matrimonio a una conspiración de los señores Strauss y Hofmannsthal. Los papeles principales de *El Caballero de la Rosa* eran para tres sopranos y un bajo. A Adam, siendo tenor, lo habían engatusado para que asumiera el pequeño y despreciable papel de Valzacchi^[5], y esto le permitía estar la mayor parte del tiempo desocupado durante los ensayos. Era inevitable que Elizabeth y él acabaran juntos... Y hasta ese momento, todo fue bien. Pero entonces se presentó un obstáculo, que ni por un instante se le había pasado por la cabeza a Adam, y era que Elizabeth pudiera desear que su relación alcanzara un nivel superior al de una desinteresada amistad, que era como había comenzado. Y en ese plano se había mantenido obstinadamente, ciego a los encantos y a los afectos, sordo a las sugerencias y a las insinuaciones, en un estado de paradisiaca inocencia asexual que desesperaba por completo a Elizabeth, sobre todo porque parecía perfectamente natural e inconsciente. Durante algún tiempo se sintió desconcertada. Y comprendió que una declaración abierta de sus sentimientos, más que incitarlo a tomar una decisión, muy probablemente lo pondría en guardia... Aparte de que su propia y característica discreción acabaría adornando una declaración semejante con un perceptible tono de incongruencia y falsedad. Dice mucho del estado de semihipnosis en el que estaba sumida su mente que solo se le ocurriera la solución *obvia* después de transcurrido un tiempo considerable: sencillamente, lo único que había que hacer era encontrar a una tercera persona que mediara entre ellos.

Fuera de la ópera no tenían amigos comunes, y dentro solo había una posible elección para una misión tan delicada. La persona indicada tenía que ser una mujer... Y una mujer, además, que tuviera cierta edad, una mujer de mundo, sensata, y con quien Adam tuviera confianza. Así que una tarde, después de los ensayos, Elizabeth

fue a visitar a Joan Davis (que cantaba el papel de la Mariscala) a su piso de Maida Vale.

Una criada bastante mayor, que arrastraba los pies, la condujo hasta una estancia bastante desordenada... Tan desordenada que parecía como si se acabara de producir un robo. En todo caso, a Elizabeth le pareció evidente que aquel era el estado habitual de los aposentos de la señorita Davis. La criada anunció a Elizabeth, farfulló algo con gesto de desaprobación, hizo un amago de ordenar de mala gana un caos de objetos que había en el aparador, y luego se fue, avanzando a trompicones y murmurando algo entre dientes.

—Pobre Elsie —dijo Joan, sacudiendo la cabeza—. Nunca podrá asumir esta manera de vivir, tan caótica y desordenada. Siéntate, querida, y toma una copa.

—¿No estás ocupada?

—Cómo puedes ver... —Joan agitó delante de ella una aguja, un trozo de seda arrugada, y un artefacto de madera con forma de champiñón—, estoy zurciendo. Pero puedo seguir haciéndolo perfectamente mientras hablamos... ¿Ginebra con...?

Charlaron de cosas sin importancia, allí sentadas las dos, mientras fumaban un cigarrillo tras otro. Luego, con algún recelo, Elizabeth sacó a colación la razón de su visita.

—Tú conoces a Adam —empezó, y entonces se quedó estupefacta por haber principiado la conversación con una frase tan estúpida—. Es decir...

—Es decir —afirmó Joan—, que estás coladita por él.

E hizo una mueca desconcertante. Era una mujer alta, esbelta, de unos treinta y cinco años, con unos rasgos que, aunque eran demasiado irregulares para considerarse bellos, eran sin embargo notablemente expresivos. Su mueca era una mezcla de perspicacia y una sonrisa cínica y picara.

Elizabeth se sintió francamente desanimada.

—¿Tan obvio resulta?

—Desde luego... Quiero decir, para todo el mundo, salvo para Adam. Yo incluso he pensado un par de veces en ponerlo al corriente de la situación, pero no conviene que un tercero ande inmiscuyéndose en ese tipo de asuntos.

—En realidad... —Elizabeth se ruborizó a pesar de sí misma—, eso es exactamente lo que venía a pedirte que hicieras.

—Querida mía, qué gracia. Me voy a divertir muchísimo... —Joan se detuvo para pensarlo—. Sí, ahora que lo pienso... Creo que es el único modo de que se entere de algo. Como dirían nuestros abuelos, Adam no es una persona «de muchas luces». Pero es una criatura muy bondadosa, de todas maneras. Que Dios os bendiga a ambos. Hablaré mañana mismo con él.

Y eso fue lo que hizo. Aprovechó un oportuno descanso en los ensayos y se llevó a Adam a los camerinos. Lo que tenía que decirle lo cogió absolutamente desprevenido. Adam protestó, débilmente y sin ninguna convicción. Después, Joan lo dejó allí, meditando lo que le había dicho, y regresó al escenario.

entendía nada. Adam pidió, tras una concienzuda deliberación, un vino tinto carísimo, y las esperanzas de Elizabeth centellearon visiblemente. Dado que era obvio que la bienintencionada verborrea del camarero convertiría la cena en un momento poco propicio para las confidencias, Adam pospuso el asunto principal de la velada hasta el café: concluida la cena, el camarero finalmente se vería obligado a largarse. Entonces, Adam se embarcó en una dubitativa exposición argumental, con una precipitación innecesaria y sin la suficiente reflexión.

—Elizabeth —le dijo—, me he enterado... Es decir... Entiendo que... Que, es decir, que mis sentimientos... Lo que quiero decir es que...

De repente se detuvo, enmudecido ante tanta inseguridad y tanta incoherencia, y se bebió todo el contenido del vaso de licor de un trago. Parecía un hombre que hubiera perdido los nervios incomprensiblemente cuando se encontraba a medio camino en la cuerda floja. Elizabeth sintió una crisis de desesperación transitoria al verse obligada a resistir tanto suspense; desde luego, todos los indicios eran favorables, pero una nunca puede estar completamente segura de...

—Adam, querido —contestó Elizabeth cariñosamente—, ¿qué demonios estás intentando decirme?

—Estoy intentando decirte —continuó Adam con angustia— que... que estoy enamorado de ti. Y que me gustaría casarme contigo. Casarme contigo —repitió con injustificada firmeza, y se echó hacia atrás de repente, mirándola con gesto de abierto desafío.

«De verdad...», pensó Elizabeth, «cualquiera podría pensar que me está retando a un duelo. Pero, oh, Adam, querido mío, mi tímido incontrolable y mi precioso y adorado *idiota*...». Con una inconmensurable dificultad, Elizabeth resistió la tentación de arrojarle en sus brazos. Sin embargo, no tardó en observar que el camarero chipriota estaba una vez más metiendo la nariz en lo que no le importaba, mostrando los dientes afablemente, a su lado, y decidió que tenía que resolver la situación tan rápido como le fuera posible.

—Adam —le dijo, con una formalidad que estaba lejos de sentir—, ojalá pudiera expresar lo agradecida que me siento. Pero ya sabes... este no es el tipo de cosas que una debería decidir sin pensar... ¿Me das algún tiempo para pensármelo?

—¿Un poco más de licor? ¿Eh? —dijo el camarero, materializándose repentinamente a su lado—. ¿Drambuie, Cointreau, Crème-de-Menthe, un buen *brandy*?

Adam lo ignoró; ahora que ya había pasado lo peor, ya había recobrado la compostura, prácticamente.

—Elizabeth —dijo—, estás siendo una hipócrita. Sabes perfectamente que te vas a casar conmigo.

—Green Chartreuse, un vodka excelente...

—Lárguese. Elizabeth, querida mía...

—¿Quieren la cuenta entonces? ¿Eh? —dijo el camarero.

—No. Váyase de una vez. Como te estaba diciendo...

—Oh, paga la cuenta, querido —dijo Elizabeth—. Y sácame de aquí y bésame.

—Puede besarla aquí si quiere —dijo el camarero, muy implicado en la conversación.

—Oh, Adam, ¡te adoro! —dijo Elizabeth—. ¡Pues claro que me casaré contigo!

—¿Una botella grande de champán entonces? ¿Eh? —dijo el camarero—. Enhorabuena, señor y señora. Enhorabuena.

Adam le pagó generosamente y se fueron.

Fueron de viaje de luna de miel a Brunnen. La habitación del hotel daba al lago. Visitaron el museo de Wagner en Tribschen, y Adam, a pesar de todas las prohibiciones, tocó los primeros acordes de la ópera *Tristan e Isolda* en el piano Erard que fue propiedad de Wagner. Compraron un buen número de postales bastante subidas de tono y se las enviaron a sus amigos. Eran sumamente felices.

Pasaban las horas en el balcón del hotel, mirando las aguas del lago, que se tornaban amatistas con las luces del atardecer.

¡Qué agradable resulta poder disfrutar de todos los placeres de vivir en pecado sin ninguno de sus inconvenientes!, dijo Elizabeth en un tono sentencioso.

Capítulo dos

Aquel matrimonio no habría merecido más consideración que otro cualquiera de no haber sido por un tercer elemento implicado en la relación de modo colateral.

Edwin Shorthouse estaba interpretando a Ochs en *El Caballero de la Rosa*. Como Adam, también Shorthouse había conocido a Elizabeth durante los ensayos. Y también él se había enamorado de la joven novelista.

«Enamorarse», en este caso concreto, es fundamentalmente un eufemismo para evitar la expresión «excitación sexual». En opinión de la mayoría de la gente, las aventuras de Edwin Shorthouse con las mujeres nunca habían superado ese nivel. Aquellos métodos representaban, en realidad, un intento anacrónico de recuperar el antiguo derecho de pernada, y su semejanza con el grosero y vulgar libertino de la ópera de Strauss era tan evidente que en los círculos operísticos casi resultaba sorprendente que su interpretación de ese papel fuera tan mala. Probablemente él mismo era consciente del incómodo parecido con Ochs, y se daba cuenta de que la elemental estupidez de la creación de Hofmannsthal no era más que una reflexión sobre su propia manera de vivir. De todos modos, la susceptibilidad no era la característica principal de Edwin Shorthouse, y es más probable que su aversión al papel fuera instintiva.

Puede que hubiera existido algo más que mera lujuria en su actitud hacia Elizabeth. De lo contrario, desde luego, sería difícil explicar la feroz malevolencia que despertó en Edwin Shorthouse el matrimonio de Elizabeth y Adam. Joan Davis era de la opinión de que lo que había resultado herido principalmente era su vanidad. Por una parte, estaba Edwin —decía Joan—: grosero, viejo, inútil, engreído, y casi siempre borracho; y por otro lado, estaba Adam. La elección, salvo para el propio Shorthouse, debería considerarse una obviedad; para él, sin ninguna duda, la elección había sido una dolorosa bofetada.

—Pero no os preocupéis, queridos míos —añadía Joan—. El único interés de Edwin es la mujer en términos generales y platónicos... no le interesa ninguna mujer en particular. En cuanto aparezca por ahí otra muchacha con buena planta (y el mundo está lleno de ellas), olvidará su berrinche.

La propia Elizabeth sugirió que la frustración podía ser la causa del furibundo reconcomio de Shorthouse. No había coincidido mucho con él en los ensayos, aunque siempre que se habían encontrado, se había mostrado muy atento.

—Ya me di cuenta de eso —dijo Joan—. Siempre te estaba «desnudando con la mirada», como suele decirse.

Elizabeth admitió que así era. Pero añadió que no le había resultado especialmente difícil sobrellevar aquella actitud hasta la noche en la que Shorthouse se había empeñado en trasladar sus imaginativas y cariñosas ensoñaciones al mundo real.

—Naturalmente —concluyó Elizabeth con tímida coquetería—, en ningún momento le di esperanzas... Así que, como te digo, lo que le pasa es que está frustrado. Eso es lo que le pasa.

Adam, sin embargo, tenía otra teoría. En su opinión, Shorthouse estaba realmente enamorado; en el seno de su opulento y poco atractivo universo —mantenía Adam— ardía la llama que había destruido Troya y que mantuvo a Marco Antonio encadenado dulcemente junto al Nilo.

—En otras palabras, *l'amour* —dijo Adam—. Más sensual que espiritual, lo reconozco, pero, de todos modos, es lo que es.

En definitiva, aquello parecía no tener una solución plenamente satisfactoria. Durante un tiempo contemplaron la situación sin ninguna emoción particular, más que con cierta curiosidad. Al final, sin embargo, la relación se convirtió en un engorro, y en consecuencia, adquirió tintes muy desagradables. Adam se veía obligado a estar con frecuencia con Shorthouse, y hay pocas cosas más enojosas que una actitud que no consiste más que en comentarios insidiosos y desaires: una actitud francamente desconcertante en este caso, por el odio real que dejaba traslucir. En los primeros días del noviazgo, además, Adam se percató de que se estaban difundiendo entre sus amistades distintos rumores, tan casuales como maliciosos, y en un caso concreto encontraron una acogida tan decidida que, sin explicación ninguna, una familia con la que había mantenido una magnífica relación durante años dejó de hablarle. En su inocencia, Adam no relacionó al principio a Shorthouse con aquella desagradable circunstancia, y fue preciso un comentario casual para que se diera cuenta de lo que había ocurrido en realidad. Pero incluso entonces Adam se controló y apechugó con ello como si nada hubiera ocurrido. Adam respetaba su trabajo y, si podía, estaba decidido a evitar cualquier complicación desatando una trifulca con Shorthouse.

La luna de miel, que fue después de la producción de *El Caballero de la Rosa*, le dio un respiro, y cuando él y Elizabeth regresaron de Suiza para instalarse en Tunbridge Wells, estuvieron demasiado ocupados organizando su *ménage* doméstico como para preocuparse de nada más. Confiaban en que Shorthouse ya se hubiera calmado para entonces; y afortunadamente, sus respectivos compromisos mantuvieron a los dos hombres separados hasta noviembre, cuando ambos fueron contratados para un *Don Pasquale*^[7]. Adam fue al primer ensayo con alguna preocupación, y regresó absolutamente perplejo.

—¿Y bien? —le preguntó Elizabeth mientras le ayudaba a quitarse el abrigo.

—La respuesta es afirmativa. Da la impresión de que Edwin está curado. De todos modos... —Adam, que acababa de quitarse el sombrero, se lo volvió a poner—. De todos modos...

—Querido, ¿qué haces? ¿Estaba amable? No parece que estés muy seguro al respecto. —Entraron en el salón, donde ardía un fuego enorme en la chimenea, y Elizabeth le sirvió un *sherry*.

—Estaba amable —explicó Adam—, pero de un modo excesivo... abrumador. No me gusta. Antaño, la idea de amistad que tenía Edwin se limitaba a darle la murga a uno con sus historias, con anécdotas ridículas sobre su vida laboral. Ya no lo hace... al menos conmigo.

—A lo mejor está avergonzado.

—Improbable.

—No veo por qué no. Ese hombre no puede estar desprovisto de todo rasgo de humanidad. Seguramente incluso tiene madre.

—Hasta Heliogábalo tenía madre. Todos tenemos madres... Lo que quiero decir es que hay algo artificial en este cambio de actitud que se ha producido en Edwin, algo que me resulta decididamente falso.

—Aun así, yo diría que eso es mejor que una guerra abierta.

—No sé —dijo Adam con tristeza—. No estoy en absoluto seguro de eso. Si quieres saber mi opinión, tanta amabilidad me recuerda al beso de Judas.

—No te pongas melodramático, querido, y, sobre todo, no derrames el *sherry* en la alfombra.

—No me estaba dando cuenta... —dijo Adam.

—En cualquier caso —dijo Elizabeth—, si Edwin te hubiera traicionado, no sé a qué sumo sacerdote podría entregarte.

—A Levi, quizá.

—En lo único que se parece Levi al sumo sacerdote del sanedrín judío es en la raza. Y, además, tiene tantas ganas de librarse de Edwin como tú.

—Ahí sí que tienes toda la razón, desde luego —dijo Adam frunciendo el ceño—. Bueno, ya veremos en qué queda todo esto... ¿Algo nuevo por aquí?

—Un encargo para mí, querido, y uno ciertamente jugoso. En el correo de la tarde.

—¿Ah, sí? Felicidades. ¿Una nueva novela?

—No. Una serie de entrevistas para un dominical.

—Entrevistas a quién.

—A detectives privados.

—¿*Detectives*? —dijo Adam sorprendido.

Elizabeth le dio un beso, con un gesto un poco ausente, en la punta de la nariz.

—Aún no me conoces bien, precioso mío. ¿Es que no sabes que mis primeros libros fueron trabajos de criminología popular? Pensaba que todo el mundo estaba al tanto de que yo sabía un poco sobre el tema.

—¿Y sabes?

—Pues sí: sé —dijo Elizabeth—. Por desgracia, ese trabajo implica andar bastante de pingo por ahí, y tendré que empollarme el *Quién es quién*, y escribir un montón de aburridísimas cartas mañana por la mañana. ¿Conoces a algún detective privado?

—A uno... —Adam lo dijo entre titubeos—. Es un hombre llamado Fen.

—Ya me acuerdo. Estuvo mezclado en algún lío relacionado con una juguetería, antes de la guerra, ¿no? ¿Dónde vive?

—En Oxford. Es profesor de inglés allí.

—Tienes que hacerme una carta de presentación.

—Es un tipo impredecible —dijo Adam—, en ciertos aspectos. ¿Te urgen mucho esos artículos?

—No especialmente.

—Bien —dijo Adam—, resulta que hay una producción de *Los maestros cantores de Núremberg*^[8] en Oxford a principios del próximo año. Si te viene bien, iremos a verlo entonces.

* * *

Los ensayos del *Don Pasquale* transcurrieron sin incidentes. Shorthouse, aunque efectivamente no buscaba la compañía de Adam, mantuvo aquella nueva y extraña afabilidad en cualesquiera circunstancias en que los encuentros resultaban inevitables. Y hubo un momento en que incluso llegó a disculparse por su comportamiento anterior.

Ocurrió inmediatamente después de la segunda función. Adam se había entretenido durante unos minutos en bastidores discutiendo con el productor algunos problemillas sin importancia que habían surgido durante la velada, y al entrar en su camerino se llevó la sorpresa de encontrarse allí a Shorthouse, olisqueando —o tal vez a punto de robarle— un frasco medio lleno de crema desmaquilladora. En todo caso, la volvió a dejar apresuradamente en su lugar cuando Adam apareció. Iba ataviado con una enorme bata y todavía iba empolvado, maquillado y empelucado para la parte principal de la ópera, y Adam imaginó que se había quedado sin crema desmaquilladora y, como los camerinos estaban pegados, había decidido que ese era el modo más sencillo de volver a llenar su bote. Sin embargo, enseguida resultó evidente que en aquella visita la crema debía de ser, como mucho, solo una excusa.

—Langley... —dijo, y la atmósfera de inmediato adquirió hedores de ginebra—. Me temo que no tienes razón alguna para apreciarme. El hecho es que... no me he portado muy bien con lo de tu matrimonio.

Adam, incomodísimo en aquella situación, dejó escapar solo un turbio gruñido. Al parecer, aquello animó a continuar a Shorthouse, porque añadió con bastante más confianza:

—He venido aquí esta noche para disculparme. Para disculparme... —repitió, notando tal vez una cierta vacuidad en su afirmación inicial—, por mi intolerable comportamiento... —añadió a modo de explicación tras pensárselo un poco.

—Olvídalo... —farfulló Adam—. Por favor, no le des mayor importancia. De verdad, me alegro...

—¿Podemos ser amigos?

—¿Amigos? —dijo Adam sin ningún entusiasmo—. Sí, claro...

—Es muy generoso por tu parte tomártelo tan bien.

—No te preocupes —repitió Adam.

Se hizo un silencio. Shorthouse se apoyó sucesivamente en un pie y luego en el otro. Adam se quitó la peluca y la colgó con innecesaria pulcritud en el respaldo de una silla.

—Buena entrada esta noche —dijo Shorthouse.

—Sí, muy buena. Parece que están disfrutando mucho. Se ríen —Adam señaló al exterior—, bastante.

—Claro, es una obra brillante.

—Brillante.

—Pero supongo que desde tu punto de vista... es decir, que hay *mejores* papeles que el de Ernesto.

—Ah, no sé... Tengo el *Cercherò lontana terra* en el segundo acto.

—Sí, claro, tienes eso... En fin —dijo Shorthouse—, iré a ver si me quito un poco esta porquería de la cara.

—¿No tienes crema? Me pareció ver que...

—No, no, muchas gracias. Solo estaba mirando a ver qué marca utilizabas tú. Bueno, ya nos veremos mañana.

—Sí —dijo Adam con un gesto que dejaba traslucir cierta resignación inevitable—. Mañana te veo.

Y Shorthouse salió tambaleante del camerino. Cuando desapareció de su vista, Adam dejó escapar un suspiro de inefable alivio. Mientras se cambiaba, meditó detenidamente sobre la repentina regeneración moral de Shorthouse. Continuó pensando en ello durante el camino de regreso a Tunbridge Wells. Y cuando llegó a casa, le contó los acontecimientos del día a Elizabeth.

—¿Crema para desmaquillarse? —dijo Elizabeth con indignación—. ¿Estaba intentando birlarte la crema nueva que te compré yo?

—No... —le dijo Adam—. Era la vieja. La tuya todavía estaba en el bolsillo de mi abrigo. De todos modos... cerraré con llave mi camerino de ahora en adelante.

—Bueno, entonces, ¿todo este ridículo asunto se ha terminado ya?

—Supongo. Pero ¿sabes una cosa, querida? Todavía no confío en ese hombre. Es muy capaz de interpretar al Tartufo si le conviene a su papel. Estoy seguro de que... llegado el momento... sería capaz de cometer un asesinato.

Adam dijo aquello un poco a la ligera. Pero no tardaría mucho en descubrir que *no solo* Edwin Shorthouse era capaz de cometer un crimen.

Capítulo tres

Adam y Elizabeth subieron a Oxford una desagradable y desapacible tarde de finales de enero. El cielo lucía tonos de un gris plomizo y el viento soplaba con gélidas punzadas. Adam, temeroso ante la posibilidad de coger una ronquera, iba envuelto en bufandas y abrigos, pero por fortuna el tren tenía una calefacción excelente. En la estación de Oxford cogieron un taxi y se dirigieron al hotel Mace & Sceptre, donde habían reservado una habitación. Adam esperó, fumando, mientras Elizabeth deshacía las maletas y colocaba sus cosas. Después, ambos bajaron al bar, donde tuvieron el placer de encontrarse con Joan Davis, dando sorbitos a un *dry martini* en una de las mesas de cristal.

Por ella supo Adam algunos detalles interesantes de la producción de *Los maestros cantores de Núremberg*.

Edwin Shorthouse iba a hacer de Sachs; los personajes de Walther y Eva iban a ser naturalmente para Adam y Joan; Fritz Adelheim, un joven alemán, tenía el papel de David, y John Barfield iba a ser Kothner.

—¿Y el director de orquesta, que se llama Peacock? —dijo Adam—. ¿Lo conoces?

—Pues claro, querido mío. Jovencísimo y absolutamente encantador. Esta es su primera *gran oportunidad*, así que tienes que olvidarte de lo que hiciste con Bruno y Tommy y cooperar como un buen chico.

—¿Pero es *bueno* por lo menos?

—Eso ya se verá. Pero no creo que Levi lo haya puesto ahí si no lo fuera. Levi tiene buen ojo para los directores de ópera.

—¿Quién produce?

—Daniel Rutherford.

—Tan melancólico como siempre, seguro. ¿Y Karl es el regidor?

—Sí. Está contentísimo. Ya sabes que es un fanático de Wagner. Por cierto —dijo Joan—, te aseguro que no me importa en absoluto volver a Wagner ahora que se ha levantado la prohibición de interpretar sus obras durante la guerra... y, de todos modos, ¿por qué demonios se prohibió?

—Es un axioma inamovible de alto nivel intelectual —le explicó Adam— que Wagner fue responsable del surgimiento del nazismo. Si quieres estar a la moda tienes que hacer suspicaces referencias a la nefasta influencia del *Anillo*^[9] en la mentalidad teutona... aunque, dado que todo el ciclo operístico de los Nibelungos está destinado a demostrar que ni siquiera los dioses pueden romper un compromiso sin que todo el universo se derrumbe sobre sus cabezas, nunca he sido capaz de entender cómo pudo Hitler encontrar ahí un fundamento para sus ideas. Pero no me hagas caso en este asunto. Es uno de mis caballos de batalla. Has estado fuera, ¿no, Joan?

—En América. Haciendo *La bohème* y muriéndome de aburrimiento cinco veces a la semana. En realidad, estuve a punto de morirme de sobrealimentación. Deberías ir a América, Adam. Tienen buena comida.

Los tres pasaron una agradable velada juntos y se fueron pronto a la cama.

Los ensayos con piano comenzaron a la mañana siguiente a las diez. Adam y Joan fueron andando hasta la ópera, en Beaumont Street, bajo un pertinaz cielo ceniciento.

Aunque, en general, los ingleses no construyen teatros operísticos si pueden evitarlo —prefieren habitualmente otras ocupaciones más ingeniosas y ennoblecedoras, como Betty Grable^[10] y los campos de fútbol—, Oxford ha proporcionado recientemente una excepción a esa regla. Está en la esquina de Beaumont Street con St. John Street, del lado del Worcester College, y se construyó con piedra de Headington. El vestíbulo resplandece con una discreta opulencia, enmoquetado en verde. Alrededor hay una serie de bustos de los grandes maestros del género, como Wagner, Verdi, Mozart, Gluck o Mussorgsky. Hay también un busto de Brahms... por razones no muy claras, aunque quizá sea un homenaje a su curioso y afortunadamente abortado proyecto de una ópera sobre una mina de oro en el Yukón. El aforo es relativamente pequeño, pero el escenario y el foso son perfectamente adecuados para la representación de las óperas más monumentales. La maquinaria de bambalinas está repleta de aparatos complejos y recursos, y en los almacenes aguarda todo un zoo de fauna mecánica. Los camerinos también son más lujosos de lo habitual; los dos pisos entre los que se distribuyen disfrutan incluso de un pequeño ascensor.

Sin embargo, Adam y Joan por el momento no conocían todas estas comodidades. Se dirigieron a la entrada de actores, y desde allí, guiados por un avejentado conserje, hasta una de las salas de ensayo.

La mayoría de los actores y cantantes ya habían llegado, y habían formado un grupo rodeando el piano de cola. Aparte del instrumento, y de una serie de sillas, casi todas fabricadas con tubo cromado, el sitio resultaba bastante desolador. La única concesión que se había hecho al decoro estético era una fotografía ladeada de Puccini, que recordaba notablemente al propietario de alguna heladería eduardiana.

A Adam le presentaron a Peacock, que resultó ser un hombre tímido y taciturno, de unos treinta años; iba vestido con pulcritud; era alto, delgado, y con una provisión de pelo rojo prematuramente escasa. A Adam le cayó bien desde aquel mismo instante. Entre otras personas presentes estaban Karl Wolzogen, un alemán pequeño y enjuto, poseedor de una vitalidad sobrenatural y milagrosa a pesar de sus setenta años; Caithness, al piano, un escocés arisco y lacónico; Edwin Shorthouse, exhalando con mustia nostalgia sus habituales vaharadas de la ginebra de la noche anterior; y John Barfield, que iba a cantar el Kothner. El resto del elenco, presente en el ensayo, no iba a estar directamente implicado en los acontecimientos de los quince días posteriores, así que no hay ninguna necesidad de mencionarlos aquí específicamente. Adam conocía a la mayoría de ellos, porque el número de cantantes de ópera no es

muy elevado en Inglaterra, y con frecuencia trabajan juntos.

El ensayo transcurrió tal y como suelen transcurrir los ensayos, y resultó agradable descubrir que Peacock sabía qué se traía entre manos. Edwin Shorthouse asumió las directrices con una docilidad tan desacostumbrada que Adam no pudo menos que sospechar que algo tramaba. Estuvo inquieto, desde luego, todo el tiempo que duraron los ensayos. Una paciencia tan beatífica como la que estaba demostrando Shorthouse es rara en cualquier cantante, y en Shorthouse, tal y como lo veía Adam, era de todo punto antinatural. Así pues, no le sorprendió en absoluto que, al comenzar los ensayos orquestales, Edwin Shorthouse emprendiera una imperdonable campaña de obstaculización y bloqueo.

No obstante, las cosas discurrieron con bastante tranquilidad durante las primeras jornadas, y hasta el día del asesinato solo ocurrió un incidente que es preciso señalar. Los protagonistas fueron Shorthouse, Joan Davis y una joven llamada Judith Haynes.

Ocurrió un lunes por la noche. Aquella tarde habían empezado a ensayar directamente la última escena del acto tercero, y acabaron alrededor de las seis; y posteriormente, Joan Davis permaneció en la sala de ensayos con Peacock para trabajar algunos cabos sueltos de su papel. Aunque ellos no lo sabían, aún permanecían en el teatro otras dos personas: Shorthouse, que estaba bebiendo hasta hartarse en su camerino (no había estado sobrio en ningún momento a lo largo de toda la tarde, aunque, como siempre, había cantado grandiosamente), y Judith Haynes, una joven del coro, que se había quedado en camerinos con la idea de retocar un poco su traje, que le sentaba fatal.

A las siete, Peacock se fue, y Joan subió a su camerino para coger su abrigo y la bufanda. En el camerino del coro sorprendió a Shorthouse, completamente borracho, haciendo todo lo posible por quitarle la ropa a Judith Haynes, que estaba intentando zafarse de él con todas sus fuerzas pero sin mucha pericia. Joan —que en absoluto era una mujer endeble ni nerviosa— actuó con vigor y rapidez. Al caer, Shorthouse se golpeó en la cabeza con el canto de la puerta, y aquello contribuyó bastante a que se estuviera quieto. De hecho, se quedó allí tendido sin moverse.

—Bueno, pues esto ya está —dijo Joan con orgullo proletario, mirando la figura tendida boca abajo de Shorthouse. Se volvió hacia la muchacha, que estaba peleándose con los botones y los tirantes, con el rostro encendido, y vio que era esbelta, rubia y joven—. ¿Estás bien, querida?

—S... sí, gra... gracias... —contestó Judith entre titubeos—. Yo... yo... es decir, no sé qué habría hecho si no llega a venir usted. Yo... ¿No estará...?

—No, no... —le dijo Joan con un gesto tranquilizador—. Ronca como un cerdo: está bien vivo. Será mejor que te vayas a casa, ¿no te parece?

—Sí. Yo... yo no sé cómo agradecerse. —Judith titubeó, y luego añadió apurada—: Por favor... por favor no se lo cuente a nadie, ¿de acuerdo? Me horrorizaría que alguien supiera...

Joan frunció el ceño ligeramente.

—Si no fuera ya un poco demasiado tarde para coger a un sustituto, haría todo lo posible para que le dieran la patada a Edwin y lo echaran de esta producción.

—No, no debe hacer eso... —Judith hablaba con una sorprendente vehemencia—. Me daría mucha vergüenza que la gente supiera que...

Joan, que era sobre todo una mujer práctica, se quedó momentáneamente perpleja.

—¿Vergüenza? Pero si tú no tienes culpa ninguna, niña. ¿Qué demonios...?

—Es solo que... oh, no sé. Pero, por favor... *por favor*, prométamelo.

Joan se encogió de hombros y sonrió.

—De acuerdo, si eso es lo que quieres, te lo prometo. ¿Dónde vives? Si no está demasiado lejos, te acompaño.

—Es usted muy amable, pero de verdad no tiene usted que molestarse...

—Bobadas —dijo Joan—. Me apetece mucho. Todavía falta media hora antes de que se me haga la hora de cenar.

Judith fue recobrándose poco a poco.

—¿Y qué... —dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia Shorthouse—, qué hacemos... con él?

—Lo dejaremos ahí —dijo Joan con divertida alegría—. Edwin, desgraciadamente, es una de esas personas que siempre se ponen bien. ¿Tienes ya el abrigo? Pues andando.

De camino a la residencia de Judith, en Clarendon Street, Joan supo algo más acerca de todo el asunto. Al parecer, Shorthouse había estado haciéndole algunas proposiciones lascivas desde que comenzaron los ensayos, y Judith, aunque lo rechazó, se había mostrado demasiado apocada ante la grandeza profesional de Shorthouse como para darle una respuesta firme y decidida. Además, había un joven —también en el coro— que tenía aspiraciones como compositor de ópera, y Judith había pensado que Shorthouse podría ayudarlo tal vez, o aconsejarlo.

—Yo lo aconsejaré, querida mía —dijo Joan—. Y Adam también lo hará, bajo pena de excomunión inmediata. Respecto a la ayuda... bueno, en realidad, el único medio de poder representar una ópera nueva es ser multimillonario.

Joan parecía muy pensativa mientras regresaba caminando al Mace & Sceptre. Edwin Shorthouse, sencillamente, estaba dirigiéndose hacia un naufragio del que ni siquiera su voz ni su talento lo salvarían. Era una lástima, pensó Joan, que no pudiera contribuir a arrojarlo contra los acantilados rocosos mediante el sencillo procedimiento de dar a conocer a todo el mundo lo que había ocurrido aquella noche. Pero una promesa era una promesa. Que al final se viera obligada a romperla... bueno, eso se debió a circunstancias que muy poca gente podría haber imaginado siquiera en aquellos momentos.

Capítulo cuatro

Por fin comenzaron los ensayos orquestales, y con ellos, los problemas. Adam resopló entre suspiros, sacó un paquete de chicles Spearmint, y se metió parte de su contenido en la boca. Su mirada, vagando por la platea, fue a detenerse en John Barfield, que estaba tumbado en una de las butacas de la primera fila, engullendo un bocadillo de jamón y llenándose de migas la pechera del chaleco. El movimiento rápido y rítmico de sus mandíbulas no resultaba especialmente arrebatador. Adam lo observó fijamente hasta que Barfield levantó la mirada de repente y se topó con la suya; luego se volvió, con cierta dignidad, y se dispuso a considerar lo que estaba sucediendo en el escenario.

O, más bien, lo que *no* estaba sucediendo.

«Es extraordinario», pensó Adam, «que Edwin encuentre fallos incluso cuando está él solo en escena, cantando un monólogo». Las razones de aquella interrupción se le habían pasado por alto a Adam al principio, pero a juzgar por la logomaquia que estaba teniendo lugar en aquel momento en el escenario, era evidente que tenía alguna relación con el tempo musical.

—Naturalmente, difiero absolutamente de usted, señor Peacock —estaba diciendo Shorthouse sin un ápice de consideración hacia nadie, pasando por delante de las candilejas—. Es simplemente que no estoy acostumbrado a un fuerte *accelerando* en ese punto, y me parece a mí que la dignidad de Sachs queda bastante empañada con ese efecto.

George Peacock jugueteó nervioso con su batuta, y parecía apurado. Y ya podía estarlo, pensó Adam: ensayar *Los maestros cantores de Núremberg* con Edwin Shorthouse en el elenco había sacado de sus casillas a muchos otros directores, más veteranos y más experimentados que él. De verdad que era una lástima: Peacock era un joven muy capaz; aquella producción desde luego sería importante en su carrera y, tras cuatro semanas de refunfuños a cargo de Edwin Shorthouse, no sería difícil que el espectáculo se acabara convirtiendo en un completo embrollo. En fin —Adam echó un vistazo a su reloj—, ya se estaba haciendo la hora: aún tenían que ensayar el tercer acto aquella tarde.

—Por el amor de Dios —le susurró a Joan Davis—, ¿por qué Edwin no podrá cerrar el pico durante diez minutos seguidos?

Joan asintió repetidamente.

—Una expresión no excesivamente fina —contestó—, pero difícilmente podría estar más de acuerdo contigo. Lo siento mucho por ese muchacho. La verdad es que es una lástima muy grande que dé la casualidad de que Edwin sea tan bueno.

—No habría durado ni cinco minutos si no lo fuera —dijo Adam—. Y estoy inclinado a pensar que todavía puede que haya alguien que le clave un cuchillo.

—... bueno, si no tiene usted más objeciones... —estaba diciendo Peacock desde el atril—, lo dejaremos como está. Creo que en este punto se precisa un *impetus*

adicional.

—Claro, claro... —dijo Shorthouse—. Claro. Debo intentar seguir su ritmo más de cerca. Si pudiera tener un descendente más definido cuando empiezo con lo de «la invocación de la primavera»...

—Menudo imbécil... —comentó Joan en un susurro vehemente desde bambalinas—. Menudo imbécil asqueroso. El ritmo del pobre muchacho se escucha perfectamente.

—Como haya muchas más interrupciones —contestó Adam con cierta melancolía—, nunca llegaremos al tercer acto. Y no es que vaya a lamentarlo mucho —añadió como al acaso—. Intenté dar un la alto esta mañana en la ducha y no me salió más que una especie de gritillo quebradizo.

La música comenzó a sonar de nuevo. Adam había escuchado esa ópera cientos de veces, pero aquellos sonidos aún seguían derramando sobre él su voluptuoso hechizo. Llegaron al fragmento conflictivo. Shorthouse iba claramente por detrás y a destiempo.

—Ya verás... —dijo Joan.

Peacock dio varios golpecitos con la batuta y la orquesta fue enmudeciendo hasta quedarse en silencio.

—Me temo que vamos un poco por delante de usted... señor Shorthouse —dijo puntillosamente.

—Oh, Dios bendito... —gruñó Adam—. No te pongas sarcástico, muchacho. *No te pongas sarcástico*, ¡no seas tonto...!

El resultado fue el que Adam intuía. Hubo un instante de inquietante silencio, y luego...

—Si no le complace mi trabajo, señor Peacock —dijo Shorthouse—, estaría encantado de que me lo dijera de un modo sincero y directo, y no mediante ocurrencias ingeniosas y baratas.

Hubo otro silencio. Peacock se puso colorado hasta el punto de ebullición.

—Creo que dejaremos este pasaje de momento —dijo calladamente—; continuemos. Lo retomaremos en la escena cuatro... la entrada de Eva. ¿Está usted preparada, señorita Davis? —preguntó.

—Desde luego —contestó Joan—. Aunque la sola idea de flirtear con Edwin me hace estremecer... —le susurró a Adam.

—No te preocupes. A lo mejor protesta por algo que hagas. Así podrás mandarlo a la mierda.

—Eso sería maravilloso —dijo Joan con aire soñador—. Pero no tengo muchas esperanzas. Solo se mete con niñas jóvenes e inexpertas, que no pueden darle una buena contestación... Bueno, vamos allá.

—Chao-chao —dijo Adam—. Nos vemos bajo los tilos, y no vengas con tu amiga^[11]. —Y volvió a sus asuntos.

En realidad, la situación era bastante preocupante. No había ninguna duda de que

Peacock estaba desmoronándose por culpa de la tensión a la que se veía sometido por las constantes interrupciones y protestas, y por las superfluas exigencias de información sobre los tempos, los movimientos, y toda la parafernalia que debería haberse fijado —y de hecho *efectivamente* se había fijado— durante los ensayos solo al piano. Poner en escena una ópera compleja de cinco horas de duración ya es lo suficientemente laborioso como para que, además, a algún miembro del elenco le dé por convertirse premeditadamente en un incordio. Lo que hacía que todo aquello fuera más desagradable aún era que, por lo que concernía a la producción de la ópera, Shorthouse podía hacerle la cama a Peacock, porque Shorthouse era el reclamo de la taquilla, y Peacock, prácticamente, un desconocido; de modo que la palabra de Peacock, en cuanto director, era ley... solo *nominalmente*.

Adam suspiró, cogió otro chicle, y de nuevo volvió a fijarse en Barfield, que estaba empezando a comerse un tomate. Barfield le hizo una mueca y señaló con un movimiento cómplice de la barbilla lo que acontecía en el escenario. Adam le devolvió una mueca de desagrado. Fue un intercambio absurdo de información. En el otro extremo del escenario, Shorthouse y Joan se cantaban en tonos melifluos el uno al otro, mientras la orquesta relajaba los sonidos, con ocasionales y tiernas disonancias, hasta llegar a un la bemol. Adam se dio cuenta de repente de lo excepcionalmente bien que tocaban, y su inquina contra Shorthouse se renovó con más brío. Para calmarse, se metió en la boca un tercer chicle. Era una lástima que los chicles perdieran el sabor tan deprisa y se convirtieran luego en una pura goma.

Unos breves instantes después se reunieron con él Dennis Rutherford, el productor, y un joven moreno, de aspecto bastante macilento, a quien recordaba vagamente por ser un aprendiz de cantor cuya única obligación era explicar, en el primer acto (y en dos palabras) la ausencia de Niklaus Vogel de la reunión de los maestros cantores.

—Es un fastidio que los actores no puedan moverse mientras están cantando —dijo Rutherford—. Una convención estúpida, si quieres que te diga mi opinión. —Era un hombre de cara aniñada, de semblante melancólico, al que nunca se le había visto sin su viejo sombrero tirolés en la cabeza.

—Si te mueves te vas de tono y desafinas —le explicó Adam amablemente.

—Y este Shorthouse, qué incordio... La escena del prado se va a convertir en un barrizal de mil demonios —pronosticó Rutherford con gesto sombrío—. Esos condenados aprendices son los únicos que no se quedan quietos cuando se les dice. Al parecer se creen que si están cambiando continuamente de postura, descansando en un pie o en otro, eso produce un efecto de animación. En realidad, lo que parece es que están teniendo un ataque masivo de incipiente *delirium tremens*.

Tras ellos, la música se interrumpió de repente.

—Vaya —farfulló Rutherford—. ¿Qué pasa ahora?

—¡Al parecer es imposible ensayar esta obra durante cinco minutos seguidos —la voz de Peacock temblaba— sin que haya un *obbligato* de conversación y murmullos

en bambalinas!

—¿Es por nosotros? —dijo Rutherford, levemente sorprendido—. Bueno, de todos modos tengo que irme... —Cuando la música volvió a sonar, se alejó, seguido del joven macilento.

«Que Dios nos ampare...», se dijo Adam, con cierto sobrecogimiento. No le había gustado nada el tono de voz de Peacock, que denotaba que había perdido los nervios, lo cual sugería una debacle inminente. Y Adam sabía por experiencia que si una persona pierde el control de sí misma durante un ensayo, el resto comienza a enfadarse, y lo único que se puede hacer en esos casos es hacer las maletas e irse a casa. Confiaba de todo corazón en que Shorthouse se estuviera calladito y tranquilo durante un rato.

Magdalena entró corriendo en el escenario y sostuvo su breve coloquio con Eva. A Adam se le ocurrió que lo mejor que podía hacer era dirigirse al fondo del escenario y esperar allí su entrada, y, hábilmente, adhirió su chicle a una pieza del decorado. «Maldito Shorthouse», pensó, mientras se cruzaba con Beckmesser, que tañía ligeramente su laúd; «Maldita sea su alma».

Casi de inmediato, Joan se acercó para darle la bienvenida:

—¡Héroeeeee, poetaaaa, tú, mi único amigooooo! —cantaba, abrazándolo, y añadió en un susurro casi inaudible—: Hueles asquerosamente a pipermint.

Para enorme sorpresa de Adam, lo que quedaba del segundo acto transcurrió sin mayores incidentes. Los amantes intentaron fugarse, pero Sachs desbarató sus planes: Beckmesser interpretó su ridícula serenata y fue cazado por David en medio de una desbandada de aprendices y maestros («Parecen un montón de hadas danzando como en un ballet», decía Rutherford con gesto desaprobatorio); con ojos soñolientos, entró el vigilante nocturno, entonó su cantinela, bufó en su cuerno, y con los ecos del motivo de la noche estival y la serenata de Beckmesser, la música concluyó. Pero Adam sospechaba que Shorthouse, cuyas tácticas para molestar al mundo eran muy sutiles, solo estaba esperando la ocasión para desatar su fuego graneado en el tercer acto; y los hechos demostraron que Adam estaba en lo cierto.

El elenco se reunió en el escenario para escuchar las pertinentes precisiones técnicas del director, del productor y del maestro coral. Después hubo un receso de un cuarto de hora, durante el cual la gente se dispersó para ir a tomar una taza de té. Adam se reunió con Joan Davis y Barfield, que estaba comiéndose una manzana, en el patio de butacas.

—Hay veces —dijo— que de verdad pienso que deberíamos juntarnos y enviar al infierno a Shorthouse.

—Es la calma antes de la tempestad —dijo Barfield casi imperceptiblemente—. Eso es lo que pasa. Puede que tuviéramos que enviar al infierno a Shorthouse, pero si queréis que os diga lo que pienso de verdad, la empresa no se lo tomaría muy bien.

—Por la sencilla razón —apuntó Joan— de que no se dan cuenta de que tienen a un genio llamado Peacock dirigiendo su orquesta. Consigue que esa vieja banda de rascaviolines y soplagaitas revenidos suenen de un modo verdaderamente maravilloso.

—Es joven —farfulló Barfield entre bocados a su manzana—. Osmosis emocional.

—Por cierto, ¿dónde está? —preguntó Adam—. ¿Ha salido?

Lo buscó con la mirada. En el escenario, una serie de improbables objetos que se habían estado utilizando temporalmente para representar una calle de Núremberg se estaban colocando ahora para representar un prado ameno. En la galería, en la parte de atrás, el electricista estaba conversando con una pareja de «aprendices». Y varios miembros del coro deambulaban dispersos arriba y abajo por los pasillos del patio de butacas. Pero no había ni rastro de Peacock.

—A lo mejor está teniendo una conversación privada con Shorthouse —sugirió Barfield—. Pobre diablo. —Sacó un trozo de pastel y ofreció por obligación y sin mucho entusiasmo a Adam y a Joan; evidentemente se sintió aliviado cuando estos rechazaron el ofrecimiento.

El joven macilento que Adam había visto con el productor cruzó por la parte de atrás del escenario, hablando con Judith Haynes.

—¿Quién es ese? —preguntó Adam a nadie en particular.

—¿El chico? —Joan se levantó para verlo mejor—. Ah, es Boris nosequé. Uno de los «aprendices».

—¿Esa chica no tenía algo que ver con Shorthouse?

—Respecto a eso... —dijo Joan con firmeza—, yo no sé nada. Si es así, lo siento por ella. Es una niña muy mona.

—¿Del coro?

—Sí. Una de las damas de la barcaza. Es la que baila con David.

—Ah, sí, eso es... —meditó Adam—. Estaba seguro de que la había visto con Shorthouse, pero parece que está muy enamorada de ese joven.

—Será una promiscua, probablemente —dijo Barfield, mientras le caían las migas del pastel por la pechera y hasta las rodillas—. ¿Vamos a hacer ahora la primera escena del último acto? Porque si es así, aún tengo tiempo de salir fuera y coger alguna cosilla para comer.

Joan negó con la cabeza.

—No, vamos con la segunda escena. Mejor así, la verdad. Todo el mundo está un poco cansado.

Barfield se quedó observando la puerta que daba a bambalinas, que se abría en ese momento.

—Vaya por Dios —dijo—. Aquí viene Mefisto. Todo el mundo atento.

Shorthouse se acercó hasta donde se encontraban ellos, se sentó, y dejó escapar un suspiro. Apeataba a ginebra, como siempre.

—Gracias a Dios que la representación empieza en una semana —dijo—. No puedo soportar esto mucho más. Peacock es bueno... —hablaba con tanta y con tan manifiesta falsedad que Adam lo observó asombrado—, pero es incapaz de amoldarse a nada.

—¿Estás intentando acosarlo a propósito para que pierda los nervios, Edwin? —le preguntó Joan.

—Cielo santo, Joan... —Shorthouse parecía verdaderamente sorprendido ante aquella pregunta—, ¿cómo se te puede haber ocurrido semejante cosa? Lo siento si he estado entorpeciendo un poco la producción, pero entiendo que he hecho lo que se suponía que debía hacer. Sin embargo, cada vez que pregunto algo, con lo único que me encuentro es con algún tipo de insulto grosero dirigido *a mí*... No es que me importe, personalmente... El pobre no tiene mucha experiencia y obviamente está nervioso. Pero a mí lo que me preocupa es la producción en su conjunto. Es la primera vez que se va a representar *Los maestros cantores de Núremberg* desde que acabó la guerra, y me parece que por esa razón es más importante de lo habitual que todo se haga correctamente. —Se detuvo entonces, y una sonrisa involuntaria se adivinó en su rostro—. He estado pensando muy seriamente en ir a ver a la empresa y pedirles que cambien a Peacock.

—No se te ocurra portarte como un maldito cabrón... —dijo Adam, más ferozmente de lo que había pretendido—. Tiene contrato.

—Y yo —respondió Shorthouse de mala manera—. Pero eso no va a impedir que me echen si los ensayos continúan por este camino. Te puedo asegurar que no es una cuestión personal: solo estoy pensando en Wagner.

La mera idea de que Shorthouse pudiera estar pensando en alguien que no fuera él mismo era algo que Adam se sentía incapaz de concebir; así que simplemente dejó escapar un gruñido nasal. Barfield estaba desenvolviendo una tableta de chocolate. Pogner, el padre de Eva, avanzó a grandes zancadas por el escenario, farfullando irritado contra sí mismo, y Rutherston apareció, gesticulando al electricista en su galería. En el foso, un instrumentista de oboe estaba enfrascado en una larguísima jeremiada sobre alguna infracción de las normas del sindicato de músicos e intérpretes.

Diez minutos después el ensayo se había vuelto a poner en marcha. Entraron los representantes de los gremios de Núremberg, la barcaza de doncellas, los aprendices bailaron («como en una función de escuela dominical», según apuntó Rutherston) y al final llegaron los maestros cantores, encabezados por un estandarte con la efigie de David y su arpa. El coro cantó en honor a Sachs; cuando la aclamación se fue diluyendo, todo quedó dispuesto para el conmovedor monólogo del zapatero-poeta que interpretaba Edwin Shorthouse.

Capítulo cinco

Y entonces fue cuando en verdad empezaron los problemas. Hubo una discusión relativa a las marcas, seguida de un desencuentro sobre el punto concreto de la partitura en que debía reiniciarse la música. Shorthouse se lo recriminó a Peacock, y luego se enzarzaron en una trifulca, «como en un debate sobre nacionalización en los Comunes», según lo expresó Adam. Aunque aquello fue el estallido que todo el mundo había sospechado que finalmente ocurriría, hubo un sentimiento generalizado de vergüenza ajena, puesto que la visión de dos hombres crecidos berreándose el uno al otro como críos es, en el mejor de los casos, un espectáculo desalentador. Sin embargo, nadie intervino; solo cuando Peacock al final se largó con cajas destempladas, después de romper la batuta contra el atril de dirección, en un arrebatado de furia ciega, Adam se fue tras él discretamente. Pudo oír mientras se alejaba, a sus espaldas, el murmullo de la tensión al relajarse en el escenario.

Peacock se encontraba en la sala de ensayos. Permanecía absolutamente inmóvil, aferrado a la tapa del piano con ambas manos, y luchando por controlar sus emociones. Sus rasgos huesudos, irregulares y sensibles dejaban ver bien a las claras la tensión que estaba soportando, y de tanto en tanto se le perdía la mirada y permanecía absorto, con los ojos clavados en el vacío. Adam vaciló un instante en el umbral de la puerta; entonces dijo simplemente:

—Cuentas con mi simpatía.

Hubo un largo silencio antes de que Peacock decidiera contestar. Al final, relajó sus músculos y dijo con gran amargura:

—Supongo que debería disculparme.

—Técnicamente, sí —apuntó Adam—. Pero desde el punto de vista humano, no. Tienes que considerar que todo el mundo está de tu parte. Edwin se está comportando de un modo intolerable.

Peacock farfulló algo.

—Debería ser capaz de controlar una situación así. Después de todo, es parte de mi trabajo... —meditó—. Tú tienes más experiencia que yo en este tipo de cosas... ¿debería renunciar?

—No seas tonto —dijo Adam con vehemencia—. Por supuesto que no.

—Naturalmente, soy consciente... —Peacock hablaba con dificultad— de la conducta que sería más aconsejable. Amable, pero firme... El problema es que mis nervios no me lo permiten. Supongo que... en fin, que no estoy preparado para este tipo de trabajo... —Parecía tan demacrado que Adam se estremeció—. Pero simplemente... *tengo que conseguir* que esto sea un éxito. De un modo u otro, el resultado de esta producción va a afectar a toda mi carrera futura.

Se hizo un silencio.

—¿Qué pasa con el ensayo? —preguntó Adam.

—Diles que se acabó por hoy, ¿quieres? No puedo presentarme delante de nadie en este momento.

—Sería mejor que...

—¡Por el amor de Dios, diles que se acabó por hoy!

Peacock procuró controlarse enseguida, y un espasmo de vergüenza cruzó su rostro.

—Lo siento. No pretendía gritarte.

—Se lo diré —dijo Adam, y titubeó en la puerta—. Por Dios te lo pido: no cometas ninguna imprudencia... —añadió, y regresó al escenario.

Cuando llegó, anunció a todo el mundo que se había acabado el ensayo por aquel día. Shorthouse, según pudo comprobar, no estaba presente y no se enteró de la decisión de suspender.

La gente se dispersó, cuchicheando en voz baja. La orquesta comenzó a desmontar y a guardar los instrumentos en las fundas. Joan Davis se acercó a Adam.

—¿Cómo está? —le preguntó.

—No me gusta la pinta que tiene todo esto —dijo Adam—. No me gusta en absoluto. ¿Dónde anda Edwin?

—Se largó enseguida, en cuanto se fue Peacock.

Adam suspiró.

—En fin, no tiene ningún sentido quedarse aquí. Volvamos al hotel y tomemos una copa.

—¿Crees que deberíamos tener una reunión?

—Una reunión... no veo qué podríamos sacar en claro de una reunión.

Joan sonrió con gesto irónico.

—Nada, con toda probabilidad. Pero al menos purificaría un poco este ambiente enrarecido.

—Bueno, entonces, después de cenar... preferiblemente con una copa.

—Yo me encargo de prepararlo. —Joan asintió levemente, y se fue a su camerino.

En la entrada de actores Adam se topó con Shorthouse, que estaba a punto de marcharse.

—¿Qué demonios pasa contigo, Edwin? —le preguntó, arrebatado por un impulso repentino.

Shorthouse lo miró extrañado, como si no comprendiera. Llevaba despeinado su escaso pelo gris, y el sudor le perlaba las mejillas y la frente. Con una punzada de horror, a Adam se le pasó por la cabeza que aquel hombre pudiera estar volviéndose loco. Irracional y del todo inopinadamente, en aquel momento Adam sintió lástima por Edwin Shorthouse.

Pero ese sentimiento desapareció de inmediato cuando Shorthouse decidió hablar... con voz grumosa, como si el movimiento de la boca le resultara doloroso.

—Voy a llamar por teléfono a Levi... —dijo—, y voy a hacer que despidan a ese mequetrefe.

—No digas bobadas, Edwin —dijo Adam con firmeza—. Aunque Levi te hiciera caso, eso sería el principio del fin para ti. No puedes machacar a todo el mundo y excederte del modo en que lo haces sin que acabes pagando por ello.

Pero Shorthouse, sorprendentemente, no pareció ofenderse por aquello.

—Tanto sufrimiento —murmuró con voz turbia—. La gente no se da cuenta de lo que estoy sufriendo yo... —Se detuvo; y luego, recobrándose, se fue tambaleándose y se perdió en la oscuridad.

Poco después, Adam también se fue.

* * *

Dennis Rutherston, con su inefable sombrero encasquetado en el hemisferio occipital de su cráneo, se recostó hacia atrás y observó fijamente el ámbar pálido del *whisky* en su vaso.

—¿Por qué os preocupáis? —dijo—. Ya se arreglará. Estas cosas pasan siempre.

—Perdona —interrumpió Adam con inusitada resolución—, pero no estoy de acuerdo.

Estaban todos en el bar del Randolph Hotel, sentados alrededor de una mesa, cerca de la puerta: Adam, Elizabeth, Joan, Rutherston, Karl Wolzogen, y John Barfield. Eran las ocho de la tarde de aquel mismo día, y la abundantísima y multitudinaria clientela que habitualmente se reunía allí después de cenar aún no había llegado. No obstante, unos cuantos bebedores pertinaces compartían el salón con ellos. En la mesa de al lado, un hombre alto, moreno, con una bufanda verde alrededor del cuello, estaba hablando largo y tendido y con un tonillo de erudición magistral sobre el asunto de los raticidas; se dirigía a un pulcro caballero de mediana edad, de aspecto castrense, y a un joven de pelo castaño rojizo, de manos temblorosas, que lucía una rosa en el ojal. En el bar predominaban los colores azulados y terrosos. Gracias al Cielo en el salón se estaba calentito: todo lo contrario que en el exterior, donde hacía un frío espantoso. El tintineo de vasos, el turbio zumbido del grifo de la cerveza en la barra, y el sonido de la caja registradora se fundían agradablemente con el murmullo de la conversación de la clientela.

Adam andaba con ganas de discutir.

—Esto pasa de castaño oscuro —sentenció, amenazando con el índice a cada uno de los presentes, a modo de advertencia—. No es una cosa esporádica. Y en el caso de Edwin, parece complicarse con la autocompasión. Pero a lo que se reduce todo esto es a lo siguiente: que uno de los dos, bien Edwin o bien Peacock, debe irse... si es que queremos estrenar.

—... bulbos de escila para ratas —dijo el hombre de la mesa de al lado—. Eso causa una muerte espantosa.

Rutherston suspiró.

—Bueno, ¿y qué sugieres? —preguntó—. ¿Una delegación que vaya a hablar con Levi?

—Ya hemos tenido estos problemas otras veces —dijo Joan Davis, en quien los acontecimientos de la tarde habían provocado un comportamiento un tanto temerario en materia fumífera, y encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior—. Levi nunca consentirá en largar a Edwin. Recordad: Edwin es el tirón de la taquilla. Ninguna empresa operística puede permitirse el lujo de incomodarlo.

—Bueno, para el caso —dijo Adam con irritación—, ninguna empresa operística puede permitirse el lujo de incomodarnos a nosotros.

—Querido Adam —le dijo Joan, dándole unos afectuosos golpecitos en la mano—, ¿estás sugiriendo que amenacemos con largarnos si no despiden a Edwin? Porque a mí, y hablo solo por mí, no me apetece mucho tener que enfrentarme a una denuncia por incumplimiento de contrato.

Se hizo un silencio, que al final rompió Karl Wolzogen.

—¡*Ach!* —bufó—. ¡Ese idiota! ¡El arte no significa nada para él! ¡Ni la *Meister* siquiera significa nada para él! Cuando tenía cuatro años me llevaron a ver la *Meister* en Bayreuth. Fue el año antes de que se muriera. Estaba como ido, pero era amable, y dijo...

Los demás, aunque simpatizaban con el entusiasmo de Karl por su enriquecedora cuanto precoz experiencia, ya habían oído aquella historia mil veces. Se apresuraron por tanto a retrotraer la conversación al problema de Shorthouse.

—Bueno, y tú, John, ¿tienes alguna opinión al respecto? —preguntó Joan.

Barfield, que estaba comiendo galletitas de jengibre, sacándolas de una bolsa de papel que tenía sobre la mesa, delante de él, tosió ruidosamente cuando una miga se le fue por el conducto equivocado.

—Me parece que solo hay una solución —explicó, cuando se recuperó—. Y es...

—El fosfato de zinc —dijo el hombre de la mesa de al lado—. Un veneno singularmente efectivo.

Barfield se sintió de repente un tanto desconcertado porque resultaba evidente que aquella injerencia voluntaria resultaba extraordinariamente apropiada en aquel momento.

—Iba a decir... —continuó con prudencia—, que lo único que tenemos que hacer es dejar que se vaya Peacock.

Hubo exclamaciones de protesta.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —añadió apresuradamente—. Ya sé que es injusto. Sé que es impresentable. Sé que los cielos clamarán venganza. ¿Pero qué otra solución tenemos?

—Fosfato de zinc —sugirió Elizabeth. Era su primera contribución al debate.

—Eso sería genial —dijo Joan con aire melancólico—, si pudiéramos envenenarlo aunque solo fuera un poquito... solo lo suficiente como para que no pudiera cantar.

Y seguramente fue en ese momento cuando la reunión se olvidó del tema de Shorthouse. Desde luego, a esas alturas ya había quedado muy claro que nadie podía aportar una solución viable que pudiera resolver el embrollo. Alrededor de las nueve se levantó la sesión, y Adam regresó al Mace & Sceptre con Elizabeth y Joan.

Ya eran más de las once cuando Adam descubrió que no tenía la cartera. Elizabeth ya estaba en la cama, y Adam estaba desvestido. El proceso de vaciado de sus bolsillos reveló la pérdida, y recordó que a lo largo de la noche había pagado las copas con dinero suelto.

—¡Maldita sea! —dijo, sin saber qué hacer—. Creo que me la dejé en el camerino del teatro. Creo que lo mejor será que vaya y la coja.

—¿Por qué no lo haces mañana? —dijo Elizabeth. Adam pensó que su esposa estaba particularmente hermosa aquella noche, con el pelo resplandeciente, como seda a la luz de la lamparita de noche.

Adam negó con la cabeza.

—Es que no voy a estar tranquilo hasta que no vaya y la coja. Había bastante dinero.

—Pero el teatro estará cerrado.

—Sí, puede ser. Pero el viejo portero de la entrada de actores duerme en el teatro, y puede que aún no se haya ido a la cama. Lo intentaré, de todos modos. —Y se estaba vistiendo otra vez mientras lo decía.

—Muy bien, cariño —dijo Elizabeth con voz soñolienta—. No tardes.

Adam se inclinó sobre ella y la besó.

—No tardaré —prometió—. Está a tres minutos de aquí.

Cuando salió fuera, descubrió que la luna estaba apegada, sin completar la esfera, y muy pálida, y con un halo en derredor. Su luz iluminaba toda la acera sur de George Street, y al final, en la esquina con Cornmarket, Adam pudo ver el verde inmóvil de los semáforos. Un ciclista tardío pasó a su lado: la goma de las ruedas quebraba el hielo que moteaba la superficie de la calzada. El aliento de Adam se convertía en vapor en medio de la gélida noche, pero al menos ya no hacía aire.

Cruzó por Gloucester Green. Todavía había unos cuantos coches aparcados allí, y la pálida luz de la luna formaba vetas blanquecinas con los rayos amarillentos de las farolas sobre las carrocerías metálicas. Todo estaba en silencio, salvo por la persistente tos de un viandante plantado a destiempo en el exterior de una pequeña tienda de tabacos, a su izquierda. Adam se detuvo un instante para leer los carteles de un concierto que habían pegado en una pared cercana, y luego avanzó a pie por Beaumont Street.

No tuvo ninguna dificultad para entrar en el teatro de la ópera... de hecho, la puerta de la entrada de actores estaba abierta de par en par, aunque el diminuto vestíbulo del interior, con su panel de anuncios de tapete verde y su solitaria lámpara de cristal

esmerilado, estaba desierto. Alrededor de las once y veinticinco ya había recuperado su cartera y se disponía a marcharse.

Su camerino estaba en el primer piso, y su decisión de bajar en el ascensor por tanto debe atribuirse únicamente al placer del movimiento mecánico descendente. Presionó el botón, y el aparato se detuvo frente a él. Se metió dentro y el ascensor cubrió la pequeña distancia hasta la planta baja. Entonces, pensando que aquel ridículo viaje era insuficiente, volvió a subir, esta vez hasta la segunda planta. A través de las portezuelas de hierro podía ver la larga y siniestra galería de camerinos, el brillo del teléfono metálico colgado en la pared del fondo, y el rectángulo de luz amarilla que salía por la puerta abierta del dormitorio del portero de la entrada de actores, que ya se había ido a su cuarto. Un instante después, el mismísimo portero salió de su habitación. Era un anciano llamado Furbelow, de pelo escaso y ralo, y unas gafas con moldura metálica. Adam, presintiendo que tal vez su presencia allí requeriría alguna explicación, abrió las puertas del ascensor y lo saludó.

—Ah, señor... —dijo el anciano con cierto alivio—, es usted.

Adam explicó pormenorizadamente el motivo de su presencia en el teatro a horas tan intempestivas.

—Pero me sorprende verlo todavía levantado... —añadió.

—Siempre me quedo levantado hasta medianoche, señor Langley, y la entrada de actores está abierta siempre hasta esa hora. Pero es que ahí abajo hace frío, así que me subo y me quedo aquí la última parte de la jornada.

—Yo diría que aquí arriba hace el mismo frío, si deja usted la puerta de su habitación abierta.

—Dejo la puerta abierta cuando tengo el calefactor eléctrico encendido. Esas cosas sueltan gases —dijo Furbelow con énfasis magistral—. Hay que tener la estancia ventilada cuando se encienden.

Aunque Adam dudaba de que hubiera mucho fundamento científico en semejante aseveración, no estaba lo suficientemente interesado en los asuntos domésticos del portero como para discutírsela. Le dio las buenas noches y abandonó el teatro. Mientras se alejaba, un coche se acercó a la puerta, y su ocupante, un hombre, entró apresuradamente por el acceso de artistas. Adam sintió una ligera curiosidad, pero no quiso entretenerse más y, para cuando llegó al hotel, aquel detalle ya se le había olvidado.

Entretanto, en uno de los camerinos que se encontraban enfrente de la puerta abierta de Furbelow, Edwin Shorthouse se balanceó un poco por la corriente de aire frío. De tanto en tanto la cuerda hacía crujir el gancho de hierro del que estaba colgado, pero eso era lo único que podía oírse.

Capítulo seis

—**Q**ue en un mundo en el que los físicos atómicos pasean libremente por la calle, profiriendo sus habituales lamentos sobre el uso indeseable que los políticos hacen de la ciencia, un asesino no pueda encontrar una víctima más apropiada que un desgraciado cantante de ópera... lo único que revela es una cierta pobreza imaginativa —dijo Gervase Fen con un gesto de profundo desprecio.

—No creo que dijeras eso —contestó Adam— si hubieras conocido a Shorthouse. No creo que haya mucha gente que lo lamente.

Los tres hombres se detuvieron en el bordillo para dejar pasar a un camión que cruzaba hacia St. Giles. El viento formó entonces un pequeño torbellino de copos de nieve a su alrededor.

—Da igual —continuó Fen cuando iban cruzando la calzada—, los buenos cantantes son escasos. Y por lo que he podido colegir —la seguridad con la que hablaba tendía a anular su presunta humildad—, *era* muy bueno.

—Por supuesto que era bueno. Nadie lo habría aguantado ni dos minutos si no hubiera sido por eso... No sé si acabará cuajando la nieve.

—Me parece a mí que os habéis precipitado al dar por sentado que ha sido un asesinato —dijo *sir* Richard Freeman, el jefe de policía de Oxford. Caminaba muy derecho, con pasos cortos, rápidos y decididos—. El inspector Mudge dice que las circunstancias sugieren suicidio... —y frunció el ceño severamente ante aquella hipérbole jamesiana.

—El inspector *Mudge* —remarcó Fen con un gesto de dolor. Se cruzó de brazos igual que los taxistas—. Eso duele —se quejó—. De todos modos, si fue suicidio, no entiendo por qué me habéis llamado a mí.

—Shorthouse. ¿Es algún familiar del compositor?

—¿Charles Shorthouse? —dijo Adam—. Sí. Es hermano suyo. Edwin cantó en muchas óperas de su hermano Charles, aunque en el campo del repertorio normal estaba especializado en Wagner. Wotan y Sachs. Mark. El charlatán de Gurnemanz^[12]. Obviamente, cuando decidieron hacer aquí *Los maestros cantores de Núremberg*, Edwin tenía que hacer el Sachs.

Pasaron junto a un *pub*.

—Me tomaría un Burton —dijo Fen, mirando atrás con la melancólica pasión de Orfeo observando a Eurídice encaminándose a la boca del infierno—. Pero supongo que será demasiado temprano. Shorthouse apareció colgado, ¿no?

—Eso parece —asintió *sir* Richard Freeman—. Pero no estrangulado. Parece que fue una especie rara de ahorcamiento.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué le habían roto el cuello?

—O dislocado. Tendremos el informe forense cuando lleguemos.

—Desde luego, no es en absoluto un modo habitual de suicidarse —comentó Fen.

Su semblante, habitualmente alegre y rubicundo, adquirió un aire meditabundo—. De hecho, me da la impresión de que toda la operación debió de suponer un enorme trabajo, acompañado de cierta habilidad y astucia... —Se abotonó hasta el cuello la enorme gabardina en la que iba embutido, y se ajustó su extraordinario sombrero. Tenía cuarenta y tres años, y era enjuto, larguirucho, con ojos azules y un pelo castaño que intentaba alisarse a base de agua, aunque con poco éxito—. Entiendo —añadió cuando giraron por Beaumont Street, junto al Randolph Hotel— que Shorthouse ha estado causando molestias durante los ensayos.

—«Molestias» es un eufemismo —dijo Adam con una mueca de desagrado—. Por cierto —y se volvió hacia el jefe de policía—, le pedí a mi mujer que se acercara al teatro esta mañana. Espero que no le importe. Verá, es que todo esto le interesa bastante.

—¿Su... mujer? —dijo *sir* Richard, con gesto abatido, como una persona que de repente tuviera que cargar con un peligroso secreto—. No sabía que estuviera casado, Langley.

—La mujer de Adam —explicó Fen— es Elizabeth Harding, que escribe novelas policíacas.

—Ah... —exclamó *sir* Richard—, un tema muy desagradable —añadió como quien huele algo apestoso—. Sí, claro. Desde luego. Estaré encantado de conocerla.

—También creo que quiere entrevistarte a ti, Gervase... —añadió Adam—. Está haciendo una serie de reportajes sobre detectives famosos para un periódico.

—¡*Detectives famosos...!* —dijo Fen, con gran complacencia—. Oh, *por mis patas de conejo*. ¿Has oído eso, Dick? —añadió, dándole de repente una palmetada en el pecho al jefe de policía para asegurarse de que le prestaba atención—. ¡*Detectives famosos, nada menos!*

—Imbéciles célebres —dijo *sir* Richard contrariado—. ¡Puag!

—Bueno, pues ya hemos llegado... —concluyó Adam.

Cruzando por la esquina de St. John Street, llegaron a la ópera, y avanzaron, con Fen gruñendo de un modo bastante molesto por el frío, hasta la entrada de artistas, que se encontraron vigilada por un guardia. A su lado, un pequeño grupo de hombres de sórdido aspecto con fundas de instrumentos, con los cuellos de los abrigos vueltos hacia arriba para protegerse del gélido viento y con los dedos azules e inflamados, estaban conversando con una arpista.

—Buenos días, señor Langley —dijo uno de los músicos—. Un asunto feo, ¿eh? ¿Vamos a tener ensayo? ¿Usted qué cree?

—Desde luego, hasta la tarde por lo menos, no —contestó Adam—. Depende de la policía, diría yo.

—No cancelarán la producción, ¿no?

—No, seguramente no. Ya encontrarán a otro Sachs. Pero eso tal vez signifique que haya que posponer el estreno.

—Bueno, yo voy a echar un trago —dijo el oboe—. ¿Alguien se apunta?

El policía de la puerta saludó a *sir* Richard Freeman. Saludó también a Fen, un poco menos formalmente. Y no saludó a Adam en absoluto. Entraron.

La puerta de artistas conducía a un pequeño vestíbulo, muy sobrio, de donde partían dos tramos de escaleras, hacia arriba y hacia abajo. Había también una especie de garita, amueblada con unas cuantas comodidades muy básicas, donde el portero vivía durante el día, donde trabajaba y donde hacía su vida, pero en aquel momento estaba vacía. Empujaron unas puertas batientes y pasaron a las bambalinas. Se encontraron en un espacio semi iluminado. Moviéndose con cuidado entre cuerdas, focos y decorados apoyados precariamente contra las paredes, no tardaron en estar en disposición de oír y ver una especie de altercado que se estaba desarrollando en el escenario.

Un único foco encendido en la tramoya superior iluminaba a Elizabeth y a un inspector de policía, ambos francamente enfadados. En el fondo, casi en penumbra, había otras figuras que deambulaban como espectros a las puertas del limbo. Pero el centro de toda la acción que se estaba desarrollando en aquel momento eran Elizabeth y el inspector. El inspector de policía, a primera vista, era bajito, y tenía un aspecto mustio y malévol; y Elizabeth estaba con las manos en las caderas, mirándolo con gesto furibundo.

—Es usted un burro intolerable y pretencioso —lo estaba informando en un tono mesurado y administrativo—. Un chusquero. Un bobalán. ¡Un cabeza de chorlito!

—Escúcheme... —decía el inspector con contención melodramática—. Le ruego que me escuche un momento... Ya me está usted hartando... No tiene usted derecho a estar aquí, señorita. Y si no se va usted... ahora... ¡*inmediatamente!*, la acusaré de obstrucción a la autoridad en el desarrollo de mis deberes.

—Me gustaría a mí ver eso —replicó Elizabeth, con una virulencia tan intensa y malévola que incluso Fen se asustó. Elizabeth se volvió hacia los recién llegados—. Y si se cree usted que... —se interrumpió, y de repente su rostro se iluminó—. ¡Adam!

—Cariño, ¿tienes algún problemilla? —le preguntó Adam—. Quiero presentarte a *sir* Richard Freeman, el jefe de policía, y a Gervase Fen. Elizabeth, mi mujer.

—Un placer —dijo *sir* Richard con varonil firmeza—. Está bien, Mudge, ya me ocupo yo... —añadió, dirigiéndose al furibundo inspector.

—Como usted diga, señor —contestó Mudge—. Como usted diga, naturalmente. Como usted diga. —Y se retiró unos pasos, farfullando irritado.

—Bueno, bueno... —Fen sonrió con gesto adulator a Elizabeth, como un ogro a punto de devorar a un niño pequeño—. Estoy encantado. Puedo contarle algunas cosas sobre Adam... —continuó con gran amabilidad.

—Me acaban de rescatar ustedes justo a tiempo —la voz de Elizabeth aún tenía un rastro de mal humor—. Adam, cariño, llegas terriblemente tarde.

—Sí, querida —dijo Adam con gesto de arrepentimiento—. Lo siento.

—Y ahora —dijo *sir* Richard, que francamente no estaba muy interesado en aquella conversación—, veamos cuáles son los hechos, Mudge. ¿Ocurrió aquí?

El jefe de policía miró a su alrededor. La luz del escenario iluminaba débilmente las primeras filas de la platea. Unos bastidores a medio pintar salían de los laterales. Entre bambalinas, se podía ver la galería del electricista. Había un montón de basura y de polvo. Había marcas medio borradas de tiza que había trazado el productor en el suelo, para ayudar a los intérpretes a situarse en los ensayos. En el foso podía verse un amasijo de metales. Pero en todo el teatro no había nada, aparte de un montón de cuerdas, que sugiriera suicidios o violencias.

—No, señor. —Mudge informó a su superior tal vez con más irritación de la que sería aconsejable—. No fue aquí. Fue en el camerino.

—Bueno, pues llévenos allí entonces —dijo *sir* Richard—. Es absurdo estar aquí como si fuéramos un grupo de personajes de un melodrama.

Mudge suspiró, y pronunció, como si fuera una fórmula áulica, la palabra «Furbelow». El portero de la entrada de artistas se materializó entre los espectros periféricos, y se plantó delante de ellos con ojos asombrados.

—Buenos días, señor Langley —dijo con voz dubitativa.

—Furbelow, será mejor que venga con nosotros. —Mudge hablaba con un tono imperioso—. *Sir* Richard querrá oír lo que usted tiene que decir.

—¿Quién es este hombre? —preguntó *sir* Richard con disgusto.

—El portero de la entrada de artistas, señor. Su testimonio es importante.

—¿Ah, sí? —dijo *sir* Richard, como uno que se enfrentara de repente con un monstruo de la naturaleza—. Importante, ya veo.

—Vamos, vamos... —dijo Fen con impaciencia—, o no empezaremos nunca.

Al final a duras penas se las arreglaron para salir del escenario. Adam quería coger el ascensor, pero parecía que al tembloroso y decrepito Furbelow le daban miedo los ascensores. Si se rompe la maquinaria, explicaba, y uno se precipita con violencia contra el suelo... En cualquier caso, aquel ascensor en particular era demasiado pequeño para acogerlos a todos, así que subieron andando, animados por algunos apuntes del jefe de policía respecto a los beneficios del desarrollo muscular... El inspector primero, *sir* Richard tras él, Fen pisándole los talones, y luego Adam y Elizabeth, y finalmente Furbelow. Cuando llegaron al segundo piso, avanzaron en fila india, rodeando una escalera de metal que alguien había abandonado allí del modo más insensato y descuidado, y que conducía al tejado, y al final llegaron a una puerta con un cartel que ponía Edwin Shorthouse. El inspector se detuvo.

—Aquí es —dijo.

—Bueno... bueno... —murmuró *sir* Richard, enojado ante la redundancia de su propia expresión—. Echemos un vistazo. El cadáv... eeh... ya se lo han llevado, supongo.

—Oh, sí, señor. —Mudge estaba metiendo la llave en la cerradura—. De hecho, el análisis *post mortem* ya debería haber acabado a estas horas. Estoy esperando que Rashmole aparezca por aquí en cualquier momento.

—¿Se ha puesto en contacto con el hermano?

Mudge se detuvo en sus operaciones cerrajeras, para disgusto de todo el mundo; en la galería de camerinos desde luego había unas espantosas corrientes de aire.

—Le telegrafíé esta mañana temprano, señor —dijo—. Y llegó una contestación unos minutos antes de que usted llegara. —Titubeó—. Una contestación un poco rara. Antinatural, a mi parecer.

—Bueno, ¿y qué dice?

Mudge se apartó de la puerta y rebuscó en sus bolsillos; al final sacó un telegrama; se lo pasaron de mano en mano. Decía:

encantado — durante meses esperando suicidio — ¡bien! — no molesten con preguntas — charles shorthouse

—Bueno, maldita sea mi alma... —*Sir* Richard parecía indignado—. Esto debe de ser una broma.

—Me parece que no... —dijo Adam—. Charles Shorthouse es una persona muy excéntrica, ¿sabe? Y todo el mundo sabe que detestaba a su hermano. Me da la impresión de que es exactamente el tipo de telegrama que cualquiera esperaría que enviara.

—De todos modos, ¿dónde vive?

—Cerca de Amersham, creo.

—Muy bien... Mudge, ¿quiere hacer el favor de abrir esa puerta de una vez?

Por fin pudieron entrar. Era un camerino muy grande... desordenado, como todos los camerinos, y como todos los camerinos, sucio. La ropa estaba colgada al azar de perchas, o se amontonaba sobre las sillas. El tocador era un basurero de manchas de grasa y fotografías. Una partitura vocal de *Los maestros cantores de Núremberg*, hecha jirones y garabateada, yacía en el suelo. Había uno o dos libros, ligeramente manchados de maquillaje; dos botellines de cerveza vacíos, y uno medio lleno; una palangana; una máquina de escribir; algunas hojas de papel en blanco. No había ventanas, así que encendieron las luces del tocador, en cristal mate, que se reflejaron al otro lado del espejo; pero en una parte de la estancia, donde el techo parecía abombado, había un pequeño tragaluz como de tres pulgadas cuadradas, que podía abrirse desde el tejado.

—Parece que estaba como en casa —comentó Fen—. Los ensayos generales aún no habían comenzado, ¿verdad?

—No. Pero él siempre se pasaba un montón de tiempo en su camerino —dijo Adam—. Bebiendo, sobre todo. Debería haber por aquí por lo menos un par de botellas de ginebra. Era muy aficionado a la ginebra.

—Las había —dijo Mudge—. Y están siendo analizadas en este momento.

Aquí... —Adam se sintió abrumado momentáneamente por la sensación de estar asistiendo a un recorrido turístico—, aquí es donde estaba colgado el cuerpo —añadió Mudge un poco dubitativo.

—¡Colgado...! —dijo Fen con emoción—. Dios mío. Parece que apenas hay suficiente altura como para que se rompiera el cuello.

—En los patíbulos —explicó Elizabeth con animada precisión— dejan una altura de seis a ocho pies, dependiendo del peso.

Fen la observó con recelo.

—Sí —admitió—. Está usted completamente en lo cierto. Pero... naturalmente, todo es una cuestión de tensiones. Con suerte... no sé por qué utilizo aquí la palabra 'suerte', pero en fin: con suerte, te puedes romper el cuello cayendo de una altura de solo un pie, más o menos.

Todos se quedaron mirando el grueso gancho de hierro del que había colgado la sogá. Estaba empotrado en el techo, aproximadamente a un pie de distancia del abombamiento donde estaba el tragaluz, y como a unos siete pies de la propia claraboya.

—¿Para qué está ahí? —preguntó *sir* Richard, sacando su pipa—. ¿Estaba ahí antes?

Furbelow, consultado por Mudge, opinaba que nunca había habido ahí un gancho.

—Y es más —dijo Mudge—, hay restos de yeso en el suelo.

Evidentemente el gancho se colocó ahí hace muy poco tiempo, y se puso con una intención... Bueno, el hombre estaba colgado de ahí. En la cuerda no había nada que llamara la atención... tenía la longitud de una cuerda de tender la ropa...

—¿Tenía el nudo debajo de la mandíbula? —preguntó Fen. Se había sentado, y se estaba palpando su propia mandíbula, con ademán meditabundo.

—Vaya, sí, señor, así es. Fuera él mismo o cualquier otro el responsable, evidentemente sabía en lo que se andaba. —Mudge se calló entonces, a juicio de Adam porque se había quedado meditando retrospectivamente la gramática de la frase que había pronunciado.

Sir Richard prendió una cerilla.

—Continúe —dijo, moviéndola vigorosamente. La cerilla se apagó.

—El interior de la cuerda estaba almohadillado... —Mudge había caído en una especie de sonsonete cantarín, que evidentemente consideraba muy apropiado para su actuación—, con una especie de viejo relleno de algodón. Y... en fin, supongo que eso es todo.

—¿*Todo*? —exclamó *sir* Richard—. No sea ridículo, Mudge. Eso no puede ser *todo*. ¿Quién encontró el cuerpo? ¿Y cuándo?

—Lo encontró el doctor Shand —informó Mudge.

—¿El doctor Shand? —Fen había estado sentado delante del espejo, pintándose un gran bigote negro en la cara. Entonces se volvió y mostró el resultado. Elizabeth profirió un pequeño grito divertido. Fen le frunció el ceño—. Shand es un hombre

digno de toda confianza, Dick —añadió—. ¿Pero qué estaba haciendo aquí en plena noche?

—Por el amor de Dios, Gervase —dijo *sir* Richard—, deja de jugar con el maquillaje... Sí, Mudge, díganos —se volvió hacia el inspector—, ¿qué estaba haciendo el doctor Shand aquí en plena noche?

—Vino respondiendo a un mensaje urgente de parte de Shorthouse —explicó Mudge apresuradamente.

—Ah. Dice usted... «de parte de». ¿Quién le hizo llegar ese mensaje?

—Ahí está la cosa. El doctor Shand no lo sabe. Fue un mensaje telefónico.

—Esto se pone interesante —dijo Fen. Se había aplicado crema desmaquilladora en la zona del bigote, y ahora parecía como si se hubiera comido un merengue—. Así que el doctor Shand vino y subió aquí. ¿Cuándo, por cierto?

—Alrededor de las once y media. Vino directamente aquí arriba... por la galería de ahí afuera, quiero decir, y vio que Furbelow estaba en su habitación, ahí enfrente.

—Pero... un momento... —dijo Adam de repente—. Yo estuve en el teatro ayer por la noche.

—Oh, Adam, es verdad que estuviste... —dijo Elizabeth, con un gesto de franca admiración.

—Santo Cielo, Adam, ¿y se puede saber qué estabas haciendo aquí? —preguntó Fen.

—Vine a buscar mi cartera. La dejé en mi camerino durante los ensayos de la tarde, y la olvidé. Tenía un montón de dinero dentro, y da la casualidad de que las cosas tienden a desaparecer de los camerinos, así que vine a buscarla en cuanto me acordé. Debo decir que no me imaginaba ni por lo más remoto que Edwin Shorthouse pudiera estar aquí en absoluto, y muerto... ¡Qué cosa tan asombrosa!

Mudge parecía estar sufriendo algún desconocido trastorno emocional.

—Ahora, señor... —comenzó a decir, mirando con inquietud al jefe de policía—, me temo que no me había dado cuenta en absoluto de quién es usted...

—Es Adam Langley —dijo Fen, aunque apenas se le entendió, porque hablaba a través de una toalla—, que interpreta el papel de Walther en *Los maestros cantores de Núremberg*.

—El único tenor de primer nivel con un perímetro abdominal aceptable —añadió Elizabeth con orgullo—, en toda Europa.

—Así que recuperó usted su cartera, señor. Muy bien. ¿Y qué hora era?

—Oh... las once y veinte... o y veinticinco, diría yo.

—¿Y su camerino está en...?

—En el piso de debajo de este.

—Exactamente —Mudge asintió con gesto sagaz—. Y bien, ¿hizo usted algo más mientras estuvo usted en el teatro?

—Me metí en el ascensor un poco... —Adam comenzó a hablar un poco titubeante—... en el ascensor...

—¿Perdón, señor?

—Me subí al ascensor para dar un viaje —repitió Adam con más firmeza—. Me gustan los ascensores. Me produce una extraña sensación estar dentro.

—Yo diría que por esa misma razón...

—Es una sensación *agradable*, desde luego. —Adam explicó lo que había estado haciendo—. Hablé con Furbelow —concluyó, y añadió sin ninguna necesidad—: Al parecer se sienta ahí toda la noche con la puerta abierta por culpa de los gases que desprende la estufa eléctrica.

—Bobadas —dijo *sir* Richard con un incisivo sentido común.

—¿Se encontró usted con alguien más, aparte de Furbelow, mientras estuvo aquí? —inquirió Mudge.

—Con nadie. Cuando concluí mi viaje de placer, me fui directamente a casa... Oh, hay una cosa, sí... Cuando ya me iba, vi un coche que aparcó delante de la entrada de artistas. Pero me imagino que sería el doctor.

Fen no parecía especialmente interesado en aquella secuencia de recuerdos desordenados.

—Bueno, ya es suficiente —dijo bruscamente—. Volvamos a la llegada del doctor Shand, y al descubrimiento del cuerpo.

Mudge tosió, y adoptó una actitud que recordaba a un niño dando la lección.

—El doctor Shand abrió la puerta —se detuvo entonces con un gesto que simulaba conmoción y asombro— y vio a Shorthouse colgando del punto que ya he señalado —y volvió a señalarlo de nuevo—. Inmediatamente llamó a Furbelow, que como sabemos estaba en la habitación de enfrente, y entre los dos descendieron al desafortunado caballero. Ahora bien, aquí está el asunto... —Mudge señaló a todos con el dedo índice, con gesto admonitorio, al parecer, recriminándoles su falta de atención—. ¡En ese momento, Shorthouse estaba todavía vivo, técnicamente hablando! Es decir, que todavía respiraba, que su corazón aún latía. Me han dicho que eso ocurre a veces en determinados casos de ahorcamiento... El doctor Shand le tomó el pulso —el inspector consultó algún tipo de anotación mental—, y aún había circulación sanguínea en sus venas. Por supuesto, fue imposible revivir al hombre... el corazón se le detuvo solo unos instantes después de que lo hubieran descendido. Y entiendo que eso de que el corazón siga latiendo después de la muerte solo puede durar unos pocos minutos... como mucho.

Nadie dijo nada. *Sir* Richard estaba aplicando una cerilla a su pipa, y la luz de la misma parpadeó de un modo irregular sobre su rostro cetrino y arrugado, con su pelo gris acerado y su bigote. Fen había dejado de jugar, y estaba sentado en el borde de la mesa de maquillaje, con la mirada azul pálida absorta, con su habitual imaginación juguetona en suspenso. Elizabeth se había sentado, y Adam se encontraba apoyado en el respaldo de su silla. Furbelow, cerca de la puerta, descansaba alternativamente en una pierna y en otra. Y en medio de todos ellos estaba el inspector, como un demonio de segunda, enumerando las reglas del infierno a un aquelarre de brujas

particularmente torpes.

—Y esto es todo, por ahora —añadió—. Y ahora les pediría a todos ustedes que tuvieran en cuenta que no había nadie aquí, aparte de Shorthouse, cuando llegó el doctor Shand. Como es un hombre sensato, tuvo la precaución de asegurarse de ello, pero ustedes pueden ver por sí mismos que aquí no hay ningún lugar donde esconderse. Es más, literalmente no hay sitio por el que entrar o salir, excepto por la puerta.

Capítulo siete

Mudge suspiró.

—Vamos ahora con Furbelow —dijo con evidente desgana—. Tal y como yo lo veo, de acuerdo con su testimonio no queda más remedio que aceptar que fue un suicidio^[13]. Furbelow subió a su dormitorio a las once menos cuarto. Se puso cómodo, tal y como es su costumbre, con la puerta abierta.

—Por los gases —dijo Furbelow, mirando de reojo a *sir* Richard por si acaso.

Mudge ignoró el comentario.

—A las once menos cinco —prosiguió— llegó un individuo y, después de llamar con los nudillos a la puerta, entró en este camerino. Por lo que sabemos hasta el momento, ese individuo fue la última persona en ver vivo al señor Shorthouse.

—¿Quién era? —preguntó *sir* Richard.

—Aún no hemos descubierto su identidad —dijo Mudge a modo de disculpa—. A lo mejor el señor Langley puede ayudarnos en ese punto. Un hombre joven, por lo que he podido saber: un miembro del coro.

—Era moreno —apuntó Furbelow—. Moreno y con aspecto de extranjero.

—Oh... creo que sé a quién se refiere —dijo Adam—. Es uno de los «aprendices». Boris nosequé.

—¿No puede recordar el apellido, señor?

—Me temo que no. Pero puedo decirle quién es en cuanto nos reunamos para otro ensayo... o, mejor aún, puede decírselo el propio Furbelow.

—Muy bien, señor. —Mudge asintió con satisfacción—. Como comprobará enseguida, no es tan urgente ni tan importante como pudiera parecer a primera vista... Ese joven, entonces, estuvo aquí durante unos diez minutos, y...

—Espere un momento —lo interrumpió Fen. Se giró hacia Furbelow—. ¿Los oyó hablar?

—No —dijo Furbelow—. Pero aunque hubieran hablado, seguramente no los habría escuchado. Estas puertas son muy gordas.

Mudge continuó su narración.

—Cuando el joven salió por fin de ese camerino, alrededor de las once y cinco, Furbelow... ah... le salió al encuentro.

—Lo siento —dijo Fen—, pero debo interrumpir otra vez... Furbelow, cuando se abrió la puerta del camerino, ¿pudo ver algo desde su habitación?

—No, señor. Mi habitación está un poco esquinada, así. Apenas se puede ver un poco de una esquina, nada más.

—Ya entiendo... Continúe, inspector.

—Furbelow —dijo Mudge— acompañó al joven abajo, hasta la entrada de artistas y le dio las buenas noches. Luego inmediatamente volvió a su dormitorio, y, mirando el reloj de la repisa de la chimenea, vio que eran las once y diez. El calcula

que no estaría fuera más de tres minutos, como mucho.

—Así es —dijo Furbelow con admiración. Era evidente que consideraba aquel resumen como un prodigio de memoria precisa.

—Finalmente —anunció Mudge a modo de clímax dramático—, Furbelow está en condiciones de jurar que nadie entró o salió de este camerino desde las once y diez hasta la llegada del doctor Shand, a las once y media.

—¿Estuvo pendiente de la puerta cuando estuvo hablando con Adam? —preguntó Fen.

—La veía por el rabillo del ojo —dijo Furbelow.

—De todos modos —dijo Adam a modo de inciso—, yo *garantizo* que no pasó nada en ese medio minuto o así. Con toda seguridad, yo habría visto si alguien hubiera entrado o salido... había muchísima luz, que salía de la habitación de Furbelow.

Una expresión de placer, débil pero inconfundible, se dibujó en el rubicundo rostro de Fen.

—Dos preguntas, inspector —dijo—. Primera: ¿había una silla o algo desde donde Shorthouse pudiera haber saltado, si se hubiera suicidado?

—Sí, señor. Uno de esos taburetes altos que hay delante de las barras de los bares, que uno nunca puede coger la copa porque la gente está allí sentada... Según Furbelow, era del almacén de *atrezzo* y utilería. Se lo han llevado para buscar pisadas y huellas dactilares. Estaba tirado aquí en este lado, justo al lado del cuerpo.

—Sí. Y ya que estamos con el tema de las huellas dactilares, ¿sacaron algo del gancho del techo?

—Nada que se pueda identificar. Solo unas manchas irrelevantes...

—Entiendo. Furbelow, ¿oyó usted algún golpe o trompazo en algún momento, como si se hubiera caído un taburete?

—Sí, señor. —Furbelow se mostraba visiblemente respetuoso—. Aunque no puedo decir que me diera cuenta en su momento.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Alrededor de unos cinco minutos antes de que llegara el doctor, diría yo. Aunque no estoy seguro de si fue antes o después de que hablara con el señor Langley.

—Y otra cosa... Inspector, dijo usted que había enviado una botella de ginebra a analizar...

—Y los restos de un vaso, profesor Fen. Sí. Pero es una cuestión rutinaria.

—Lo que se deduce lógicamente de todo esto es simplemente esto: que Shorthouse debió de suicidarse —dijo Adam lentamente—. Este camerino estuvo vigilado desde las once y diez en adelante... y no había nadie dentro, salvo Shorthouse, cuando el doctor llegó. Pero de acuerdo con las pruebas médicas... es *imposible* que Shorthouse pudiera haber estado muerto a las once y diez. ¡Su corazón no podría haber seguido latiendo durante *veinte minutos*!

—Exactamente, señor. —El inspector estaba exhibiendo algo parecido a la confianza por primera vez a lo largo de aquella mañana—. El suicidio, eso es lo que me parece a mí, es el único veredicto posible.

—Ojalá pudiera estar tan seguro como usted —dijo Fen, hablando casi para sí mismo—. Porque tengo una vaga idea...

Lo interrumpió el ruido de alguien que estaba llamando con los nudillos a la puerta del camerino, y Furbelow abrió. Apareció allí un hombre pequeño, impertérrito, con un maletín. Entró como una flecha —no hay forma de decirlo de otro modo—, y observó a todo el mundo con indisimulado placer.

—Muy bien, pues aquí estamos... —anunció—, vengo cargado con todos los detalles truculentos. Ah, ha sido un trabajo espléndido, eso se lo puedo asegurar a ustedes. ¡Y bien rápido! ¡Unas incisiones limpias! ¡Unas pruebas meticulosas!

—Este es el doctor Rashmole —dijo Mudge, con un gesto de resignación, a todos los presentes en general.

—Me sentaré aquí, creo —dijo el doctor Rashmole, cogiendo una silla con la suficiente violencia como para sugerir que tenía intención de atemorizarla y conseguir de ella la sumisión y el buen comportamiento que se exige a las sillas—. Y bien: estarán ustedes ansiosos por conocer todos los detalles enseguida. Tengo aquí... —y empezó a hurgar en su maletín—, *en primer lugar*, el informe *post mortem* del forense, luego el informe del analista sobre la ginebra (y qué manera de beber, por cierto), y también algo sobre la ropa, que me dieron en la comisaría de policía para que lo trajera. ¿Cómo está usted? —añadió, dirigiéndose a Elizabeth.

—Muy bien, gracias —dijo Elizabeth muy tímidamente.

—Lo primero, entonces... —el doctor Rashmole había sacado algunas cuartillas escritas a máquina— la «Causa de la muerte»: dislocación de la segunda y la tercera vértebras cervicales. Es decir, el cuello —explicó con tono condescendiente—. El hombre debía de estar con la soga al cuello. Vale, vale... no es el momento más adecuado para hacer chistes. Las consecuencias habituales del *post mortem*... ¿tengo que concretarlas?

—No —cortó *sir* Richard apresuradamente—. No.

—Luego, parece muy evidente que se endilgó una buena cantidad de barbitúricos antes de morir. Hiperemia o inflamación vascular. Edema cerebral. Degeneración en la deformación de los conductos renales, y necrosis hepática. Tch, tch, tch... —el doctor Rashmole negaba con la cabeza de un modo desaprobatorio—. Creemos que fue Nembutal, pero no podemos estar seguros hasta que se hagan más pruebas. Es un asunto premioso, muy lento y engorroso. Y luego también podría ser Soporigene. ¿Les parece esto más probable?

—Bueno, sobre eso... —empezó a farfullar Mudge muy levemente, pero afortunadamente el doctor Rashmole no le dio la posibilidad de concluir.

—Bueno, pronto lo sabremos —dijo—. A lo mejor dice algo el informe del análisis de la ginebra. A ver qué destila la ginebra, se podría decir... Vale, vale, no es

momento de chistes, supongo. Echémosle un vistazo. —Sacó un sobre, lo rasgó con una salvaje puñalada del abrecartas, y extrajo el contenido—. Ah, pues era Nembutal. Trescientos gramos farmacéuticos, diecinueve gramos en la botella... menuda cantidad, menuda cantidad... y casi dos gramos en los restos del vaso.

—¿En la botella? —preguntó Fen con intriga.

—Exactamente. Al parecer la botella solo tenía un cuarto de ginebra... Bueno, pues tengo que marcharme. Les dejo estos papeles. —Y se encaminó hacia la puerta.

—Espere un minuto —lo llamó Mudge apresuradamente—. El Nembutal ese... es un somnífero, ¿no? ¿Podría dejarte grogui?

—En esas dosis —contestó el doctor Rashmole—, me sorprende que no lo matara. Tuvo suerte de salir con vida... mucha suerte, desde luego. Bien, buenos días. Hay trabajo que hacer, hay trabajo que hacer... —Y cruzó como una corriente de aire. La puerta dio un trompazo tremendo cuando salió.

—Dios mío —dijo Elizabeth abrumada—. ¿Todos los médicos de la policía son así?

Pero Mudge estaba estudiando el tercer informe que había traído el doctor Rashmole.

—Hay una cosa curiosa... —dijo lentamente—. Había restos de cuerda en los calcetines de Shorthouse... como si hubiera tenido los pies atados. Y en los puños de la camisa. —Pareció titubear—. ¿Qué significa todo esto?

—¿Hay alguna mención de marcas de ataduras en el informe *post mortem* del forense? —preguntó Fen.

Mudge cogió los papeles del informe forense y los escudriñó detenidamente.

—Sí... «Ligeras rozaduras en muñecas y tobillos, posiblemente causados por ataduras». Esto es verdaderamente extraño ...

—No tan extraño como el hecho de que el contenido de la botella de ginebra tuviera drogas —sentenció Fen con viveza—. Si solo hubiera habido drogas en el vaso, podría pensarse que se las podía haber tomado él... como si hubiera pretendido fabricarse una especie de analgésico. Pero es inconcebible que pusiera el somnífero en la botella.

Adam levantó la mirada y lo observó, casi apesadumbrado.

—Entonces, quizá usted tenga la amabilidad de contarnos cómo puede una persona haber cometido un asesinato imposible —dijo.

Capítulo ocho

—Oh, lo que diera por un cáliz rebosante del gélido norte^[14] —dijo Fen, engullendo su Burton—. Los asesinatos imposibles por el momento tendrán que esperar.

Estaban sentados frente a una chimenea deslumbrante y acogedora, en el pequeño saloncito principal del Bird & Baby. Mudge se había despedido de ellos en la puerta, con evidente desgana, pues debía continuar con sus obligaciones en un ambiente menos distendido y amable; y Adam, Elizabeth, *sir* Richard Freeman, y Fen estaban en ese momento concediéndose un agradable homenaje. En el exterior, parecía que todavía quería nevar, pero solo lo conseguía a medias.

—Querido, tengo la nariz helada —se quejó Elizabeth ante su marido—. Y todo este lío es verdaderamente engorroso. ¿Qué va a pasar ahora con la producción?

—Oh, saldrá adelante... aunque más tarde de lo que pensábamos, imagino. George Green puede hacer de Sachs. No sé si los ensayos se podrán alargar mucho más... en todo caso, no más de una semana. Si es que se sigue con esto. —Adam probó su cerveza; estaba lo suficientemente fría como para que le diera un pequeño escalofrío.

—Profesor Fen —dijo Elizabeth, haciendo uso de sus habilidades sociales más encantadoras—, ¿estaría usted dispuesto a concederme una entrevista para un periódico?

Fen hizo un débil intento de mostrar poca disposición.

—Oh, no sé... —farfulló.

—*Por favor*, profesor Fen. Es una serie de reportajes. Confío en entrevistar a H. M., y a la señora Bradley, y a Albert Champion, y a toda esa gente archifamosa^[15].

—Bueno, es una sorpresa —dijo Fen, evitando cuidadosamente la mirada de Adam. Se hizo evidente una cierta inquietud en su conducta—. Pero toda esa gente es bastante más inteligente que yo... En fin... —por el momento, era evidente que había conseguido dominarse—, ¿qué es exactamente lo que desea saber usted?

—Solo quiero que me cuente alguna cosa sobre sus casos.

En ausencia de una apropiada fanfarria introductoria, Fen emitió unas tosecillas muy significativas.

—La época de mis grandes éxitos... —comenzó, pero fue interrumpido con una tremenda grosería por *sir* Richard Freeman.

—Pues muy bien —apuntó el policía con firmeza—, ahora que ya hemos entrado en calor, volvamos al asunto de Shorthouse... Vamos, Gervase, no seas crío, no te enfurruñes... Por lo que sabemos hasta ahora, al menos para mí, nuestro personaje principal es un misterio. ¿Cómo era Shorthouse, Langley?

Adam se lo pensó un poco.

—En su aspecto... fornido, no muy alto; con ojos bastante pequeños; muy

resuelto; un poco hipocondríaco..., sobre todo, siempre estaba preocupadísimo por su voz; la edad... entre cuarenta y cincuenta años tendría, me parece a mí. —Se detuvo entonces y bebió un poco más de cerveza—. Respecto a su carácter... bueno, debo admitir que no me caía nada bien. Creo que a casi nadie le caía bien. Era un camorrista... y no se puede decir que su vida amorosa fuera precisamente idílica, podría añadir.

—Ahí va C. S. Lewis —dijo Fen de pronto—. Debe de ser martes^[16].

—Es martes. —*Sir Richard* prendió una cerilla, la aplicó a la cazoleta de su pipa y aspiró con implacable tenacidad.

—Parece que fumas un tabaco incombustible —comentó Fen—. En la época de mis grandes éxitos...

—¿En qué sentido era un camorrista? —dijo *sir Richard*, presionando el tabaco en la cazoleta de la pipa y quemándose los dedos—. ¿Puede ponernos un ejemplo?

Adam narró con todo detalle los acontecimientos acaecidos durante los ensayos del día anterior.

—Estábamos todos una pizca nerviosillos —concluyó— respecto a lo que podría ocurrir esta mañana. Verá, Edwin había dicho que iba a llamar por teléfono a Levi, y que iba a intentar que sustituyeran a Peacock. Así que...

Se detuvo bruscamente.

—Ah —dijo Fen, asintiendo repetida y lentamente con la cabeza, como un chino mandarín—. Esa es la expresión, precisamente: «Así que...». Parece que...

—Parece que... —dijo *sir Richard*, interrumpiéndolo—, parece que Peacock tendría un motivo para asesinar a Shorthouse. Por cierto, ¿al final Shorthouse llamó *efectivamente* a Levi?

—No lo sé —dijo Adam—, pero lo dudo mucho. Si lo hubiera hecho, yo me habría puesto de parte de Peacock, y se habría producido un levantamiento general entre los artistas.

—¡Mi cosita caballeresca...! —le dijo Elizabeth con cariño.

Fen, que había estado canturreando para sí una espantosa parodia del discurso de Pagner a la asamblea, dijo:

—Y aquel joven del que nos habló en el ensayo de ayer... ¿cree usted que es el mismo que visitó a Shorthouse en su camerino anoche?

—Supongo que sí.

—Supone que sí —dijo Fen, que parecía ensimismado—. Bueno, pronto lo averiguaremos. No tengo ninguna duda.

—Puede que él tuviera algún motivo, también. —*Sir Richard* miró en el interior de la cazoleta de su pipa, como si esperara ver una culebra allí. Luego meneó la cabeza con exasperación—. Aquella... —hizo una indicación hacia algún lugar impreciso—, aquella chica. Lo que dijo usted, Langley, sugiere que ella es una especie de conexión entre Boris Comosellame y Shorthouse.

—*Cherchez la femme* —dijo Fen con gesto aburrido.

—Es posible —contestó Adam—. Pero personalmente yo no sé nada de eso. La persona a la que habría que preguntar es Joan Davis.

—Esa es la mujer que hace de Eva, ¿no?

Adam tragó afirmativamente su cerveza.

—¡Cariño! —le espetó Elizabeth a modo de reprimenda.

—Hasta el momento tenemos dos posibles sospechosos, entonces —dijo Fen—: Peacock y Boris Godunov^[17] o como quiera que se llame. Y también tenemos un escenario en el que un hombre ha sido asesinado estando absolutamente solo en su habitación... ¿Se puede colgar a un hombre a distancia?

—A lo mejor por la claraboya —sugirió Adam—. Se puede abrir, ¿no?

—Pero luego habría que colgarlo del gancho —dijo Elizabeth, haciendo gala de su sentido práctico—. Y eso es, me parece, casi imposible desde el exterior.

Adam suspiró y miró hacia la puerta del bar. La puerta se abrió y apareció un enorme esqueleto humano articulado. Tras él apareció Mudge, agarrándolo por la cintura. De momento, todos parecieron desconcertados. Una mujer, desde un rincón del bar, dejó escapar un gritillo.

—¿En qué armario lo ha encontrado? —preguntó Fen, riéndose a carcajadas.

Cuando terminó de reírse, *sir* Richard le dijo con gravedad:

—De verdad, Mudge, comprendo que le entusiasme el caso, pero está yendo usted demasiado lejos. No habrá ido paseando por las calles de Oxford con esa cosa, ¿no?

Mudge parecía avergonzado.

—He venido en coche, señor —dijo en tono sumiso; y luego, recuperando la alegría—: Pero miren... miren este cuello.

Todos observaron el cuello del esqueleto. Todo el mundo en el bar observó el cuello del esqueleto. No había ninguna duda de que allí se había producido un retorcimiento verdaderamente espantoso.

—Parecería... —dijo Mudge con sonrisa triunfal—, parecería como si hubieran estado ensayando el ahorcamiento en este esqueleto.

Con cierto alboroto se consiguió quitar el esqueleto de en medio y meterlo debajo de uno de los bancos de madera.

—Y si a alguien se le ocurre decir «Ay, pobre Yorick»^[18], habrá un segundo asesinato —anunció Fen.

A Mudge le trajeron una cerveza. Tenía una expresión de sincero arrepentimiento, y observaba al jefe de policía con una preocupación tan evidente que Fen se sintió obligado a darle unas palmaditas en la espalda para animarlo un poco.

A continuación se debatió el asunto brevemente, pero apenas se sacó nada en claro.

Habían encontrado aquel esqueleto en el almacén de utilería y *atrezzo* del teatro,

donde se encontraba habitualmente; pero nadie, y menos que nadie Furbelow, había sido capaz de explicar la fractura que tenía en el cuello.

—Había un punto interesante en el informe del forense —dijo Mudge—, y era que señalaba que la dislocación del cuello parecía haber sido el resultado de una violencia extrema, como si alguien hubiera saltado y hubiera tirado de él hacia abajo mientras estaba colgado, como para hacer más peso.

Se produjo un silencio repentino. Y luego...

—¡Qué horror! —dijo Elizabeth con un hilo de voz.

—¿Hay alguna ópera en la que venga a cuento un esqueleto? —preguntó Fen.

—Oh, sí... —asintió Adam—. En una ópera de Charles Shorthouse, basada en *Del amanecer a medianoche*, de Kaiser^[19]. Por cierto, supongo que Charles heredará el dinero de Edwin.

—¿No anda muy holgado de dinero?

—Antaño sí, pero creo que se gastó la mayor parte de su capital financiando sus propias óperas. Ya saben: nadie puede ganarse la vida escribiendo óperas... desde luego, y en Inglaterra, en ningún caso —murmuró Adam—. Edwin debió de ahorrar unos cuantos miles de libras; y como no estaba casado, imagino que ese dinero irá a parar a manos de Charles, para pagar la puesta en escena de la *Oresteia*.

—¿La *Oresteia*?

—Es una gigantesca tetralogía que acaba de terminar: el libreto lo ha hecho Cadogan^[20]. Al parecer se necesitaría construir un teatro nuevo para poder representarla... un segundo Bayreuth, como si dijéramos.

—Entonces Charles Shorthouse es sospechoso —dijo Fen con una cierta satisfacción—. Ahí va C. S. Lewis otra vez.

—Salvo por el hecho de que vive en Amersham —terció *sir* Richard.

—Hay medios de transporte. Obviamente tendremos que averiguar qué estuvo haciendo ayer por la noche. Puede que tenga una coartada.

Para entonces el pequeño bar estaba empezando a vaciarse de nuevo, a medida que la gente se iba a almorzar. Cuando se abría la puerta, entraban oleadas de aire helado, y todo el grupo podía vislumbrar apenas durante un instante la piedra gris de la fachada de St. John recortándose sobre el cielo, de un gris aún más luminoso, y unos árboles altos y desnudos, salpicados con pequeños mechones de nieve, aparte de alguna de aquellas farolas semejantes a robots que se habían colocado en fila a lo largo del centro de St. Giles. Estaba oscureciéndose tanto el día que parecía que iba a anochecer. En las mesas de los comedores de los *colleges* se empezaban a servir sopas insípidas y salchichas con siniestros abultamientos, que recordaban al aspecto de los dibujos de banqueros en un tebeo socialista. En lo único que podía pensar Fen entonces era en la comida.

—En lo único que puedo pensar —les dijo— es en la comida.

—Y en lo único que puedo pensar yo es en que mis pies se están congelando... —dijo Elizabeth con firmeza— Adam, cariño, supongo que te das cuenta de que me

estás quitando todo el calor de la chimenea.

Dos nuevos clientes entraron en el bar. Adam, cogido a medio camino en un complejo movimiento de traslación que provocó aullidos de dolor en Fen, los saludó con un gesto agobiado y ausente. Ellos se acercaron y lo saludaron tímidamente.

—Vengan, y siéntense con nosotros a la chimenea —dijo *sir* Richard con tono amable.

El joven sonrió a modo de tácita disculpa por molestarles. Resultaba muy atractivo con su atuendo oscuro y aire foráneo; era un joven delgado, con ojos despiertos y vivaces, pero su rostro estaba desfigurado por algún tipo de enfermedad epidérmica, y desde luego resultaba evidente que no se encontraba bien en absoluto. Con él estaba Judith Haynes. Aunque ella era muy joven, sus movimientos eran huidizos y desconfiados, con un barniz de sofisticación que demostraba a las claras una esmerada educación. Bajo un pesado abrigo marrón, llevaba pantalones y un jersey que ensalzaba la esbeltez, casi la fragilidad, de su figura. Algunos copos medio derretidos de nieve centellearon en su pelo rubio. Permaneció un poco por detrás del joven, observándolo con un asomo de ansiedad en su mirada. No era difícil ver que estaba enamoradísima de él.

—Permítanme presentarles... —dijo Adam, consciente de repente de sus obligaciones sociales—. Este es el señor...

—Stapleton —dijo el joven—. Boris Stapleton. Y esta es Judith Haynes.

—Mi esposa —contestó Adam, señalando a todos los presentes—. El profesor Fen, *sir* Richard Freeman, el inspector Mudge. —Fue como si estuviera recitando una lista de malhechores.

Se produjo un murmullo de saludos convencionales. Con la seguridad de un hierofante, Fen reordenó el círculo en torno a la chimenea y ordenó otra ronda de bebidas. Durante unos instantes, todos parecieron quedarse en blanco. Era evidente, también, que Mudge no se había dado cuenta de la potencial relevancia que tenía Stapleton en el asunto que se traían entre manos. Estaba acabándose su cerveza con furtiva precipitación, considerando obviamente que había llegado el momento de irse. Adam se percató de ello.

—La señorita Haynes y el señor Stapleton —su forma de decir los nombres fue llamativamente informativa— participan en *Los maestros cantores de Núremberg*.

De repente, Mudge se mostró menos dispuesto a marcharse. Abrió la boca para hablar, pero Stapleton se le adelantó casi sin querer.

—¿Qué va a pasar ahora, señor? —le preguntó a Adam—. ¿Se va a posponer el estreno?

—Imagino que sí —asintió Adam—. Pero no he visto a Peacock esta mañana. Sin embargo, he sabido por Joan que ya han telefoneado a Levi, y que ha estado a punto de sufrir una apoplejía.

—Es increíble... —La expresión de Stapleton parecía poco convencional y más bien reflejaba una verdadera conmoción—. Sobre todo porque yo vi al señor

Shorthouse ayer mismo por la noche.

El nombre de Shorthouse devolvió a Mudge a la realidad policial. Se unió a la conversación, con precaución y cautela, como un torero que se enfrenta a un toro especialmente impredecible.

—Entiendo, señor Stapleton, que fue usted la última persona que vio vivo al señor Shorthouse —dijo el inspector.

Stapleton titubeó, pero solo un instante.

—¿Ah, sí? No conozco los detalles, me temo. Desde luego, lo cierto es que estuve con él ayer por la noche.

—¿De verdad? ¿Puedo preguntarle por qué lo visitó, señor?

—Por lo de mi ópera. Había aceptado echarle un vistazo a la partitura. Fui a preguntarle qué le parecía.

—¿No era un poco tarde, señor, para una conversación de ese tipo?

—Fui a esa hora porque lo sugirió él —dijo Stapleton con gesto de impotencia—. Yo no podía negarme, como comprenderá.

—Ah —exclamó Mudge—. Pero estará usted de acuerdo conmigo en que era una hora un poco rara la que escogió.

—Oh, sí, claro que estoy de acuerdo. —Stapleton parecía incómodo—. Pero, en fin... así fue.

Mudge gruñó de un modo poco educado, y preguntó:

—¿Tiene usted alguna idea, señor, de lo que estaba haciendo el señor Shorthouse en el teatro a esas horas?

—Bueno, cuando yo llegué —dijo Stapleton con toda franqueza—, no estaba haciendo nada, salvo beber ginebra.

—Quiero decir... ¿no le extrañó a usted que le pidiera tratar el asunto *allí*, en vez de en... bueno, donde viviera?

—Sí, claro que me extrañó. —Los inmediatos asentimientos de Stapleton ante todos aquellos detalles resultaban un poco desconcertantes—. Pero yo sencillamente di por supuesto que tenía alguna razón especial para estar en el teatro a esas horas.

—Comprendo. —Mudge entendió con una mueca de resignación que aquel era un camino que no iba a parte ninguna, y decidió abordar otros asuntos—. Y otra cosa: por lo que le he entendido a Furbelow, usted solo estuvo con el señor Shorthouse unos pocos minutos.

—Sí. —Las respuestas de Stapleton eran tan desalentadoras que derivaban todo el peso de la conversación en su interlocutor, pero sus gestos y su comportamiento revelaban una absoluta inocencia.

—Entonces... entonces... —Mudge miró a su alrededor bastante desorientado, esforzándose por recordar lo que iba a decir—. Entonces... ¿no había nadie más en el camerino del señor Shorthouse durante el tiempo en que estuvo usted allí?

—Nadie.

—Y hablaron ustedes de...

—De mi ópera. Estuvo muy difuso y condescendiente... Alabándola en general, con unas leves críticas, por decirlo así. En realidad, estoy seguro de que ni siquiera la había mirado por encima. No me devolvió la partitura, por cierto... Supongo que todavía estará en su casa.

—Después de estar con él, ¿se fue usted directamente a casa?

—Sí.

—¿Dónde está viviendo usted aquí, señor Stapleton?

—En Clarendon Street. Bastante cerca del teatro. Judith vive en la misma casa.

—Ah, sí. Señorita Haynes, ¿vio u oyó usted entrar en casa al señor Stapleton?

—No. —Judith se ruborizó, como si la hubieran acusado de alguna espantosa inmoralidad—. A esa hora ya debía de estar en la cama.

De repente, intervino Fen.

—¿Le dio a usted la impresión, señor Stapleton, de que Shorthouse estaba en un estado de ánimo proclive al suicidio? —Gervase Fen hablaba con un ademán un poco ausente; estaba ocupado en encender un cigarrillo con la colilla del que acababa de fumarse.

—No lo creo —dijo Stapleton con una mueca muy expresiva—. Por lo que yo sabía de él, no era un hombre que hubiera pensado jamás en suicidarse, desde luego. —Titubeó un instante, y luego añadió—: Lo único extraño que le noté fue que le resultaba muy difícil mantenerse despierto. Supongo que habría bebido demasiado.

Mudge levantó ambas cejas, pero se abstuvo de hacer ningún comentario; y, en realidad, así lo pensó Adam, había poco más que decir; Stapleton podía estar diciendo la verdad, o también, podía estar contando una concienzuda mentira con la idea de ocultar el hecho de que había sido él la persona que había mezclado la droga con la ginebra mientras estuvo en el camerino con Shorthouse. Pero no había modo de decidirse por ninguna opción. Con todo, una cosa resultaba de todo punto evidente: que para poder colgar del pescuezo a un hombre sano, uno debe anular todas sus fuerzas primero, y que semejante operación podía llevarse a cabo atándolo o drogándolo con Nembutal. Pero... a la vista de las pruebas, ¿por qué iba uno a intentar ambos métodos? Desde luego, uno de los dos procedimientos sería innecesario.

—Tiene que haber sido suicidio, seguro —sentenció Elizabeth—. Un asesinato... bueno, me refiero... en fin, es simplemente imposible. ¿O no? —dijo, frunciendo el ceño—. De verdad... —añadió—, es como si las leyes de la gravedad hubieran quedado en suspenso...

Sin embargo, al parecer, Mudge no tenía ningún comentario que hacer a aquellas precisiones. Decidió volver al ataque.

—¿Y qué me puede decir sobre lo que estuvo haciendo usted antes de ir al teatro, por la tarde? —le espetó a Stapleton.

Stapleton levantó el vaso y dio un trago antes de contestar; no era improbable que estuviera haciendo tiempo para pensar lo que debía contestar.

—Alrededor de las nueve —empezó— salí de mi cueva en Clarendon Street, donde había estado leyendo desde la hora de comer, y me acerqué al *pub* Gloucester a tomar una copa; hablé con un par de personas del teatro hasta la hora de cerrar; luego fui a dar un paseo y al final me acerqué al teatro a las once para ver a Shorthouse.

—Un paseo —repitió Mudge resignadamente—. Solo, supongo.

—Solo. No hacía mala noche. Había incluso un poco de luna.

—Muy bien, señor. ¿Y había alguien en su residencia que pueda confirmar la hora a la que usted regresó?

—Lo dudo. Acordé con mi casera que como probablemente llegaría tarde, me encargaría yo de cerrar con llave la puerta cuando viniera, así que seguramente ya se habría ido a dormir. Pero a lo mejor pudo oírme alguien. En realidad, después de que me despidiera de Shorthouse, fui a dar otro paseo.

—Otro paseo —dijo Mudge con sorpresa, visiblemente molesto con aquella falta de imaginación.

—Otro paseo —le confirmó Stapleton con toda solemnidad—. No muy largo, en esta ocasión. Debí de llegar a casa alrededor de las doce menos veinte.

Mudge inspiró profundamente; estaba a punto de hablar cuando Fen se le adelantó.

—¿Y no habló usted con Shorthouse de la señorita Haynes? —le espetó con un tono amistoso.

Capítulo nueve

La muchacha se volvió bruscamente para mirarlo, y la luz eléctrica relampagueó durante un instante en su pelo rubio.

—¿Por qué iban a hablar ellos de mí? —preguntó, y su enfado propició que le temblara un poco la voz.

Fen la observó con gesto pensativo.

—Tal vez es un asunto un poco delicado... —dijo—. Pero, dadas las circunstancias, la gente tiene que saber las cosas tarde o temprano... Tengo entendido que Shorthouse estaba... bueno, digamos... que se sentía atraído por usted.

Judith se puso muy pálida.

—Supongo... —tartamudeó—, una podría... No, yo...

Se quedó callada al final, abrumada y confundida. Y Mudge rellenó aquel incómodo silencio con una delicadeza y una cortesía insospechadas.

—Naturalmente —dijo con voz engolada, con una cantidad tal de jabón que *sir* Richard dejó de jugar con su pipa y lo miró atónito—, naturalmente... es el tipo de cosas que nos vemos obligados a contemplar en el curso de una investigación como esta. Y como los informes de segunda mano son siempre desagradables —y agitó la mano con un ademán de histriónico desprecio—, lo mejor es que oigamos de su propia boca lo que tenga que decirnos.

—Cariño, no creo que estés obligada a... —dijo Stapleton, pero antes de que pudiera terminar, la muchacha lo interrumpió.

—El inspector tiene toda la razón —dijo con un hilillo de voz—. Tiene que saberse todo. Además, de todos modos, no hay nada que ocultar... Verán, Boris y yo somos novios —intentó hablar como si aquello fuera lo más natural del mundo, pero no lo consiguió—, y el señor Shorthouse había estado intentando... en fin... como dicen... se ha estado «insinuando». Eso es todo. Naturalmente, no le di esperanzas de que pudiera conseguir nada.

—¿«Insinuando»? —inquirió Mudge con vidriosa incompreensión.

Judith se sonrojó, y contestó con un tono de voz más elevado del que era necesario.

—¡No estoy diciendo que se quisiera casar conmigo, precisamente! Todo lo contrario. Quería que yo fuera su amante.

Mudge profirió unos chasquidos en sentido reprobatorio, y negó con la cabeza. Parecía ciertamente conmocionado.

—Y usted, señor Stapleton... —insistió—, naturalmente estaría resentido por todo eso...

—En absoluto —exclamó la muchacha antes de que Stapleton pudiera contestar—. Nuestras reacciones no son tan primitivas, inspector. Lo único que hicimos fue reírnos de todo el asunto.

Pero Stapleton parecía un poco envarado.

—No es todo tan sencillo, cariño.

Se dirigió entonces al inspector.

—En realidad sí estaba resentido... sí. Pero como Shorthouse era... en fin, era lo que era, tampoco me inquieté en exceso. Uno no tiene que preocuparse mucho por los ladrones que no tienen ninguna posibilidad de entrar en su casa.

Mudge anotó mentalmente y con severidad su valoración de aquel pensamiento profundamente insolidario.

—Y bien, señorita —le dijo a Judith—, me pregunto si le importaría hablarme de lo que hizo *usted* la pasada noche.

—Estuve en casa toda la noche, sola, y me fui a la cama a las diez y media.

—Parece una contestación muy tajante. ¿Y dice usted que no le molestaron en absoluto las... ¿cómo dijo...?, ah, sí... las «insinuaciones» del señor Shorthouse?

Judith se encogió de hombros.

—Esas cosas pasan, ¿sabe?

—Claro... —Mudge dejó traslucir cierta comprensión mundana—. Bueno, creo que no les molestaré más, de momento. A menos que haya algo que le gustara preguntar al profesor Fen.

El profesor Fen, sin embargo, estaba como mínimo en un estado parcialmente comatoso. Se desperezó con dificultad.

—No, nada —dijo, después de pensárselo un poco—. *Schön Dank, mein Jung*^[21] ... —canturreó a modo de ocurrencia tardía.

—Además, tenemos que irnos —dijo Stapleton, que terminó su cerveza precipitadamente y arrojó la colilla de su cigarrillo a la chimenea—. O no encontraremos ningún sitio donde nos den de comer.

Judith se puso en pie, embozándose en su abrigo, y Stapleton la cogió del brazo, dándole un pequeño apretón.

—Ah, señor Langley... —dijo la muchacha con un titubeo, cuando ya se dirigían hacia la puerta—, ¿le dijo la señorita Davis algo sobre la ópera de Boris?

—Sí, desde luego —Adam le sonrió—. Me encantaría echarle un vistazo.

—Le defraudará, me temo —dijo Stapleton con una gravedad juvenil—. Pero es muy amable por su parte, de todos modos.

—¿Cuándo me la puede dejar?

—Supongo que todavía estará entre las cosas de Shorthouse —dijo Stapleton, mirando con indisimulado temor a Mudge—. Tal vez el inspector...

—Se la devolveré —le aseguró Mudge—, cuando haya pasado toda esta historia. A menos, claro... —de repente se puso gracioso—, que descubra que tiene una relevancia especial en el crimen.

—Pero no espere obtener de mí un compromiso de ningún tipo, aunque me guste —dijo Adam—. Usted sabe tan bien como yo que hay muy pocas posibilidades de que... Por cierto, será una partitura vocal, espero. Se decía que Liszt había tocado el *Tristan*^[22] enterito teniendo solo a la vista la partitura orquestal, pero yo no llego a

ese nivel.

—Supongo que eso será una leyenda —dijo Stapleton, mostrando cierta curiosidad en el asunto—. No creo que ni siquiera Liszt pudiera hacer eso... No, es una partitura vocal. Ah, y tengo que devolverle la crema desmaquilladora que me prestó.

—Quédesela —dijo Adam.

Judith y Stapleton se despidieron y se aventuraron en el gélido frío del exterior.

—¿Crema desmaquilladora? —preguntó Elizabeth—. Espero que no sea el bote tan carísimo que te compré cuando estabas haciendo el *Don Pasquale*.

Adam la tranquilizó.

—Le di la que Edwin intentó birlarme. ¡No la iba a utilizar yo!

—Son una pareja muy agradable —dijo Fen con gesto pensativo—. Y muy enamorada, da la impresión. Pero la chica es un poco nerviosilla, y Stapleton tiene un aspecto como si necesitara ver a un médico... Me pregunto si las deplorables insinuaciones de Shorthouse le disgustaron tan poco como da a entender.

—¿Quiere decir usted que podría haber tenido algún motivo para matarlo? —inquirió Mudge.

—Hay un tipo de repulsión física que podría conducir a una muchacha como esa a matar... —Fen estaba casi hablando para sí mismo—. Creo que esa muchacha podría rechazar violentamente cualquier sugerencia de promiscuidad sexual. En todo caso, no se puede descartar nada absolutamente. Y no se puede descartar la posibilidad de que a Stapleton le hiriera de tal modo el comportamiento de Shorthouse que llegara hasta el homicidio. Da la impresión de que todo depende de hasta dónde llegara Shorthouse. —Se detuvo—. Esto nos proporciona cuatro motivos: Peacock (su carrera, *via* la producción), Charles Shorthouse (dinero), Stapleton (venganza) y Judith Haynes (la virtud ofendida). ¿Y cuáles son los problemas? Primero, ¿por qué ataron a Shorthouse y lo drogaron con Nembutal? Segundo, ¿quién telefoneó a Shand, y por qué? Tercero, ¿qué estaba haciendo Shorthouse en el teatro a esas horas?

—Se olvida usted del problema real —dijo Adam—. Que es: ¿cómo pudo arreglárselas alguien para matar a Shorthouse?

—Tengo algunos atisbos de una idea respecto a eso —contestó Fen—, aunque debo admitir que no entiendo... en fin, no importa. Tengo que ir a visitar a Charles Shorthouse. Adam, ¿lo conoce usted?

—Un poco.

—Bien. Venga conmigo. Comeremos primero, y luego iremos en coche a Amersham.

Capítulo diez

A sí que *sir* Richard regresó a su casa en Boar's Hill y Mudge se entregó con una mística voluntad esotérica a sus asuntos. Fen, Adam y Elizabeth comieron en las dependencias de Fen, en St. Christopher. Era una estancia muy amplia, en el segundo claustro, al que se accedía tras un pequeño tramo de escaleras enmoquetadas que subían desde un callejón que también daba acceso a los jardines. Estaba, como se dice por ahí, «hasta los topes» de libros; había algunas miniaturas chinas en las paredes; y la repisa de la chimenea estaba decorada con varios grabados ajados y bustos de los grandes maestros de la literatura inglesa. Se endilgaron un elegante almuerzo del Sheraton, y los atendió un becario de Fen.

Hablaron de ópera, y en particular, de Wagner. Respecto al caso, las especulaciones acerca de la muerte de Shorthouse inevitablemente llegaron al absurdo, dada la carencia de información fiable. Tras el café, evaluaron los posibles planes de cara a la tarde.

—Yo desde luego no pienso ir a Amersham —dijo Elizabeth—. Hace demasiado frío. ¿Vais a iros enseguida?

—Pues prácticamente ya, se me ocurre —dijo Fen, mirando el reloj—. Las dos en punto. Nos costará al menos una hora llegar allí, aunque vayamos con *Lily Christine*.

—Supongo que serás un buen conductor —observó Adam con un gesto de sombría suspicacia. Le daban un poco de miedo los coches—. ¿Qué vas a hacer tú, cariño?

—Creo que iré al cine —contestó Elizabeth—. O me echaré una siesta junto a la chimenea. ¿Cuándo vais a volver?

—Entre el té y la cena, con suerte —contestó Fen—. Luego te vemos, entonces.

Hasta que no estuvo metido en el coche y de camino a Amersham, Adam no supo qué significaba exactamente aquello de «con suerte». Iban a necesitar un montón de buena suerte, pensó, sentado y petrificado en el asiento del copiloto, para poder regresar vivos. Darse cuenta de que una persona no es muy habilidosa al volante no requiere mucho tiempo; ante un largo trayecto, la mente no tarda mucho en percibir esa certeza; pero hasta que Fen no salió por High Street, a la velocidad de un turista palurdo perseguido por espectros, Adam no se percató del verdadero peligro.

—¡Cuidado...! —gritó—. ¡Cuidado, por Dios, o nos vamos a estrellar...!

—Todo va perfectamente —dijo Fen, girando el volante en una fracción de segundo para pasar entre dos autobuses, con una habilidad que a Adam le heló la sangre—. Yo nunca corro riesgos —dijo, mientras salía disparado entre un motocarro y un camión, con media pulgada de holgura por ambos lados, más o menos—. Simplemente, me parece que no vale la pena.

Adam no dijo nada —en realidad, no había nada que decir—, y sencillamente permaneció allí sentado, tan tieso como si tuviera delante la mismísima cabeza de la Medusa. El coche cruzó a toda pastilla hacia Headington. Era un coche deportivo

pequeño, rojo, bastante cochambroso y extremadamente ruidoso; una sugerente figurilla de mujer en cromo se proyectaba hacia delante desde la cubierta del radiador. A lo largo del capó habían garabateado con grandes letras blancas las palabras Lily Christine III.

—Se lo compré a un estudiante que expulsaron —dijo Fen, soltando las dos manos del volante para buscar un cigarrillo—. Pero, claro, tuvo que estar a buen recaudo durante la guerra, y creo que eso no le sentó muy bien. —Sacudió la cabeza con preocupación—. Se le caen piezas del motor —explicó.

Adam ocupó los tres cuartos de hora que transcurrieron antes de que llegaran a High Wycombe en arrepentirse, con bastante detalle, de los errores morales que había cometido a lo largo de su vida. Para cuando abandonaron la carretera principal y comenzaron a ascender por la colina que conduce a Amersham, ya estaba lo suficientemente resignado como para sentirse capaz de volver a conversar.

—Dime —preguntó Fen—, ¿está casado Charles Shorthouse?

—No —contestó Adam—. Como se dice habitualmente, «vive en pecado»... —y en ese momento, Fen negoció una curva especialmente cerrada de tal modo que volvieron a su mente de nuevo los temores ante los tormentos eternos—. Me refiero a que *según dicen* vive en *pecado* con una mujer llamada Beatrix Thorn. No es muy guapa —añadió Adam, no muy caballerosamente—. No es guapa en absoluto. Pero los compositores tienen un don especial para rodearse de las mujeres más espantosas. No sé por qué será. Mire la princesa Wittgenstein. Mire *mademoiselle* Recio. Mire Cósima^[23]. Mire a...

—Vale, vale —dijo Fen—. Entiendo lo que me quieres decir. —Y cambió de marcha con un ruido semejante al de un dragón sometido a violentas torturas—. Entonces viven ellos dos solos.

—También tienen un amanuense. He olvidado cómo se llama. Hace las partituras de piano para las óperas. Y luego siempre tienen por allí a los que se pegan y eso. —Adam frunció el ceño, en un esfuerzo por encontrar una definición a aquella confusa aseveración—. Mantienen a críticos, admiradores, parásitos.

—¿Cuál diría usted que es la reputación de Shorthouse como compositor?

—Bastante elevada —tuvo que admitir Adam a regañadientes—. Está al nivel de William Walton y Vaughan William, en todo caso. Otra cosa es que se lo merezca; yo creo que no. Es una especie de Salieri frente a Mozart... o de Meyerbeer para Wagner^[24].

—¿Y le caía mal Edwin?

—Muchísimo. Sin embargo, por lo que yo sé, no había ninguna razón especial para esa inquina. Una mera antipatía, una incompatibilidad de caracteres. De todos modos, se veían muy poco.

La carretera serpenteaba. Una cantera de arena se veía a tramos a mano derecha, con su color ocre oscuro bajo el cielo gris. Se adentraron en un hayedo, húmedo, oscuro y cavernoso; el suelo estaba alfombrado con hojas podridas. A través de la

maraña de espinos y escaramujos, y helechos muertos, se adivinaban profundos valles. Al llegar a una destartada casa de campo, con las ventanas tapiadas y los setos desastrados y sin podar, giraron a la izquierda.

—Casi estamos —murmuró Fen.

Salieron al final del bosque, y unos cuantos centenares de yardas más allá llegaron a un portalón alto con una vieja caseta de portero.

—Es aquí —dijo Adam—. La curva es muy cerrada... —advirtió con considerable preocupación—, ¡y la carretera está muy mojada...!

Hicieron su entrada triunfal por el camino que se dirigía a la casa acompañados de un violento chirrido, producido por una tremenda raspadura contra los muros del portalón de piedra. En la imaginación de Adam, aquellos chirridos eran las llamas del infierno chisporroteando con horripilante inmediatez. Pero Fen no se detuvo y las llamas quedaron atrás.

—Bah, no es nada. Es solo la aleta lateral —dijo Fen sin mucha preocupación—. Dios bendito, qué ruido mete... Supongo que será porque le faltará algún tornillo.

Haciendo el mismo ruido que un equipo de remachadores de Clydeside, subieron a toda pastilla por la pequeña avenida de grava. Un segundo después, tuvieron la casa a la vista.

Era un edificio poco llamativo, grande, moderno, de dos plantas, construido en ladrillo rojo. El camino de entrada giraba hacia la derecha y terminaba en una rotonda rodeada de unos setos de lavanda que semejaban grandes puercoespines. Fen se detuvo poco antes de arrasarlos con el coche, y apagó el contacto. Un instante después, el coche petardeó y luego, como si estuviera insatisfecho con el primer ametrallamiento, petardeó otra vez, en esta ocasión de un modo más estridente.

—¡Qué gracia que todavía siga haciendo eso...! —dijo Fen, con un gesto de curiosidad—. Nunca he conseguido averiguar cuál es la razón de semejante petardeo. Bueno, echémosle un vistazo a los daños...

Pero no tuvieron ocasión de detenerse en la inspección del vehículo. Una mujer pequeña, de aspecto asilvestrado, con una nariz muy larga y una voz agriada, salió corriendo por la puerta principal y se acercó a ellos.

—¡Ese ruido! —chistó con vehemente furibundia—. ¡Ese ruido...! ¿Es que no tienen ustedes consideración ninguna con el Maestro? —Se detuvo entonces, con sus diminutos ojillos casi saliéndose de las órbitas de ira—. Señor Langley: al menos usted debería saberlo. ¡*Todos los coches tienen que quedarse fuera del portalón de la finca!* ¿Quién sabe qué *daños y perjuicios* puede haber ocasionado su estruendo en la obra del Maestro?

—¿Estruendo? —repitió Fen, enormemente ofendido—. Pero si *Lily Christine* es un coche muy silencioso... Admito... —añadió educadamente—, admito que el lateral del coche pudo hacer un poco de ruido, pero, por otra parte, todo el mundo chillaría si se raspaba con la jamba de piedra de un portalón de entrada.

—La *causa* concreta de la molestia es de todo punto irrelevante —le espetó la

mujercilla—. Es la *consecuencia* lo que importa. El cerebro del Maestro es un instrumento de extremada delicadeza; la menor conmoción puede trastornarlo... no, a ver, no quiero decir, claro está que...

—Bueno, nos da igual lo que quiera decir —le espetó Fen, cansado de repente con aquella conversación—. Queremos ver al señor Shorthouse.

—*Im-po-si-ble* —dijo la mujercilla con furioso énfasis. Completamente imposible. El Maestro está trabajando y no se le puede molestar.

—Por favor, señorita Thorn —dijo Adam con voz engatusadora—. Es un asunto urgente, de verdad.

—¡Im-po-si-ble...! El Maestro solo recibe visitas con cita previa.

—Señorita Thorn, hemos hecho un considerable trayecto para...

—Señor Langley, si hubiera usted venido desde Marte, la situación no sería diferente.

—Escuche... —dijo Fen, que era capaz de inventarse las imposturas más sorprendentes cuando se presentaba alguna dificultad—. Soy representante de la Metropolitan Opera House de Nueva York. Me gustaría negociar con el señor Shorthouse la producción de la *Oresteia*.

—¡Ah! —exclamó la señorita Thorn con voz aguda; era como si de repente hubiera visto un vampiro—. Señor Langley, ¿es eso cierto?

Ante la presión de la malévola mirada azul de Fen, Adam se vio obligado a admitir que sí, que era cierto.

—En ese caso... —dijo la señorita Thorn, amansándose, pero todavía un tanto suspicaz—, entren ustedes. Por favor, no se salgan de las alfombras, y procuren no pisar en la tarima. *El menor ruido...* Y les estaría muy agradecida si redujeran sus voces al susurro más leve.

—Oh —dijo Fen, momentáneamente impresionado ante aquellas órdenes—. Oh. Entraron en la casa.

Aunque sumida en un silencio sobrenatural, la casa proporcionaba abundantes pruebas del vehemente comportamiento de su *châtelaine*. Todo allí contribuía a dar la impresión de una furiosa actividad paralizada en mitad de la acción: un Mercurio de bronce en violento escorzo en lo alto de su pétreo pedestal; en un gran lienzo, las Euménides estaban dignamente representadas marchando contra un ejército de enemigos; Beethoven miraba con el ceño fruncido desde una peana de pared; una pantera disecada estaba en posición de abalanzarse, con la boca abierta, sobre algún incauto habitante de la jungla; Laoconte, petrificado en mármol, luchaba eternamente contra sus propias serpientes; parecía evidente que San Jorge, con la lanza en alto y los músculos en tensión, nunca acabaría de despachar al dragón; y, en un rincón del vestíbulo, un gato de aspecto furibundo intentaba dar caza a un loro. Aquello estaba lejos de ser un lugar tranquilo; de hecho, todo parecía bastante agitado y desazonador. Aunque Adam había visto todas aquellas imágenes antes, y por lo tanto podía considerarse en cierto sentido acostumbrado, no pudo evitar un escalofrío.

La señorita Thorn, avanzando con paso imperturbable a través de aquel fantasmal tumulto, los condujo a un pequeño salón trasero. En ese momento se encaró con Fen.

—¿Bien? —le preguntó con un susurro enronquecido.

—¿Bien qué? —le contestó desconcertado Fen—. ¿Dónde está el señor Shorthouse? —Observó con mirada suspicaz una gran urna cuyos laterales estaban tallados con una violenta escena del Rapto de las Sabinas, como si sospechara que el compositor pudiera estar allí escondido.

—Todos los asuntos del Maestro pasan por mis manos —siseó la señorita Thorn—. Puede hablar tranquilamente conmigo.

—¿Eh? Oh, oh... ¿perdón? —dijo Fen, que no se caracterizaba por tener mucha paciencia en general—. Siento decirle que no tengo permiso para hablar con nadie que no sea el propio señor Shorthouse.

—Im-po-si-ble.

—Entonces me volveré a América —anunció Fen con ánimo resuelto.

—Si pudiera usted esperar una hora o así...

—No —dijo Fen, en cuyo tono habitual había ido injertado sin mucha fortuna un acento americano durante la conversación anterior—. Im-po-si-ble —añadió, al parecer involuntariamente—. He quedado con Richard Strauss... *dentro de un rato*. —Frunció el ceño con tal severidad que la señorita Thorn, que era esencialmente un alma cándida, según sospechó Adam, estaba visiblemente nerviosa.

—Bueno... —susurró—. Supongo que debería molestar al Maestro...

—Desde luego, molestemos al MAESTRO. Estoy bastante seguro de que se enfadaría mucho si usted no le permitiera que nos viéramos.

Aquello fue definitivo, el golpe definitivo; era evidente que lo último que deseaba la señorita Thorn era granjearse la desaprobación del Maestro. Inspiró profundamente, como si estuviera a punto de zambullirse en una piscina de agua helada.

—Esperen —dijo—. Regresaré enseguida.

Esperaron. Regresó enseguida.

—Me hacen el favor de acompañarme —dijo; era menos una pregunta que un conmovedor comentario que realzaba la enorme suerte que habían tenido Adam y Gervase—. El MAESTRO los recibirá.

Hicieron el camino de vuelta por el vestíbulo. Qué agradable sería, pensó Adam, si para entonces se hubiera producido ya *la consumación*: que Mercurio hubiera salido volando, que las Euménides hubieran desaparecido, que la pantera ya estuviera tranquila y saciada, que Laoconte hubiera muerto, y el dragón hubiera sido lanceado por fin. Pero no: todos ellos estaban igual, inmóviles e inmutables en su furia, como antes; y Adam sintió otra vez escalofríos cuando la señorita Thorn los condujo escaleras arriba. Por sus gestos daba la impresión de que estaba a punto de

descorrerse el Velo del Templo de Jerusalén; la mujercilla caminaba casi de puntillas, con rebuscadísimas precauciones para evitar cualquier ruido.

No tardaron mucho en llegar a la puerta del Sanctasanctórum. La señora la abrió con pomposa reverencia y se introdujo en la sacrosanta estancia. Una voz malhumorada exclamó:

—Bueno, venga, entren, entren...

Inmediatamente después, se encontraron ante Su Santidad. Cualquiera diría que Su Santidad no mostraba ningún deseo especial de contar con la pertinaz compañía de la señorita Thorn.

—Muy bien, Beatrix —dijo enfurruñado—, ya me las arreglo yo solo.

—¿Está usted seguro...?

—Por supuesto que estoy seguro. Déjame a solas con estos caballeros.

—Muy bien, Maestro. No se canse.

—Me encuentro perfectamente.

—No estaba sugiriendo, Maestro, que no estuviera usted perfectamente. Pero no debe usted hacer esfuerzos innecesarios.

—¿Quieres largarte, Beatrix?

—Muy bien, Maestro. Si me necesita usted, Maestro, solo tiene que avisarme, Maestro...

—Es muy improbable que te necesite.

—Pero podría.

—En ese caso, te avisaré. Ahora, *por favor*, déjanos...

La señorita salió del Sanctasanctórum entre suspiros. El Maestro se adelantó para saludar a los caballeros. Era un hombre pequeño, regordete, de mediana edad, y con una enorme cabeza. Lucía unas gafas de pasta y parecía angustiado.

—Encantado de conocerlos —dijo; su voz aún conservaba algunos levísimos acentos de los barrios obreros de Londres—. Confío en que les apetezca escuchar algún fragmento de mi *Oresteia*. ¿Alguno de ustedes canta?

—¿No me recuerda, señor Shorthouse? —dijo Adam, un poco enojado.

—Oh, ¡Langley! Pues claro. Qué tonto soy. ¿Va usted a cantar en el Metropolitan? Estamos perdiendo a todos nuestros cantantes últimamente... Bueno, les toco el segundo acto del Agamenón, si quieren. Eso les proporcionará una idea de la obra en su conjunto.

—Este es el profesor Fen, de Oxford.

—Un placer. Qué modernos en el Metropolitan, contratando a un hombre tan cultivado en calidad de agente.

—No, no... El profesor Fen no tiene nada que ver con el Metropolitan.

—Pero Beatrix me dijo claramente que...

—Fue una añagaza —explicó Adam—. No quería dejarnos entrar al principio.

—La verdad es que no me sorprende —dijo el Maestro; y luego, pensando evidentemente que aquello podía sonar un poco descortés, añadió—: Lo que quiero

decir es que rara vez deja entrar a la gente... —Se había acercado a la ventana y estaba observando a *Lily Christine*—. Qué coche tan bonito. Ojalá pudiera tener yo un cochecito como ese —dijo con semblante melancólico.

—Podría tenerlo si quisiera.

—No. Beatrix no me dejaría. Se preocupa mucho; solo quiere protegerme de cualquier ruido. La gente anda de puntillas por la casa, ya saben, como si uno estuviera en su lecho de muerte. Al principio no está mal, pero al cabo de un tiempo resulta bastante irritante... En fin, siéntense, si pueden encontrar algún sitio...

Por lo pronto, aquello era un problema, porque la estancia no podía estar más desordenada y caótica. Lo más llamativo era un gran piano de cola Steinway que había al final de la habitación, y por todas partes había montones de partituras manuscritas. Junto a la ventana había un escritorio de madera, al que se sentaba el Maestro cuando componía. Enormes cantidades de flores mustias de invernadero se deshojaban en los jarrones dispersos por la sala; y en la pared colgaba ladeada una fotografía de Beatrix Thorn y el Maestro, mirándose el uno al otro con un tímido gesto. Fen y Adam despejaron un par de sillas y se sentaron; el Maestro prefirió caminar de un lado a otro.

—En realidad, he perdido absolutamente el control —decía—. Beatrix no quiere que me preocupe por los asuntos domésticos, así que nunca sé qué demonios está pasando. Por ejemplo... —y negó con la cabeza, con gesto contrariado—, al parecer tenemos una enorme cantidad de criadas, y siempre que me las encuentro están con lágrimas en la cara, o incluso llorando. Yo creía que Beatrix era la responsable de esto, pero recientemente he descubierto que el culpable es Gabriel, mi amanuense, que tiene una afición tremenda por el sexo débil. No quiero ni pensar qué les hace... —añadió, con gran franqueza—. Por cierto, ¿han venido a verme ustedes por algo en particular?

—Sí —dijo Adam—. Por su hermano.

—Ah, Edwin... —El Maestro no se mostró demasiado entusiasta—. ¿Y cómo está ese condenado?

—Muerto.

—Así que es cierto... —dijo el Maestro, alegremente—. Recibí esta mañana un telegrama con la noticia. Bueno, bueno. ¿Y cuándo es el funeral? De todos modos, no creo que pueda ir.

—Se cree que fue asesinado.

El Maestro frunció el ceño.

—¿Asesinado? Qué extraordinaria coincidencia.

—¿Qué quiere decir con «coincidencia»?

—Les diré una cosa —y se inclinó hacia ellos hablándoles en tono confidencial—, si no se lo cuentan a nadie.

—¿Y bien? —preguntó Fen. Parecía estupefacto ante la sangre fría y la insólita reacción de aquel hombre.

—Pues les diré que incluso llegué a considerar seriamente la posibilidad de matar a Edwin yo mismo.

Adam lo miró fijamente, horrorizado.

—No puede estar diciéndolo en serio.

—Por supuesto que sí —admitió el Maestro—. Estuve pensando en los pros y los contras. —En ese momento Fen murmuró algo ininteligible, y encendió un cigarrillo apresuradamente—. En realidad, la cuestión era qué me resultaría más útil a la hora de poner en escena la *Oresteia*: ¿su voz o su dinero? No necesito decir que resultaba difícil tomar una decisión al respecto. Edwin era un cantante muy bueno... muy bueno. En cierto sentido, me daba un poco de pena tener que sacrificarlo. Pero... —el Maestro agitó la mano con un sencillo gesto de resignación—, lo primero es lo primero. Y el dilema, después de todo, surgió por su culpa. Si se hubiera ofrecido voluntariamente a financiar la *Oresteia*, ni me habría planteado matarlo.

—¿Es que no tiene usted conciencia? —dijo Adam, hablando con mucho tiento.

—Bueno, claro... —dijo el Maestro educadamente—, uno siempre tiene sus reconcomios morales cuando surge una eventualidad de este tipo. Y confieso que cuando llegó el momento de ejecutar el plan, no tuve valor para seguir con ello. Siempre posponía el momento... como resultado de una absoluta cobardía moral, lamento decir. Ahora no me lo podré perdonar nunca. Sin embargo, al final todo ha salido maravillosamente. Ha sido cosa de la Providencia, sin duda: la Providencia nos protege, es lo que siempre he dicho... —y miró al techo, como si realmente esperara ver el benéfico espíritu de la Providencia cumpliendo con su labor tutelar.

—Y exactamente... ¿cuál era su plan? —preguntó Fen con una voz tensa y poco natural.

—Estudí la cuestión con bastante detenimiento —dijo el Maestro, y señaló con un movimiento de la cabeza una estantería repleta de novelas de detectives y de obras de criminología—. Uno no debería enfrentarse a ese tipo de cosas como un aficionado... de lo contrario, la policía no tardaría en averiguar lo ocurrido. Por ejemplo, al parecer los dedos dejan huellas distintivas en ciertas texturas y superficies: una cuestión interesantísima... En fin, no voy a molestarles a ustedes con un informe de mis estudios preliminares. Lo primero que hice fue escribirle una nota a Edwin, pidiéndole que se encontrara conmigo en el teatro ayer por la noche. Pensé que el teatro constituiría una *mise en scène* bastante menos pública que su hotel.

—¿Y él no pensó que esa cita era un poco rara?

—Oh, Dios mío... —el Maestro dio un paso atrás—. Eso no se me había ocurrido... A lo mejor sí que lo pensó. Es comprensible, claro, que no se presentara por allí en absoluto. Desde luego, nunca contestó a mi nota.

—Entonces, ¿no lo vio usted?

—No. Como le acabo de decir, no tuve valor. Beatrix y yo salimos de aquí a las nueve en punto, en el Vauxhall... es un trasto grande y modorro —los informó el Maestro, quejumbroso—, en absoluto como ese bonito coche pequeño que tienen

ustedes. Y llegamos a Oxford a las diez y media, supongo. Fue entonces cuando me abandonó el valor. Fuimos al Mace & Sceptre con un amigo mío, y tomamos un café. Luego, alrededor de las doce nos fuimos y regresamos a casa.

—¿La señorita Thorn y usted estuvieron juntos todo el tiempo?

—Supongo que sí —dijo el Maestro sin mucha convicción—. No estoy seguro de poder recordar, en realidad... Tengo una vaga idea de que Beatrix y yo nos perdimos de vista en un momento dado de la noche; y para ser sincero —bajó la voz hasta alcanzar un aterrado susurro y miró furtivamente a la puerta—, no lo lamento en absoluto. De todos modos, esa es otra historia.

Fen suspiró, y jugueteó con el pie.

—¿Cómo se llama su amigo?

—Wilkes —dijo el Maestro—. Un tipo encantador. Si de verdad han estado ustedes en Oxford, deberían conocerlo.

—Wilkes —dijo Fen con profundo disgusto. Expulsó el aire de sus pulmones con un siseo viperino—. Sí, lo conozco.

—Espléndido, espléndido.

—¿Y cómo... cómo... —farfulló Fen, notablemente incómodo—, cómo pensaba usted... hum... librarse de su hermano?

—Con un cuchillo —dijo el Maestro, haciendo gala de gran dramatismo—. Me había agenciado un cuchillo. Y tenía pensado hurgar mucho en la herida —añadió—, para que nadie pudiera averiguar qué tipo de hoja había empleado.

Fen se levantó precipitadamente.

—Bueno, tenemos que irnos —dijo.

El Maestro se quedó un poco perplejo.

—¿No les gustaría escuchar un poco de la *Oresteia*?

—Me temo que no tenemos tiempo.

—Bueno, entonces... debería usted decirme cuándo piensa ponerla en escena el Metropolitan.

—No, no, Shorthouse —dijo Adam—. El profesor Fen no tiene nada que ver con el Metropolitan.

El Maestro sacudió la cabeza con tristeza.

—Qué tonto soy —dijo—. Hay veces que casi me pregunto si no estaré empezando a perder un poco la cabeza.

Les abrió la puerta. En el pasillo había una criada, llorando en silencio.

—Ahí está... —dijo el Maestro—. ¿Lo ven? Supongo que debería hablar con Gabriel al respecto. El problema, sin embargo, es que a medida que uno se hace mayor se olvida de estas cosas, y no las recuerda más que en líneas generales... Bueno, que tengan muy buenas tardes. Hágame llegar el acuerdo de los americanos cuando pueda, ¿de acuerdo? No tema: mis condiciones no serán demasiado exigentes...

Y el Maestro se retiró con porte triunfal a su estancia.

Capítulo once

Elizabeth había visto partir a Fen y a Adam por la puerta principal de St. Christopher, y cuando el estruendo de *Lily Christine III* se fue apagando por Broad Street adelante, casi comenzó a desear haber ido con ellos. Oxford, en vacaciones, tiene como un vacío... transmite como una sensación casi deprimente. Los escasos profesores, o becarios o estudiantes que se ven deambulando por los claustros solo consiguen que uno recuerde con más intensidad que efectivamente todo el mundo está de vacaciones. Unos amenazadores carteles en las puertas de entrada, escritos en letras gordas y negras, advierten al público que ya no se permite la entrada a los jardines de los *colleges*; a los porteros, adormilados en sus dependencias ultracaldeadas, se les molesta tan poco que cualquier intrusión en su apacible tranquilidad les resulta verdaderamente ofensiva e insultante; los servicios religiosos cantados, en las distintas capillas, degeneran de repente y de un modo asombroso: los coros pictóricos que cantan exaltados durante el curso quedan reducidos a una ridícula escasez, y se ve a los coristas rezongando monótonamente mientras una parroquia exigua de *dévots* procura ocultar sus bostezos en los bancos; mientras, en los tabloneros de anuncios, habitualmente atestados de papeles, folletos y notas, unos cuantos carteles atrasados, con las esquinas medio vueltas por la desidia y el abandono, ondean tristemente, a merced de las corrientes de aire, y de tanto en tanto se avista una maleta abandonada, atada con cuerdas, olvidada por la compañía de ferrocarril, acumulando polvo en medio de un montón de cubos antiincendio rojos y sacos terreros.

Considerado en su conjunto, todo eso resulta deprimente. Elizabeth se sintió un tanto abatida cuando se quedó mirando hacia St. Giles después de que su marido se marchara. Pensó que podía tal vez regresar al Mace & Sceptre y pasar allí la tarde leyendo; podría ir a revolver libros en Blackwell's; podría ir al cine... Pero dado su estado de ánimo, inquieto e impaciente, ninguna de aquellas opciones le resultaba especialmente atractiva. Al final decidió visitar Somerville, su antiguo *college*, y con esa intención se encaminó hacia el norte por Woodstock Road.

La caminata, sin embargo, resultó infructuosa. Una portera, nueva y a la que Elizabeth desconocía, y ataviada con una indumentaria más moderna aunque también más austera que la de sus colegas de los *colleges* masculinos, le comunicó que todas las profesoras que ella había conocido ya no vivían en Oxford... Estarían, o eso supuso Elizabeth, arrugadas y forradas de abrigo, tomando el sol en la terraza de un hotel suizo, o aisladas en un rincón apartado de la Bibliothèque Nationale de París, anotando con minuciosa e incansable laboriosidad los errores que cometió un amanuense despistado en un manuscrito medieval... Elizabeth se dio media vuelta, chafada. Se había hecho a la idea, aunque sin ninguna razón particular, de que lo que necesitaba era compañía y conversación... aunque fuera la conversación y la compañía de profesoras universitarias. Se topó con una cabina telefónica y llamó sin

mucha emoción a algunos conocidos, hasta que se le agotó lo suelto; consideró la posibilidad de ir a cambiar más dinero a una tienda cercana, y casi de inmediato se sintió descorazonada; deambuló malhumorada hasta la biblioteca Taylorian, medio intentando encontrar un reciente libro en alemán sobre huellas digitales; y al final, cuando hubo encontrado de todo menos lo que deseaba, se fue al cine.

Las dos películas que vio apenas disiparon la deprimente tristeza que se cernía sobre ella. La primera era uno de esos documentales, tan caros a los críticos de la prensa dominical, sobre la tierra y los que pasan sus sencillas vidas en constante contacto con ella. Una voz sentenciosa no hacía más que proferir comentarios sentenciosos y por momentos aterradores. («La vida es el trigo, el trigo rojo, el trigo blanco; el trigo es la vida...», etcétera, etcétera, etcétera). Proyectaron una secuencia interminable en la que se mostraba el nacimiento de un niño, pero en unas condiciones primitivas y muy rudimentarias. Y al final se ofrecía una visión obscena y apocalíptica de la higiene —los personajes más progresistas miraban al futuro con ojos anegados en lágrimas, pero con un rictus de optimismo— en la que prácticamente todo el mundo sería vacunado contra esto o lo otro. Y, aunque la película no lo mostraba, Elizabeth no pudo sino imaginar la habitual retahíla de consecuencias horrorosas que acarrearía la vacunación y que muy amablemente se detallaban en los folletos que se proporcionaban a la entrada.

La segunda película iba de espías, y tal vez podría haberse considerado como un tributo menor a la paranoia de Hitler en un mundo en paz. Era una de esas películas en las que, al principio, hay una gran incertidumbre respecto a quién está de qué lado, y en las que, al final, el problema no se resuelve adecuadamente. Además, aquella cinta resultaba particularmente odiosa al recurrir a un gas cuyo único y exclusivo efecto consistía en conseguir que la gente se levantara de sus camas al caer la noche y se precipitara, profiriendo grandes y melancólicos alaridos, por unos acantilados cercanos... Elizabeth salió del cine sumida en una negra melancolía, y se detuvo solo para informar a un caballero de mediana edad que estaba a punto de comprar la entrada de que, si tenía intención de entretenerse en el cine, se lo pensara dos veces. Elizabeth no esperó a ver cuál era la decisión final de aquel hombre, tras haber escuchado su consejo, aparte de levantar el sombrero y farfullar algo ininteligible.

Luego procedió a una larga y agotadora expedición en busca de cigarrillos Virginia. Aferrada a la única *trouvaille* que encontró —veinte cigarrillos de una marca desconocida y evidentemente asquerosos—, Elizabeth regresó, cansada, congelada, y con los nervios de punta, al hotel. Eran justo las cuatro y media pasadas cuando entró en el vestíbulo. En el salón de la izquierda había mesas con manteles blancos, y unas cuantas personas estaban dando cuenta de un té tan caro como insustancial. Joan Davis, que le estaba contando por encima el asunto de Shorthouse a Karl Wolzogen, acertó a ver a Elizabeth cuando esta se detuvo en el umbral, y le hizo una señal para que se acercara. Elizabeth cruzó el salón y se acercó a ellos.

—Pero no voy a quedarme —dijo—. Porque quiero tomar el té.

Karl sonrió de buena gana; su alegría era muy juvenil y contagiosa.

—Pero tiene que quedarse, señora Langley, y tomar el té con nosotros. Por supuesto que sí. —Se volvió hacia Joan—. ¿No te lo dije? ¡Qué Octaviano para tu Mariscala! ¿No te parece que tiene una figura perfecta para el personaje? —Y miró a Elizabeth de arriba abajo, con el descaro más inofensivo y con admiración.

Pero Elizabeth, aunque halagada por aquella mención de su figura, fue implacable en la cuestión del té.

—Si me perdonáis —dijo—, me lo tomaré en la habitación. Por un lado, quiero cambiarme; y por otro, tardan mucho en servirlo aquí abajo.

Karl se quedó cariacontecido.

—*Ganz wahr*^[25] —admitió—. Pero yo le meteré prisa al camarero. Ya lo verá. Se lo diré yo, ¿es justo que la amiga de un hombre que ha visto a Wagner en Bayreuth tenga que esperar por el té? Y me dirá: ¡Por supuesto que no! ¡Se lo traeré inmediatamente!

—De verdad, ¿sabes qué te digo? —dijo Joan amablemente—, que no creo que el camarero sepa siquiera quién fue Wagner.

—¿Cómo no va a saber quién es Wagner? —Karl parecía horrorizado—. Pero eso es increíble... —Se detuvo un instante, concentrado en aquella nueva y terrible revelación; luego gruñó con resignación—. Ah, vosotros... ¡los ingleses! Es lo que ha dicho vuestro poeta Arnold: sois unos filisteos. —Se desplomó en su silla, y luego, viendo que Elizabeth todavía estaba de pie, se incorporó apresuradamente otra vez—. Mira en los apartamentos en los que tenemos que alojarnos —añadió, a modo de justificación.

—Karl piensa que su alojamiento es insoportable —explicó Joan.

—*Ach, ja* —asintió Karl con gesto sombrío—. Está todo lleno de cosas de ganchillo y huele y está lleno de... ¿cómo las llaman ustedes?, esas cosas verdes en tiestos de cerámica...

—¿Aspidistras?

—*Ja, gewiss*^[26]. No lo puedo aguantar. Y todo, ¿sabe por qué?, por la escasez de alojamientos que hay en Oxford, y la escasez de dinero que hay en mi bolsillo.

—Lo que de verdad me gustaría saber —dijo Elizabeth— es si se ha avanzado algo en el asunto de Shorthouse.

—Está completamente muerto —dijo Karl con gesto muy serio—, y esa es una bendición para todo el mundo. Confiemos en que no descubran al asesino.

—Yo en tu lugar no adoptaría esa actitud si tuviera que hablar con la policía... —apuntó Joan sutilmente—. Pero Elizabeth, la verdad, yo diría que tendrías que ser tú la que supiera algo sobre los avances en la investigación, si es que los hay. Tú estabas en el meollo de la cuestión. Yo no me he enterado prácticamente de nada, salvo que algunas personas piensan que pudo ser suicidio...

—Pues no lo fue —dijo Elizabeth—. A menos... —añadió tras una pausa— que fuera un suicidio preparado para que pareciera un asesinato. Esas cosas a veces

pasan... Pero tengo que admitir que no parece muy probable en el caso de Edwin.

—¿Tienes alguna hipótesis? —preguntó Joan—. Después de todo, tú eres experta en este tipo de asuntos.

—¿Hipótesis? Bueno... supongo que sí, en cierto sentido. —Elizabeth frunció el ceño ligeramente—. De hecho, creo que sé quién fue el responsable.

Joan la miró atónita.

—¿Tú *sabes*...? Pero, mi niña, ¿y se lo has dicho a la policía?

—N... no. Todavía no. No se lo he dicho a nadie. No tengo pruebas para llegar tan lejos.

—¿Y te importaría por casualidad contárnoslo a nosotros en total confianza?

Sonriendo, Elizabeth negó con la cabeza.

—Lo siento enormemente... Quizá más adelante. De todos modos, puede que esté equivocada.

—¡Qué chica! —dijo Joan con resignación—. Bueno, supongo que tendremos que armarnos de paciencia... —y entonces se le ocurrió otra cosa—. Aunque, claro, si lo sabes de verdad, Elizabeth, por fuerza debes mantener la boca absolutamente cerrada. No se te ocurra enviar a ese gran benefactor social a la horca.

Elizabeth se rio.

—Nunca se me habría ocurrido que un asesinato fuera un acto de beneficencia... Por cierto, ¿qué va a pasar con la producción? —preguntó, apartándose del camino de un camarero que venía con prisa.

—George Green va a venir para hacer de Sachs. No tiene la voz de Edwin, pero es mejor actor. Tengo entendido que no quieren posponer el estreno. George se sabe el papel, y está dispuesto a trabajar duro... Por curiosidad, ¿dónde has dejado a Adam?

—Se ha ido a Amersham a ver a Charles Shorthouse.

—Ah, qué encantador por su parte —dijo Joan con mirada soñadora—. Espero que consiga superar el peaje de Beatrix.

«Una espantosa hechicera que surca el aire nocturno para ir a bailar con las brujas de Laponia...»^[27]. En fin —dijo, despertándose de su ensoñación miltoniana—, va a haber un ensayo esta tarde, así que espero que no tarde mucho en volver.

—No creo que se le haya pasado por la cabeza que pudiera haber un ensayo hoy mismo —dijo Elizabeth.

—Bueno, es que George Green *ya* ha llegado, ¿sabes? Y al parecer la policía nos ha dado permiso para utilizar el teatro.

Elizabeth se percató entonces de que el tiempo estaba pasando y de que Karl, todavía cortésmente de pie, estaba empezando a cansarse una pizca.

—Tengo que irme —dijo—. Gracias por la invitación, y mis disculpas más sinceras por rechazarla.

—Querida, te entiendo perfectamente. Hay días en los que a una simplemente no le apetece ser sociable.

Elizabeth sonrió y se fue.

En este punto hay que confesar algo desalentador: y es que Elizabeth, en realidad, solo tenía una vaga idea, absolutamente injustificada, de quién podía ser el asesino de Edwin Shorthouse. Ni estaba de ningún modo tan segura como había dado a entender de que, después de todo, aquello no hubiera sido un suicidio. Mientras hablaba con Joan y Karl, había sucumbido por un instante al deseo de protagonismo, y mientras se alejaba se ruborizó, se mordió el labio y se lo reprochó a sí misma con dureza. «De verdad, qué infantilismo», pensó, «me merezco una buena azotaina. Soy una cabeza de chorlito, una pretenciosilla y una idiota...». Volvió a sentirse deprimida. Era cierto que había pensado que Boris Stapleton podía considerarse sospechoso, pero sabía perfectamente que en absoluto tenía fundamentos para sospechar del joven, y haber sido tan tonta como para caer en la cháchara frívola y boba sobre ese tema le producía un enojo y una irritación que apenas podía soportar. «Ya lo creo que sí», se repitió con firmeza, «me merezco que me den una buena paliza».

Tuvo una conversación con el jefe de camareros, para asegurarse de que en el futuro no tendría que compartir mesa con extraños; durante toda la comida había tenido que soportar el tostón de un individuo excesivamente hablador, y estaba decidida a que eso no volviera a ocurrir. El jefe de sala acogió sus quejas con desdeñosa deferencia, una actitud en la que los jefes de sala son expertos. Así que Elizabeth volvió a sufrir otro varapalo en su autoestima. Se metió en el ascensor del hotel en un estado de ánimo que era una mezcla de humillación e ira.

La habitación doble que ocupaba con Adam estaba en el segundo piso del hotel, y tenía baño privado. En el pasillo, Elizabeth se topó con una camarera y le pidió que le subiera el té. Luego entró en la habitación, dio un portazo, se quitó el abrigo, tiró el bolso en el tocador y se derrumbó en una de las camas. Contemplando la impersonal pulcritud y comodidad que la rodeaba, decidió que el mejor remedio para su actual estado de ánimo era un baño caliente. Un poco después se desnudó, se puso un batín de seda blanco y se metió en el baño. No se detuvo a observar que la puerta de la habitación había reaccionado desfavorablemente a su violenta *force majeure* y no estaba convenientemente cerrada. Mientras se inclinaba para abrir los grifos, ocurrieron tres cosas simultáneamente.

El teléfono comenzó a sonar.

Elizabeth medio oyó, medio presintió un movimiento sigiloso tras ella, y un instante después unas manos fuertes y violentas se aferraron a su cuello.

Y luego llamaron a la puerta.

Elizabeth se desmayó. Todo lo que pudo recordar después fue que había sentido una especie de rabia e impotencia por su absoluta incapacidad para gritar o luchar, y por la increíble desventaja moral que suponía su escasez indumentaria. Su mente se oscureció un instante antes de derrumbarse en el suelo.

Cuando recobró la consciencia, la primera cosa que hizo fue mirar el reloj: había estado allí tirada, imaginó, unos cinco o diez minutos... y de nuevo volvieron a llamar a la puerta.

Se levantó lenta y dubitativamente, acariciándose las marcas rojas de unos dedos en el cuello, aunque ya estaban casi desapareciendo. Se ajustó el albornoz, que en parte se le había caído. Luego se adentró lentamente en la habitación vacía.

—¿Quién... quién es? —preguntó, y no pudo evitar que le temblara la voz.

—Su té, señora.

—Yo... bien. Ya voy...

Abrió la puerta. La camarera pasó con la bandeja, la depositó en una mesa, y se dirigió a ella con un titubeo.

—Discúlpeme, señora, pero... ¿se encuentra usted bien?

Elizabeth intentó sonreír.

—Estoy bien —dijo—. Muchas gracias. —Se sintió un poco mareada otra vez, y se sentó rápidamente. De repente, se le ocurrió algo...

—¿Ha visto usted... ha visto usted salir a alguien de esta habitación en los últimos cinco minutos?

La camarera tenía ya cierta edad, y estaba deseosa de ser útil.

—Vaya, pues sí, señora... justo cuando venía yo por el pasillo. Era una señorita alta, rubia, llevaba un abrigo azul marino y falda, y un jersey Fair Isle^[28]. Iba con mucha prisa, desde luego.

—Ya... entiendo. Gracias.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, señora? —preguntó la camarera, y añadió, en un arrebató de calidez maternal—: Parece que está usted temblando, la verdad.

—No, en serio, gracias. —Elizabeth intentó sonreír otra vez, y esta vez lo consiguió—. Solo estoy un poco débil. Me pondré bien enseguida.

Cuando se hubo marchado la camarera, comprobó que esta vez la puerta estaba correctamente cerrada (era de ese tipo de puertas que solo pueden abrirse por fuera si se tiene llave). En ese momento no se le ocurrió que la persona que la había atacado podría estar todavía en el interior de la habitación... —escondida tal vez, en aquel espacioso y alto armario—, y con más recursos sutiles a su disposición.

«Una señorita alta, rubia...». Evidentemente, había sido Joan Davis. Pero también era muy evidente que su visita solo podría haber tenido un motivo perfectamente inocente. Una nota garabateada, que enseguida descubrió en la mesa del tocador, lo explicaba todo.

«La puerta estaba abierta, así que entré. Se me olvidó decirte que el ensayo va a empezar a las cinco, aunque supongo que la mayoría de la gente no llegará puntualmente. ¿Se lo dices a Adam, por favor, cuando vuelva?».

Parecía muy razonable. Puesto que Elizabeth había estado tendida, en silencio e

inconsciente en el baño, Joan podría haber pensado que no había nadie. Y sin embargo...

Arrugando la nota con la mano izquierda y con gesto absorto, Elizabeth regresó al baño y se lavó la cara. Con el runrún del tráfico en George Street, no pudo oír los movimientos rápidos y sigilosos que se producían en la habitación, a sus espaldas, ni el leve chasquido en la puerta de Riera cuando se abrió y se volvió a cerrar de nuevo. Cuando regresó a la habitación, se vistió, se peinó y se puso carmín con metódica precisión, una meticulosa operación casi conscientemente dirigida a mitigar el terror que parecía haber penetrado hasta la médula de sus huesos. El servicio de té estaba allí, tal y como lo habían dejado. Con una mano un tanto temblorosa, Elizabeth se sirvió una taza de té y se la acercó a los labios.

Capítulo doce

En el camino de regreso, Fen y Adam pararon en High Wycombe para ver si podían repararles la aleta del coche. El mecánico, como es habitual entre los mecánicos, se quejó y protestó, y agitó las manos por encima de la cabeza, y diagnosticó un buen número de problemas mecánicos —otros, distintos— de los que nadie tenía noticia hasta ese momento; pero Fen ignoró todos aquellos problemas, y se los quitó de encima con tanta habilidad que, en media hora, que emplearon en tomar un té, ya estaban en la carretera otra vez.

—De todos modos —dijo Adam, recuperando la conversación que había quedado interrumpida por aquel paréntesis—, no me puedes decir que Charles Shorthouse es tan ingenuo como parece. Está muy lejos de ser un estúpido, ¿sabes?

—Soy consciente de ello. Lo único que digo es que es inteligente *solo en su disciplina*. En términos generales, los compositores no son los más avisados de los mortales, excepto cuando se trata precisamente de música. Y a veces, ni siquiera cuando se trata de música. Te acordarás de que Tchaikovski era incapaz de ver nada interesante en Brahms, Wagner o ninguno de sus contemporáneos, excepto en Bizet. No, me parece perfectamente creíble que Charles Shorthouse hubiera comenzado a atiborrarse de toda esa historia sobre criminología en cuanto decidió matar a su hermano. Admito, sin embargo... —Fen iba peleándose con el estárter, y *Lily Christine* daba unos trallazos y unos zambombazos espantosos—, admito que resulta difícilmente asumible esa historia cándida e inocente que nos ha contado sobre lo que hizo anoche...

—¿Quieres decir que nos ha mentado?

—No. No digo eso. Puede ser perfectamente verdad. Lo único que digo es que Shorthouse debe de haber sabido que su presencia en Oxford se acabaría conociendo más pronto que tarde y se tomó la precaución de contárnoslo a nosotros de antemano. Evidentemente, si la gente no cuenta ese tipo de cosas todo resulta muy sospechoso.

—Pero si quería evitar que se sospechara de él, ¿por qué nos ha contado que tenía la intención de matar a su hermano?

—Seguramente una especie de farol muy retorcido. Pero, en fin, no estoy en absoluto seguro de que no sea eso lo que *pretendía* hacer. No me extrañaría nada en él. De hecho, creo que es absolutamente implacable cuando de su música se trata, y seguro que sacrificaría cualquier cosa y a cualquier persona que se interpusiera en su camino. Es un monomaniaco... pero, por otro lado, la mayoría de los genios lo son. Mira Wagner... El problema, en realidad, no es si tenía *la intención* de matar a su hermano, sino si realmente *lo hizo*.

—Tendremos que encontrar a ese hombre del Mace & Sceptre y cotejar sus movimientos.

—Sí... Wilkes... Podremos hacerlo perfectamente en cuanto lleguemos. Te quedas, ¿no?

Adam asintió, al tiempo que su mano se adelantaba hacia el freno de mano a medida que se aproximaban a un cruce peligroso.

—Me intrigó mucho averiguar que Charles Shorthouse y esa espinosa señora Thorn se separaron y se perdieron de vista en algún momento de la noche —añadió Fen, tras prestarle atención al tráfico de la otra carretera, en un momento de insólita prudencia—. ¿Tú no crees que esa mujer es capaz de asesinar a alguien solo para beneficiar a Shorthouse?

Adam se lo pensó.

—¿Y tendría la fuerza para colgar a esa bola de sebo de Edwin Shorthouse?

—No lo sé —dijo Fen un poco intranquilo—, pero no es una posibilidad que debamos desestimar. Y por otra parte... no sé cómo lo pudieron hacer... Creía que tenía una idea, pero cuanto más lo pienso, menos plausible me parece. —Parecía un poco desanimado—. De todos modos, ahora sabemos por qué Edwin estaba en su camerino a esas horas de la noche.

—¿Ah, sí? —dijo Adam pensativamente—. Me pregunto si no habrá una explicación más sencilla para todo esto... —¿Eh?

—Ocurrió algo parecido hace tiempo... como hace un par de años o así, cuando estábamos haciendo el *Falstaff*^[29] en Cambridge. Edwin se había quedado a vivir en los apartamentos de una casera que no consentía que se bebiera en su casa, y él se vio obligado a guardar su cargamento de bebidas en el teatro. Puede que la historia se haya repetido.

—Lo investigaremos —dijo Fen—. Podemos hacerlo ahora, al volver. ¿Dónde se quedaba?

—En la calle Holywell. No me acuerdo del número, pero creo que podré acordarme del sitio cuando estemos por allí.

—No se me habría pasado por la cabeza imaginar que un hombre de su posición no pudiera permitirse un hotel.

—Podía permitírselo perfectamente, pero era un tacaño mezquino.

—Al parecer, el pobre desgraciado era todo un compendio de miserias... —dijo Fen—. Después tengo que ir a ver a Peacock. Y me gustaría tener una pequeña conversación con Joan Davis sobre Stapleton y esa chica. Las mujeres tienen un instinto especial para dar con la verdad en casos como este.

Cruzaron el Magdalen Bridge a las cinco y cuarto, y se dirigieron hacia Holywell. La teoría de Adam respecto a la casera de Edwin Shorthouse resultó ser perfectamente correcta. Se trataba de una mujer espigada, triste y mustia, con una vena de religiosidad rigorista, una notable tendencia a equivocarse con las citas bíblicas y un amplio repertorio informativo, si bien bastante general, sobre el destino de las almas tras la muerte. Averiguaron que no había tenido una opinión muy elevada de su difunto inquilino y no tenía ninguna duda respecto a su paradero espiritual tras su fallecimiento. En respuesta a las insistentes preguntas de Fen y Adam, había admitido que nunca había permitido que entraran bebidas alcohólicas en

su casa, pues en su opinión eran contrarias a la piedad y a la religión cristiana. Desgraciadamente, aquella aseveración indujo a Fen a iniciar una larga e inútil filípica sobre las bodas de Caná, y aún tuvieron que pasar algunos minutos antes de que pudieran despedirse.

—Pues tenías toda la razón —dijo Fen, cuando cogieron de nuevo el coche para subir por Broad Street—. Y eso, gracias a Dios, ya es un problema que nos quitamos de encima.

—¿Cómo vas a dar con ese Wilkes?

—Buscando en los bares —dijo Fen sin titubear.

—¿Lo conoces bien?

—Bastante bien. Es colega mío en St. Christopher, sordo y viejo. Y un vicioso —dijo Fen con gesto ofendido—. Me roba el *whisky*.

Llegaron al Mace & Sceptre y, tras una violentísima explosión de *Lily Christine* («Ya vuelve a funcionar bien», dijo Fen con satisfacción), empujaron la puerta giratoria del hotel y entraron en el vestíbulo, donde tuvieron la gran fortuna de toparse con Wilkes, que estaba esperando a que abrieran el bar. Fen se lo presentó a Adam.

—Y ahora, escúchame, Wilkes —continuó sin más prolegómenos—, queremos saber cosas de Charles Shorthouse. El compositor. Al parecer estuvo aquí contigo ayer por la noche.

—¿Y qué te importa a ti con quién estuve yo? —contestó Wilkes malhumoradamente—. ¿Eh? Entrometido metomentodo...

—Han asesinado a un hombre...

—Lástima que no fueras tú.

—Han asesinado a un hombre, y estoy intentando averiguar quién es el responsable... Como ves —dijo Fen, dirigiéndose ahora a Adam—, Wilkes es muy viejo, y me parece que está perdiendo la cabeza... Bueno, Wilkes, ¿estuviste con Charles Shorthouse o no?

—No oigo nada de lo que estás diciendo.

—¡¡¡Que si estuviste con Charles Shorthouse ayer por la noche!!!

—Sí. —El vetusto Wilkes habló con más calma, aunque había un destello de malicia en su mirada de cocodrilo—. Y con su súcubo.

—¿Su súcubo? —preguntó Fen atónito.

—Esa señora Thorn —dijo Wilkes enfática y claramente, como si se estuviera dirigiendo a alguien que no pudiera comprender bien—. Se llama Thorn. Una mujer bajita, con cara de hiena.

—Ah.

—Tomamos un café —dijo Wilkes como si se lo estuviera pensando—. Me parece que llegaron como a las diez y media. Y luego, de repente, a las once se largaron.

—¿Se largaron?

—Eso es lo que he dicho —afirmó Wilkes—. ¿Eh? Se largaron. Supongo que tendrían alguna necesidad imperiosa. —Se regodeó en la delicada perífrasis de su afirmación—. Pero, pensándolo bien... —añadió, expresando serias dudas—, no creo que esa fuera la razón. Para empezar, no regresaron hasta las once y media.

—¿Se fueron y regresaron... juntos?

Wilkes asintió, con una reverencia propia de la realeza.

—¿Y no dieron ninguna explicación de su ausencia?

—Ahora que lo dices, déjame pensar... —La mirada de Wilkes vagó por todo el vestíbulo del hotel, al parecer buscando inspiración en la chimenea de falso estilo Tudor y en los sillones de piel—. Sí. Ya me acuerdo. Shorthouse me contó, en confianza, que tenía pensado ir a matar a su hermano.

Fen se espantó, y se tiró un cenicero por encima.

—Verdaderamente... —gruñó, cepillándose la ceniza con la mano de mala manera—, esto es el colmo... Supongo que no te lo tomarías en serio.

—En términos generales, no. —Wilkes comenzó a mostrar cierto interés por el asunto—. Pero... ¿lo hizo... de verdad?

—Alguien tuvo que hacerlo.

—Bueno, no me lo puedo creer... —dijo Wilkes.

—Entonces... ¿Charles Shorthouse y la espinosa señora Thorn no tienen coartada? —preguntó Adam.

—No. Ni Stapleton. Ni Judith Haynes —dijo Fen, sonándose la nariz con un estruendo trompetero—. Bueno, no sacamos nada estando aquí como pasmarotes —dijo, y se puso en pie.

—¿Dónde vais a ir ahora? —preguntó Wilkes.

—A ti te lo voy a decir —dijo Fen malhumorado—. Si te lo dijera te pegarías como una lapa detrás. Ya fuiste suficiente engorro cuando pasó aquello de la juguetería^[30]... Robaste una bicicleta —añadió en tono de reproche.

—¿Eh? —dijo Wilkes, complacido—. Es verdad, lo hice. Y estuve a punto de robar otra.

—Tú te quedas aquí y te emborrachas tranquilamente.

—Por cierto... —dijo Wilkes—, encontré ese *whisky* que habías escondido detrás de tus libros.

Fen se quedó mirándolo con un gesto de irritación exasperada.

—De verdad te lo digo, Wilkes, espero que no te lo bebas. No te das cuenta al parecer de lo difícil que resulta conseguirlo.

—No resulta difícil conseguirlo —apuntó Wilkes— si uno tiene acceso a *tus* dependencias.

—Vuélvelo a dejar donde estaba inmediatamente, Wilkes.

—No te oigo.

—¡Digo que eres un *ladrón*!

—Sí —dijo Wilkes pensativamente—, viene el aire fresco. No me sorprendería en

absoluto que cayera una buena nevada.

Adam y Fen se fueron y lo dejaron allí. En el vestíbulo se encontraron con un botones que traía un mensaje para Adam.

—¡Dios bendito! —exclamó Adam, abrumado y consternado, después de leerlo —, están ensayando y quieren saber por qué no estoy allí. —Miró el reloj—. Llego un poco tarde, pero supongo que todavía puedo llegar a tiempo para ensayar un poco... ¡Oh, maldita sea!

—¿Dónde estará tu mujer?, me pregunto.

—Por aquí andará, supongo. Lo único que puedo hacer es intentar localizarla y largarme al teatro. —Adam se dirigió al mostrador de recepción—. La llave de la 72, por favor.

—Creo que la ha cogido la señora Langley, señor, hace una hora aproximadamente.

—Supongo que estará arriba —dijo Adam, reuniéndose con Fen.

Cogieron el ascensor y avanzaron hasta la habitación 72 por un pasillo donde numerosas camareras se entretenían riéndose a hurtadillas. Adam llamó a la puerta. Durante unos instantes nadie contestó.

—Qué raro —dijo—. Supongo que debe de haber salido a alguna parte y se ha llevado la llave. —Volvió a llamar con los nudillos otra vez.

Entonces se pudo oír un pequeño movimiento al otro lado de la puerta, y oyeron a Elizabeth decir en voz baja:

—¿Quién es?

—Soy yo, cariño: Adam.

—¿Hay alguien contigo?

—Solo el profesor Fen. ¿Estás sin vestir o algo?

La puerta se abrió, y Elizabeth apareció en el umbral. Estaba pálida, y respiraba con dificultad, y parecía muy joven e indefensa.

—Oh... Adam... —murmuró.

Adam la acogió en sus brazos.

—Querida mía, ¿qué ocurre?

Elizabeth intentó sonreír.

—Es solo... un miedo tonto... —dijo, y los tres se dieron cuenta de que estaba a punto de llorar—. Verás, es que... alguien ha estado a punto de envenenarme.

Capítulo trece

La habitación era tan impersonal como la mayoría de los dormitorios de hotel, con sus discretos carteles y recomendaciones, su complejo aparato de persianas y cortinas, y su superabundancia de luces; y aunque Adam y Elizabeth ya llevaban allí suficiente tiempo como para haberle conferido cierto carácter personal, a pesar de su vacuidad, al final el cuarto seguía siendo obstinadamente funcional. Fen se acomodó en un sillón, después de colgar descuidadamente su sombrero en la percha de la puerta, y les ofreció un cigarrillo.

—¿Y bien? —preguntó.

—Aconitina —dijo Elizabeth simplemente—. En el té. Los tres miraron la bandeja. Había una taza llena, que ya estaba casi fría.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Fen.

—Lo sé después de escudriñar bien todas esas cosas. Me puse un poquito en la boca, y se me entumecieron los labios. —Debe de tener usted alguna razón para sospechar.

—¿Sospechar? —repitió Elizabeth con tono irónico. Sus ojazos, con las cejas levantadas en gesto sardónico, estaban muy serios—. Sí, tengo una buena razón. Veréis...

Procedió entonces a narrar, con todo detalle, los acontecimientos de aquella tarde.

—Así que ya podéis entender —concluyó— por qué empecé a dudar del té. —Y luego hizo un gesto a modo de disculpa—. Cuando una estudia estas cosas, les coge mucho respeto... igual que los estudiantes de medicina tienden a creerse que padecen las enfermedades con las que están trabajando. En todo caso, probé eso de ahí y... —se encogió de hombros—, eso es todo. Y además, decidí que no saldría de aquí hasta que no llegara Adam.

Adam le cogió la mano y le dio un cariñoso apretoncito. Ninguno de los dos eran personas demasiado efusivas, y había muchas cosas que se podían permitir el lujo de no mencionar.

—Bueno, Gervase, ¿qué me dices? —preguntó Adam.

—¿Qué te digo...? —dijo Fen, extrañamente pensativo—. Te diría que alguien se está poniendo muy nervioso, desde luego... ¿Cuánto hace que ocurrió todo eso?

—Entre las cuatro y media y las cinco.

—Entiendo —dijo Fen, y se levantó, avanzó hasta la bandeja de té y cogió la taza—. Creo que lo voy a probar... —dijo—, así me aseguraré de que no se ha equivocado usted.

—Ten cuidado —le advirtió Adam, acercándose a él.

—Bueno, no me empujes cuando me lo estoy metiendo en la boca. No quiero aparecer antes de tiempo en el banquillo de los acusados del tribunal de Cristo.

Dio unos temerosos sorbitos... y casi inmediatamente corrió hacia el baño, de donde regresó acompañado de un fuerte olor a desinfectante.

—Sí, estaba usted totalmente en lo cierto —anunció—. Desde luego, también podría ser veratrina, pero eso es bastante raro. Lo más obvio es que sea acónito. Tendremos que llevar a analizar el té, aunque, o mucho me equivoco o eso tardará varios días.

—El procedimiento Stas-Otto —indicó Elizabeth con competente precisión.

—¿Es fácil de conseguir el acónito ese? —preguntó Adam, cuyas ideas sobre toxicología eran elementales hasta el punto de la superstición.

—Puedes salir al campo y a las cunetas —le explicó Fen con ademán condescendiente— y arrancar unos acónitos. Luego secas las raíces y las machacas hasta hacer un polvo... *Et voila!* —Fen comenzó a pasearse por toda la habitación dando muestras de cierta impaciencia—. Da la impresión —dijo— de que el motivo de este ataque reside en sus imprudentes observaciones sobre la posibilidad de que conociera la identidad del asesino. Y sin embargo... —se detuvo entonces bruscamente—, y sin embargo una afirmación como esa, proferida sin prueba alguna absolutamente, no debería haber causado una alarma tan excesiva en el asesino. —Sacudió la cabeza significativamente—. ¿Sabéis?, eso realmente no constituye un verdadero motivo en absoluto. Me pregunto si no habrá algún hecho relevante o algo que haya hecho usted y que haya pasado por alto... No, no veo que podamos sacar nada en claro... —Comenzó a pasearse de nuevo, jugueteando con los picaportes y los tiradores de los cajones y los armarios—. Aun así, dejemos una cosa clara: un momento antes de que la atacaran a usted, ¿oyó que alguien llamara a la puerta?

Elizabeth asintió. Fen continuó en su mundo.

—Me pregunto quién sería... —dijo—. Una posibilidad es que fuera Joan Davis, claro. Se supone que el agresor se asustaría cuando llamaran a la puerta y se escondería en alguna parte mientras Joan entraba y dejaba la nota. Y luego... ¿qué pasó luego?

—Estaba a punto de salir de donde estuviera escondido —dijo Adam— cuando llegó la camarera con el té. Después de que la mujer se fuera, Elizabeth cerró la puerta y regresó al baño. Nuestro señor o señora X abandonó sigilosamente su escondite, echó el acónito en el té, salió y desapareció.

—Sí, claro... —dijo Elizabeth—. Y eso significa que desde luego no pudo ser Joan quien intentó envenenarme. Por otra parte...

—Por otra parte —interrumpió Fen—, podría haber sido ella quien intentó estrangularla a usted. En ese caso, la persona que llamó a la puerta perfectamente podría haber sido la persona que intentó envenenarla.

—No puede hablar usted en serio... —dijo Elizabeth en tono quejumbroso—. ¡No puede estar diciéndome que hay *dos* personas intentando acabar conmigo!

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Fen—, es un poco *embarras de richesses*^[31]. Pero por otra parte... —dijo con gesto irritado—, en este dormitorio ha habido más gente que en la estación de metro de Picadilly en hora punta, y hay una posibilidad de que...

Adam lo interrumpió.

—Creo —dijo— que nuestra primera reconstrucción es la correcta. Al fin y al cabo, es muy improbable que Joan asesinara a Edwin Shorthouse. Admito que le desagradaba enormemente en casi todos los sentidos... ¿y a quién no?, pero el hombre no era *específicamente* una molestia para *ella*. Y si, como podría suponerse, la muerte de Edwin y lo que ha acontecido aquí esta tarde son hechos que guardan alguna relación...

Era el turno de Fen de interrumpir.

—Si guardan alguna relación. No estoy diciendo que estén relacionados, tenlo en cuenta. Pero supongo que es posible que Joan tenga algún motivo de resentimiento contra Elizabeth y que esto sea absolutamente independiente de lo otro.

Adam resopló.

—No, no, eso es absurdo.

—Por ejemplo, ¿no estaba enamorada de ti, Adam?

—Santo Dios, ¡no!

—Puede que no te hubieras dado cuenta de ello.

—No —dijo Elizabeth—. Pero yo desde luego *sí* me habría dado cuenta. Puede dar por descontado eso, profesor Fen.

Fen se detuvo a mirar con gesto sombrío por la ventana la implacable fachada de ladrillo del New Theatre.

—¿No se daría usted cuenta por casualidad de si la persona que la atacó llevaba guantes? —preguntó.

—Sí, los llevaba —dijo Elizabeth inmediatamente—. Completamente segura, sí.

Fen se acercó al armario y escudriñó cuidadosamente en el interior. Luego se metió dentro, cerrando la puerta tras de sí. Después de unos instantes, reapareció, desenmarañándose torpemente de los vestidos de Elizabeth y perjurando calladamente para sí mismo. Hizo como si examinara el suelo del armario, y luego se desanimó y abandonó la tarea. Echó un vistazo somero bajo las camas.

—Un amigo mío —dijo pensativamente— tiene los orinales de su casa ajustados con cajas de música que empiezan a funcionar cuando se levantan del suelo. Resulta muy embarazoso para sus invitados... Respecto a lo que podemos hacer ahora... —se rascó la cabeza, y semejante operación no mejoró precisamente la natural rebeldía de su pelo—, creo que realmente deberíamos investigar si alguien fue testigo de todas estas idas y venidas. Y *tenemos* que ver a Joan Davis. Si fue ella la que llamó a la puerta, bien pudo haberse cruzado con alguien cuando venía para acá.

—A estas horas estará en el ensayo —dijo Adam—. Y ahí es donde debería estar yo también.

Fen se encendió otro cigarrillo; evidentemente, estaba preocupado.

—Escúcheme, Elizabeth... —dijo—, hasta que todo este asunto se resuelva, no debe permanecer usted sola... en ningún momento. Lo mejor será que vayamos todos juntos al ensayo.

Comenzaron a abrigarse y a embutirse contra el frío.

—Por cierto —dijo Elizabeth—, no me habéis dicho qué tal os fue en vuestra visita a Amersham.

—Nada relevante. —Fen la puso al corriente de los escasos resultados obtenidos a partir de sus conversaciones con Charles Shorthouse y con Wilkes—. La cuestión se reduce simplemente a saber si, en este caso, Shorthouse es un verdadero excéntrico o si solo es un farol.

—Normalmente es excéntrico —señaló Adam.

—Sí. Pero sin duda sabe lo que ha ocurrido, y puede estar aprovechándose de ello. Después de todo, su relato es tan improbable que *a primera vista* nadie salvo un imbécil se lo habría inventado para defenderse... Bien, ¿estamos listos?

Cerraron la puerta y en el pasillo Fen se abalanzó sobre una camarera que pasaba.

—¿Y dónde ha estado usted toda la tarde, mozueta? —le preguntó, con severidad radamantina^[32].

—¡Ooooh! —exclamó la camarera, alarmada. Era joven, de ojos saltones, y con el pelo pajizo y tieso—. Yo no he hecho nada, señor.

—No te he preguntado si has *hecho* algo —dijo Fen con vocecilla aflautada—. Lo único que quiero saber es si estuviste por aquí entre las cuatro y media y las cinco, esta misma tarde.

—No se habrá robado nada, ¿no, señor? —La muchacha permanecía boquiabierta y aterrada.

—¿Robado? —Fen pareció meditar profundamente para responder a aquella observación, y luego, considerando que el esfuerzo le resultaba excesivo, lo dejó por imposible—. ¿Viste o no viste a alguien entrar o salir de la habitación 72 entre las horas que te he dicho?

—Porque si eso, debería usted decírselo al director.

—¿Si eso *qué*? —dijo Fen desconcertado—. Esta chica es medio boba.

Al final lo que se sacó en claro de toda aquella larga y tediosa investigación fue prácticamente inútil. Al parecer, a las cuatro y media las camareras tenían la costumbre de reunirse en su saloncito para tomar un té; en consecuencia, ninguna de ellas había estado en el pasillo a esa hora, ni habían visto nada en el momento decisivo.

—Excepto Effie —añadió la víctima de sus interrogatorios después de una pausa para meditar la respuesta—. Tenía que llevar una bandeja a no sé quién. Pero como le digo, señor, si han birlado algo...

La insistencia recurrente y terca en aquellas consideraciones al final hartaron a Fen. Y se puso surrealista.

—Sí, han robado una tiara de diamantes —dijo con feroz severidad—. Y las instrucciones para construir una bomba atómica. Así que si acabamos reducidos a polvo molecular antes de que podamos recuperarlas, la culpa será tuya.

—Ay, señor —dijo la camarera—. Me está usted tomando el pelo.

—Bueno, espera y verás... —dijo Fen, advirtiéndola con el índice en la nariz—; tú espera y verás si te estoy tomando el pelo o no. —Y se alejó, con Adam y Elizabeth, en busca de Effie.

Pero en este punto tampoco tuvieron buena suerte; Effie no había visto a nadie, aparte de Joan Davis, ni cuando acudió a la habitación 72 con el té de Elizabeth, ni después. Fen estaba seguro de que el veneno no lo habían puesto en el té antes de que Effie lo llevara a la habitación y lo dejara allí.

—¡Diantres! —exclamó con gesto sombrío cuando llegaron al vestíbulo del hotel—. O, para plagiar una frase de mi ilustre colega en el Ministerio de Defensa, ¡qué me aspen! ¿Qué otras líneas de investigación tenemos? ¿Dónde están las habitaciones de otra gente relacionada con la ópera?

—La de Peacock está unas cuantas puertas más allá, en el mismo pasillo que nosotros —dijo Adam—. Y la de Joan está en el piso de arriba, y la de John Barfield en el de abajo, *creo*. Pero podemos mirar en recepción.

Fueron a recepción y comprobaron en el registro los nombres de los clientes y los números de habitación, que se señalaban al lado.

—Sí —dijo Adam—. Primer piso.

—Lo importante... —apuntó Fen— es que este registro, espeluznantemente informativo, nos permite asegurar que nadie tenía ninguna necesidad de *preguntar* cuál era vuestro número de habitación... Lo cual podría proporcionarnos alguna clave... Bueno, lo mejor será ir a ver al director y asegurarnos de que no retiran el té envenenado.

—¿Y no vamos a informar a la policía?

—Mudge seguramente estará en el teatro. Y si no, lo llamaremos desde allí. Ahora tenemos que averiguar dónde estuvieron nuestros variopintos sospechosos justo antes de las cinco.

—Eso deja fuera a Charles Shorthouse y la espinosa señora Thorn, ¿no?

—No, no opino así. Recuerda que nos entretuvimos alrededor de media hora en Wycombe para que repararan a *Lily Christine*, y que hay una ruta alternativa hacia Oxford por Amersham y Missenden y Aylesbury. Perfectamente pudieron llegar aquí antes que nosotros... Ridley —llamó al portero—, ¿conoces al señor Charles Shorthouse de vista?

Ridley, un hombre de cierta edad ya, delgado y de aspecto competente, vestido de azul marino con galones, se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Creo que no, señor. Al señor Edwin Shorthouse... sí.

Fen suspiró.

—¿Ves? Desde luego, el camarero que los atendió la pasada noche pudo haberlos visto entrar aquí esta tarde... Ridley, ¿el camarero que atendió el bar ayer por la noche después de las diez y media anda por aquí?

El portero consultó una especie de horario.

—McNeill. Me temo que no, señor. Hoy es su tarde libre. Estará en el cine.

—¡Ah, por mis patas de conejo...! —dijo Fen irritado—. Supongo que, en este caso, no hay nada que podamos hacer aquí de momento. Iré a ver un momento al director, y nos podremos marchar.

Capítulo catorce

Cuando llegaron a la ópera, el ensayo era tal desbarajuste que verdaderamente parecían encontrarse en un irremediable callejón sin salida. Se había convocado, con bastante precipitación y premura, para las cinco en punto; y como la mayoría de los artistas y músicos había dado por sentado que no habría ensayo aquel día, y casi todos habían salido a la calle con la intención de disfrutar de todos los entretenimientos y actividades lúdicas que Oxford puede proporcionar un día de diario por la tarde, había unos considerables vacíos en las escenas, y parecía muy difícil que nada de aquello resultara medianamente útil. En todo caso, el nuevo Sachs había llegado con notable celeridad a Oxford —era un cantante competente a quien Adam conocía y apreciaba— y Rutherston, en ausencia de aproximadamente un tercio de la orquesta, estaba señalándole las marcas y los movimientos en escena. Los dos tercios de la orquesta que sí habían acudido, junto con el coro y uno o dos de los protagonistas principales, se entretenían de mala gana por ahí, farfullando entre dientes contra Peacock, que se había negado a dejarlos marchar con la excusa de que los que faltaban del elenco y de la orquesta aún podían aparecer, y eso les permitiría por lo menos completar una hora de trabajo. Adam pensó que, en términos generales, tenía alguna razón, sobre todo teniendo en cuenta que el estreno tendría lugar en menos de una semana.

En la platea había poca iluminación, aunque se podía distinguir el artesonado del techo y las blancas balconadas de los pisos superiores con el reloj iluminado en el centro. A cada lado había una hilera de palcos, de un diseño casi antiséptico, con cortinajes de terciopelo azul y luces indirectas; mientras, en el escudo grabado que había sobre el proscenio, dos mujeres jóvenes, simbólicas, lánguidas, escasamente vestidas, y en sensual escorzo, se llevaban a los labios finísimas trompetas celestiales. («Representan la autoridad censora universitaria», explicó Fen, «que convoca a la juventud de Oxford a la virtud y a la sobriedad»). En el escenario, se podía oír a Rutherston cómo se quejaba a George Green por el comportamiento de los «aprendices» en la turbamulta del final del segundo acto.

—¡Correan por ahí como una manada de ciervos atacados por un pekinés!

En el foso, un trombonista estaba imitando con bastante fortuna el ruido de un Spitfire cayendo en barrena, y un clarinetista estaba tocando *jazz* con disimulo. John Barfield estaba sentado en la primera fila de la platea, comiéndose una enorme naranja.

Adam fue a pedirle disculpas a Peacock; el director estaba hablando con el señor Levi en bambalinas. El señor Levi era un judío alto, amable y políglota, con un dominio del inglés ciertamente aterrador... aunque no muy fiable.

—¿Qué hay, Langley? —dijo—. Un retraso espantoso, todo esto. *Schercklich, gar fabelhaft*^[33]. Una cosa le digo, me importa un rábano que alguien haya despachado a

ese trapacero, ¿sabe?, pero tenía voz, como nadie desde Chaliapin^[34], *famos, nicht wahr?* Y ahora... —dijo el señor Levi con cierto sentido del humor—, ese prodigioso gazzate se lo comerán los gusanos necrófilos en su ataúd. Inteligentes insectillos.

Adam le presentó a Fen.

—En fin —añadió el señor Levi alegremente—, de todos modos y sin embargo seguiremos adelante con el espectáculo. —Le dio unas animosas palmaditas en la espalda a Peacock—. Aquí tenemos al maestro, es muy bueno. Una cosa le digo: mantiene a la orquesta justo donde quiere. Las trompas —de repente, aquí el señor Levi se puso poético por el entusiasmo, y se dirigió, gesticulando significativamente, a Fen—, las trompas, incluso, atienden a lo que se les dice y no sacuden las lengüetas y los instrumentos llenos de babas en el foso, ¿a que sí?

Peacock asintió con cierto embarazo ante aquel dudoso elogio.

—Y *nicht nur das*^[35] —dijo el señor Levi—. No solo las trompas, sino también los contrabajos. Ya saben ustedes lo que pasa con los contrabajos. Guiñan los ojos y se ríen bajito y eso. Lo hacen por las señoras —le explicó a Elizabeth—. Una cosa le digo, he visto a contrabajos comportarse en un concierto público de un modo tal que consiguieron ruborizar a mi abuela, pero ahora pasa al contrario, es *Vénus toute entière à sa prole attachée*^[36], y yo diría que son las propias señoras las que tienen buena parte de culpa.

Tras haber soltado aquel juicio descabellado, el señor Levi se marchó —debía regresar a Londres—, después de desearles fervientemente a todos buena suerte y de asegurarles que seguía manteniendo el mismo entusiasmo por la producción.

Unos cuantos actores y músicos recién llegados se acercaron y se disculparon ante Peacock sin excesivo entusiasmo. El que tocaba la tuba llegó, sacó el instrumento de la funda, y comenzó a hacerla sonar como la sirena de los barcos en un día de niebla, mientras el resto de la orquesta canturreaba la *Peter Grimes*^[37] con un tembloroso y distante falsete.

—Creo que lo mejor será empezar ya —dijo Peacock cuando contempló que las cosas tomaban aquel derrotero.

No cabía ninguna duda, pensó Adam, de que ni Peacock ni nadie relacionado con el espectáculo lamentaba en exceso la muerte de Edwin Shorthouse. Adam se lo hizo notar a Fen.

—Ya veo —dijo Fen—. Casi parece una falta de educación tratar de descubrir al asesino.

Joan Davis se había reunido con ellos y estaba observando a Fen con mirada burlona.

—¿Así que ya habéis llegado a la conclusión de que fue un asesinato?

—Yo sí. Por lo que respecta a la policía, no estoy tan seguro... Adam, preséntanos.

Adam se apresuró a hacer las presentaciones oportunas.

—Su Mariscala era excelente —dijo Fen—. Tan buena como la de Lotte

Lehmann.

Joan se echó a reír.

—Ojalá pudiera pensar lo mismo. Habría sido genial si no hubiera sido por... — De repente, cambió su voz—. Profesor Fen, estoy en un lío. Me preguntaba si podría usted ayudarme.

—Lo intentaré. En realidad, estaba deseando mantener una breve conversación con usted. ¿Podemos ir a... —Fen miró con gesto dubitativo a su alrededor—... a algún sitio un poco más tranquilo?

—George —dijo Joan—, ¿qué vas a ensayar al final, si es que decides empezar?

—La asamblea de los Maestros —contestó Peacock—, y el concurso de canto.

—¿Entonces no me necesitas?

—No, de momento, no.

—Vamos —dijo Joan—, subiremos a mi camerino.

Fen se dirigió a Adam.

—¿Puedes participar en el concurso de canto y vigilar a Elizabeth a la vez?

—Sí.

—Estaré bien, no me pasará nada —dijo Elizabeth.

—Eso es probablemente lo que César le dijo a Calpurnia en los idus de marzo — le dijo Fen al marchar—. Así que no ande sola y a oscuras por ahí.

—¿«No me pasará nada»? —dijo Joan mientras subían las escaleras hacia los camerinos—. ¿Por qué le iba a pasar algo a Elizabeth?

—Por una razón que le contaré enseguida —dijo Fen en tono evasivo—. Espero que no tenga el camerino en el segundo piso. *Mon beau printemps*, como probablemente observaría el señor Levi, *a fait le saut par la fenêtre*^[38]. ¿Es aquí?

—Sí, este es —confirmó Joan.

Abrió con la llave la puerta del camerino.

Físicamente el lugar era muy semejante al camerino en el que Edwin Shorthouse había encontrado su final; pero el ambiente era completamente diferente, y Fen se maravilló de nuevo ante la distinta sensibilidad de hombres y mujeres a la hora de modificar sus entornos inmediatos. La diferencia parecía residir —de repente se abstrajo y se puso analítico— en la predilección femenina por la profusión y superabundancia de objetos y el colorido. El camerino de Joan no estaba más ordenado que el de Shorthouse... si acaso, un poco más desordenado. Pero estaba repleto de ropa, cosméticos, libros, fotografías, telegramas... y el efecto conjunto de todos esos objetos confería al lugar un aspecto más amable y confortable que el que podría haber tenido su correspondiente masculino, con su habitual sosería y austeridad. Joan encendió el calefactor eléctrico (en aquel espantoso febrero resultaba muy necesario); se sentaron junto a la estufa y encendieron unos cigarrillos; y Fen fue directamente al asunto que se traían entre manos.

—Bueno, a ver —dijo—. ¿En qué clase de lío está usted metida?

Joan sonrió.

—Pensaba que usted lo sabría.

—Tiene que ver con ese policía, ¿no es así? No, no he visto a Mudge desde la hora de comer. ¿Qué ha hecho ahora?

—Entre otras cosas, ha estado interrogándonos a Karl y a mí. Y creo que ha formulado una hipótesis...

Fen gruñó.

—Continúe.

—Una de las cosas que le ha sonsacado a Karl es que ayer por la noche, después de cenar, varios de nosotros mantuvimos una especie de reunión de emergencia. Fue para discutir la situación que se había suscitado durante el ensayo, y para pensar cómo podríamos solucionarla. No se llegó a ninguna conclusión... (como en la mayoría de las reuniones, por otro lado), salvo que los padres de Edwin no deberían haberse conocido jamás. Pero desgraciadamente yo hice una observación bastante comprometida.

—¿Qué fue...?

—Dije: «Sería estupendo si pudiéramos envenenarlo aunque fuera solo un poquito... lo suficiente como para que no pudiera cantar».

Fen intentó formar un aro de humo con la boca, y fracasó estrepitosamente.

—Empiezo a comprender.

—El inspector me preguntó si yo había dicho *eso* efectivamente y, por supuesto, no pude negarlo. El problema es que, claro, aunque fuera de contexto mis palabras suenan decididamente siniestras, el hecho cierto es que fue una de esas tonterías que uno dice a lo tonto, sin pensar.

—Exactamente. —Fen estaba inclinado hacia delante para calentarse las manos en la estufa—. Pero eso solo...

—Lo peor viene ahora —dijo Joan, y dejó escapar una risilla un poco nerviosa—. Al parecer a la ginebra de Edwin le habían añadido Nembutal... y la única persona que tiene Nembutal por aquí... soy yo.

Fen se incorporó en la silla. En la lejanía podía oírse la música del principio del primer acto. Brillante, sonora, y elegante, la voz de Barfield recitaba la lista de los maestros cantores. «Y ahoraaaa, al concurso convocados de aquí y aculláááá, los maestros cantores en consejo se reúneeen para juzgaaaar...». «Un juicio», pensó Fen: «Dios sabe las ideas peregrinas que se le habrán ocurrido a Mudge con este asunto del Nembutal».

—Yo lo tengo con receta, desde luego —añadió Joan—. Por el insomnio. Y tengo... o más bien, *tenía*, bastante.

—¿En pretérito imperfecto?

—La mayoría ha desaparecido. Como unos veintiséis gramos, de hecho.

—Desaparecido... ¿de dónde?

—De este camerino.

—Lo tenía usted todo aquí.

—Sí. Pero por pura casualidad. Lo envolví deprisa, lo puse en mi neceser, y me olvidé de él hasta que el otro día lo saqué para maquillarme. Últimamente he estado durmiendo bien, y no lo he necesitado. Por esa misma razón ni siquiera me ocupé de llevarlo al hotel.

—¿Pero usted mantiene este camerino cerrado con llave?

—No siempre. Como rara vez dejo aquí nada de valor, a veces ni me molesto.

—Así que cualquiera podría haber birlado la medicina, ¿no?

—Cualquiera que supiera que la tenía aquí.

—¿Y quién lo sabía?

Joan sonrió con gesto de ironía.

—Media compañía, sin duda. ¿Conoce usted a Adela Brent, que canta la Magdalena? —preguntó, y cuando Fen negó con la cabeza, añadió—: Bueno, pues le dije que lo tenía aquí, y, como la mayoría de nosotros, Adela es una chismosa. «¿Sabes que Joan tiene Nembutal en su camerino?» —dijo Joan imitando a su compañera—. «Siempre sospeché que se drogaba...».

—Sí... —dijo Fen pensativamente—. Es la típica tontería que corre como la pólvora. Eso no tiene ninguna importancia. —Permaneció en silencio durante un instante—. Pero... supongo que Mudge no sospechará que usted *de verdad* asesinó a Shorthouse...

—No, no creo que la cosa haya llegado tan lejos. —Joan inspiró profundamente el humo de su cigarrillo—. Imagino... aunque él no ha dicho nada al respecto, que cree que Edwin en realidad se suicidó. Pero también creo que supone que yo *intenté* envenenar a Edwin, aunque solo sea para explicar la presencia del Nembutal de la ginebra, que no se ajusta a su hipótesis del suicidio.

—¿Y la razón para intentar envenenarlo habría sido...?

—Un interés desinteresado por la producción. O... —Joan se ruborizó un poco—, o un interés no-tan-desinteresado por George.

—¿Quién es George?

—George Peacock... Profesor Fen, ¿qué debería hacer?

—Nada —dijo Fen con firmeza.

—Pero *tengo* que hacer algo; no puedo dejar que sigan pensando que...

—Déjeles que piensen lo que quieran, y consuéllese recordando el espantoso ejemplo del señor Blenkinsop.

—¿El señor Blenkinsop?

—El señor Blenkinsop es mi personaje tragicómico favorito de la historia. En la época de las primeras locomotoras a vapor, cuando aún ni siquiera se habían puesto en marcha —Fen hablaba con una mirada divertida y ausente en sus claros ojos azules—, al señor Blenkinsop se le ocurrió que, tal y como se proponían en general las locomotoras de la época (y cuyas descendientes nos transportan de un modo tan incompetente en la actualidad), las ruedas patinarían en los raíles y el vehículo, por consiguiente, no se movería. Por tanto, mi señor Blenkinsop se tomó todas las

molestias imaginables, y dedicó una gran cantidad de tiempo y dinero a inventar una locomotora con ruedas dentadas que no tuvieran el problema susodicho... con el resultado que todo el mundo conoce. El señor Blenkinsop es el *locus classicus* de previsión errónea. Y sería igual de absurdo que usted intentara hacer algo respecto a las sospechas de Mudge. —Fen apagó su cigarrillo y se expresó con firme energía—. No hay ni una sombra de sospecha contra usted, señorita Davis, a menos que... —Fen se interrumpió súbitamente.

—¿A menos que qué?

—A menos que el jurado presente una acusación contra usted por intento de asesinato o cargos por lesiones o algo parecido durante la vista preliminar. Eso sería equivalente a un procesamiento... pero desde luego eso es absolutamente improbable, y en todo caso eso no se sostendría ni un minuto delante de un tribunal.

—En otras palabras —dijo Joan—, estoy aterrorizada por nada... Bueno, bueno, una siempre aprende cosas sobre una misma. Y ahora, ¿qué era de lo que *usted* quería hablar *conmigo*?

—Unas preguntas generales, si me permite.

—Adelante.

—Hábleme de Stapleton y Judith Haynes.

El rostro de Joan, otrora perspicaz y malicioso, sugirió entonces que estaba un tanto preocupada.

—¿Qué quiere usted saber? Están muy enamorados. Él compone. He estado echándole un vistazo a la partitura vocal de su ópera hoy mismo, después del té.

—¿Se la ha proporcionado Mudge?

—Sí, la encontraron en las dependencias de Edwin.

—¿Es una buena ópera?

—No mucho —dijo Joan con una mueca—. Pero es bastante joven todavía, claro, y muchos compositores mejoran con el tiempo. En fin, no es justo juzgarlo cuando uno tiene en la cabeza *Los maestros cantores*... Como dijo Puccini, todos somos unos tocabandurrias en comparación con Wagner. W. J. Turner *dixit*^[39].

—Turner piensa que *El holandés errante* es la mejor ópera de Wagner —dijo Fen con los ojos entrecerrados; hizo unos ruidillos trompeteros que recordaban vagamente la obertura de esa obra—. Pero volviendo a *Los maestros cantores*, aparte de *Enrique IV*, esa ópera es la única pieza musical que conozco que lo convence a uno de la nobleza intrínseca del hombre; todo lo contrario del *Macbeth* y la *Novena Sinfonía*, que tratan realmente de los dioses... —Se detuvo de repente para escuchar los distantes acordes del discurso de Pogner, y luego regresó un tanto apresuradamente al asunto que estaban tratando—. ¿Y respecto a Judith Haynes y Edwin Shorthouse...?

—¿Edwin? —en el sobresalto del momento, Joan se expresó un poco con demasiada despreocupación—. Creo que a lo mejor esperaba algo de Judith. Pero no iba con buenas intenciones, por decirlo finamente.

—¿Por qué piensa eso? —La mirada de Fen ostentaba un curioso centelleo, como

el de esas serpientes que de repente se encuentran frente a un conejo especialmente apetitoso y confiado.

—Oh, yo... es que Edwin simplemente era así.

—¿No hubo ningún incidente que...?

—Para ser totalmente sincera... —lo interrumpió Joan—, hice una promesa.

—Entonces será mejor que la rompa —dijo Fen, recostándose en su silla—. A menos, claro, que haya algo vergonzoso para esos jóvenes que usted prefiera mantener en secreto.

—No... no. Pero... sin embargo...

—Y si le digo que la vida de otra persona estuvo en peligro, ¿cambiaría algo?

—¿Está hablando usted en serio?

—Absolutamente.

—Pero es que *ellos* no tienen nada que ver con esto.

—Seguro que no. Pero todas las pruebas son importantes.

Joan titubeó. Y luego...

—Bueno, allá va... —dijo—, ya que le interesa tanto... Edwin medio intentó violar a Judith Haynes, estando borracho. Y Boris Stapleton lo sabía.

Joan le contó la historia a Fen.

—Pobre Judith —dijo—. «Con la ropa desarreglada», como dicen los dominicales. Creo que no he visto jamás a nadie más desgraciado y aterrorizado... Es absolutamente virginal, esa muchacha... En fin, una agresión como esa no tiene muchas posibilidades de éxito la mayoría de las veces, pero desde luego, yo intervine.

—¿Qué hizo? —preguntó Fen, vivamente interesado.

—Me puse furiosa y actué sin pensar —dijo Joan con nostálgica satisfacción—. Debe de haber algo especialmente desconcertante en esa forma de actuar, porque parece que la gente se queda paralizada... Entonces lo empujé, y él se trastabilló y se golpeó en la cabeza.

Aquellas tácticas de guerrera evidentemente complacían a Fen.

—Muy oportuno y pertinente —admitió—. ¿Pero cómo llegó a enterarse Stapleton de eso?

—Debió de contárselo Judith. Al día siguiente el muchacho vino a verme, parecía bastante descompuesto, y me dio las gracias. Pero... en fin, sin duda le afectó mucho aquello. —Joan se quedó callada entonces, y como Fen no decía nada, añadió—: Supongo que eso se añade a su lista de móviles para el crimen.

—No especialmente —dijo Fen. Ahora ya se encontraba casi totalmente repantingado, con sus piernas larguiruchas estiradas hacia la estufa, con la tabaquera dorada en la mano derecha, pero temporalmente ignorada—. Eso lo único que hace es confirmar lo que ya había sospechado. ¿Y respecto a lo que hizo usted ayer por la noche...?

—La rutina de siempre.

—Sí, claro, lo que me imaginaba —advirtió Fen con amabilidad. Le dio un

cigarrillo y volvió a guardar la tabaquera—. ¿Alguna coartada?

—Pues no, ninguna... Inmediatamente después de nuestra reunión en el Randolph, regresé al Mace & Sceptre y me fui a la cama. Eso sería poco después de las nueve.

—Así que perfectamente pudo usted haber salido de allí a escondidas, disfrazada de físico atómico, sin que nadie la viera...

—Sí. El hotel está lleno de salidas traseras... Sin embargo, lo cierto es que no lo hice.

—No —dijo Fen, como si estuviera pensando en otra cosa. Sacó un encendedor y le encendió el cigarrillo a Joan—. ¿Puede usted decirme lo que ha estado haciendo hoy desde la hora de comer?

—Sí, claro... pero ¿por qué?

—Tengo mis razones —le dijo en tono amistoso. Y mientras hablaba pensó que desafortunadamente no había modo de tenderle una trampa preguntándole por las agresiones a Elizabeth—. Y son muy buenas razones.

—Me pone usted nerviosa —dijo Joan—. Ahora seguramente me olvidaré de algo, o confundiré las horas, y usted me llevará a la trena bajo la acusación de ser sospechosa de cualquier cosa...

El calorcillo de la estufa eléctrica estaba consiguiendo que a Fen le entrara el sueño. Se levantó y le dedicó una sonrisa burlona a Joan.

—Piénselo detenidamente —le dijo implacable.

—Bueno, a ver... después de comer, bastante tarde, fui al salón de los residentes y escribí unas cartas. Seguro que hay un montón de gente que puede confirmar que efectivamente estuve allí. Como a las cuatro vino Karl... y lo invité a tomar el té conmigo. Había estado muy atareado un buen rato, pobrecito mío, comunicándole a la gente que al final sí que habría ensayo. Fuimos al salón público. Luego llegó el inspector. Le dimos una taza de té, y nos hizo unas preguntas.

—¿Vio o habló con alguien relacionado con la ópera, mientras estuvo tomando el té? Quiero decir, aparte de Wolzogen...

—No, creo que no... ¡Ah, sí, claro, a Elizabeth! Pero solo fueron unos minutos. Eso fue después de que el inspector se hubiera marchado.

—¿De qué hablaron Elizabeth y usted?

Joan frunció el ceño, como pensativa.

—De nada especial, supongo. Una conversación normal... —De repente, se acordó de algo—. Pero... ¿no ha hablado usted con Elizabeth? Al parecer tiene algunas ideas muy concretas sobre *quién* le hizo *qué* a Edwin.

—*Tenía* alguna idea, efectivamente —dijo Fen con enorme firmeza. Aún estaba perfectamente convencido de que aquel había sido el motivo de las agresiones que había sufrido Elizabeth, pero esa idea también podría quedar rebatida a la menor oportunidad—. Esa idea ha resultado ser totalmente falsa.

—Ya, entiendo... ¿Continúo?

—Por favor.

—Karl se marchó poco después que Elizabeth. Creo que subió arriba para ver a George. Yo acabé el té y luego se me ocurrió que ninguno de los dos le habíamos dicho a Elizabeth *a qué hora* se iban a reanudar los ensayos. Pensé subir y solucionarlo, porque ella ya había subido a su habitación... Al menos, allí era donde yo suponía que estaba. Lo que pasó es que me encontré con la puerta sin cerrar y no había nadie dentro.

«La puerta sin cerrar...». Eso suponía un descuido imperdonable por parte del agresor de Elizabeth, pensó Fen... A menos, claro, que Joan hubiera sido la agresora, y ahora estuviera intentando ocultar los hechos. La observó de reojo, y se le pasó por la cabeza la idea de que al menos potencialmente podría ser una mujer sin escrúpulos. Bajo aquel persuasivo encanto había cierta dureza... aunque eso en realidad iba contra la idea de que hubiera podido estar relacionada con las agresiones a Elizabeth, que parecían haberse concebido precipitadamente y de mala manera, y seguramente se habían llevado a cabo en un estado cercano al pánico.

—Eso me sorprendió mucho —seguía diciendo Joan—, porque cuando llamé con los nudillos creí oír algún ruido, como de gente moviéndose en el interior de la habitación. Pero supongo que me equivoqué: se trataría de ruidos que harían en la habitación de al lado.

—¿No miró usted en el baño?

—No... no... La puerta estaba medio abierta, pero no se oía nada allí, así que ni me molesté en mirar... Profesor Fen, ¿de qué va todo esto? ¿Todo esto tiene algo que ver con Elizabeth?

—Sí —dijo Fen—. Y mucho. Esta tarde ha sufrido dos intentos de asesinato, ambos alrededor de la hora en la que usted subió a su habitación. Dos intentos anónimos, debería añadir. Por eso es por lo que sus aportaciones pueden ser importantes.

—¿Han intentado matarla? ¿Pero por qué? —Joan estaba aterrorizada y parecía haber perdido su habitual serenidad.

Fen se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Pero continúe. Después de que dejara la nota...

—¿La nota? —preguntó Joan un tanto confusa—. Ah, sí, claro... luego me puse el abrigo y el sombrero y me vine para acá. Eso es todo.

—Ahora, intente recordar una cosa, por favor... —Fen se inclinó hacia delante—. Cuando subió usted a la habitación de Elizabeth, ¿se cruzó con alguien o vio a alguien yendo en la misma dirección?

Joan lo pensó detenidamente.

—No —contestó al final—. Estoy casi segura de que no.

Fen reprimió un suspiro de decepción, y comenzó a recordar la topografía exacta del pasillo del hotel. Había un recodo, en ángulo recto, según recordaba, inmediatamente antes de llegar a la puerta de la habitación 72, de modo que al

acercarse desde las escaleras y los ascensores uno tendría que estar delante del umbral mismo para ver entrar a alguien. Tras la esquina había algunas habitaciones más (entre ellas, la de Peacock); y más allá, lavabos y baños; y al final el pasillo se acaba en un callejón sin salida, sin nada al final, salvo una pared, una ventana con cristales esmerilados y un radiador. Sin embargo, si Joan estaba diciendo la verdad, el agresor debería haber accedido a la habitación desde ese otro lado, del lado contrario a las escaleras y los ascensores. Puede que hubiera estado al acecho antes en un baño o en un lavabo... solo que no había ninguna razón para ello. Y, por otro lado, también podría haber salido de la habitación de Peacock...

Fen negó de un modo lastimero con la cabeza. Todo el asunto estaba siendo exasperantemente esquivo... y más cuando el agresor de Elizabeth había sido lo suficientemente descuidado como para delatarse diez veces. Fen también tuvo que admitir que aquella conversación no había sido de mucha utilidad; lo único interesante de la misma, en realidad, era la desalentadora noticia de que Mudge estaba empezando a formular una hipótesis por su cuenta.

Fen se puso en pie con un movimiento enérgico y brusco, y una vez más se percató de las notas de aquella música lejana; fue consciente, también, de que Joan lo observaba con curiosidad.

—¿Se acabó la clase, profe? —preguntó.

—Y ha aprobado con la máxima calificación —dijo—. Ahora tengo que encontrar a algún otro al que dar la murga. ¿Se va a quedar usted aquí?

—No, yo también bajaré, creo, y miraré a ver por dónde van... —Fen le abrió la puerta—. Oh, maldita sea —dijo—, no he apagado la estufa.

Fen se dio la vuelta y fue a apagar la estufa.

—Esto apesta... —dijo gravemente—, ya estoy listo, vámonos.

Capítulo quince

U no de mis recuerdos más felices —dijo Joan cuando bajaban por las escaleras — es cuando hice de Salomé en la ópera de Strauss, con Edwin en el improbable papel de Juan Bautista. Eso fue hace ya mucho tiempo, cuando yo aún tenía una bonita figura...

—Aún la tiene —indicó Fen con galantería.

—... y recuerdo todo aquello en parte porque me di cuenta, incluso entonces ya, de que yo era la primera Salomé en dar a los hombres de la platea una estupenda recompensa a cambio del dinero de su entrada durante la danza de los siete velos. Fue en la Opera de París, y yo terminaba mi actuación tan desnuda que hasta las chicas del Moulin Rouge se habrían ruborizado... Bueno, da igual, eso no era lo que iba a decir. Allí estaba Edwin, indiferente a mis encantos, gordinflón, medio desnudo, y con una corpulencia muy poco creíble en un hombre que hubiera vivido tanto tiempo de langostas y miel silvestre. Y ¿sabe una cosa...? —Joan se detuvo de repente delante de la puerta del escenario—, ¿sabe una cosa? Me pareció *repugnante*. «Deja que toque tu níveo cuerpo...» —citó Joan—. Y, de verdad, creo que si me hubiera tocado, habría gritado...

—Todo eso parece relevante de cara al intento de violación de Judith Haynes —sugirió Fen.

—Sí. Dios sabe que eso todavía me *pone* furiosa, y eso que era en escena. Lo que *ella* debió de sentir...

Curiosamente se encontraron con que Judith Haynes estaba sentada con Elizabeth, y fueron a reunirse con ellas. El ensayo, era evidente, estaba yendo a las mil maravillas. Adam, que hasta ese momento había estado interpretando toda la escena con la mirada clavada en su esposa, para gran asombro y abatimiento de Rutherford, estaba cantando la canción de Walther en el concurso. El primer oboe todavía no había dado señales de vida, y Peacock, desde el atril, de tanto en tanto sustituía esa parte mediante un profundo canturreo sepulcral que desconcertaba prácticamente a todo el mundo. Con todo, ahora que todo discurría conforme estaba previsto, había un ambiente de buen humor en el escenario... Es más, había un ambiente de verosimilitud mucho mayor que en cualquiera de los ensayos efectuados hasta ese momento. La gente actuaba y cantaba a la vez; los movimientos eran armoniosos; el decorado había cristalizado en un simulacro oscuro pero inconfundible en sus formas. Joan se dio cuenta de que la producción se había quitado un peso de encima con la muerte de Edwin Shorthouse, y como era una artista comprometida con su profesión, esa consciencia consiguió que se sintiera feliz.

Se acomodó junto a Judith Haynes.

—Judith —le dijo en voz baja—, me temo que he tenido que romper la promesa que te hice. Le he contado al profesor Fen lo que ocurrió la otra noche.

La chica se giró, y Joan se preguntó si fue la luz artificial o alguna razón personal

insospechada lo que consiguió que sus rasgos hermosos y juveniles parecieran momentáneamente demacrados.

—Está bien —dijo—. Yo también se lo acababa de contar a la señora Langley. Ya no importa que Boris lo sepa.

En ese momento se mordió el labio y miró de reojo a Fen. Elizabeth, conmovida por su angustia, se apresuró a romper el breve e incómodo silencio que se produjo a continuación.

—Edwin era absolutamente detestable —sentenció.

Algo en su tono de voz atrajo la atención de Fen. La miró con curioso interés, con los ojos entrecerrados.

—¿Cuánto tiempo hace que conocía a Edwin Shorthouse? —preguntó.

—Pues aproximadamente lo mismo que a Adam... Hubo una especie de triángulo... —explicó Elizabeth; y luego, pensando quizá que aquel brusco comentario geométrico podría parecer un tanto vulgar, se apresuró a añadir—: Entiéndame, Edwin quería que yo fuera su amante... No le gustó mucho que me casara con Adam, y durante algún tiempo se comportó de un modo espantoso.

—¿A Adam no le caía bien, entonces?

—No es tanto eso: era *él* el que detestaba a *Adam*.

—«Detestar» es una palabra un poco fuerte... —dijo Fen.

—En este caso es la única palabra posible.

—¿Aún se llevaban *a matar* cuando murió Shorthouse?

—No —dijo Elizabeth—. Se disculpó con Adam a finales del año pasado, cuando estuvieron trabajando juntos en el *Don Pasquale*. —Entonces le hizo un resumen de lo acontecido—. Yo creo que Adam no creyó que las disculpas de Edwin fueran sinceras, pero en adelante no volvimos a tener ningún problema con él.

Aquella información pareció disgustar de algún modo a Fen. Se giró para mirar el escenario. Adam había concluido su canción en el concurso de aspirantes a maestros cantores, y Beckmesser estaba empeñado, con todo el buen gusto y rigor melódico imaginables, en conseguir que no fuera admitido y echar por tierra su interpretación. Los maestros cantores, con la excepción de Sachs, negaban con la cabeza en señal de desaprobación, y reprendían así la juvenil rebeldía de Walther. Una mujer de la limpieza, con su mopa y su cubo, observaba curiosa desde bambalinas, y alguien invisible tras ella le ordenó que se largara de allí. Y Judith le dijo a Joan:

—Estoy preocupadísima por Boris.

—¿Preocupadísima? ¿Por qué?

—Estoy segura de que está enfermo, y sencillamente no quiere ir al médico.

—Tiene algo en la piel, ¿no?

—Sí, ya le ha pasado antes, pero nunca lo ha tenido tan mal como ahora.

—¿Por qué no quiere ir al médico?

—Por la ópera. Es su primer papel... solo dos palabras, ya lo sé, pero aun así, es su primer papel. Le da miedo que le manden guardar cama. Está trabajando muy duro

para abrirse camino... practica maquillaje, ¿sabe?, una hora diaria...

—¿Crees que si hablo con él...?

—No... Es decir... no pretendía ser grosera, pero si yo no puedo convencerlo...

—Sí, lo entiendo perfectamente —Joan llegó de repente a una conclusión—. Ven, vamos a hablar las dos a solas.

Fueron a la sala de ensayos. Giacomo Puccini las observó con sus ojos diminutos y brillantes desde la pared.

—Judith —le dijo Joan sin más preliminares—, ¿estás viviendo en pecado con ese joven?

—Yo... yo... no —dijo la joven tartamudeando—. Es decir...

—Deja que te lo pregunte de otra manera —dijo Joan amablemente—. ¿Te has acostado con él?

El rostro de Judith se puso rojo como un tomate.

—No, yo... yo no... Me lo ha pedido, pero a mí me daba miedo que...

—Te daba miedo quedarte embarazada. Muy prudente y muy inteligente por tu parte. ¿Por qué demonios no os casáis?

Judith miró atónita a Joan, como si esta hubiera sugerido un viaje a la luna.

—¿Cas... casarnos? Pero no podemos permitirnoslo...

—Si podéis permitirlos vivir separados, seguro que podéis permitirlos vivir juntos, siempre que no te cargues de hijos enseguida...

—Pero... pero mis padres no querrían...

—Lo asumirían —dijo Joan sin darle más vueltas— cuando descubrieran que era un *fait accompli*. ¿Ya tenéis los dos veintiuno?

—Sí, pero verá...

—Si te consigo una licencia especial, ¿te casarás enseguida?

Judith ya no tartamudeó más.

—Sí —dijo sencillamente.

—Bien dicho —dijo Joan con una sonrisa—. Háblalo con Boris, y luego me cuentas. Si de verdad crees que sería una imprudencia, no lo hagas. Pero si lo único que pretendes es ser precavida, deja de ser precavida y sé feliz.

Judith le dio un beso impulsivamente. Regresaron en silencio junto a los otros.

El acto primero estaba a punto de concluir. Adam, con un gesto de furia, abandonó el escenario. Los maestros de canto salieron tras él todos juntos, a empujones y abucheados por los aprendices. Solo quedó en escena Sachs, mientras con tres acordes la orquesta recordaba el concurso de canto. Luego, salió tras los otros, mientras la música se deslizaba a su acorde final con un fa mayor. Hubo un suspiro general de relajación y alivio. Los músicos comenzaron a buscar a tientas las fundas de sus instrumentos con la esperanza de que se terminara el ensayo; el elenco volvió de nuevo a escena en bloque.

—Gracias, damas y caballeros —dijo Peacock—. Lo dejamos aquí por hoy. Me temo que este ensayo sin previo aviso les ha causado muchos inconvenientes a

muchos de ustedes, pero confío en que me perdonen, en vista de las difíciles circunstancias en que nos encontramos y la inmediatez de la fecha del estreno. Me veo obligado a cancelar el ensayo de mañana por la mañana debido a las pesquisas policiales, pero confío en poder reanudarlo por la tarde, de acuerdo con los horarios que se indican en el tablón de anuncios de la entrada de artistas. Muchas gracias a todos.

Desapareció en el foso de la orquesta y enseguida vino a reunirse con Elizabeth, Joan, Judith y Fen en el patio de butacas. Venía con el pelo revuelto, estaba sudando y agotado, y sin embargo parecía exultante y triunfal.

—Está empezando a funcionar —le dijo a Joan—. ¿No te parece?

Joan asintió, sonriendo un poco ante la exaltación del director.

—George Green —añadió— es una bendición divina para un director de orquesta. Parece saber lo que quiero solo por puro instinto. Y los matices que Langley proporciona en el concurso de canto... Si no hubiera estado mirando todo el rato hacia aquí, como si hubiera visto un fantasma, habría sido perfecto.

—Querido... —le dijo Joan afectuosamente. Casi sin querer le tocó la mano. Él la miró sorprendido por un instante, y luego se echó a reír.

—Estoy siendo un verdadero ingenuo, ¿verdad? —preguntó con inocente encanto—. La verdad es que no sé cómo me aguantáis.

Al final llegaron Adam y George Green, y se entabló una conversación general. Fen, observando que solo se ocupaban de asuntos operísticos, aprovechó la oportunidad para conversar un poco con Judith Haynes. Para romper el hielo de aquella breve conversación, procuró hacer uso de todos los recursos del encanto y el tacto que pudo recabar, pues sabía que debía andarse con cautela.

—Solo una pregunta... —dijo—, si me disculpa usted la molestia, señorita... —y entonces se detuvo, porque vio que Judith estaba muy contenta... tan contenta que parecía que el encanto y el tacto podrían ser una redundancia inútil. Así que procedió más descaradamente.

—¿Puede decirme si usted y Stapleton vinieron a este ensayo juntos? —preguntó.

—¿Si... si qué? —apenas le estaba prestando atención. Entonces, se apresuró a concentrarse en la conversación—. Oh... lo siento. No me di cuenta de que me estaba hablando a mí. ¿Le importaría decírmelo otra vez?

Fen repitió la pregunta.

—Oh. No, no vinimos juntos. Boris fue a dar un paseo esta tarde y luego vino aquí directamente. Supo que había ensayo por alguien de la orquesta.

—¿Estaba ya aquí cuando llegó usted?

—No, llegó unos minutos después... ¿Es eso todo?

—Eso es todo —dijo Fen con un gesto bastante sombrío.

«Un paseo», se dijo: la dichosa costumbre de Stapleton de ir a dar un paseo cada vez que ocurría algo crucial empezaba a resultar bastante incómoda y frustrante.

Acompañó a Adam, a Elizabeth y a Joan hasta la puerta del Mace & Sceptre, y

antes de darles las buenas noches, le preguntó a Joan:

—Joan, ¿qué le dijo a Judith?

—¡Le aconsejé que se casara con su novio en cuanto pudiera!

Fen no contestó. Joan añadió con una pizca de brusquedad:

—¿No le parece bien?

—Solo le diré una cosa —dijo Fen muy despacio—, que estamos metidos hasta el cuello en un caso de asesinato, y que simplemente sería un gesto de precaución elemental evitar dar un paso decisivo de ese tipo hasta que todo se resuelva.

Elizabeth, inesperadamente, perdió la compostura.

—¿No cree usted, profesor Fen —le espetó— que está usted más capacitado para seguir con la investigación y resolverla que para ofrecer estúpidos consejos sobre los asuntos personales de la gente?

Fen le contestó sin rastro de resentimiento:

—No creo que esté capacitado para ninguna de las dos cosas... —dijo—. Bueno, les veré en la vista de la investigación judicial. Buenas noches, y que duerman bien.

—Oh, Elizabeth... —dijo Adam con tristeza—, creo que no deberías haber dicho eso.

Entonces tuvieron una discusión. Era su primera pelea desde que se habían casado. Durante una hora estuvieron enfurruñados, y al final se reconciliaron con fervoroso entusiasmo. Adam bebió tanto celebrando dicha reconciliación que se emborrachó, y se volvieron a enfurruñar.

Capítulo dieciséis

Fue a última hora de la noche de un lunes cuando Edwin Shorthouse encontró la muerte; el martes por la tarde Elizabeth fue agredida; y la investigación judicial estaba prevista para el miércoles por la mañana. Una hora antes de la hora fijada para el comienzo, Fen acudió al Mace & Sceptre para ver a Peacock.

Gervase Fen confiaba en que aquella sería la última de las entrevistas imprescindibles, aparte quizá de la posibilidad de mantener una charla con Karl Wolzogen; y se vio obligado a admitir para sus adentros, cuando entró en aquel vestíbulo ya tan familiar, que hasta ese momento había avanzado muy poco en el caso, inusualmente poco. De un modo paulatino se había hecho cada vez más evidente que la teoría oficial se decantaba por considerarlo un suicidio; Mudge le había contado por teléfono esa misma mañana que consideraba el Nembutal que había aparecido en la botella de ginebra como un elemento completamente aparte y no relacionado con el ahorcamiento. Y cuando se le preguntó cómo explicaba las marcas de ataduras en las muñecas y los tobillos de Shorthouse, y la dislocación de las vértebras del cuello, el inspector había contestado en términos un tanto cortantes, afirmando que era incapaz de explicar todos esos hechos y, además, dado que al parecer resultaba del todo imposible refutar la declaración de Furbelow, consideraba que no había modo alguno de resolver el problema, más allá de un *felo de se*^[40]. Ante aquella respuesta, Fen no pudo sino desconfiar de su propia intuición: consideró que tal vez Mudge pudiera estar en lo cierto, pues no era del todo imposible, y pensó que él mismo podría estar representando de nuevo el error del ridículo señor Blenkinsop, yendo más allá de lo necesario. Y fue solo por el hecho de que sentía una innata aversión a abandonar cualquier cosa a medias por lo que siguió adelante con sus indagaciones.

Dio con Peacock sin muchas dificultades, y bajaron al salón de clientes del hotel a tomar café. Era todo lo contrario del bar —que tenía una oscura apariencia gótica, que recordaba a un calabozo, con alabardas, *ceintures de chasteté* y otros espantosos aparejos medievales— y, a pesar de su tamaño, representaba al menos una afortunada aproximación a la comodidad y el bienestar burgués. Incluso había, en sus robustas mesas atestadas de revistas viejas, en sus mullidas alfombras y esterillas, en sus otomanas con estampados de cretona y en sus butacones, un indicio de parodia doméstica involuntaria, que se veía acentuada por la virulenta aparición ocasional de camareros vestidos de etiqueta, cuya misión era ofrecer esa serie de jarritas y cafeteras y teteras metálicas que parecen destinadas específicamente a abrasar los dedos de los clientes. Una eterna quietud invadía el lugar, emanada tal vez del único par de caballeros que siempre se encontraban en aquella estancia, dando sus últimas cabezadas delante de los periódicos, ignorando el tintineo de las cucharillas del café o la grave vibración que se producía en los cristales de las ventanas de tanto en tanto,

cuando pasaban los autobuses por la calle. La conversación, entre aquellas cuatro paredes, se amortiguaba casi imperceptiblemente y se convertía en un susurro.

Peacock mostró una gran disposición a ser interrogado.

—Naturalmente —dijo—. Le ayudaré en todo lo que pueda, aunque debo confesar, para empezar, que considero la muerte de Shorthouse casi como una bendición divina... —Su voz tenía un curioso matiz hueco y áspero—. Obviamente, yo no tenía ninguna razón para apreciarlo... Probablemente ya se haya enterado usted de mi desafortunado arrebatado de furia en el ensayo de anteayer. Gracias a Dios, tengo una coartada para la hora en que lo asesinaron.

—Permítame felicitarle —dijo Fen secamente—. Al parecer es usted la única persona en toda la ciudad de Oxford que la tiene.

—Es pura suerte —dijo Peacock—. Decididamente, solo buena suerte. —Se calló para pagar al camarero—. Simplemente, dio la casualidad de que estuve en el despacho del director del hotel, charlando y bebiendo cerveza, justo hasta medianoche. Y él y su esposa estuvieron conmigo todo el tiempo.

Peacock contaba todo aquello con la ingenua satisfacción y orgullo de un profesor de clásicas que ha descubierto alguna remota alusión mitológica en las obras de Hesiodo. Pero Fen no parecía muy impresionado. Después de todo, en absoluto es imprescindible que el trampero esté presente cada vez que un conejo cae en el cepo... Al hilo de aquella idea, sin embargo, se le ocurrió un conjunto de posibilidades completamente nuevas... aunque no podían comprobarse en ese momento.

—Es muy afortunado —asintió—. En realidad, sin embargo, estoy más interesado en lo que ocurrió ayer por la tarde que en la hora a la que murió Shorthouse.

—¿Ayer por la tarde? ¿Y por qué?

Todo el mundo preguntaba eso, pensó Fen con amargura: todos preguntaban eso, y en cada uno y todos los casos él se veía obligado a dar una contestación evasiva y poco convincente que inevitablemente los ponía a todos en guardia...

—Por una razón que ya le explicaré en su momento —dijo, haciendo un esfuerzo.

Peacock aceptó la explicación sin expresar más curiosidad, al menos aparentemente.

—¿Y qué quiere saber?

—Sencillamente, qué estaba haciendo usted en ese momento.

La requisitoria se satisfizo al instante. Después de comer, Peacock había sido interrogado por Mudge, y después se había retirado a su habitación con la idea de repasar la partitura de *Los maestros cantores*... Permaneció en su habitación hasta que Mudge volvió a llamar alrededor de las tres para decirle que a partir de ese momento el teatro quedaba disponible para sus funciones habituales. Inmediatamente después había llamado a Karl Wolzogen y le había encomendado que intentara reunir a la gente para un ensayo improvisado a las cinco.

—Y he de decir que me sorprendió mucho —añadió Peacock— que consiguiera reunir a tanta gente a tiempo. Afortunadamente, yo me había ocupado de advertir a

algunas personas, antes de eso, de que *podría* haber tal vez un ensayo... Y alrededor de las cinco menos cuarto Karl apareció para informarme de lo que había conseguido. Y luego nos fuimos directamente al teatro.

—Juntos, claro.

—En realidad... no. Karl se quedó atrás...

—Por alguna necesidad imperiosa —dijo Fen, citando a Wilkes.

—Si quiere usted llamarlo así... —Peacock frunció el ceño, aparentemente repudiando aquel inofensivo eufemismo—. En cualquier caso, no tardó mucho en venir al teatro.

«Al acecho en un baño o un lavabo...». Esa posibilidad ya se le había pasado por la cabeza, recordó. Y ahora era evidente que bien Peacock o Karl Wolzogen podrían haberse colado en la habitación de Elizabeth sin que Joan pudiera haberlos visto cuando esta se aproximaba desde las escaleras. Desgraciadamente había una ausencia general de exactitud en la cronología de aquella media hora en concreto... y, aún más desgraciadamente, seguía siendo imposible adjudicar con alguna seguridad las agresiones a Elizabeth ni a Peacock ni a Wolzogen, puesto que alguna tercera persona, que estuviera esperando fuera de la habitación, podría perfectamente haberse asustado cuando se abriera la puerta de Peacock y podría haber huido a refugiarse en el primer baño que encontrara, saliendo después para llevar a cabo su agresión solo cuando no hubiera moros en la costa. Desde luego, el pasillo estaba enmoquetado, y Joan Davis, aproximándose desde la esquina, habría resultado del todo inaudible... Aquellas retorcidas consideraciones, sin embargo, no conducían a parte ninguna. Todo lo que aportaban en definitiva era que el agresor de Elizabeth podría haber sido absolutamente *cualquiera*. Sin embargo, Fen estaba de nuevo atrapado y exasperado ante el carácter impenetrablemente esquivo de aquel caso. Cada vez que parecía atisbar, en el horizonte, alguna conclusión definitiva e incontrovertible, se difuminaba en cuanto se acercaba y al final se desvanecía como un espejismo, dejándolo pasmado ante el implacable paisaje de un monótono desierto...

—Va a ir usted a la investigación judicial, ¿no es así? —dijo Peacock mirando el reloj.

—Sí, pero todavía tenemos tiempo.

—Solo estaba pensando que, a la vista de lo que dicen los periódicos, seguramente habrá un gentío.

Eso sí que era verdad. La muerte de Edwin Shorthouse, aunque en parte había quedado eclipsada por los alevosos tejemanajes de la fundación de la Organización de Naciones Unidas, al final había alcanzado las portadas de la prensa. Fen terminó su café.

—Supongo que a usted no lo habrán citado.

—No, gracias a Dios —dijo Peacock—, aunque a Stapleton sí... Lo mejor será que nos vayamos ya si queremos entrar. Voy a coger mi abrigo y nos vemos en el vestíbulo.

Mientras esperaba, Fen pensó: «Algo más tendrá que ocurrir. Alguna otra cosa tiene que pasar para que consiga hacerme con este caso...». Pero no tenía ninguna razón para sospechar que fuera a ocurrir algo tan pronto y que fuera tan horrible.

* * *

El sol hizo una tímida aparición mientras bajaban andando por Cornmarket hacia el ayuntamiento, en St. Aldate, donde estaba la sala en la que iba a tener lugar la investigación judicial. Peacock había estado totalmente en lo cierto respecto a lo del gentío, y solo pudieron entrar gracias a que el sargento al mando conocía a Fen. Prácticamente todo el mundo estaba allí: Adam, Elizabeth, Joan, Karl, Boris, Judith, Mudge, Furbelow, el doctor Rashmole y, sorprendentemente, el Maestro Shorthouse, sonriendo con complacencia bajo un sombrero de fieltro y asistido por Beatrix Thorn. La sala era inhóspita, con un suelo irregular y polvoriento de madera, unos ventanales altos y lúgubres, y una buena cantidad de incómodas sillas desvencijadas, acompañadas aquí y allá por viejísimos pupitres escolares, ennegrecidos por vetustos manchurroneos de tinta y tallados hasta lo imposible con los nombres de infinitas generaciones de estudiantes. En un extremo de la sala, una tarima acogía la silla del juez de instrucción, con la mesa y un bote de tinta. Los representantes de la prensa permanecían apartados como leprosos a su derecha, bostezando, jugueteando, estornudando y curioseando. Frente a ellos estaba la mesa reservada para el jurado. El ambiente era subártico. Había un murmullo constante y tranquilo.

—Por cierto —dijo Fen, mientras él y Peacock se abrían paso hacia dos sillas vacías que se encontraban inmediatamente detrás de Adam, Elizabeth y Joan Davis—, hay una cuestión que olvidé preguntarle: cuando usted partió hacia el teatro de la ópera ayer, ¿vio usted a alguien conocido merodeando por el pasillo?

Pero aquella esperanza desesperada quedó chafada al instante, y Fen, amargado, dejó a Peacock y se fue a ver a Mudge.

—Vamos a ver si conseguimos un veredicto de suicidio, rapidito... —dijo el inspector en respuesta a las preguntas de Fen—. Respecto al Nembutal, ya sabes, estamos intentando a ver si podemos tratarlo como un caso aparte.

—¿No vas a intentar *inculpar* a nadie?

—No tenemos caso —admitió Mudge—, a menos que surja algo nuevo.

—Aquel taburete que encontraron tirado en el camerino... ¿lo han analizado?

—Sí. Tenía las huellas de los zapatos de Shorthouse, sus huellas dactilares y muchísimas otras huellas antiguas que obviamente no tienen nada que ver con el caso. Es exactamente lo que uno podría esperar en un caso de suicidio.

—Exactamente lo que uno podría esperar... —farfulló Fen— de un asesino muy listo.

Fen se pensó si aprovechar aquella oportunidad para contarle a Mudge lo de las

agresiones a Elizabeth, pero al final decidió no hacerlo, y regresó a su asiento. Elizabeth se volvió para hablar con él.

—Profesor Fen —le dijo—, le debo una disculpa.

—Qué tontería.

Elizabeth insistió.

—Me comporté de un modo intolerablemente grosero con usted ayer por la noche.

—«Imperceptiblemente» es el adverbio que conviene aquí —dijo Fen, sonriéndole—. Bueno, Adam, ¿cómo te encuentras?

—Tiene resaca —dijo Elizabeth con gesto desaprobatorio. Adam asintió y confirmó tan triste diagnóstico.

—Bueno —dijo Joan Davis—, con total franqueza os lo digo: estoy aterrorizada.

—Ya le dije que no tiene de qué preocuparse —le dijo Fen.

Al final salió el jurado. Estaba compuesto por cinco hombres y dos mujeres, con diversos niveles de desconcierto y de serenidad en sus ademanes. Los representantes de la prensa los miraron y comenzaron a sacudir violentamente sus bolígrafos para hacer fluir la tinta. El presidente del jurado, un individuo pequeño y epiceno, con voz aflautada y gestos arrogantes, hizo algunos chistecillos sobre la incomodidad de las sillas. Fen observó aquello con secreta inquietud.

Poco después apareció el juez de instrucción, y en medio de una apresurada agitación del público, que apagaba apuradamente sus cigarrillos, comenzó la vista preliminar.

Capítulo diecisiete

Muchos males y errores se les han imputado a los jueces de instrucción, y sin duda justificadamente en algunos casos. Sin embargo, el magistrado encargado del caso de Edwin Shorthouse resultó ser un individuo inteligente y capaz, deseoso de alcanzar simplemente un veredicto con la mínima cantidad de embrollos y datos irrelevantes. El jurado hizo el juramento y expresó su escaso interés por inspeccionar el cadáver. A continuación se procedió a cumplimentar las formalidades de la identificación. El doctor Rashmole fue llamado para que ofreciera pruebas de la causa de la muerte.

—Fallo respiratorio. Los indicios *post mortem* son inconfundibles.

—¿El examen del cadáver le proporcionó alguna otra conclusión?

—Sí. Las condiciones generales del finado me sugirieron la posibilidad de que algunos momentos antes de la muerte hubiera ingerido una notable cantidad de algún barbitúrico.

En vista de ello, solicité un análisis del contenido gastrointestinal.

—¿Cuáles habrían sido los efectos de esa droga?

—Somnolencia extrema, y eventualmente una inducción al coma. También, con toda probabilidad, un estado de confusión mental, tal vez combinada con una cierta pérdida de memoria.

—En su opinión, por tanto, ¿esa droga no podría haberle causado la muerte?

—Sí que *podría* haberle causado la muerte, sí —dijo el doctor Rashmole—. Pero en este caso, efectivamente, no lo hizo.

Bajó del estrado y en su lugar subió un analista.

—¿Comprobó usted el contenido del estómago y los intestinos del finado?

—Sí.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Diagnosticué la presencia de alrededor de cuatro gramos y medio de un barbitúrico hipnótico.

—¿Puede usted ser más concreto?

—Por desgracia, eso es difícil... Existe una gran diversidad de productos barbitúricos... podría nombrarle sin pensarlo mucho al menos veinticinco; y difieren entre ellos solo en la fórmula química y muy ligeramente, y por esa razón resulta prácticamente imposible dar un resultado concreto a partir del análisis. Lo único que puedo decir con total seguridad es que se trataba de alguna variante del sedativo somnífero barbital o veronal, que son barbitúricos.

Joan se giró y le susurró a Fen:

—Eso me da alguna esperanza...

Fen gruñó:

—No le pasará a usted nada —le replicó con otro murmullo—, porque no ha salido a relucir que usted posea el Nembutal... Que Dios bendiga al juez, desde

luego. No sabe ni de lo que habla. Seguramente habremos acabado con todo esto a tiempo para ir a tomar un trago antes de comer.

Llamaron al estrado a una tal señorita Willis. Era joven, tontorróna, y vestía una indumentaria recargadísima y abrumadora.

—¿Es usted la criada del doctor Shand?

La señorita Willis dejó escapar una risilla absurda y contestó de un modo inaudible.

—Debe hablar usted un poco más alto —le dijo el juez de instrucción—, o el jurado no podrá oírla... ¿Contestó usted al teléfono en casa del doctor Shand a última hora de la noche del pasado lunes?

La señorita Willis volvió a emitir su risilla tonta, y después de una pausa para recuperarse, se dio por entendido que decía que sí.

—¿Y qué hora era?

—Pues como las once y diez serían, señor. —En esta ocasión la señorita Willis contestó solo segundos antes de que volviera a emitir sus gorgoritos. El juez de instrucción, evidentemente, interpretando aquello como un indicio favorable, añadió con firmeza:

—¿No puede ser usted más precisa?

—Oh, no, señor.

—¿Qué mensaje le dieron?

—Oh, señor, era alguien que decía que el señor Shorthouse estaba envenenado en el teatro, o algo así, y que si el doctor Shand se podía pasar por allí enseguida.

—¿La persona que hablaba era un hombre o una mujer?

—No podría decidir, señor. Hablaba todo el rato como en un murmullo.

—¿No puede usted recordar las palabras exactas que empleó?

—Oh, no, señor. Creo que no.

—¿Y por el modo de hablar podría ser factible que la persona que llamó pudiera haber sido el propio señor Shorthouse?

—Yo... yo... me parece que podría haber sido él, sí.

A la vista de los resultados, parecía que la señorita Willis no podía ser más concreta. Fen descubrió cuál era el objetivo de aquellas preguntas y admiró la estrategia que se escondía detrás de aquel interrogatorio. Obviamente aquella llamada telefónica tenía que justificarse de algún modo si pretendía sostenerse la teoría del suicidio.

La señorita Willis se retiró, ruborizada pero triunfal, y el doctor Shand ocupó su lugar. Era un hombre alto, con el pelo gris, un poco encorvado, que no ocultó en ningún momento su disgusto ante el proceso. En cuanto recibió el mensaje, aseguró, había cogido el coche y se había dirigido de inmediato a la ópera.

—Al principio me resultó difícil dar con alguien —añadió—, pero al dirigirme hacia los camerinos, me encontré con el bedel de la entrada de artistas, que me indicó cuál era la puerta de Shorthouse. La abrí y descubrí a Shorthouse ahorcado de una

cuerda que estaba colgada de un gancho del techo.

—¿No había nadie más en el camerino?

—Nadie en absoluto. Con la ayuda de Furbelow —el tono de voz del doctor Shand pareció sugerir que dicha colaboración había sido bastante escasa—, procedí entonces a bajar el cuerpo, y descubrí que aunque ya no respiraba, el corazón aún seguía latiendo débilmente.

—¿Es un fenómeno habitual en estos casos?

—Si no es habitual, al menos está constatado en suficientes casos como para que no me sorprendiera en absoluto. Le puse una inyección de coramina para la estimulación cardíaca. Pero la actividad del corazón, que ya era muy débil, cesó casi inmediatamente. Después me puse en contacto con la policía.

—Y, en su opinión, ¿cuánto tiempo puede seguir latiendo un corazón después de que se haya detenido la respiración?

—Durante dos o tres minutos, como mucho.

—De modo que, en su opinión, la dislocación de las vértebras cervicales debió de ocurrir unos dos o tres minutos antes de que usted llegara.

—Efectivamente, así es.

—¿Y a qué hora llegó usted?

—Eran exactamente las once y media.

Mudge ocupó después la tribuna. Alguna inquietud interior le obligó a dar su testimonio con un tono casi sorprendido, como si al recordar los hechos le resultara imposible dar cuenta de todo lo que había visto y hecho. Describió el camerino y todo lo demás con gran minuciosidad.

—Entonces, ¿usted está convencido de que la única manera de poder acceder a esa estancia era por la puerta? —le preguntó el juez.

—Sí.

—¿La habitación no tenía algún armario, o un ropero, o cualquier otro lugar escondido donde una persona pudiera haber permanecido oculta?

—Decididamente, no.

Mudge comenzó a hablar de la botella de ginebra y del vaso, y leyó el informe de los análisis al respecto. Después comentó pormenorizadamente las investigaciones de las huellas dactilares. Fen notó con sarcástico regocijo que no había ninguna referencia al esqueleto ni a las marcas de ataduras en las muñecas y los tobillos de Shorthouse. La referencia al esqueleto, naturalmente, podía explicarse fácilmente. Pero las referencias a las marcas de las ataduras... Fen despertó de su ensoñación con la última pregunta del juez de instrucción.

—Entonces, en su opinión, ¿a qué conclusión apuntan todas estas circunstancias?

—Al hecho de que el finado murió por suicidio.

Hubo un murmullo general, quizá más de disgusto que de sorpresa. Se llamó al estrado a Furbelow. Mantuvo con implacable tenacidad su narración original.

—Entonces, ¿está usted completamente seguro de que nadie entró o salió de ese

camerino después de las once y diez?

Furbelow estaba completamente seguro. El juez de instrucción le hizo algunas preguntas más... Fen sospechó que aquella estrategia del interrogatorio se debía menos al interés por sembrar dudas sobre su historia y más al deseo de grabarla a fuego en los cerebros del jurado. Después se le dijo al conserje que podía marcharse.

El siguiente testigo era Stapleton.

—¿Fue usted a ver al finado con la idea de hablar con él de algún asunto privado?

—Sí. Para hablar de una ópera que he escrito, y sobre la cual quería conocer su opinión.

—¿Decidió el señor Shorthouse el lugar y la hora del encuentro?

—Así es.

—¿No le sorprendió lo avanzado de la hora que propuso?

—En aquel momento sí, pero luego he sabido que habitualmente se pasaba la noche en los *pubs* y luego volvía al teatro para seguir bebiendo allí. Así que supongo que eso lo explica todo.

—¿Y, cuando llegó usted al camerino, él estaba solo?

—Sí.

—¿Y a qué hora ocurrió eso?

—Poco antes de las once. Esa era la hora a la que habíamos quedado.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted con él?

—No más de diez minutos. Me pareció evidente enseguida que ni siquiera le había echado un vistazo a la ópera. Es más, estaba bastante borracho. Habló de un modo bastante impreciso e inconexo sobre las óperas en general... Enseguida me di cuenta de que no tenía ningún sentido seguir allí, así que me fui.

—¿Le pareció a usted que estaba en un estado de ánimo proclive al suicidio?

Stapleton dudó...

—No estoy seguro de cuál puede ser un estado de ánimo proclive al suicidio... Desde luego estaba deprimido, y hubo un par de arrebatos de verdadera autocompasión. Pero no puedo decir que su actitud me hiciera sospechar que pudiera tener la intención de suicidarse.

—¿No detectó usted nada raro en la estancia?

—No.

—¿Ningún rastro, por ejemplo, de una cuerda o...?

—No. Pero supongo que podría tener la cuerda escondida en alguna parte.

—¿Se percató usted de que había un gancho encastrado en el techo?

—No me di cuenta en absoluto.

—Gracias, señor Stapleton. Eso es todo.

Para sorpresa de Fen, Stapleton cedió su lugar en el estrado a Charles Shorthouse, que iba a ser al parecer el último testigo del juez de instrucción.

—Señor Shorthouse, a partir del conocimiento que tenía usted de su hermano, ¿considera posible que se suicidara?

—Bueno, ahora... —el Maestro lo pensó detenidamente—. Desde luego... estaba rematadamente loco. Y, por otra parte, parece que Oxford ejerce un curioso efecto en determinadas personas especialmente susceptibles. Por ejemplo, ayer vino un hombre a verme, fingiendo que era el representante inglés de la Metropolitan de Nueva York... De todos modos, yo lo calé desde el primer momento —añadió el Maestro.

—¿Pero qué razones tiene usted para sugerir que su hermano no estaba en sus cabales?

—Bueno, para empezar era un ninfómano. Ninfómano... —explicó el Maestro—, uno que está obsesionado por las ninfas, ya sabe. —Se detuvo inocentemente en aquel fragmento de su exégesis.

—Quiere usted decir que estaba obsesionado por el sexo opuesto...

—Exactamente, exactamente. —El Maestro pareció complacido ante aquella hábil perspicacia—. Acosaba a las mujeres. Y supongo que esa es una actividad que está incluida en la definición de locura.

Se levantó entonces un leve murmullo de regocijo. El juez observó a su testigo con recelo.

—¿Considera usted probable que esa... eeh... predilección fuera una razón que lo condujera al suicidio?

—No, es imposible... —admitió el Maestro tras pensarlo unos instantes—. Pero de todos modos era un desequilibrado. Todos los miembros de mi familia están más o menos desequilibrados.

—¿Pero no puede darnos usted algún *ejemplo* que demuestre que su hermano estaba desequilibrado?

—Se negó a financiar la producción de mi *Oresteia*.

El juez puso cara de estar perplejo.

—Pensaba que Esquilo... —empezó, y luego, recobrando el ánimo de repente, añadió—: Muy bien, señor Shorthouse. Esto es todo por el momento. —Y se volvió entonces hacia el jurado—. Miembros del jurado, han oído ustedes los testimonios...

Pero no pudo terminar la frase. El presidente del jurado se había puesto en pie y reclamó toda la atención para sí.

—Señor juez —exclamó con voz de pito—, ¿se me permite plantear una pregunta?

—¿Está diciendo usted... —el juez estaba manifiestamente molesto— que quiere volver a llamar a alguno de los testigos?

—No, señor. Deseo llamar a un testigo nuevo.

—Eso sería muy irregular. ¿Está usted seguro de que lo que va a preguntar es relevante para lo que nos incumbe?

—Oh, sí, es sin duda muy relevante —dijo el presidente del jurado, y pudo observarse un desagradable brillo en su mirada.

—¿A quién desea llamar?

—Veo que está aquí... —dijo el presidente—. Es la señorita Joan Davis.

En medio de la leve admiración que se levantó desde el graderío, Joan se giró a su alrededor y le dijo a Fen con tono desesperado:

—¿Qué significa esto?

—No lo sé —dijo Fen, con gesto preocupado—. Pero conserve la calma, y sobre todo, diga exactamente toda la verdad.

En respuesta a la convocatoria del juez, Joan avanzó lentamente hacia el estrado de los testigos, aferrada a su bolso, y se pudo apreciar que las manos le temblaban un poquito. El público, que se había mostrado apático e impaciente tras la sesión regular, recuperó la tensión y observó con atención. El presidente del jurado se inclinó hacia delante con voluntad melodramática. Evidentemente estaba disfrutando de su pequeño momento de gloria.

—Señorita Davis —dijo—. Creo que está usted en posesión de una cierta cantidad de droga llamada Nembutal.

—Es cierto.

—¿Es usted consciente de que esa droga pertenece al grupo de los barbitúricos?

—Sí, lo soy.

—¿No es cierto que una gran cantidad de esa droga desapareció o la perdió durante los últimos días... más de la que puede requerirse para un uso normal?

—Sí, pero cualquiera pudo haber...

—Gracias, señorita Davis. ¿Se acuerda usted de la noche en la que murió el señor Shorthouse? Después de cenar, creo, tuvieron ustedes una pequeña reunión de amigos en el bar del Randolph Hotel.

—Sí.

—¿Hizo usted o no una observación a propósito de que le gustaría envenenar al señor Shorthouse?

—Sí, pero solo fue un comentario de...

—Eso es todo, señorita Davis.

—Pero no puede usted acusarme...

—No hay más preguntas.

Fen, observando el interés de los periodistas, se cubrió los ojos con la mano y gruñó de forma audible. Joan perdió la compostura.

—¡Escúcheme! —exclamó—. Escúcheme, pequeño mono pretencioso...

Pero el juez, que obviamente compartía el disgusto con Joan Davis, se vio obligado a poner punto final a la escena. Joan regresó furiosa a su asiento.

—Y ahora, tal vez, se me permita recapitular lo que hemos oído —dijo el juez con cierto acento sardónico—. Pero antes ciertamente me gustaría recordarles, a la vista de las preguntas que acaban de plantearse, las funciones de este tribunal. Esta es una investigación judicial preliminar, y *no un juicio*. Su deber, miembros del jurado, es decidir si el finado murió por accidente, suicidio, o fue asesinado: si se decidieran ustedes por esta última opción, se abriría la posibilidad de que ustedes citaran a alguna persona concreta que pudieran considerar culpable. Pero *no* está entre sus

obligaciones, ni entre sus derechos, comentar ningún otro aspecto del caso en ningún caso. Si ustedes deciden, como probablemente harán, que el finado murió como consecuencia del ahorcamiento, entonces el veneno, que como hemos oído lo tomó el finado antes de morir, *pero que no fue la verdadera causa de su muerte*, es importante solo en tanto en cuanto guarda cierta relación con el problema central. No nos interesa aquí la persona, si es que la hay, que *intentó* matar a este hombre, sino la persona, si es que la hay, que *efectivamente* lo mató. Y como han demostrado las pruebas y los testimonios, esa persona muy probablemente no existe.

»El testimonio del inspector, del doctor Shand y del conserje de la entrada de artistas no nos permite albergar duda alguna en este punto. El doctor Shand ha dicho que la dislocación del cuello debió de ocurrir en torno a las 11:25, e incluso más tarde. El portero nos ha dicho que nadie entró ni salió del camerino después de las 11:10. El doctor Shand, posteriormente, ha afirmado que nadie salvo el finado estaba en el camerino cuando él entró, y el inspector ha certificado que allí no hay ningún sitio donde alguien pudiera haberse ocultado. En consecuencia, a menos que postulemos a algún asesino capaz de escapar a través de una claraboya apenas lo suficientemente amplia como para que huyera un pájaro, no podemos postular a ningún asesino en absoluto; por lo que yo he podido saber hasta la fecha, jamás en la vida se ha podido colgar a nadie por control remoto.

»Así pues, lo dejaremos en accidente o suicidio. En las razones que pueden argüirse contra la posibilidad de un accidente, apenas sí necesito entrar; habrán quedado suficientemente claras para todos ustedes. Desde luego, es remotamente concebible que el finado, habiendo metido la cabeza en un nudo corredizo, se hiciera con un taburete en el cual se subiría para después resbalar y caer, y que de ese modo se ahorcara sin querer; pero aunque pudiéramos imaginar que esto se pudiera dar, no hay ninguna razón clara por la que el individuo hubiera querido realizar un experimento tan absurdo.

»Por otra parte, parece haber algunas pruebas que avalan la teoría del suicidio. El hermano del finado ha afirmado, aunque sin ofrecer ninguna prueba sustancial de su aseveración, que el finado estaba mentalmente desequilibrado. Además... y esto es más importante, un testigo médico ha testificado que uno de los efectos de una sobredosis de barbitúricos, antes de que sobrevenga el coma, es la generación de un estado de enajenación mental. Por consiguiente, al menos es posible que el finado se ahorcara mientras sufría ese proceso de locura transitoria debido a la influencia de las drogas. Y los «arrebatos de autocompasión» a los que se ha referido otro testigo convierten esa hipótesis en una posibilidad plausible. Respecto a la llamada telefónica al doctor Shand, no tenemos ninguna explicación. Pero se realizó aproximadamente cuando Furbelow estaba acompañando al señor Stapleton a la entrada de artistas, y por lo tanto no puede formularse más hipótesis sino que fue el propio finado el que llamó, desde un teléfono que hay al final del pasillo en el que está situado el camerino. Al sentir los efectos de la droga, pudo haber intentado

buscar ayuda médica, y después haber sucumbido al desvarío mental propiciado por las drogas, antes de que llegara la asistencia.

»Respecto a este último punto, sin embargo, no tenemos certeza alguna, y les corresponde a ustedes, miembros del jurado, decidir si corresponde un veredicto de accidente o de suicidio. Esto es todo lo que tenía que decirles. ¿Desean retirarse a considerar su veredicto?

Tras unos breves momentos de discusiones y debates a hurtadillas, el jurado anunció que deseaban ir a deliberar. La vista se suspendió. La mayor parte de la gente salió fuera, a la calle de St. Aldate, a fumar. Fen se acercó a hablar con Mudge.

—No confío en este jurado —dijo el inspector con gesto sombrío—. Me parecen una banda de tercos atolondrados. Y por lo que se refiere al que hace de presidente... —se detuvo para pensar algún insulto grosero que resultara lo suficientemente adecuado.

—¿Quién le ha dicho a ese hombre lo de Joan Davis y el Nembutal? —preguntó Fen.

—Una carta anónima, supongo. Alguien que tendrá cuentas pendientes con esa mujer.

—O puede que el asesino quiera sugerir que el Nembutal y el ahorcamiento no están relacionados.

—Puede ser —dijo Mudge—. De todos modos, tendré unas palabritas con ese listillo después de que se emita el veredicto.

Fen le contó lo de las agresiones a Elizabeth.

—¡Dios! —dijo Mudge con desesperación—. ¿Qué más va a pasar? Muy bien, señor. Me ocuparé de ello.

—Que disfrute —dijo Fen—. Por experiencia le digo que es un trabajo ingrato... Por cierto, supongo que habrá interrogado a Karl Wolzogen.

—Sí. Parece que ya estaba en la cama cuando murió Shorthouse. ¡Casi todo el mundo estaba en la cama...! —añadió Mudge de mal humor. Parecía molesto con la holgazanería de sus testigos.

Fen se apartó para buscar a las personas que habían estado presentes en el comité de emergencia del Randolph. Sus preguntas dieron como resultado la información de que sus indagaciones habían sido lo suficientemente difundidas por todas partes como para que no pudieran ofrecer ninguna clave respecto a la identidad de la persona que había comunicado al presidente del jurado la desafortunada observación de Joan.

Alrededor de media hora después supieron que el jurado estaba a punto de regresar a la sala, y de nuevo volvió a atiborrarse de personas el graderío. Apenas nadie podía dudar de que el veredicto sería de suicidio, pero se había despertado alguna curiosidad por si se decía algo respecto a la procedencia del Nembutal que apareció en la ginebra. Los miembros del jurado parecían angustiados y extraordinariamente nerviosos. Se oyó un sonoro «ssssh» cuando el presidente se puso en pie.

—¿Tienen ya su veredicto?

—Sí, señor juez. Consideramos que el finado fue asesinado por una o varias personas desconocidas.

Asombro.

—Y además consideramos que la señorita Joan Davis intentó asesinar al finado.

Tras unos momentos de inicial estupefacción, se extendió un murmullo de conversaciones nerviosas. Joan estaba muy pálida. Los representantes de la prensa comenzaron a salir apresuradamente hacia la puerta. El juez de instrucción dio unos golpes con el mazo exigiendo silencio.

—Confieso... —dijo, mirando al jurado con abierto desprecio—, confieso que los procesos intelectuales mediante los cuales han llegado ustedes a formular semejante veredicto se me escapan por completo. Sin embargo, su decisión será comunicada por la policía al jefe de la Fiscalía, que decidirá lo que haya que hacer. Y sin duda, ustedes, como buenos ciudadanos que son, informarán a los encargados del caso sobre el método esotérico que, según ustedes, se ha empleado para llevar a cabo este asesinato.

»Aún hay otra cosa que quiero decirles. Han considerado ustedes adecuado añadir una cláusula adicional a su veredicto, acusando a una persona concreta de haber intentado cometer un asesinato. Me gustaría indicar que esa cláusula adicional no tiene ningún valor legal en ningún caso, que no supone la obligación de un procesamiento, que la policía está en su perfecto derecho a ignorarla si así lo decide, y que yo personalmente lo considero un flagrante ejemplo de grotesca y gratuita irresponsabilidad. Además, quisiera solicitar a los representantes de la prensa que traten esa acusación con la discreción de la que siempre hacen gala y por la que tienen esa justa fama... Esto es todo. Se levanta la sesión.

—«Discreción» —murmuró Fen para el cuello de su camisa mientras se unía al torrente de gente que salía por las puertas del juzgado—. Eso se llama optimismo. «Un jurado popular acusa a una *prima donna* de asesinato...». ¡Oh, por mis patas de conejo...!

Capítulo dieciocho

Por la tarde Fen visitó a un miembro del jurado y descubrió que las deliberaciones del grupo habían consistido casi exclusivamente en un monólogo del presidente. Era evidente que aquel hombre estaba como poseído por una especie de imperiosa malevolencia, contra la que sus estúpidos colegas no podían hacer nada. Por lo demás, resultaba evidente que el veredicto de asesinato había dependido mucho menos de las pruebas aportadas que de las conjeturas sensacionalistas de los periódicos; aunque, de todos modos, ningún miembro del jurado habría considerado aceptable un testimonio que declarara que Edwin Shorthouse era un hombre proclive al suicidio. Era razonable, pensó Fen; en todo momento aquella historia sobre el estado de ánimo proclive al suicidio había sido uno de los eslabones más débiles de la teoría que esgrimía la policía.

Fen decidió telefonar a Mudge y se enteró de que el presidente del jurado efectivamente había recibido una carta anónima. Sin embargo, la había quemado después de aprendérsela de memoria... y en ese punto el lenguaje de Mudge se tornó bastante escabroso. Fen compró un periódico vespertino de camino a casa, y vio que todos sus temores estaban bien fundados.

Después se sucedieron varios días de febriles idas y venidas. Los periodistas acosaban y molestaban a cualquiera que estuviera remotamente relacionado con la ópera, incluido Fen, quien, sin embargo, pudo librarse de todas las molestias reporteriles gracias a su talento para sugerir unas hipótesis tan escandalosas e increíbles que nadie se atrevió a imprimirlas. Mantuvieron a Elizabeth bajo estricta vigilancia. Adam llegó incluso a hacerse con un revólver, pero al final descubrió que además de resultar demasiado pesado para llevarlo encima, le formaba un abultamiento bastante escandaloso en el bolsillo; así que lo dejó en un cajón de su camerino y prácticamente enseguida se olvidó de él... No se percató de que alguien pasaba por allí en aquel momento, y de que vio lo que hacía y tomó nota de la existencia del arma. Al final se había confirmado que el té tenía aconitina, y Mudge andaba ajetreado de un lado para otro, embarcado en infructuosas indagaciones. Beatrix Thorn y el Maestro se instalaron en el hotel Mitre. Se dedujo al final que al menos ellos no podían haber sido los agresores de Elizabeth, pues había testigos que podían confirmar sin lugar a dudas que habían estado en casa durante todo aquel día. El viernes Judith Haynes y Boris Stapleton se casaron en el registro civil de Londres, con Adam, Joan y Elizabeth como testigos. La salud de Stapleton seguía deteriorándose. En medio de todo esto, comenzó el nuevo trimestre académico, y Fen tuvo que ocuparse de las clases y de los apuntes universitarios. Sin embargo, aun así encontró tiempo para acudir de vez en cuando a los ensayos de *Los maestros cantores*... y fue durante una de aquellas visitas cuando tuvo la oportunidad de hablar con Karl Wolzogen.

El buen hombre estaba descansando un poco de sus labores, que naturalmente se

estaban haciendo cada vez más exigentes y abundantes a medida que se acercaba el día del estreno. Llevaba un par de pantalones de franela, bastante ajados, y una chaqueta de piel, de cuyo bolsillo superior salía un gran pañuelo de seda roja. Su carilla de gnomo era cetrina y muy arrugada, pero viva, y lucía una incipiente barba grisácea alrededor de la barbilla; cuando lo encontró Fen, estaba absorto en el ensayo, aunque en realidad en ese momento no estaba tomando parte activa en él.

—Este Peacock... —dijo— es un verdadero director wagneriano. Tiene el... *wie ist's genannt?*,^[41] la flexibilidad que *Los maestros cantores* exige y de la que Richter siempre careció. Los he visto a todos, y he trabajado con todos, ya sabe... Toscanini, Bülow, Richter, Nikisch, Mottl, Barbirolli, Beecham... con todos. Y conozco lo auténtico cuando lo veo, *glauben Sie mir*^[42], Este Peacock es bueno.

Fen lo observó con interés.

—Es usted un ferviente wagneriano —dijo.

—*Aber natürlich*^[43] —Karl siempre recaía un poco en su lengua natal cuando hablaba con alguien que podía entenderlo—. Mi vida ha sido la ópera... y Wagner en particular, *selbstverständlich*^[44]. Si mi padre se hubiera podido permitir el dispendio de darme una educación musical, yo mismo habría sido director de orquesta. Pero empecé a estudiar demasiado tarde. Así que siempre he sido regidor, o productor, o chico de los recados. En la ópera de Weimar, cuando tenía dieciséis años, era chico de los recados... Después de aquello estuve en muchas óperas alemanas, y, durante un tiempo, también en América. Cuando salieron los nazis, yo ya era demasiado viejo para sus ideas, y me pareció fatal que a aquellos idiotas pudieran gustarles *Los maestros cantores*... Habría preferido que prohibieran sus representaciones. Así que vine a trabajar aquí, y luego vino la guerra, y estos otros idiotas dijeron: «Como a Hitler le gustaba mucho Wagner, prohibiremos a Wagner en Inglaterra». Hitler también adoraba a vuestro Edgar Wallace^[45] y sus historias violentas, y nadie dijo que no se pudiera leer... Ahora las cosas están mejor, y pronto regresaré a mi país. Pero allí todavía está prohibido Wagner, y antes de morir debo oír sus siete grandes óperas al menos otra vez. Así que de momento me quedaré en Inglaterra... —Durante un buen rato se quedó pensando, y luego dijo, con un tono de voz ligeramente alterado—: Usted, señor... ¿no estaba usted investigando la muerte de ese hombre?

Fen se encogió de hombros.

—Estaba.

—Ware es nicht besser^[46]...

—¿... que no se descubriera al asesino? A primera vista, sí. Pero nadie tiene el derecho de tasar el valor de una vida humana. Todas deben tener el mismo valor, o no tener ninguno. La muerte de Jesús y la muerte de Sócrates —añadió Fen con voz cortante— nos advierten que nuestros procesos judiciales no son en absoluto infalibles... Y el mal del nazismo reside precisamente en eso: en que un grupo de hombres comenzaron a establecer diferencias entre sus semejantes, y a actuar en consecuencia. No es un modo de pensar que, a mí al menos, me gustaría promover.

Karl se quedó callado durante algunos instantes antes de contestar.

—*Veillich haben Sie recht*^[47] —dijo al final—. Pero me alegro de que esté muerto. —Su voz se fue apagando hasta convertirse en un susurro—. Me alegro de que ese tipo esté muerto...

El ensayo general con vestuario del acto primero era el sábado; los actos segundo y tercero tendrían lugar el domingo. Se habían llevado a cabo milagros de arte y laboriosidad hasta ese día, y cualquier preocupación que pudiera haberse suscitado por la tardía sustitución del nuevo Sachs ya había quedado disipada. Fen asistió al ensayo del acto segundo con Elizabeth. Cuando terminó, a las seis y media de la tarde, Adam se reunió con ellos.

—Ahí vamos, poco a poco... —dijo con alegría—. Mañana debería salir perfecto.

—Tendréis una buena taquilla —dijo Fen en tono amigable—, aunque solo sea por la notoriedad de la pobre Joan.

—Estamos llenos para todas las representaciones —le dijo Adam—. Los morbosos desde luego no son el tipo de audiencia que nosotros queríamos, pero sin duda su dinero le alegrará la vida a Levi tanto como el de cualquiera.

—¿Cómo se lo está tomando Joan? —preguntó Fen—. No he hablado con ella desde hace un par de días.

—Bastante estoicamente, creo. Estos últimos días no ha sido tan duro... Supongo que la policía no la acusará de nada.

—No tienen suficientes pruebas... aunque creo que todavía consideran que la droga y el ahorcamiento no guardan ninguna relación.

—¿Y sí tienen relación?

—Creo que sí: la carta anónima que enviaron al presidente del jurado sugiere que sí... pero desafortunadamente yo no tengo manera de demostrarlo. Pudiera ser, naturalmente, que hubieran enviado esa carta anónima por simple maldad y deseo de hacerle daño a Joan, pero aún no he encontrado a nadie a quien le caiga mal Joan... Por cierto, ¿qué viene ahora?

—La escena primera del último acto —dijo Adam—. Vamos un poco retrasados respecto al horario, así que vamos a dejar la escena segunda para mañana por la mañana. Al coro ya se le ha dicho que pueden irse a casa.

—Me pregunto —dijo Fen pensativamente— si tendría tiempo para tomar una copa...

—Le diré qué vamos a hacer —dijo Elizabeth, mientras revolvía en su bolso en busca de una libreta y un lápiz—. Aprovecharemos esta oportunidad para hacer mi entrevista. ¿Le parece?

—De acuerdo, absolutamente —dijo Fen, encantado ante la propuesta. Se quedó pensando un poco—. La época de mis grandes éxitos —comenzó—, se puede decir, hablando en términos generales, abarca desde la época en la que por vez primera me

interés en la investigación hasta el día de hoy, cuando me veo involucrado en el caso más desconcertante y complejo que jamás he...

Pero en ese momento, para su disgusto, fue interrumpido por Judith Haynes, que venía corriendo por el pasillo y dijo:

—No habrán visto a Boris por alguna parte, ¿no?

Era evidente que la muchacha estaba preocupada. En aquella penumbra apenas pudieron ver la expresión de su rostro, pero la voz denotaba alarma, y la mano que apoyó en el respaldo de un asiento temblaba claramente.

—No, no lo he visto —dijo Elizabeth—. Es decir, durante la última media hora. Creí que estaba contigo.

—Lo estaba, hasta hace unos minutos. Pero ahora no puedo encontrarlo por ninguna parte.

—A lo mejor se ha ido a casa.

—Él no habría hecho eso —dijo Judith. Los focos se encendieron entonces y formaron un halo en torno a su pelo rubio—. Al menos, no sin decírmelo.

—Pero... —dijo Elizabeth dulcemente— seguro que no hay nada por lo que preocuparse.

—No se sentía nada bien. Se ha ido poniendo cada vez peor esta tarde... ¡Por favor, ayúdenme!

Estaban tan a punto de saltársele las lágrimas que no hubo posibilidad alguna de negarse a la solicitud. Fen y Adam se separaron para buscar a Boris por todo el teatro. Diez minutos después se encontraron a los pies de la escalera metálica que partía del pasillo de los camerinos del segundo piso y salía al tejado, a través de una trampilla situada en el techo. Adam llevaba en ese momento un gran abrigo sobre el jubón y las calzas verdes que utilizaba para encarnar a un caballero de la Franconia en el siglo dieciséis.

—¿Quién eres? —dijo Fen—. No te distingo de Adam. —Y se echó a reír alegremente; Adam no le hizo caso.

—Ni rastro —le dijo, en vez de reírse—. Creo que se habrá ido. Obviamente, si se encontraba fatal, eso será lo que habrá hecho.

—Sí, seguramente... —dijo Fen, otra vez en tono serio—. Pero al mismo tiempo, estoy de acuerdo con la muchacha: casi con total seguridad, si hubiera tenido la intención de marcharse, se lo habría dicho.

—Bueno, no pensarás que lo han secuestrado, ¿no?

—No sabría qué decirte... Es simplemente que no me gusta el aspecto que tiene ese «malestar», sobre todo porque parece que ha habido alguien rondando por ahí con toda una farmacopea de venenos en su bolsillo... Ven: echemos un vistazo al tejado.

—¿Tienes una linterna? Ya debe de estar muy oscuro ahí fuera, y no me apetece caerme por el alero.

Fen se palpó el bolsillo de su gabardina, y después de sacar sucesivamente un pañuelo mugriento, un paquete de cigarrillos medio vacío, una copia de la *Imitación*

de Cristo y un pequeño oso de lana llamado Thomas Shadwell^[48], encontró la linterna.

En el exterior hacía un frío mortal; Adam se estremeció y se levantó el cuello del abrigo. No se veían las estrellas, y la luna aún no había salido, pero abajo, en la calle, frente a una farola, pudieron ver la fachada del teatro en Beaumont Street, y un poco más allá, a la izquierda, la luz del vestíbulo del Randolph Hotel, parpadeando rápidamente y quedándose quieta de nuevo cuando alguien entraba por las puertas giratorias. Los pasos de un viandante solitario cruzando por St. John Street se oyeron milagrosamente claros y fuertes. Adam, que odiaba las alturas, notó una leve pero inevitable náusea; el descubrimiento que hicieron poco después, sin embargo, fue suficiente para que se olvidara de todo lo que le había preocupado hasta ese momento.

Boris Stapleton yacía boca abajo, allí, en el tejado, aproximadamente a medio camino entre la claraboya que se abría en el techo del camerino de Edwin Shorthouse y la pequeña caseta (la puerta crujió lúgubre y lastimera con el viento) que albergaba la maquinaria del ascensor. Adam no necesitó que nadie le dijera que Boris estaba muerto, aunque no había señales de violencia en el cuerpo, salvo por las leves erosiones que se había producido al caer en el tejado. Había restos de vómitos a su alrededor. El rostro apuesto del joven, cuando le dieron la vuelta al cadáver, no revelaba absolutamente nada, salvo un leve rictus de asombro.

Capítulo diecinueve

Bajaron el cuerpo de Stapleton por la escalera como pudieron y lo llevaron hasta el camerino de Shorthouse, que había permanecido desocupado desde el día de su muerte. Fue una tarea especialmente agotadora, que los dejó sin resuello y temblorosos. Por fortuna, no se encontraron con nadie.

—Bueno —dijo tragando saliva Adam, mientras se enderezaba—, ¿y ahora qué hacemos?

—Telefonea a Mudge, ¿quieres?, y dile lo que ha ocurrido. —Fen estaba alisándose hacia atrás su pelo tieso—. Pero no le digas ni una sola palabra a nadie más... sobre todo a Judith.

—Pero debería...

—Me temo que cuando lo sepa se hundirá —dijo Fen con un gesto de desaliento—. Y hay algunas cosas que debo preguntarle antes de que eso ocurra.

—¿Cómo murió este muchacho?

—Arsénico, supongo.

Adam fue a buscar un teléfono. Abajo, la orquesta empezaba a interpretar el tercer acto; el oboe en «la» zumbaba, rodeado por quintas justas; las flautas se entregaban a un brillante virtuosismo; la tuba se quejaba con tono lastimero. Fen se inclinó de nuevo para examinar el cadáver de Stapleton. A pesar de la baja temperatura que había en el tejado, todavía conservaba un poco de calor; pero el muchacho era delgado... estaba consumido, casi esquelético. La enfermedad de sus mejillas, del cuello y de la barbilla parecía un eccema. Despedía un extraño olor, muy débil, que recordaba al del ajo. Reprimiendo un ligero estremecimiento de asco, Fen le abrió la boca y le buscó la lengua; estaba muy sucia y con saburra. Tenía los párpados enrojecidos e hinchados. Fen le examinó después las uñas, se percató de que había una marca blanca en los bordes, y luego centró su atención en el pelo, y al final, en las palmas de las manos, que estaban duras y encallecidas. Luego se acercó al lavabo y estaba enjabonándose cuidadosamente cuando regresó Adam.

—Mudge se ha quedado desconcertado —dijo Adam con tono sombrío—. Supongo que está empezando a darse cuenta de que con esto y con la agresión a Elizabeth su teoría del suicidio está sufriendo duros reveses... En fin, dice que viene para acá inmediatamente. ¿Has descubierto algo?

Fen se estaba secando las manos con un pañuelo; al parecer no había ni una sola toalla en el camerino.

—Estaba en lo cierto respecto al arsénico. Y es crónico... Debe de haber estado envenenándose durante semanas...

Adam mantuvo la mirada apartada del rostro del cadáver; Fen le había dejado la boca abierta y la mandíbula permanecía descoyuntada, en una mueca muy desagradable.

—No me extraña que se sintiera enfermo... —dijo Adam haciendo un esfuerzo

—. Supongo que si al menos hubiera tenido la sensatez de ir a ver a un médico...

—Exactamente. No habría muerto. —Fen, a punto de volver a meterse el pañuelo húmedo en el bolsillo, se lo pensó mejor y lo dejó sobre la mesa de maquillaje—. Esa dolencia en la piel es un síntoma clásico de envenenamiento por arsénico. Pero el hecho de que hubiera sufrido eccemas en otras ocasiones con anterioridad hizo que no sospechara nada.

Ambos encendieron sendos cigarrillos.

—Lo que resulta profundamente desagradable —dijo Adam con un tono de amargura— es que quien fuera que lo estuviera envenenando debía de saber que el muchacho antes moriría que abandonar la producción, y se aprovechó de eso... Y ahora Judith es viuda, después de haberse casado hace dos días, y... ¡oh, es espantoso! —Tras una pausa, continuó—: Y no entiendo cuál puede haber sido el motivo, a menos que supiera algo sobre la muerte de Edwin... ¿Pudo ser suicidio?

—Eso sería inaudito —dijo Fen sin duda—. Si hubiera deseado suicidarse, habría ingerido una sobredosis, y no se habría envenenado poco a poco. Y, de todos modos, ¿por qué iba a suicidarse? Acababa de casarse. Según todas las apariencias, era extraordinariamente feliz.

Adam asintió con gesto sombrío.

—¿Cómo se puede conseguir arsénico? —preguntó—. Es decir, sin comprarlo a cara descubierta.

—De mil formas. Puede extraerse de papel matamoscas, de los plaguicidas, del veneno para ratas, de los insecticidas para la lana de las ovejas, y Dios sabe de dónde más... De todos modos —añadió Fen—, será mejor que vaya y hable con Judith. De momento es mejor que ella sea nuestro único testigo. ¿Quieres esperar aquí hasta que vuelva? Echa de aquí a todos los curiosos... excepto, claro, a la policía.

Cuando se dirigía abajo se topó con Furbelow, y aquella coincidencia le recordó un problema que hacía días que estaba intentando aclarar.

—Oiga, Furbelow —le dijo—, ¿tenía usted órdenes del señor Shorthouse de no molestarlo cuando estaba en su camerino?

La pregunta evidentemente removió antiguos rencores latentes. Furbelow incluso se olvidó en ese momento de escupir, aunque intentó aclararse la garganta sin mucho éxito.

—Ah, pues sí que lo hizo —dijo al final—. Algunos de esos tipos del teatro se creen que son Dios Todopoderoso. La primera noche que anduvo por aquí fui yo a su camerino, inocente de mí, para mirar a ver si podía hacer algo, y lo único que se le ocurrió a su señoría fue decirme que me retorcería el cuello si se me ocurría volver a asomar la jeta por allí. Me llamó ladrón, el tío, vaya si lo hizo. —Ciego de furia, Furbelow siseó a Fen, como un ganso—. No volvería a merodear por ahí otra vez ni aunque el mismísimo demonio viniera persiguiéndome.

Incapaz de imaginar ningún método plausible para poner punto final a aquella perorata, Fen continuó su camino, dejando a Furbelow solo con su indignación,

dando voces. Pensó que era improbable que el personal de la ópera no se hubiera percatado de aquel incidente; Furbelow no era uno de esos hombres que se quedan callados ante una ofensa. Y eso indicaba claramente que Edwin Shorthouse había sido responsable al menos de una circunstancia que podría haber facilitado su propia muerte.

Fen consiguió llegar por fin a bambalinas. El tercer acto había comenzado. Sachs permanecía absorto en su libro, David entraba muy cautelosamente en la estancia, con el tímido ademán de un ratoncillo particularmente pequeño desafiando a un gato particularmente grande. Los instrumentos de viento y madera conversaban vivamente, pero sin confianzas. Dejando la cesta sobre la mesa, David comienza a examinar su contenido, con un ojo clavado temerosamente en su maestro. Pero tras un rato, acaba solo preocupado por las tortas, las cintas y las salchichas^[49]: y entonces, el ruido que hace Sachs al pasar la página de su mamotreto —subrayado por una ráfaga descendente de cuerda— provoca en el aprendiz un estado que se parece bastante al pánico.

—Sí, maestro... —decía temblando—, ¡estoy aquí! Potentes y sombríos, los cellos anunciaron la canción *Wahn*, que proporciona una nota de brillante melancolía y a la vez alivia y equilibra el conjunto de la gran comedia... Y en el lado opuesto de la escena, Fen vio a Judith hablando con Rutherston. Un instante después Judith ya se había percatado de su presencia y rodeó por detrás los bastidores para reunirse con él.

—¿Lo ha encontrado? —preguntó nerviosa y aterrada.

Fen procuró hablarle con la mayor amabilidad.

—No, me temo que no. ¿Querría usted contestarme a un par de preguntas?

—S... sí, pero...

—No la molestaría si no lo considerara muy importante. ¿Cuánto tiempo llevan usted y su marido en Oxford?

—Oh... unas tres semanas. Pero, por favor...

—¿Y su marido no se ha encontrado bien de salud durante todo este tiempo?

—No... Ha sido... ha sido sobre todo esa espantosa erupción cutánea. Y no quiere ir al médico...

—¿Puede usted darme más detalles de su enfermedad?

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué? No entiendo...

—En realidad —dijo Fen—, da la casualidad de que sé algo de medicina, y creo tener una vaga idea de lo que le pasa. Si puede usted decirme los síntomas, se los comentaré a un médico, y al menos podremos proporcionarle la medicina adecuada. —Fen se esforzaba en decir todo aquello. En general era contrario a mentir, excepto cuando era por diversión, y era plenamente consciente de la crueldad de lo que estaba haciendo. Pero no parecía haber otra vía—. Seguramente... —añadió— su marido no pondría ninguna objeción a tomar una medicina... sobre todo si se la da usted.

La muchacha asintió.

—Es... es muy amable por su parte —tartamudeó—. Le diré a usted todo lo que

recuerde... Tiene una especie de laringitis también, aparte de lo que le pasa en la piel. Y ha estado enfermo muchas veces, y ha tenido diarrea, y apenas come nada. Ah, y se queja mucho de que le duelen los músculos y de que a veces se le entumecen las manos... Creo... creo que eso es todo. —Intentó esbozar una sonrisa—. Y ya es bastante.

—Hay dos posibilidades —dijo Fen implacable. (Más adelante recordaría este pequeño episodio como el más desagradable de todo el caso, desde su punto de vista) —. Hay dos posibilidades, y una de ellas es que esté ingiriendo comida envenenada.

—¿Envenenada? —La voz de Judith rezumaba terror.

—Ptomaína. Ya sabe. No es necesariamente peligroso... ¿Han estado ustedes comiendo en la casa donde residen aquí en Oxford?

—Sí. He cocinado yo. La propietaria me deja utilizar la cocina. —Judith abrió mucho los ojos—. ¡Pero yo no puedo haber sido la responsable de...! Además, yo he estado comiendo lo mismo que él, y estoy bien.

—Exactamente. No puede haber sido la comida. No puede haberse envenenado con la comida en absoluto... ¿Pero ha bebido mucho?

—No, casi nada. Solo una vez antes de aquella mañana en el Bird & Baby.

—Entonces no se preocupe —dijo Fen. Ahora que ya había oído todo lo que quería saber, lo único que deseaba era dar por concluida la conversación.

—Pero... ¿dónde está? —preguntó la muchacha.

—Como sugirió Elizabeth, seguramente se habrá ido a casa. Es posible, ¿no?, que la haya perdido a usted de vista, y haya imaginado que se ha adelantado usted... Quizá alguien le dio una información equivocada... Creo que lo mejor que puede hacer usted es irse a Clarendon Street y ver si está allí. Parece que en el teatro no está, pero si regresa yo le diré dónde ha ido usted.

Fen se alejó y regresó al camerino de Shorthouse.

—Asqueroso —murmuró para sí—. Asqueroso, pero desgraciadamente inevitable.

Adam, cuya vigilancia ya le había provocado un leve mareo, se alegró de su regreso.

—Me estaba preguntando —le dijo a Fen— qué estaría haciendo Stapleton en el tejado.

Fen se sentó; estaba cansado y abatido.

—Intentaba respirar aire puro —dijo brevemente—. Debía de estar sufriendo un ataque de asfixia, y salió fuera con la idea de aliviar sus angustias. El tejado no tiene importancia en sí mismo.

Poco después llegó Mudge con un médico forense. Por fortuna, este último no era el doctor Rashmole, cuya exuberante necrofilia le habría resultado a Fen francamente insoportable en las presentes circunstancias. El médico examinó el cuerpo y provisionalmente confirmó el diagnóstico de Fen. Fen le ofreció a Mudge un resumen de la información que había obtenido de Judith; no pareció causarle mucha

impresión.

—Bueno, señor... —dijo Mudge sin comprender—, ahí parece estar la única respuesta a *este* problema.

—Imposible —respondió Fen mordazmente—. La chica lo adoraba, absolutamente. No lo habría matado jamás.

—Hay gente que puede fingir, señor —dijo Mudge como quien repite una frase hecha—. Y no sería la primera vez que un lío amoroso se pone feo y acaba en asesinato.

—¿Pero habría admitido que era ella la que le preparaba las comidas si lo hubiera estado envenenando?

—Por supuesto, perfectamente. —Mudge también estaba empezando a enfadarse—. La propietaria sabía que era ella la que cocinaba, y habría sido una estupidez negar la evidencia.

—Tal vez... —sugirió Adam, con una singular falta de perspicacia—, tal vez una tercera persona puso el veneno en el azúcar, o en otro alimento...

Los miró después esperando alguna respuesta favorable, pero ni Fen ni el inspector se esforzaron en apuntar que si eso fuera cierto, Judith probablemente también se habría envenenado. De hecho, los dos hombres, que se estaban irritando cada vez más, ignoraron a Adam. En Fen, el enfado se debía probablemente a una reacción personal tras la conversación con Judith; en el inspector, a una convicción cada vez mayor de que Fen estaba complicando obstinada e innecesariamente todos los ángulos del caso en los que metía el hocico.

—Pero... en fin, podría caber la posibilidad, no digo que sea imposible, de que Stapleton estuviera ingiriendo regularmente alguna comida o bebida proporcionada por un tercero... —dijo Fen.

—No, imposible no es —dijo Mudge con un gruñido pertinaz—. ¿Pero no se habría dado cuenta su mujer, si es verdad que estaban tan enamorados como dice usted?

—Da igual —le espetó Fen—. Me niego absolutamente a creer que ella tuviera algo que ver en el asunto. ¿Es que no tiene usted ojos en la cara? ¿No ve que la muchacha estaba enamorada de él?

—¿Y no ve *usted* —dijo el inspector— que lo que está intentando hacer *usted* es inventarse *otro* asesinato imposible?

Ambos se miraron con una indisimulada inquina. Y fue en ese momento cuando se abrió la puerta y la mismísima Judith entró en el camerino.

—Profesor Fen... —dijo—. Me he enterado de que subía usted aquí, y me preguntaba si...

Entonces vio el cuerpo que yacía desvencijado en el suelo.

Las palabras murieron en sus labios. Se quedó absolutamente inmóvil. Aún traía las mejillas encendidas por el esfuerzo de subir corriendo las escaleras, pero en torno a su nariz y su boca había hecho presa una mortal palidez. Ni siquiera intentó

acercarse al cadáver. Un instante después, comenzó a sollozar... un hipido lento y mecánico, sin lágrimas, casi un sollozo mudo. Durante un rato los cuatro hombres permanecieron allí, impotentes ante la muchacha. Luego el doctor intentó tocarla, y ella lo apartó con el gesto de una niña enfadada. El sollozo se fue haciendo cada vez más lento y al final, cesó.

—No va usted a cortarlo en pedazos —susurró. Y luego su voz se elevó de repente hasta convertirse en un grito horripilante, un aullido espantoso, como el de un gato aterrorizado:

—¡Que Dios te ampare como te atrevas a tocarlo! ¡Que Dios te ampare!

Adam se quitó el abrigo y cubrió la mueca estúpida del cadáver, que aún permanecía con la boca abierta. Se percató de que la música distante se había detenido... y comprendió también que se había detenido porque él no estaba allí para entrar y cantar su parte. Escuchó al muchacho de los avisos gritando su nombre en la planta de abajo, pero no se movió.

Tras el ensayo, Fen regresó andando al Mace & Sceptre con Adam, Joan y Elizabeth. Joan rompió el largo silencio.

—Me pregunto si siguieron mi consejo... evitar tener críos enseguida... Si no lo hicieron, eso podría ser un consuelo para Judith...

Era el turno de que Fen perdiera la compostura.

—Un consuelo —repitió con sarcasmo—. Sí, quizá sí. Pero parece usted olvidar que se ha cometido un crimen y que alguien, tarde o temprano, será condenado a la horca por ese motivo.

—No creerá usted que Judith...

—Ella no mató a su marido. Por supuesto que no. Pero también está el asesinato de Shorthouse. Ya mantendremos esa conversación sobre el «consuelo» para cuando todo se haya aclarado.

Elizabeth dijo amablemente:

—¿No tiene ninguna pista, profesor Fen?

—Ninguna —dijo Fen con absoluta sobriedad—. Ni la más remota idea... Debería usted dejarme fuera de su serie de detectives ilustres, Elizabeth.

Entraron en silencio al hotel. Antes de despedirse, Fen le dijo a Joan:

—Siento haber sido tan asquerosamente brusco.

Ella lo miró detenidamente.

—«Imperceptiblemente» —dijo, y sonrió—. Estamos todos al límite, y comprendo que un parloteo sentimental no sirve de nada en estos momentos... ¿Vendrá usted al estreno mañana?

—Desde luego. Buena suerte, si no la veo antes.

—Venga a vernos entre bastidores después.

—Me encantaría... De nuevo, acepte mis disculpas.

—No necesita pedirme perdón por nada —dijo Joan—. Así que me arriesgaré a citar a Shakespeare a un profesor de literatura inglesa: «No carguemos nuestra memoria con pesadumbres que ya han pasado»^[50].

Volvió a sonreír y, junto a Adam y Elizabeth, se adentró en el hotel.

Capítulo veinte

Antes de que se produjera la resolución del caso, hubo un lapso de menos de veinticuatro horas. La escena segunda del tercer acto se ensayó el domingo por la mañana, justo una semana después de la muerte de Shorthouse. Se buscaron rápidamente sustitutos para Stapleton y para Judith, que había abandonado la producción y que se negaba a regresar con sus padres. Rutherford dio una virulenta orden con la cual le rogaba al coro que cantaran y actuaran como verdaderos nuremburgueses del siglo dieciséis, en vez de comportarse como una clase de críos estudiando solfeo elemental. No se esperaba que la autopsia de Stapleton, que había sido imposible evitar, ofreciera sus resultados definitivos hasta el martes por la mañana. No había nada que hacer hasta el lunes por la tarde, cuando se levantara el telón, a las seis y media, para el estreno.

* * *

Adam y Elizabeth pasaron la tarde en el hotel. Los acontecimientos de los últimos días de algún modo habían contribuido a tender una sombra de incomodidad sobre su relación. Una cierta inseguridad, casi frialdad, se había hecho un hueco entre ellos, tanto más difícil de disipar cuanto que las razones de la misma eran también desconocidas, o, eso parecía, demasiado inapropiadas para discutir las abiertamente. Ninguno estaba contento: su vieja y divertida complicidad había desaparecido. En ambos, la capacidad crítica se había agudizado hasta el extremo de que llegaban a infligirse agravios triviales e incluso imaginarios. A Elizabeth le parecía que Adam se estaba comportando de un modo tiránico y despótico, y comenzó a echar de menos (aunque con un sentimiento de traición) los viejos días de libertad y soltería. A Adam le parecía que Elizabeth se estaba poniendo un poco susceptible, irascible e hipersensible. Ambos percibían en aquella evolución el evidente desencanto que, según se dice, sigue a los primeros y románticos meses de matrimonio; ambos prácticamente se resignaron a sufrir dicho desencanto y, en consecuencia, ambos lo confirmaron y lo fortalecieron.

Las razones eran variopintas. El impacto de las muertes violentas les había alterado los nervios, aunque ellos apenas sí reconocían el hecho. La mera aprensión física era solo una parte de dicho impacto; también había un atavismo reprimido, un horror supersticioso, que aún pervive con fuerza desde los remotos orígenes de la especie humana, ante lo inexplicable. Era inconsciente, pero ahí estaba. En el caso de Adam eso se complicaba en parte por la tensión de los últimos y decisivos ensayos. (La muerte de Shorthouse al final había dado como resultado una presión insoportable en el trabajo, que había afectado a casi todo el mundo). Por otro lado,

ante aquellos luctuosos acontecimientos, su espíritu había reaccionado irracionalmente contra ese carácter desordenado y turbulento que ha caracterizado la profesión teatral desde tiempos inmemoriales y en todas partes. En Elizabeth, la alteración nerviosa se acentuaba debido a la constante vigilancia en la que insistía Adam. Elizabeth era una de esas mujeres que de tanto en tanto tienen una necesidad urgente de estar solas... y la guerra había demostrado, si es que necesitaba demostración alguna, que ese tipo de personas, cuando se veían obligadas a estar con más gente de continuo, se tornaban inquietas y en casos extremos incluso se volvían locas.

Nunca hablaban de estas cosas, aunque, en realidad, solo eran conscientes a medias de la gravedad de la situación. Ni los reproches que se dispensaban eran tampoco demasiado explícitos: como mucho dejaban caer alguna indirecta. Pero de todos modos eran conscientes del distanciamiento, y, al buscar explicaciones más o menos justificativas para con ellos mismos, lo acentuaban. El empeoramiento de su *malaise* desde luego no había llegado todavía al punto que podría denominarse «de no retorno»; era reversible siempre que estuvieran dispuestos a ello. Por desgracia, ninguno de los dos estaba dispuesto a dar el primer paso.

Adam se había quedado dormido aquella tarde en uno de los salones del hotel. Y tuvo pesadillas. Cuando se levantó, con la boca estropajosa y con ganas de vomitar, solo pudo recordar uno de aquellos desagradables sueños. Le había parecido que iba conduciendo por una carretera del campo, y había llegado a un lugar donde se veía una gran construcción de apariencia medieval, gris y achaparrada. Aunque no había visto aquello nunca, supo instintivamente que se llamaba Oldacre Priory. Se adentró en una de sus estancias, escasamente amueblada y con andrajosos pendones colgando. El lugar parecía ser un museo. Allí no había nadie, pero no tardaría en descubrir que a su alrededor había seres que se movían. Abrió una puerta que daba a un claustro interior. Durante un momento, todo pareció tranquilo, y entonces el edificio comenzó a vibrar con las firmes pisadas de una fila de caballeros con armadura que aparecieron de repente. Era plenamente consciente de que no había nadie dentro de las armaduras, ni vivos ni muertos. Ni tampoco eran robots. Eran una simple acumulación de armaduras, moviéndose al unísono gracias a alguna fuerza exterior que las dominaba. Sin llegarlo a comprender, había algo en aquellas armaduras que lo obligó a huir de allí, rápidamente y en silencio, y a refugiarse en la sala de las banderas andrajosas; luego cerró la puerta y se apoyó un poco en ella para coger aliento. Luego, comenzó a correr.

Corría silenciosa y rápidamente de estancia en estancia, en un laberinto inmenso y vacío, buscando la salida. No se oía nada, salvo el distante paso de los caballeros al marchar. En tanto el desconcierto y el pánico se lo permitían, procuró mantenerse alejado de ellos mientras pudo. Al final, después de un tiempo que le pareció una eternidad, llegó al extremo de una galería inmensamente larga. Al final de la misma había una figura de pie, inmóvil, y hasta que no se movió, él pensaba que se trataba

de una figura de cera o una estatua. Entonces, de repente, vio que era Elizabeth, y que tenía en torno a su cabeza una banda de tela podrida, sujetándole la mandíbula, como la que se le pone a los muertos. Elizabeth comenzó a avanzar lentamente hacia él, y él... ni enamorado, ni deseoso de abrazarla, sino con un insuperable terror, corrió hacia ella. A medida que se iba acercando a él, vio que la banda de tela se le caía, y que traía colgando la mandíbula inferior. Pensó, medio enloquecido, que eso no impedía que una persona ya no pudiera hablar o comer o respirar. A mitad de la galería se encontraron y se abrazaron con fuerza, y a Adam le pareció que su corazón estallaba de horror.

Se despertó temblando, y durante algunos instantes luchó aturdido para asimilar que se encontraba en la soñolienta pero real atmósfera de un salón del hotel. A su lado, Elizabeth estaba sentada a la mesa escribiendo unas cartas. Tenía los nervios de punta, y cuando se tranquilizó un poco, se acercó a ella.

—Acabo de tener... —hablaba un poco dubitativo— un sueño horroroso.

—¿Ah, sí, querido? —lo dijo en un tono alegre e indiferente—. Lo siento... pero por Dios te lo pido, no me lo cuentes. Hay pocas cosas tan aburridas como el sueño de otra persona.

La realidad se impuso de repente. Aquello era una pesadilla peor que la que había tenido.

—Elizabeth... —estalló—, ¿qué nos pasa?

—Querido, no sabría decirte. No soy consciente de que me pase nada *a mí*. ¿Te importa si acabo esta carta?

—Sí, me importa. Quiero hablar seriamente contigo.

—¿Y tiene que ser en público? —murmuró Elizabeth.

—No nos está mirando nadie... Querida, nuestro matrimonio no va bien...

—Eso suena como el principio de una escena de una película inglesa de quinta categoría —dijo Elizabeth con tono áspero.

—Por favor, atiéndeme. Ya sé que uno no dice más que tópicos en estos casos, pero hago todo lo posible por no utilizar palabras manidas... Quiero saber si hay algo que pueda hacer para que podamos volver a estar como antes.

—¿Volver a estar como antes? —dijo Elizabeth, con educada incompreensión.

—Para volver a estar, por ejemplo, como en nuestra luna de miel.

Elizabeth levantó la mirada, y sus ojos parecían no entender nada.

—¿Es necesario? Tarde o temprano tendremos que asentar nuestro matrimonio sobre ciertas bases racionales. No se puede esperar que estemos babeando el uno por el otro toda la vida.

—Lamento que mis tristes esfuerzos por intentar hacerte feliz no pasen de ser, en tu opinión, más que formas de «estar babeando» —dijo Adam amargamente.

—No te recrees en la autocompasión, querido. Eso nunca resulta agradable.

Adam hizo un esfuerzo por controlarse.

—Discúlpame —dijo—. No me cabe la menor duda de que hay muchas cosas de

mí que te irritan. Pero ojalá me las dijeras, y así tal vez podría remediarlas.

—Querido... —dijo Elizabeth, y era aquella forma reiterativa y vacía de dirigirse a él lo que irritaba a Adam sobremanera—, querido, si no tienes cabeza para ver tus propios defectos, aunque te haga un listado, no servirá de nada. Uno no consigue que un ciego vea haciéndole una lista de flores.

—¿No se te ha ocurrido que tal vez tú tampoco eres del todo perfecta?

La furia de Elizabeth salió a la superficie.

—Obviamente, no soy perfecta. Pero eso no cambia el hecho de que tú estés siendo condenadamente grosero.

—Solo estaba intentando llegar al fondo de este... de este problema que hay entre nosotros.

—Pues lo haces de un modo muy peculiar —dijo Elizabeth, levantándose, recogiendo sus cartas y su libreta—. Obviamente no vas a dejarme acabar lo que estaba haciendo. Me voy arriba. ¿Tendrás la bondad de dejarme en paz, por favor?

Salió del salón. Adam volvió triste y abatido a su sillón. Aquello era bastante peor que su primera trifulca; esta había sido gélida y vehemente. Sin quererlo ni pensarlo, habían llegado a una crisis.

Serían necesarios los acontecimientos de aquella noche para que se resolviera.

Joan Davis y George Peacock paseaban por los jardines del *college* de St. John.

Un sol débil, de un amarillento mortecino, luchaba por abrirse paso, pero el ambiente era húmedo y frío, así que caminaban rápido: Peacock con paso largo y desgarrado, Joan con ciertas carreritas de vez en cuando para intentar mantenerse a su altura. Joan pensó con cierta ironía —y cierta amargura— que hacía muchísimo tiempo que no se había tomado aquellas molestias —aunque fueran tan nimias— por estar en compañía de un hombre. Ya habían dado muchas vueltas al gran tapete central de hierba; Peacock no parecía especialmente deseoso de cambiar de órbita.

—Se siente una como un hámster en una rueda —sugirió Joan a modo de leve protesta—. O como esos montañeros alpinos que luchan contra las ventiscas y siempre regresan al lugar de donde partieron.

Él la miró con gesto sorprendido:

—¿Qué? ¿Te aburres?

—No, claro que no. No estaría aquí si me aburriera.

Durante un rato estuvieron caminando en silencio. Peacock no era normalmente muy locuaz, y en aquel momento parecía preocupado hasta el punto de la grosería. «Desde luego, la culpa la tengo yo», pensó Joan. «Fui yo quien sugirió salir a dar un paseo, y el pobre diablo no tenía en realidad muchas opciones de rechazar mi proposición... No, eso es absurdo. Podría haber dicho perfectamente que quería descansar antes de la representación. Así que, al menos en principio, no le importa demasiado estar conmigo».

—¿No estás nervioso por lo de esta noche? —le preguntó.

Él se echó a reír.

—Espantosamente nervioso. En taquilla me han dicho que va a estar presente Ernest Newman^[51].

—Eso es estupendo, ¿no?

—Hay cosas mejores, francamente. Dirigir a Wagner delante de Ernest Newman es, poco más o menos, como si un querubín se pone a recitar la lección delante de Dios. De todos modos, seguramente sobreviviré...

—¿Estás contento de cómo han ido las cosas o...?

—Estoy verdaderamente orgulloso de cómo se ha comportado el elenco y me habéis dado una lección de humildad —dijo—. Todos vosotros sabéis de ópera mil veces más que yo, y sin embargo habéis trabajado como chinos para producir los efectos que yo deseaba. No podría haber tenido más suerte.

Joan se sintió extrañamente conmovida.

—No seas tonto —le contestó con ademán cariñoso—. Habríamos protestado con uñas y dientes si hubiéramos entendido que eras un ignorante y no sabías lo que había que hacer. Y, de todos modos, lo hemos hecho por egoísmo. Seguramente conseguiremos fama y prestigio gracias a tus ideas. ¿Qué vas a hacer cuando termine esta serie de representaciones?

—Todo depende de Levi... Creo que podría conseguir un contrato permanente aquí si *Los maestros* salen bien.

—Entonces no te preocupes. El puesto es tuyo.

Ambos se detuvieron, con las miradas absortas, para observar más de cerca a un petirrojo que andaba saltando de un modo errático por el borde de la hierba. Tras unos instantes, Peacock le preguntó a Joan:

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro.

—¿No estás casada, verdad?

—Ahora no. Lo estuve hace unos años, pero me divorcié. Creo que nuestra felicidad conyugal duró... como unas trece horas a partir del momento en que salimos de la iglesia... Bah, de todos modos, eso no importa. Se acabó, gracias a Dios.

—¿Y podrías... quiero decir... podrías considerar la posibilidad de casarte conmigo?

Joan levantó la mirada para poder verlo bien. Su rostro pícaro parecía luchar con una media sonrisa que no conseguía más que apuntar la inminencia de las lágrimas.

—Gracias... —dijo—. Pero... ¿sería prudente?

—Ya sé que no soy...

—Me refiero a la prudencia desde *tu* punto de vista. ¿No deberías casarte con alguien mucho más joven que yo? «Hijo mío», recitó, «de Tristán e Isolda la triste historia conozco. Hans Sachs era sabio y no quiere correr la suerte del rey

Mark...»^[52]. Tal vez no resulte muy adecuado. Deberías pensar más bien en la mariscala de Hofmannsthal... —Y luego pensó para sí: «¿A qué viene esta conversación ridícula y llena de citas? ¿Será verdad que ya soy demasiado vieja como para no volverme loca por una proposición de matrimonio?».

Peacock volvió a hablar con cierto embarazo.

—Si lo que me quieres decir es que no quieres...

—Lo que quiero decir —lo interrumpió— es que lo mejor es que consideres la situación franca y abiertamente. Yo tengo treinta y cinco años... en fin, ya no estoy en *la fleur de mes jours*. Y sé —añadió rápidamente cuando él abrió la boca para hablar— que tengo una edad a la que educadamente llaman «de madurez». Pero lo malo que tiene la madurez es que no es joven, y un hombre que se casa con una mujer madura es como un hombre condenado a hacer todas sus compras en tiendas de segunda mano. —Joan titubeó un poco—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Peacock asintió con la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Fue demasiado pretencioso por mi parte.

Y se fue de repente y la dejó allí plantada, mientras cruzaba con paso airado el césped hacia el jardín de la parte delantera del *college*.

Mientras Joan lo veía marcharse, las lágrimas asomaron a sus ojos. «Esto es lo que pasa», pensó, «por ser sincera y sensata cuando se trata de considerar el matrimonio». Obviamente, Peacock había pensado que ella solo estaba intentando evitar hacerle daño con un rechazo firme. Y a cada instante que pasaba se haría cada vez más difícil retomar el tema. Joan sabía que tenía demasiado orgullo y que eso le impediría presentarse ante él, horas más tarde, y decirle: «Respecto a nuestra conversación de esta tarde...». No, impensable. Y, por otra parte, él era demasiado razonable como para plantear la proposición de matrimonio una segunda vez. La felicidad se alejaba de Joan igual que se alejaba Peacock. Rápido, haz algo, mujer.

Corrió tras él.

—¡Espérame! —gritó entre jadeos—. ¡Espérame!

Peacock se detuvo y se volvió. A medida que se acercaba, vio que la cantante traía los ojos brillantes y las mejillas encendidas por el frío. Joan se acercó a él, titubeó un poco, en parte por timidez y en parte para recuperar el aliento. Él le cogió la mano y la atrajo hacia sí, y, sin perder tiempo, la besó dulcemente en los labios.

—En los tiempos que corren... —dijo—, las mejores cosas se encuentran en las tiendas de segunda mano.

Capítulo veintiuno

Beatrix Thorn y el Maestro estaban sentados en el salón del hotel Mitre.

—Maestro, le va a sentar mal beber tanta cerveza.

—Beberé toda la cerveza que me apetezca, Beatrix.

—Desde luego. Pero no debería socavar su salud.

—Mi salud está socavada desde hace años, Beatrix.

—En ese caso, deberíamos tener cuidado de que no se derrumbe del todo.

—Cuando me derrumbe, me derrumbaré, y punto final. —Pero usted tiene un deber para con la posteridad.

—La posteridad nunca ha hecho nada por mí... Me pregunto por qué Wilkes nos habrá hecho esa petición tan rara. —Me resulta un poco siniestro.

—Sin duda tendrá sus razones. Estoy pensando, Beatrix, en comprarme un pequeño coche deportivo.

—Mejor no. El ruido le resultaría insoportable.

—Pero a mí *me gusta* el ruido. Parece que no entiendes que a mí *me gusta* el ruido.

—Tonterías, maestro.

—No son *tonterías*. Y si quiero un pequeño coche deportivo, me lo compraré.

—Claro, claro, si insiste... Pero déjeme explicarle cuáles son las desventajas.

—No, no.

—En primer lugar...

—Le he pedido que se calle, Beatrix. Estoy intentando encontrar una escena inicial para mi nueva ópera.

—Lo único que quería decir es que...

—¡Cállate, por Dios! ¿Cómo voy a concentrarme si no haces más que hablarme de coches?

—Muy bien, maestro.

—¿Qué has dicho?

—Que muy bien.

—Ah.

En Carfax, Karl Wolzogen subió a un autobús que lo llevó a Headington. Desde allí fue caminando hacia Wheatley. Karl Wolzogen componía una figura pequeña, delgada, encorvada, que avanzaba penosamente con las manos clavadas en los bolsillos de un desastrado abrigo en busca de un poco de calor. Había llevado ese abrigo durante tanto tiempo que ya había olvidado completamente cuándo y dónde lo había comprado. En algún sitio de Alemania o de Austria, seguramente. Se detuvo para observar detenidamente la presilla manchada de grasa en una de las mangas. Friedrich Jensen, Wettinerstrasse 83D, Dresde. Ahora se acordaba... recordaba

también a aquella muchacha que vivía en la Wettinerstrasse, una chica morena, tal vez una *nachgedunkelte Schrumpfermanne*^[53], o a lo mejor era de sangre judía. Si este era el caso, ¿qué habría sido de ella? No valía para la ópera. «*Das alles ist altmodisch*», le había dicho. Pero al fin y al cabo él también estaba pasado de moda. A medida que iba envejeciendo vivía más y más en el pasado. Eso significaba que el final no estaba lejos, y ya estaba lo suficientemente cansado de vivir como para que morir le resultara indiferente. El mundo le había dado todo lo que podía desear, salvo por el pequeño inconveniente de la soledad, que era la única recompensa que había obtenido por su exclusiva dedicación a la música. Tenía suficientes motivos para estar contento.

Un obrero que se cruzó con él le deseó buenas tardes, y le lanzó una mirada, con descarada curiosidad, cuando él le contestó. «Desconfían de nosotros», pensó. «Desconfían de los alemanes, y no podemos reprochárselo. Pero no se dan cuenta de que nosotros también desconfiamos de ellos. Dresde está en ruinas...»^[54]. El teatro de la ópera ya no existe; ya no hay refugio para los espíritus de Weber, Wagner y Strauss. Bueno, Strauss estaba vivo. Vivía en Garmisch. Lo habían operado. Tal vez recibiría alguna visita de alguien con los mismos antecedentes, con los mismos recuerdos que él... ¿Habría todavía palomas en la Brühlsche Terrasse? Aquellos enormes y gruesos mástiles negros, con sus esvásticas doradas, ya los habrían quitado... Bueno, no se perdía nada. Un chocolate caliente en un restaurante del Neu Markt, y Frieda escuchando con un silencio insolente mientras él hablaba de ópera. Una noche había aceptado irse con él a la cama. Él había estado torpe, había sido un fiasco, pero todo aquello poco importaba ya, igual que aquellos tres años de hambruna de muerte tras el hundimiento. Ahora tendría suficiente comida hasta que se muriera...

«Edwin Shorthouse está muerto», pensó. «Los pedazos desmembrados de su cadáver están colocados más o menos aparentemente en su maldito ataúd. Ya no causará más problemas, y eso es bueno, y justo, y necesario».

Judith Stapleton giró la esquina de la New Bodleian y empezó a bajar por Parks Road. Un hombre la seguía a una discreta distancia. Ella caminaba lentamente, con los hombros encogidos y con los ojos hinchados de tanto llorar. Al final llegó al Radcliffe Science Building, y subió las escaleras hasta la biblioteca. El bibliotecario levantó la mirada cuando ella entró.

—¿Puedo consultar una cosa en esta biblioteca? —preguntó.

—¿Es usted estudiante de ciencias?

—No.

—En ese caso, solo puedo darle permiso si es usted licenciada.

—Soy licenciada —mintió Judith.

—Ya. ¿Puede apuntar aquí en este libro de registro su nombre, su titulación y el

college al que pertenece?

Judith escribió: «Ann Matthews, Lic. Fil. y Letras., St. Hilda».

—¿Me puede decir dónde está la sección de medicina forense? —dijo.

—Todo recto, segunda sección a la derecha.

—Gracias.

En la biblioteca había muy pocas personas. Judith sacó una enciclopedia común y se sentó en una mesa, y buscó el artículo correspondiente a «Envenenamiento alimenticio». Dedicó algún tiempo a aquella labor, pero sin obtener ninguna información satisfactoria al parecer. Aburrída, fue pasando páginas hasta que le llamaron la atención unas palabras en la entrada de «Arsénico»:

Se produce una progresiva merma y pérdida de sustancia muscular, debido a la malnutrición y a la fatiga mental y física. La lengua presenta habitualmente saburra, o puede estar enrojecida e irritada. Con frecuencia se da irritación bucofaríngea que ocasiona constantes carraspeos y laringitis. Los ojos muestran lagrimeo persistente y acuosidad, la conjuntiva se enrojece y desarrolla escozor, y los párpados pueden presentar hinchazón.

La irritabilidad gástrica, con ataques de vómito y diarreas, es común y frecuente, y habitualmente también se manifiesta una pérdida de apetito y repugnancia ante los alimentos. [...] Se puede observar en ocasiones irritación cutánea con eccemas, disfunciones de la pigmentación, así como queratosis en las palmas de las manos y en las plantas de los pies. En ocasiones podrá apreciarse una marca blanquecina en las uñas de manos y pies.

Los síntomas nerviosos pueden ser agudos o pueden desarrollarse solo muy levemente. El entumecimiento y el hormigueo en manos y pies, acompañado de dolor, así como el dolor en la musculatura son los primeros indicios. Estos síntomas de neuralgias periféricas preceden a cierta atrofia muscular y a una paresis o parálisis.

Tras unos instantes de estupefacción, Judith volvió al capítulo de «Métodos de administración de...». El hombre que la había seguido bajando por Parles Road, y que había empleado algunos minutos en examinar el registro bibliotecario antes de entrar en la sala, se situó a su espalda para coger un libro de las estanterías que había detrás de Judith. Pero no levantó la mirada y no lo vio.

Boris Stapleton permanecía tendido de espaldas, desnudo, en la mesa del laboratorio. De una enorme hendidura en su abdomen, un médico joven, con unos guantes de goma en las manos, estaba extrayendo con mimo el estómago y los intestinos. Había en la sala un fuerte olor a éter, pero era insuficiente para mitigar el hedor del cuerpo abierto.

—Dios bendito... —dijo el joven doctor—, cómo apestan estos cadáveres...

Un hombre mayor, que estaba trabajando en la mesa de al lado, frunció el ceño.

—Por el amor de Dios —exclamó—, recuerda que ese pobre diablo estaba tan vivo como tú hace solo veinticuatro horas.

—¡Ah! —contestó el joven—. Pueden pasar un montón de cosas en veinticuatro horas. —Realizó la última incisión—. Ya está. ¿Qué hacemos: la prueba de Marsh o el Reinsch?

* * *

Alrededor de las cinco, el portero del hotel le llevó a Adam una nota que un muchacho pequeño y mugriento acababa de dejar en recepción.

Reúnase conmigo en cuanto pueda, en casa de Judith. Primer piso, segundo a la derecha. Es urgente.

Eso decía. Venía firmada con las letras «G. E». Adam no se detuvo a pensar que desconocía la caligrafía de Gervase Fen y que nunca había visto siquiera una muestra de su escritura. No supo qué hacer de momento, y al final optó por subir a su habitación. Elizabeth le abrió la puerta. Vio que había estado llorando.

—Solo vengo a decirte —dijo con cierto embarazo— que tengo que irme: voy a reunirme con Fen en casa de Judith. Después iré directamente al teatro.

—Ya.

—Irás al estreno, ¿no?

—No lo sé.

—Si vas, pásate por mi camerino después... Elizabeth, lo siento.

Ella no dijo nada. Al final, él se volvió y abandonó la habitación.

Capítulo veintidós

Gervase Fen merendó copiosamente, se encendió una pipa y se retiró a su estudio advirtiendo a todo el mundo que no lo molestaran por nada del mundo. Había decidido que debía llevar a cabo un último esfuerzo por hacerse con las riendas del caso. Su fracaso a la hora de desentrañar el más mínimo indicio hasta ese momento constituía una espina mental desagradable e irritante, y conseguía que la concentración en otros asuntos le resultara difícil e incluso imposible. Así pues, aunque solo fuera por prurito personal, aquel asunto debía ponerse en claro y resolverse.

Se acomodó en una butaca junto al fuego y se dedicó a repasar cuidadosamente todas las pruebas materiales. Pero aquel ejercicio resultó poco esclarecedor. Retomó lo que los detectives llaman «la oportunidad»: la posibilidad y la ocasión de cometer el crimen. Joan Davis, Karl Wolzogen, Charles Shorthouse, Beatrix, Boris Stapleton, Judith, e incluso Adam y Elizabeth, todos ellos, habían estado solos en el momento en que Edwin Shorthouse se topó con la muerte, y cualquiera de ellos, en principio, podría haber sido el asesino. Sin embargo, respecto al asesinato de Stapleton, solo Judith, según todas las apariencias, había contado con la ocasión y la oportunidad para cometer el crimen, aunque Fen persistía en considerarla de todo punto inocente. La agresión a Elizabeth podía haber sido responsabilidad de cualquiera, excepto de Adam, Charles Shorthouse y Beatrix Thorn... ¿Pero por qué demonios la habrían intentado agredir?

Fen tenía una notabilísima memoria para los detalles. Comenzó a reconstruir, con la imaginación, todas las conversaciones y entrevistas que había mantenido desde que comenzó el caso. El proceso resultó largo y engorroso, pero al final dio con la solución.

Todo dependía de tres observaciones casuales: una, hecha por Elizabeth en el Bird & Baby la mañana después del asesinato; otra, hecha por Adam en la misma ocasión; y una tercera hecha por Judith en el teatro. Las dos últimas, engarzadas y unidas a una parte de la información proporcionada por Elizabeth a propósito de la pelea entre Adam y Edwin Shorthouse, aclaró por completo el problema de la muerte de Stapleton. La primera observación sugería un motivo que explicaba la agresión a Elizabeth y también el modo como Shorthouse pudo haber encontrado su final. Fen pensó detenidamente en la topografía del camerino de Shorthouse y sus alrededores, y vio que todo cuadraba perfectamente. Había un pequeño detalle, sin embargo, que se negaba a ajustarse en el rompecabezas, y sobre ello estuvo Fen meditando durante largo rato. Al final, sonrió.

—¡Camuflaje! —dijo en voz alta—. Y confirmación, si es que se necesita alguna. Ahora, veamos...

Empleó algunos minutos rebuscando en libros de medicina que apilaba en las estanterías abarrotadas y desordenadas de su estudio, y un período bastante más largo

jugando con una caja de cartón, una cuerda y otros objetos más o menos simbólicos. Al final, pareció no tener ninguna duda. El procedimiento de cada asesinato señalaba al asesino más allá de cualquier duda.

El reloj de la repisa de la chimenea señaló que faltaba un cuarto para las seis. Tenía el tiempo justo para hacer saber sus resultados a Mudge antes de salir para la ópera. Telefonó a la comisaría de policía.

—Tengo la solución —le dijo en cuanto el inspector estuvo al aparato—. Pero se tarda un poco en explicarlo bien, así que lo mejor es que vaya y nos veamos. ¿De acuerdo?

—Si *de verdad* lo sabe, señor, le estaré eternamente agradecido.

—Entonces... dispóngase a estarme eternamente agradecido —dijo Fen con toda seriedad—. Por cierto, no fue Judith Stapleton quien asesinó a su marido.

—¿No? —Mudge pareció decepcionado—. Bueno, ya lo veremos cuando oiga lo que tiene usted que decirme... He tenido a un hombre pisándole los talones, ¿sabe?

—Qué melodramático.

—Parece que lo último que ha hecho ha sido registrarse con un nombre falso en la biblioteca de ciencias Radcliffe.

—¿Ah, sí? —dijo Fen—. Eso está muy feo, desde luego. Estaré ahí en un momento.

Colgó y subió a su dormitorio, donde dedicó cinco frenéticos minutos a cambiarse. Luego se puso un abrigo y su extraordinario sombrero, y bajó al garaje. Casi estaba en la puerta cuando de repente se le pasó por la cabeza un horrible pensamiento...

—¡Oh, por mis patas de conejo...! —exclamó, y salió corriendo en busca de su teléfono.

—¡Póngame con la habitación 72! —exclamó, cuando por fin al otro lado del hilo telefónico una voz dijo que se trataba del hotel Mace & Sceptre.

Se comió las uñas y se retorció los dedos hasta que al final pudo oír la voz de Elizabeth.

—¿Elizabeth? —preguntó—. Soy Fen. ¿Está Adam con usted?

—No. —Elizabeth parecía sorprendida—. Pensé que estaba con usted.

—Bueno, pues no —dijo Fen abatido—. ¿Sabe usted dónde se supone que tenía que encontrarse conmigo?

—En casa de Judith. Pero... ¿por qué...?

Sin embargo, Fen no tenía tiempo para contestar preguntas. Tiró el teléfono encima de la mesa, tropezó con el gato, se levantó, corrió hasta el vestíbulo, cogió una pistola automática del cajón de una mesa y de nuevo bajó a grandes zancadas hacia el garaje.

—Y ahora, *Lily Christine* —murmuró—, tienes que hacer una cosa, por lo que más quieras.

En este punto, desgraciadamente, Fen resultó ser demasiado optimista. Nada de lo

que intentó pudo conseguir que el coche arrancara. Manipuló una y otra vez las palancas, le dio mil golpes al contacto, hasta que se cansó. Finalmente, en un arrebatado de furia vengativa, lanzó una lata de gasolina vacía a la figura desnuda cromada que adornaba el radiador, agarró la bicicleta de su mujer y se largó pedaleando frenéticamente.

* * *

Debido a una serie de leves inconvenientes y retrasos, ya eran las cinco y veinticinco cuando Adam llegó a la casa de Clarendon Street. Mientras se detenía a mirar las ventanas de la casa, pensó que debería estar en el teatro, con el fin de cambiarse tranquilamente y maquillarse, a las seis en punto... como muy tarde. La casa, que era victoriana con leves toques betjermanianos^[55], quedaba un poco apartada de la carretera. Para llegar a la puerta principal, cuya aldaba metálica brillaba reluciente sobre la pintura desconchada y ulcerosa de la puerta, había que subir tres peldaños bajos de ladrillos quebradizos, traspasar una pequeña cancela de hierro que estaba siempre abierta, y subir un sendero de asfalto que cruzaba un jardincillo bastante ajado y desastrado. Adam, que no estaba acostumbrado a entrar sin llamar en edificios de apartamentos, llamó con los nudillos y luego al timbre, educadamente. Pero aunque repitió aquel proceso un minuto después, no se oía ni un ruido ni un movimiento en el interior; al parecer, no había nadie en la casa.

Adam pensó que era probable que Fen se hubiera cansado de esperar y se hubiera marchado. Daba igual, lo mejor sería indagar un poco... «Primer piso, segundo a la derecha...». Abrió la puerta principal, subió las estrechas escaleras, forradas con aquella moqueta dura y delgada, y llamó con los nudillos a la puerta indicada. De nuevo, no hubo respuesta alguna. Con ciertas dudas y titubeos, abrió la puerta y echó un vistazo al interior de la estancia. Aunque escasa y pobremente amueblada, la habitación era sin embargo insospechadamente grande. La ropa estaba tirada por el suelo en completo desorden. En un extremo de la cama había una maleta a medio hacer. Un montón de basura había desbordado la papelera y estaba desperdigada por el suelo, alrededor. Las ventanas, que estaban cerradas, lucían unas pálidas cortinas amarillas. Había una estufa de gas... Adam se adentró en la habitación, y en ese momento, como resultado de un violento y preciso golpe en la parte posterior de la cabeza, todo se le nubló de repente y perdió el conocimiento.

Después de un rato, un levísimo flujo de gas comenzó a escapar de la estufa, y la puerta del dormitorio se cerró silenciosamente. Una llave giró en la cerradura, por el exterior.

Beatrix Thorn, el Maestro, *sir* Richard Freeman y el señor Levi llegaron a la ópera

alrededor de las seis y diez. Los dos últimos, aunque no se conocían, entraron juntos en el bar.

—Una cosa le digo: este Peacock es muy bueno... —decía el señor Levi—. Consigue que esos holgazanes de la orquesta hagan *genau*^[56] lo que él quiere. Ya lo veremos esta noche. Ya se lo advierto.

Junto a ellos, un grupo de la agrupación de Jóvenes Intelectuales hablaba sobre Wagner.

—Por supuesto, el efecto de los dioses teutónicos y los héroes del *Anillo* en la mentalidad alemana ha sido deplorable.

—Es lo que yo siempre he dicho. En última instancia, Wagner es responsable de lo del campo de la muerte de Belsen.

—No veo cómo pudo ser responsable —protestó una muchacha de pelo moreno—, considerando que murió varios años antes de que naciera Hitler.

—No te pongas deliberadamente obtusa, Anthea... *Los maestros cantores* también está infectada, aunque de un modo más insidioso y sutil.

—Sí. Cecil Gray^[57] dice, como sabrás, que es un gran himno a los logros artísticos y bélicos de Alemania.

—En esa ópera solo hay una mención a la guerra —dijo la chica morena—, y es donde Sachs dice, al final, que si Alemania alguna vez es derrotada, su arte se perderá para siempre.

Los muchachos la miraron con enorme disgusto.

—Anthea, no nos estarás diciendo que tú sabes más de Wagner que Cecil Gray...

—Pues sí —dijo la muchacha del pelo moreno con enorme sencillez—. Sé más que él. Pero, naturalmente, si interpretáis la observación de Sachs como un gran himno a los logros bélicos de Alemania, seguro que sois capaces de creer cualquier cosa.

—Y luego está lo de los plagios... Hay una melodía en la primera escena del último acto que está fusilada de las *Alegres comadres* de Nicolai^[58].

—Wagner no copió nada a nadie —dijo la muchacha de pelo moreno—. Es una variación a partir de la canción del premio.

—... además, es obvio que un hombre del carácter moral de Wagner no podía producir grandes obras de arte. Era poco escrupuloso con el dinero, tuvo líos con las esposas de sus benefactores...

—Pues yo no veo qué tiene que ver el carácter moral con ser capaz de crear grandes obras de arte —dijo la muchacha de pelo moreno—. Villon fue un ladrón, Bacon mendigó un empleo, Tchaikovski y Miguel Ángel fueron unos pervertidos, Gluck murió borracho, Wordsworth era un vanidoso...

—Oh, vamos, Anthea, no seas pesada.

Beatrix Thorn y el Maestro aún seguían discutiendo por los coches.

—Y luego lo de la vibración... la estructura del oído...

—No sé nada de la estructura de mi oído, Beatrix, y no tengo ninguna intención de saberlo.

—Estos estudiantillos —dijo el señor Levi alegremente— son una pandilla de estúpidos rufianes, *nicht wahr*?

Capítulo veintitrés

Fen llegó a Clarendon Street alrededor de las seis y diez, y se desanimó al encontrarse todas las puertas cerradas con llave. Dio media vuelta y volvió hasta la cancela, y observó con desesperación a un lado y a otro de la calle, casi desierta. Un hombrecillo de apariencia pordiosera, que durante un rato lo había estado observando con curiosidad desde la otra acera, le dijo:

—¿Qué pasa, amigo? ¿Has perdido la llave o algo?

—No puedo entrar —dijo Fen con ademán abatido—. ¡No puedo entrar!

—Pues mira tú, pégale una pedrada a una ventana o algo —sugirió el hombrecillo pordiosero.

—Yo no tengo piedras.

—No —dijo el hombrecillo pordiosero con un guiño *farouche* de ladrón—, pero yo sí. —Y sacó una del bolsillo de su gabán.

Fen la agarró y estaba a punto de lanzarla contra una de las ventanas de la fachada cuando el hombrecillo, decepcionado ante un plan tan precipitado y poco profesional, le detuvo el brazo.

—Por aquí, no, hombre... —le dijo—. Vamos por detrás, anda.

Ambos rodearon la casa, llegaron a la parte trasera y entraron rompiendo la ventana de la cocina. Fen enseguida corrió escaleras arriba.

—Eh, no me parece a mí que haya mucho que valga la pena afanar por aquí —dijo el hombrecillo en tono desaprobatorio—. Lo que nosotros queremos es que haya socialismo, para que todo el mundo tenga algo que valga la pena afanar... Buahg, vaya peste a gas.

En esto no exageraba. Fen llamó con los nudillos inútilmente a la puerta detrás de la cual se encontraba Adam, tendido en el suelo e inconsciente. Luego se retiró unos pasos atrás, y se lanzó violenta e inútilmente contra ella. El hombrecillo observó aquellos procedimientos insensatos con gran pesar.

—Lo único que vas a conseguir es romperte el cuello —explicó.

—Creo que ya me lo he roto... —se quejó Fen.

—Anda, quita de ahí —dijo el hombrecillo—. Déjame a mí. —Y sacó un montón de ganzúas del interior de su gabán.

—Deberías estar en la cárcel —le dijo Fen amablemente.

—Una mierda ibas a conseguir tú si no estuviera yo aquí... Ah. Ya está. Una bobada de cerradura, por si lo quieres saber. Hasta un crío podría reventarla.

Arrastraron a Adam fuera de la habitación y lo sacaron al aire libre. Se había recobrado del golpe en la cabeza, y todavía no había sucumbido a los efectos del gas, pues el flujo del volátil, debido a algún defecto en la estufa, era mínimo. Pero se sentía verdaderamente mal. Le sujetaron la cabeza mientras vomitaba.

—¡Vaya una manera de suicidarse, échale valor a la vida, muchacho, échale valor a la vida...! —le dijo el hombrecillo, acompañando sus palabras con reproches—. Un

pecado capital, eso es lo que es. Piensa en lo bonitos que son los pajaritos —añadió con intención de animarlo—, en lo bonitos que son los árboles, en lo bonitas que son las bombas atómicas, y todas las cosas por las que vale la pena vivir, hombre.

Y tras hacer aquella sugerencia, se largó.

El hecho de que la ausencia de Adam en el teatro de la ópera no se descubriera hasta que ya hubo empezado a sonar la obertura no resulta especialmente sorprendente en sí mismo, porque en términos generales se suponía —dado que a nadie se le habría ocurrido pensar lo contrario— que el protagonista de la obra habría llegado tranquilamente a su hora, aunque nadie lo hubiera visto, y habría subido directamente a su camerino.

Al final, fue Joan quien tuvo que ocuparse de dar la noticia.

Despertándose de una agradable ensoñación al oír claramente en el pasillo la llamada de «Acto primero, los principiantes, por favooooor...», Joan abrió el camerino de Adam cuando se dirigía a escena, ¡y se lo encontró vacío! Pensó, casi por instinto, que ya habría bajado y que tal vez ya estaría en bambalinas, esperando su entrada en escena, pero luego descubrió que la indumentaria que debía llevar en el primer acto aún estaba doblada cuidadosamente en el respaldo de una silla. Aquel hallazgo la obligó a correr frenéticamente escaleras abajo para buscar a Karl Wolzogen.

—¡Karl! —gritó—. ¿Dónde está Adam?

Al principio Karl no pareció comprender la situación.

—¿Cómo quieres que sepa yo dónde está? —contestó malhumorado.

—No me entiendes... ¡No está en el teatro!

—¿Qué? —exclamó Karl, incrédulo, aterrorizado.

—¡Que no está, que no está...!

Karl observó a Joan con la mirada perdida durante un instante.

—*Lieber Gott*^[59]... —susurró—. ¿Qué vamos a hacer?

—No me importa —dijo Adam obstinadamente—. ¡Tengo que ir y cantar!

Fen intentó disuadirlo.

—Después de lo que te ha pasado —le dijo—, no vas a ser capaz de mantenerte en pie y berrear tu parte de una ópera de cinco horas.

—Tengo que intentarlo, no hay más remedio...

—Bueno, supongo que si insistes... Por cierto, ¿no viste a la persona que te golpeó?

—No.

—Me lo imaginaba —dijo Fen, con una mueca de decepción—. Pero tenía que preguntártelo. —Se dio cuenta de que al otro lado de la calle había una farmacia y que todavía estaba abierta—. Ven conmigo —dijo, cogiendo a Adam del brazo—, te dará alguna droga que te ayude a mantenerte en pie.

La única persona que había en la farmacia, que era pequeña y estaba atestada de objetos y artefactos, era el propio farmacéutico, un hombre de mediana edad, asustadizo, calvo y barrigón.

—Prepáreme una cosa que le voy a decir... —Y comenzó a decir nombres de sustancias en latín. Sus conocimientos científicos, aunque imprecisos y dudosos, eran variopintos y en ocasiones resultaban ciertamente útiles.

—¿Trae usted prescripción facultativa, señor?

—No.

—Entonces me temo que no puedo hacérselo.

—Oh, sí, pues claro que puede —dijo Fen, sacando en ese momento su pistola—. Y si no se pone inmediatamente a ello, le pegaré un tiro en los pulmones, y le puedo asegurar que será una cosa espantosa.

El boticario se puso pálido y levantó las manos.

—No le he pedido que levante las manos —dijo Fen, con irritación—. Es imposible que pueda hacer una medicina con las manos arriba.

Mientras el hombre se ponía a trabajar, Fen lo estuvo vigilando, proporcionándole distintas órdenes de tanto en tanto. El resultado final fue un líquido incoloro que vertió en un frasco pequeño; Fen se lo arrebató de las manos y se lo entregó a Adam. Adam, que hasta ese momento había estado demasiado aturdido como para cuestionar semejantes procedimientos, ahora pareció no fiarse mucho.

—¿Esto funcionará...? —preguntó.

—Por supuesto. Y por el amor de Dios, date prisa. Ya casi son las seis y media.

Adam hizo acopio de todo su valor, y se tragó la droga. Aquello le hizo sentirse bien casi de inmediato.

—Dios quiera que se hayan dado cuenta enseguida de que yo aún no he llegado... —dijo.

—Coge la bicicleta de mi mujer —le sugirió Fen. Se volvió a meter la pistola en el bolsillo y salió a la calle para ver cómo Adam se alejaba pedaleando a toda velocidad.

Al poco, el farmacéutico salió a la puerta de su establecimiento. Al principio no se dio cuenta de que Fen todavía estaba en las inmediaciones.

—¡Socorro! ¡Socorro! —le dijo a un viandante sorprendido—. ¡Socorro!

Fen se enfadó sobremanera.

—¡Cállese, hombre! —le dijo malhumorado al boticario—. ¡Y no se comporte como un bobo!

El farmacéutico dejó escapar unos gemidos de temor y regresó apresuradamente a su cubil. Enormemente satisfecho ante aquel insospechado poder para provocar terror en el ánimo del prójimo, Fen se alejó a grandes zancadas.

Adam se quedó petrificado y aterrorizado cuando llegó al teatro y pudo escuchar los

compases de la obertura. Ya habían transcurrido como unas dos terceras partes de la pieza, lo cual significaba, según sus cálculos, que tenía tres minutos como mucho para cambiarse y salir a escena. Una barahúnda caótica de personas nerviosas le estorbaron en su febril carrera hasta el camerino. Se abrió paso a duras penas y subió corriendo las escaleras, al tiempo que se quitaba el abrigo. Una joven del coro, que se había retrasado, se sorprendió al verlo venir corriendo hacia ella mientras se desabrochaba los botones del pantalón; la muchacha se arrimó contra la pared, emitiendo débiles y defensivos gritillos, hasta que Adam pasó junto a ella a toda velocidad y se alejó pasillo adelante. Ya no había tiempo para maquillarse... y, naturalmente, la ropa se empeñó en confirmar esa malévolas capacidad para retorcerse y doblarse y ponerse inmanejable con la que las prendas de vestir siempre obsequian a cualquiera que tiene prisa por ponérsela o quitársela. Pero, de algún modo, Adam consiguió arreglarse, y corrió a toda pastilla escaleras abajo de nuevo y entonces pudo escuchar cómo vibraba el penúltimo acorde de la obertura tras el telón. Saludó imprudentemente con la mano a Joan, y mientras hacía aquel gesto imprudente, se levantó el telón. La mayor parte de los espectadores consideraron que aquel gesto era una innovación singularmente desafortunada.

Fen encontró un teléfono y llamó a Mudge.

—Siento mucho no haber podido reunirme contigo —le dijo—, pero hemos tenido un poco de jaleo por aquí...

—Jaleo?

—Ya te lo contaré luego... Quiero que envíes un par de hombres a las bambalinas de la ópera, porque cabe la posibilidad de que intenten matar a Langley.

—¿A *Langley*?

—Sí. Y ve tú también en cuanto puedas. Por cierto... es probable que recibas algunos informes policiales sobre mí a no mucho tardar. Le he dado una pedrada a una ventana y he amenazado con pegarle un tiro a un boticario.

—¿Una pedrada? —dijo atónito Mudge—. ¿Un boticario?

—Deja de repetir todo lo que digo... Luego te veo. Lo mejor será que tengamos un cónclave tras la representación. Tráete el esqueleto, ¿quieres? O, bueno, un esqueleto cualquiera.

Colgó y se dirigió a pie al teatro, donde asistió al primer acto desde bambalinas. La representación, resultaba evidente, estaba yendo bien. Los hombres de Mudge llegaron poco después y Fen les indicó dónde debían colocarse. El propio inspector, dijeron, no podría venir hasta un poco más tarde.

Cuando concluyó el primer acto, Fen, tras felicitar a un elenco alegre y animado, obtuvo cierta información relevante que solo Adam podía comunicarle. De acuerdo con aquella información, Fen subió a cierto camerino y, tras buscar y dar con lo que esperaba encontrar, salió, cogió un taxi y regresó a su casa, donde se «retiró al

desván» —un laboratorio improvisado— para llevar a cabo determinados experimentos. Su familia, que sabía por experiencia que los trabajos químicos de Fen con frecuencia eran explosivos y siempre apestosos, se retiró a la cocina para mantenerse unidos y a salvo.

Fen estuvo ocupado alrededor de dos horas, trabajando con ácido clorhídrico, agua, una tira de papel de cobre, un quemador Bunsen y un pequeño tubo de ensayo. Al final examinó con cuidado los resultados del trabajo a través del microscopio, y se mostró satisfecho, aunque apenas sorprendido, al saber que su hipótesis quedaba confirmada. Regresó después al teatro justo a tiempo para ser testigo de un acontecimiento entre bambalinas que estuvo a punto de costarle una apoplejía al señor Levi, y que consiguió que maldijera con vehemencia en varias lenguas muertas.

A la ópera todavía le quedaban veinte minutos. Adam estaba en escena cantando los esplendores del Concurso Musical y, de algún modo, intuitivamente, durante uno de los incisos corales que marcaban su elogio, se dio cuenta de que había algo que no iba del todo bien. Se arriesgó a mirar de reojo a los laterales y vio que había un revólver apuntándolo.

Lo que ocurrió a continuación sorprendió sobremanera a los espectadores. *Herr Walther von Stolzing*, al parecer consciente demasiado tarde de que el matrimonio con Eva no iba a ser en absoluto la beatífica experiencia que la ficción postulaba tan alegremente, abandonó el estrado del concurso musical sin haber acabado de cantar, miró aterrorizado a su alrededor y, un segundo después, bajando apresuradamente de su montículo, huyó a toda velocidad del escenario. Casi de inmediato se oyó una violenta detonación, a la cual contribuyó con notable eficacia la acústica del teatro, cuidadosamente medida. Hubo una barahúnda de carreras y disparos entre bambalinas. Los actores y cantantes del escenario se quedaron petrificados de asombro. Hubo un momento de desconcierto y, entonces, de repente, se bajó el telón.

Con alguna dificultad se consiguió disuadir al señor Levi de que se dirigiera a los espectadores, dado que su extraña mezcla idiomática seguramente los asustaría, en vez de tranquilizarlos. Cinco minutos después, más o menos, el telón volvió a levantarse, y la ópera recomenzó desde el principio del concurso musical y se repitió toda la escena hasta el coro final. Pero ya no había entusiasmo en la interpretación. Demasiadas personas habían visto el intento de asesinato de Adam. Demasiadas personas habían visto a Judith, con el rostro retorcido de furia y odio, mientras los hombres del inspector la detenían y se la llevaban arrestada.

Capítulo veinticuatro

Mientras los actores y cantantes se cambiaban y se quitaban el maquillaje, Fen se ocupó de explicarle la situación a *sir* Richard Freeman y a Mudge, que habían llegado oportunamente durante aquel aplauso final bastante vacilante. Alrededor de las once y cuarto Adam, Joan, Peacock, Karl, Charles Shorthouse, Beatrix Thorn y Elizabeth, que habían estado presentes todos en el espectáculo, se reunieron en el vestíbulo de artistas. Los cuatro primeros estaban agotados, y hablaban de Judith en voz baja. El Maestro se aproximó a Adam.

—Ah, Langley —le dijo amigablemente—. Qué engorroso resulta todo esto. Le puedo asegurar que prácticamente me han obligado a venir aquí... Por cierto, me encantaría que hiciera usted el Egisto en la producción de mi *Oriesteia* en Nueva York. Usted o Melchior^[60]. Supongo que eso se podrá arreglar, ¿no?

Adam había sufrido numerosas y azarosas aventuras aquella tarde; de momento, no se encontró con fuerzas para contestar.

Al final apareció Fen, con Mudge y *sir* Richard Freeman. Se hizo el silencio. En medio de aquel vacío se pudo oír a Elizabeth, que seguía sin conocer al Maestro y a Beatrix Thorn, y a quien nadie le había dicho quiénes eran aquellas personas, diciendo con bendita inocencia:

—Pues me han dicho que Charles Shorthouse vive con una mujer espantosa llamada Beatrix Thorn...

Fen tosió repetidamente.

—Esta es la señorita Thorn —dijo, a modo de presentación; y añadió con gran seriedad—: En carne y hueso.

Elizabeth se sonrojó, y el rostro de Beatrix Thorn se tornó feroz y sanguinario. Fen se apresuró a maquillar el embarazo y la incomodidad general.

—Al parecer se ha extendido entre ustedes la idea de que Judith es la responsable de las muertes de Edwin Shorthouse y de su marido —dijo—. Enseguida sabrán que eso no es así.

Miró una a una todas las caras de los presentes mientras hablaba. Adam parecía que se había derrumbado en una silla. A su lado estaba Peacock, aún con el traje de gala, pero exhausto y casi incapaz de moverse. Charles Shorthouse, con un abrigo negro y su negro sombrero Homburg encasquetado y ladeado en la cabeza, estaba a su lado, indiferente, con las manos en los bolsillos, junto a la pequeña y virulenta Beatrix Thorn. Joan Davis, elegante, frívola y segura de sí misma, estaba con Elizabeth. Se produjo otro silencio, más largo y más intenso que el primero. Adam lo rompió diciendo:

—Pero ha intentado matarme dos veces. ¿Por qué?

—Muy sencillo, mi querido Adam —contestó Fen con una voz extraña—. Muy sencillo, ciertamente. Intentó matarte porque te odia. Y te odia porque supo, incluso

antes que nosotros, que fuiste tú quien mató a su marido.

Adam Langley se puso blanco. Estaba despeinado y las gotas de sudor le resbalaban por la frente. Se puso en pie. Elizabeth cruzó la estancia y se aferró a su mano.

—Supongo —dijo Adam con voz acongojada— que también pensarás que fui yo quien mató a Edwin Shorthouse...

—Ah, pues sí. —No había ni rastro de broma en el modo de hablar de Fen—. También lo mataste tú.

—Está usted loco —dijo Elizabeth en voz baja—. Maldito loco...

—Esta tarde —prosiguió Fen— Judith visitó la biblioteca de ciencias Radcliffe. Puede que la muchacha hubiera tenido algunas sospechas con anterioridad. Pero lo que descubrió en un manual de medicina forense se las confirmó. Averiguó que el arsénico puede administrarse por vía externa, a través de la piel. Recordaba que Boris había estado practicando maquillaje durante una hora todos los días. Y recordó, también, que había estado utilizando un bote de crema desmaquilladora que tú, mi querido Adam, le habías dado. Así que esta tarde, mediante un mensaje falso, te llevé a su habitación, e intentó asfixiarte allí con gas, para lo cual eligió un momento en el que no hubiera nadie en la casa. Si a Mudge no se le hubiera ocurrido mencionarme, por pura casualidad, que Judith había visitado la biblioteca de ciencias, probablemente habría conseguido su propósito. Pero como fracasó, lo intentó una segunda vez... debería añadir, con la pistola que tú dejaste descuidadamente en un cajón sin cerrar de tu camerino. Estaba, como se dice habitualmente, «loca de pena», que no es más que una frase convencional que utilizamos para describir una realidad verdaderamente horrible.

De repente Fen se puso prosaico y alegre, y en aquella atmósfera cargada de tensión su cambio de humor fue una verdadera conmoción.

—De todos modos —continuó—, no quiero asustarte innecesariamente. Aunque desde luego, me reafirmo en lo que te acabo de decir: *tú mataste a esos dos hombres*. Se tendieron dos trampas asesinas y, por una curiosa ironía del destino, tú las hiciste saltar las dos, aunque fuiste totalmente inconsciente de ello. Debo añadir que una de las dos trampas se tendió específicamente para ti.

Adam tragó saliva. El color regresó al rostro de Elizabeth, y comenzó, casi insensiblemente, a llorar de alivio. Fen, observando aquello, experimentó una punzada de mala conciencia.

—Ya, ya... —dijo, sin mucho éxito—. Ya, ya...

—Dos trampas... —dijo Adam entre balbuceos.

Fen miró a todos los demás.

—Sí. Hay dos asesinos en este caso.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Peacock súbitamente. Las manos le temblaban de manera incontrolable.

—Y ambos están muertos —añadió Fen muy despacio.

—¡Shorthouse y Stapleton! —exclamó Adam.

—Pues sí. Stapleton mató a Shorthouse. Y Shorthouse, intentando matarte *a ti*, asesinó a Stapleton. Es una situación curiosamente irónica... ¿no? Que Shorthouse pudiera vengarse tras su muerte.

—Pero... pero... ¿y quién intentó agredirme a mí? —preguntó Elizabeth.

—Stapleton, por supuesto, por una observación que hizo usted en el Bird & Baby la otra mañana. Usted dijo, refiriéndose a la manera en que había muerto Shorthouse: «Es como si las leyes de la gravedad hubieran quedado en suspenso».

—No entiendo...

—Enseguida le mostraré la relación que tienen ambos hechos. Permítame primero aclarar los cabos sueltos del asesinato de Stapleton. Yo estaba convencido desde el principio de que Judith no lo había hecho; estaba demasiado enamorada de él como para que pudiera concebirse una solución semejante. Pero aparentemente ella era la única persona que había tenido al menos la posibilidad de envenenar su comida o su bebida. Así pues, sencillamente, era obvio que el arsénico debía poder administrarse por otra vía, y, aunque bastante tarde, recordé que el arsénico también resultaba efectivo si se administraba por vía cutánea... por ejemplo, se han dado numerosos casos de envenenamiento por arsénico por culpa de cremas faciales, depilatorias, jabón y todo eso. Haciendo memoria, recordé que Stapleton estaba estudiando maquillaje (la propia Judith me lo dijo), y luego me acordé de que en el Bird & Baby se dijo que Adam le había dejado un bote de crema desmaquilladora. Esta misma tarde, después de averiguar de qué marca era, la busqué en los camerinos del coro, y habiéndola encontrado, me la llevé a casa y le apliqué el test de Reinsch. Incluso en la pequeñísima cantidad de crema que quedaba en el bote encontré una buena cantidad de pasta de arsénico blanco. Así que, evidentemente, en cierto sentido, Stapleton se había suicidado.

»Naturalmente, mi primer sospechoso fuiste tú, Adam. Pero no conseguía comprender, en primer lugar, por qué, si eras el culpable, habías sido tan sincero y tan franco contándome que le habías dado la crema desmaquilladora; y en segundo término, no me explicaba por qué demonios querías matarlo. No lo habías visto antes en ninguna parte, antes de esta producción; aparentemente no estabas celoso de él por culpa de Judith; de hecho, tú no sacabas nada de la muerte de ese muchacho. De modo que, a menos que fueras una especie de maníaco homicida, o un asesino gratuito como el hombre de *King Coffin* de Conrad Aiken, la explicación tenía que buscarse en otra parte.

»No fue difícil encontrarla. Cuando Shorthouse se metió en tu camerino durante el *Don Pasquale*, te lo encontraste manipulando la crema desmaquilladora. En realidad estaba sustituyendo tu crema por otra envenenada, pues todavía te odiaba por haberte casado con Elizabeth. No es de extrañar en absoluto que sus disculpas te parecieran poco convincentes... No era un mal plan... aunque supongo que pretendería hacerte daño, más que matarte, pues debería de saber que en cuanto esa

pomada hiciera su efecto y tú enfermaras, acudirías sin falta a un médico. Para él, desde luego, fue una verdadera desgracia que lo cogieras con la crema envenenada en la mano. Si intentaba devolverte el bote original, lógicamente tú sospecharías, mientras que si no lo hacía, aún sería incluso más sospechoso cuando los síntomas del envenenamiento comenzaran a revelarse. Solo hay una cosa que no entiendo, y es por qué *después* no se llevó el bote envenenado y puso el otro en su lugar.

—Eso tiene fácil explicación —dijo Adam—. Después de que lo encontrara revolviendo en mi camerino, yo decidí cerrarlo con llave, salvo cuando yo mismo estuviera dentro.

—Ah. Entonces creo que debió sentir bastante alivio... aunque también, supongo, se quedaría bastante perplejo... cuando aquel desagradable plan no diera los resultados apetecidos.

—Gracias a Elizabeth —lo interrumpió Adam—. Si aquel mismo día no me hubiera comprado un bote de crema de una marca mejor, y si yo no hubiera empezado a utilizarla enseguida en lugar de la otra, las cosas podrían haberse puesto bastante desagradables... Aunque, por otra parte... también podría haber salvado la vida de Stapleton... —añadió pensativamente.

—Solo durante un tiempo —dijo Fen—. Si no hubiera muerto por envenenamiento con arsénico, habría muerto por ahorcamiento en una prisión... Debería añadir, para ser completamente sincero, que yo solo consideré la posibilidad de que Adam hubiera asesinado a Stapleton porque Stapleton sabía que Adam era *el responsable* del asesinato de Shorthouse. Pero al parecer el envenenamiento había empezado antes de que Shorthouse muriera... y en cualquier caso, pronto se me hizo evidente que Stapleton, y solo Stapleton, tuvo que ser el asesino de Shorthouse.

—Pero dijiste que yo... —murmuró Adam vacilante.

—Sí, tú hiciste saltar la trampa. Pero fue Stapleton quien la tendió.

Karl Wolzogen puso en palabras la pregunta que estaba en mente de todos.

—¿Pero cómo lo hizo?

—Vengan todos arriba —dijo Fen— y se lo mostraré. Mudge, ¿quiere preparar la escena?

Capítulo veinticinco

Diez minutos después ya estaban todos reunidos, aunque un poco incómodos, en el camerino de Edwin Shorthouse.

—Por lo que respecta a Judith —le dijo *sir* Richard a Adam—, si no le importa a usted, preferiríamos no presentar cargos contra ella. Seguramente se recuperará más rápido en su casa, con sus padres, que en cualquier tipo de institución mental. Y cuando sepa la verdad, ya no correrá usted peligro alguno.

Charles Shorthouse murmuraba algo con cautela.

—Tengo la impresión —anunció— de que este es, con toda probabilidad, un momento crucial, pero debo confesar que de momento se me escapa el significado exacto del mismo...

—Si se encuentra cansado, Maestro —dijo su querida—, debería usted tumbarse.

—No.

—No debe usted cansarse...

—Hágame el favor de callarse, Beatrix.

Mudge estaba peleándose con el esqueleto que había encontrado en el almacén de *atrezzo*; Adam se percató de que el alambre que mantenía unidas las vértebras cervicales se había enderezado. En el suelo había tres trozos de cuerda y algunos pedazos de algodón. Fen adoptó una expresión didáctica y magistral, y pidió silencio.

—Ahora ya sabemos por qué Stapleton intentó matar a Edwin Shorthouse —dijo—. Fue porque intentó violar a Judith Haynes. Pero deben darse cuenta ustedes de que Stapleton no tenía intención de que lo relacionaran con el crimen, si podía evitarlo, y por eso, dado que poseía una mente retorcida e ingeniosa, concibió un plan ingenioso y retorcido. Para empezar, probó su plan con este esqueleto.

»Su primera tarea fue encastrar ese gancho que ven ahí, en el techo... el gancho del que quedó colgado Edwin Shorthouse. Desde luego, tendría muchísimas oportunidades para realizar esa operación, y el único peligro era que Shorthouse acabara dándose cuenta de que esa cosa estaba ahí. Pero aunque se diera cuenta, difícilmente podría imaginar su propósito.

»El siguiente paso de Stapleton fue robar el Nembutal que sabía que estaba en el camerino de Joan, y drogar con él la ginebra que Shorthouse guardaba aquí, y fue en este punto donde cometió su único error. El Nembutal, naturalmente, había que ponerlo en la botella, donde desde luego levantaría sospechas si se descubría. Yo creo que no cabe la menor duda de que intentó reordenar esa parte de su plan... y pensó en sustituir la botella contaminada por una botella sin somnífero, cuando estuviera aquí, *pero cuando llegó el momento crucial, lo olvidó*. Es un topicazo vulgar y corriente decir que todo asesino comete al menos un error, pero al contrario de la mayoría de los tópicos, da la casualidad de que es verdad.

»Bueno, en fin. Entonces resulta que, como era habitual, Shorthouse sube a su camerino, aquí, a beber después de haber terminado su ronda por los bares de Oxford.

Stapleton espera hasta que da por hecho que los somníferos han hecho su efecto, y luego sube al tejado que hay aquí arriba, con un buen cabo de cuerda. Por el camino, se asegura de que el ascensor está en el segundo y no en la planta baja. Sabe que Furbelow, al que le dan miedo esos aparatos, ni siquiera se acercará a él, y confía en que nadie más se encuentre en el teatro a una hora tan tardía. El motor del ascensor, como sabrán todos ustedes, está en el tejado, al lado de esta claraboya de ahí.

—Oh... —exclamó Adam, que pareció comprenderlo todo entonces.

—Sí. Exactamente —asintió Fen—. Pero, claro, si *tú* no hubieras cogido el ascensor, lo habría hecho *Stapleton*, así que no tienes de qué preocuparte. Debió de sorprenderse mucho cuando hiciste esa parte de su trabajo por él.

»Entonces, ató un extremo de la cuerda al motor del ascensor, o a lo alto del propio ascensor. Debió de calcular muy bien la longitud de la cuerda, porque no debía correr el riesgo de arrancarle la cabeza al pobre desgraciado... El otro extremo de la cuerda se lo lleva hasta la claraboya. A través de la claraboya deja caer otros dos trozos de cuerda más, sueltos, un poco de algodón y el final de la cuerda que está atada al ascensor. Con anterioridad había metido en el camerino un taburete de la altura precisa. Justo al lado de la claraboya, en el tejado, ajustó algún asidero temporal... tal vez un pequeño clavo. ¿Lo ha hecho usted, Mudge?

—Sí, señor.

—Bien... Ya está listo. Se había concretado una cita para conversar sobre la partitura de una ópera con Shorthouse, para minimizar las posibles sospechas. Stapleton se presenta aquí a las once menos cinco, y Furbelow lo ve, pero Stapleton sabe perfectamente que el viejo por nada del mundo metería el hocico en el camerino de Shorthouse mientras este estuviera dentro. Y entonces lleva a cabo sus últimas operaciones... Mudge, ve y tira un cabo de cuerda por la claraboya, ¿quieres? No tienes que atarla al ascensor, pero sujeta tu extremo ahí, y tira fuerte cuando yo te lo diga —Mudge partió a cumplir el mandado—. Como ven ustedes —añadió Fen—, el resto de los materiales ya están aquí.

Poco después apareció una cuerda por la claraboya, junto al sonido amortiguado de los jadeos de Mudge.

—Ahora, observen lo que hace Stapleton —dijo Fen—. Este esqueleto es como si fuera Shorthouse, ya inconsciente por el somnífero de la botella.

Fen cogió un trozo de tiza de su bolsillo y marcó con ella muy levemente dos puntos en el asiento del taburete. Luego, cogiéndolo por donde estaban las marcas, llevó el taburete hasta donde estaba el esqueleto y presionó los huesos de los dedos y los pulgares contra la madera, en distintos lugares cuidadosamente seleccionados.

—Ya tenemos las huellas digitales del muerto —dijo—, imprescindibles para la teoría del suicidio.

Apartando el taburete, cogió el trozo más pequeño de cuerda del suelo, se subió a una silla y ató un extremo de ella, muy firmemente, al gancho del techo. Con el otro extremo hizo un nudo corredizo, y marcó el lugar donde debería quedar el ángulo de

la quijada. Luego se bajó, cogió el trozo más largo de cuerda y lo ató alrededor de las muñecas del esqueleto, y unos instantes después, lo desató otra vez.

—¿Qué demonios estás...? —dijo Adam, perplejo.

—Ah —dijo Fen—. A mí también me costó entenderlo. Verás: el plan de Stapleton implicaba que debía atar los tobillos de Shorthouse, un hecho que era absolutamente imposible de ocultar. Atar las muñecas solo fue una ñagaza... el mejor truco que se le ocurrió. Bueno, no era muy malo. De todos modos, conseguí que mi cabeza se atestara con multitud de teorías estúpidas...

Luego fijó la cuerda larga alrededor de la cintura del esqueleto, pasó el cabo suelto por el gancho y lo elevó. Desvencijado, el esqueleto se elevó en el aire. Cuando hubo alcanzado suficiente altura, Fen ató el cabo suelto al picaporte de la puerta, cogió el taburete, y lo ajustó de tal manera que los pies del esqueleto descansaran en el asiento. Luego volvió a subirse a la silla y puso el nudo corredizo que colgaba del techo alrededor del cuello de Shorthouse. Colocó el relleno de algodón y estiró la cuerda hasta que estuvo bien tensa.

»Los suicidas muy a menudo quieren morir cómodamente —dijo con indiferencia por encima del hombro—, lo cual le venía de perilla a Stapleton. Era muy importante que Shorthouse no se estrangulara antes de tiempo.

Se bajó de la silla y retiró la cuerda de la cintura del esqueleto. Se encontraba un poco desvencijado hacia delante, con los pies descansando en el taburete, con el cuello sujeto del gancho del techo.

—Como pueden observar, se necesita obrar con mucho cuidado y precisión —dijo Fen—. Pero con tanto cuidado y precisión, Shorthouse podía vivir bastante tiempo, aunque estuviera colgado de ese modo. El verdadero problema es evitar que la lengua se retraiga contra la pared bucofaríngea y, también, evitar que la cuerda presione la arteria carótida y el nervio vago. Pero habrán notado ustedes que una buena cantidad de peso descansa sobre sus pies.

Luego cogió el extremo de la cuerda que estaba colgando a través de la claraboya y rápidamente lo ató a los tobillos del esqueleto, con un nudo en la parte posterior. Un pañuelo que sacó del bolsillo sirvió para limpiar las huellas dactilares de las marcas de tiza donde había tocado el taburete. Finalmente, desató el cabo de cuerda que había quedado en el picaporte y lo ató a una pata del taburete.

—Este —advirtió, colorado por la trabajera— es un nudo llamado «nudo del bandolero». Tienen que quedar los dos cabos en la mano. Uno de ellos soportará toda la tensión que se quiera, pero si se tira del otro, el nudo se deshará.

Mientras hablaba, iba haciendo rápidos tirabuzones con los dos cabos de cuerda. Cuando tuvo los dos en la mano, se subió a la silla por última vez, los lanzó por la claraboya y los enganchó al clavo que Mudge había colocado en el exterior. Lo último que hizo fue limpiar bien el asiento y el respaldo de la silla que había utilizado.

—Ahora —dijo—, ya está todo preparado. Stapleton se va del camerino, y

Furbelow lo acompaña hasta la salida del teatro. Tras un corto intervalo de tiempo, va a una cabina y telefona al doctor Shand, diciendo que Shorthouse necesita auxilio médico urgente... porque Stapleton es consciente de que precisa un testigo médico en el lugar de los hechos inmediatamente después de que haya dispuesto su trampa, o todos sus esfuerzos se malograrían: es decir, una persona fiable debía estar allí para confirmar que Shorthouse acababa de morir... y de hecho, había muerto bastante después de que Stapleton abandonara el camerino. Stapleton puede calcular, con bastante exactitud, cuánto tardará Shand en llegar aquí... y si él no está disponible, hay muchos otros médicos cuyas direcciones pueden encontrarse en la guía telefónica. Entonces, justo antes del momento psicológico crucial, vuelve a entrar en el teatro, va a llamar al ascensor... y entonces, mi querido Adam, se da cuenta de que tú ya le has hecho el trabajo.

—Oh, Dios mío... —gimió Adam—. Si lo hubiera sabido...

—Pero no lo sabías —dijo Fen—, de modo que no tienes por qué preocuparte en absoluto... En fin, veamos lo que ocurrió cuando llamaste al ascensor desde abajo. Para lo que nos interesa, Mudge hará como si fuera el ascensor. ¡Tira fuerte, Mudge! —exclamó—. ¡Tira, vamos, tira fuerte! —Y empezó a cantar una canción marinera de tirar de cabos y maromas, pero el jefe de policía le dijo que se callara.

La cuerda que estaba anudada alrededor de los tobillos del esqueleto se tensó, y un instante después, todavía suspendido del cuello, los pies se separaron del taburete y se levantaron un poco en dirección a la claraboya. La nuca del esqueleto quedó presionada contra el techo, y cuando los pies estuvieron a un palmo de la claraboya, se oyó un crujido de una vértebra cervical debido a la tensión.

—Muy bien, ahí estamos... —dijo Fen—. Mudge —exclamó—, ¿puedes atar la cuerda en algún sitio y deshacer el nudo de los tobillos?

—Ya mismo, señor —dijo la voz incorpórea de Mudge. Y tras un mínimo silencio, apareció su mano en la claraboya, tanteó un poco el borde, encontró el nudo, y lo deshizo. El esqueleto volvió a balancearse como un péndulo y la cuerda se retiró.

—De ahí el pánico que sintió cuando usted mencionó la suspensión de las leyes de la gravedad —le explicó Fen a Elizabeth—. Colgar a un hombre tirando de él hacia arriba resulta bastante extraño... Ahora, el taburete, Mudge.

Un cabo de la cuerda enroscada en la pata del taburete sufrió un tirón, y el taburete cayó a un lado; un tirón del otro cabo, y el nudo del bandolero se deshizo.

—Qué suerte —dijo Fen, con gesto de franca sorpresa—. Casi nunca me sale a la primera.

Esta otra cuerda desapareció, como la otra, por la claraboya, y los testigos se quedaron solos en el camerino con un esqueleto colgando de un gancho del techo.

—Genial —dijo Fen con admiración—. Complejo, pero genial. Por supuesto, una vez que di con el *método*, el *culpable* era obvio. Como pueden ver ustedes, disponer todo el aparato me ha llevado unos diez minutos... lo cual significa que aunque otra persona hubiera entrado en el camerino mientras Furbelow estaba acompañando a

Stapleton fuera de las instalaciones, esa persona no podría haber tenido tiempo para organizar el entramado, porque Furbelow solo estuvo fuera unos tres minutos. Stapleton contó con la ayuda, naturalmente, de que hay un montón de lugares donde esconderse en el teatro, y lo que es más, su plan no se podría haber llevado a cabo si Furbelow no hubiera tenido la costumbre de quedarse levantado hasta medianoche, y de estar sentado con la puerta de su habitación abierta con el fin de evitar la intoxicación por los gases de su estufa eléctrica... Eso era esencial para la coartada de Stapleton. Después de que dismantelara su operativo, sin duda bajó del tejado y se alejó del teatro, mientras Shand estaba aquí con Furbelow... Sin embargo, es extraño pensar que estaba siendo envenenado con arsénico por el hombre al que acababa de ahorcar... y no lo sabía.

Se hizo un gran silencio. Se pudo oír a Mudge bajando por la escalera metálica desde el tejado. Elizabeth le dijo a Adam:

—Querido, me he portado fatal. Pero ya ha pasado todo, intentaré comportarme, de verdad. Te quiero tanto...

Peacock le dijo a Joan:

—Levi me ha dado el trabajo, querida. Casémonos enseguida.

Y en el lugar donde una semana antes, casi exactamente, había muerto Edwin Shorthouse, dos parejas se abrazaron. *Sir* Richard, un tanto incómodo, comenzó a mostrar un curioso interés en los desordenados objetos que había en la mesa de maquillaje. Fen, menos discreto, observó la escena con sentimental indulgencia.

El Maestro, que había observado todos los procedimientos boquiabierto, se decidió a hablar.

—¡Extraordinario! —exclamó—. Absolutamente extraordinario y apasionante. ¡Y qué lío tan espantoso y cuánto alboroto montó Edwin, y solo para morir! De todos modos, aún no he acabado de entenderlo muy bien... —añadió sinceramente.

—Por cierto —dijo Fen—, ¿dónde fueron usted y la señorita Thorn cuando se separaron de Wilkes aquella noche?

—¿Qué? No nos separamos de él en ningún momento —dijo el Maestro con toda su inocencia. De repente, un gesto de enfado le estremeció el rostro—. ¡Vaya! ¡No tenía que haber dicho eso!

—¿Por qué no? —preguntó Fen, muy interesado en el asunto.

—Se lo prometí a Wilkes —dijo el Maestro con toda su ingenuidad—. Me llamó aquella misma mañana, después de la muerte de mi hermano, y me pidió expresamente que dijera que yo me había separado de él antes de la hora del crimen. Admito —continuó el Maestro con tristeza—, que sus motivos no me quedaron nada claros, pero se puso tan insistente que pensé que sería de mala educación negarme. Mencionó, creo, que con ello conseguiríamos confundirle a usted, aunque yo no entendí por qué...

—Entiendo —dijo Fen, con profunda e inexpresable emoción—. Yo sí lo entiendo.

—Pero antes de que se vaya, mi querido amigo —prosiguió el Maestro—, tenemos que hablar de la producción de mi *Oresteia* en Nueva York.

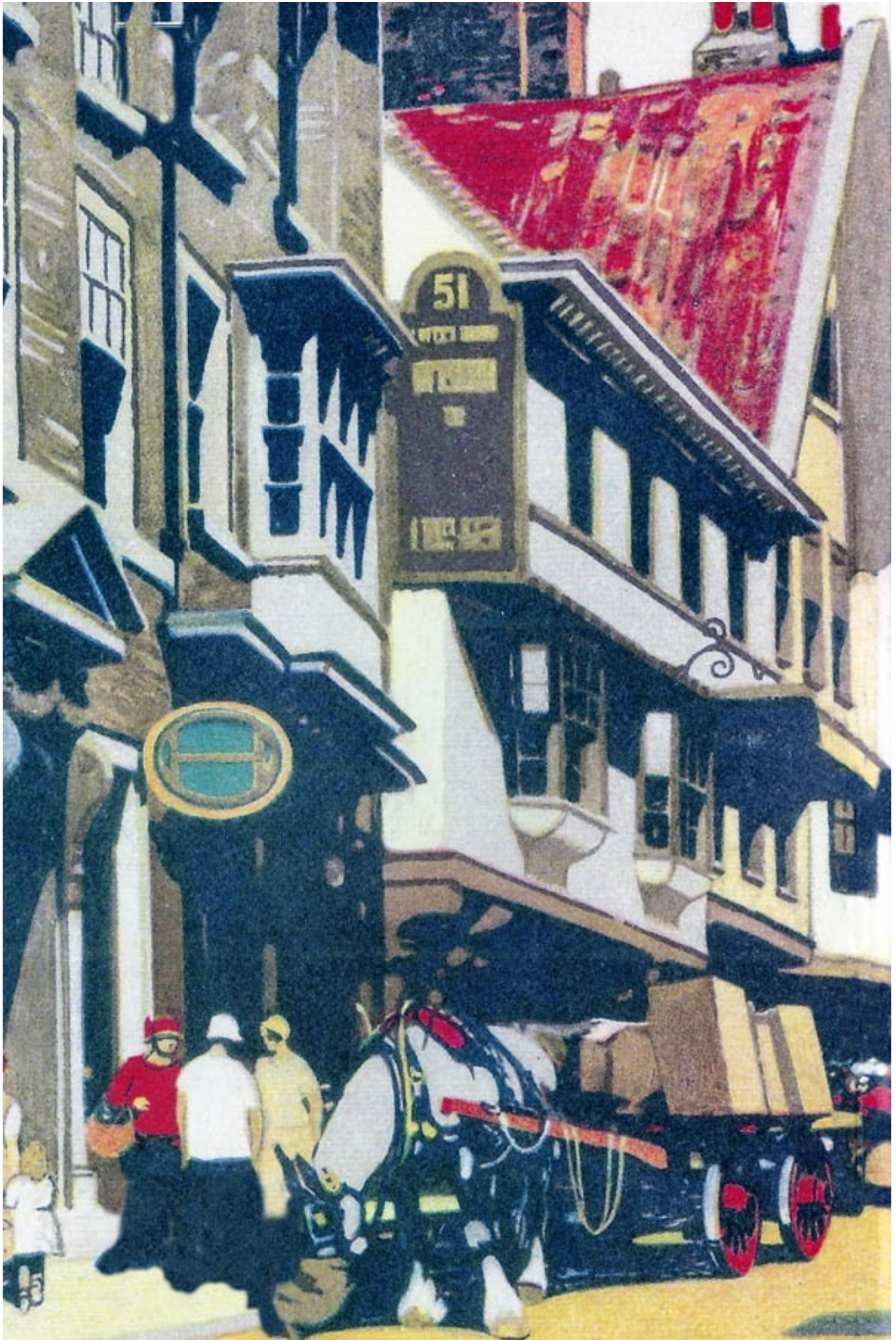
—A estas alturas ya se habrá dado cuenta de que *no* soy el agente de la Metropolitan Opera House de Nueva York.

—¿Ah, no? —el rostro del Maestro expresaba cierta desilusión—. Bueno, no importa. Supongo que querrán a un hombre más joven para ese trabajo. Tendrá más suerte la próxima vez. —Y se puso más contento de repente—. Le diré lo que voy a hacer. Le dejaré que me venda ese pequeño coche tan bonito que tiene usted.

Cualquiera que pasara por el bar del Mace & Sceptre antes de comer, al día siguiente por la mañana, habría visto a tres personas sentadas en una mesa, en una esquina. La mujer, que era pequeña y con el pelo castaño, sostenía una libreta abierta y un lapicero, y había una expresión de curiosa seriedad en su rostro. El más joven de los dos hombres estaba allí mirando su pinta de cerveza con gesto sonriente. Y el tercer miembro del grupo era un hombre espigado y larguirucho, con el rostro rubicundo y afeitado, y un pelo oscuro que se levantaba en púas rebeldes en la coronilla. Sostenía un vaso de *whisky*, tenía el ceño fruncido por el esfuerzo de la concentración, y parecía estar realizando una especie de pronunciamiento oracular. Decía:

—La época de mis grandes éxitos detectivescos...







EDMUND CRISPIN (1921-1978). El verdadero nombre de Edmund Crispin era Bruce Montgomery. Nació en 1921 en Chesham Bois, Buckinghamshire y asistió al St. John's College en Oxford, donde se licenció en Lenguas Modernas y donde fue organista y maestro de coro durante dos años. Cuando se le preguntaba por sus aficiones, Crispin solía decir que lo que más le gustaba en el mundo era nadar, fumar, leer a Shakespeare, escuchar óperas de Wagner y Strauss, vagar y mirar a los gatos. Por el contrario, sentía gran antipatía por los perros, las películas francesas, las películas inglesas modernas, el psicoanálisis, las novelas policíacas psicológicas y realistas, y el teatro contemporáneo. Publicó nueve novelas así como dos colecciones de cuentos, todas protagonizadas por el profesor de Oxford y detective aficionado, Gervase Fen, excéntrico docente afincado en el ficticio St. Christopher's College. Novelas que le hicieron ganarse un lugar de honor entre los más importantes autores ingleses de novela clásica de detectives. La juguetería errante (1946), la publicación de la saga de Gervase Fen, a la que seguirán otros títulos, como *Love Lies Bleeding*, (1948), *The Case of the Gilded Fly* (1944), *Holy Disorders* (1945), *Buried for Pleasure* (1949) y *El canto del cisne*, (1947). Crispin dejó de escribir novelas en la década de los cincuenta, pero continuó redactando reseñas de novelas de detectives y de ciencia ficción para el *Sunday Times*. Murió de un ataque al corazón en 1978.

OBRAS

- *Case of the Gildey Fly* (1944); «El caso de la mosca dorada».

- *Holy Disorders* (1945).
- *The Moving Toyshop* (1946); «La juguetería errante».
- *Swan Song* (1947); «El canto del cisne».
- *Love Lies Bleeding* (1948); «Trabajos de amor ensangrentados».
- *Buried for Pleasure* (1949).
- *Frequent Hearses* (1950)
- *The Long Divorce* (1952)
- *The Glimpses of the Moon* (1977).
- *Beware of the Trains* (1953) (short story collection).
- *Fen Country* (1979) (short story collection).

Notas

[1] Godfrey Sampson (1902-1949) era profesor de composición en la Cátedra Mendelssohn de la Royal Academy of Music, desde 1927, y fue amigo y mentor de Bruce Montgomery (Edmund Crispin) en su carrera musical. Godfrey Sampson se casó en 1947 y Montgomery fue su padrino; falleció muy poco después, víctima de una enfermedad coronaria congénita. (Todas las notas son del traductor, salvo cuando se indique específicamente otra cosa). <<

[2] *El Caballero de la Rosa*, ópera cómica en tres actos, con música de Richard Strauss y libreto de Hugo von Hofmannsthal; se representó por primera vez en Dresde, en 1911. <<

[3] «*Fallings from us, vanisbings...*», de la *Ode: Intimations of Mortality from Recollections of Early Childhood* (1804; publ. 1807), de William Wordsworth. <<

[4] Octaviano, el conde Rofrano, es el joven amante de la Mariscala, princesa de Wenderberg en *El Caballero de la Rosa*; tradicionalmente este papel lo ha interpretado una mezzosoprano, por eso se sugiere que Elizabeth pudiera interpretarlo. <<

[5] Valzacchi, uno de los intrigantes de la ópera, tiene un papel muy secundario en la obra. <<

[6] El barón Ochs von Lerchenau es un personaje de la ópera que pretende casarse con la joven Sofía; la escena que estaban ensayando pertenece al acto segundo, en el que Valzacchi (Adam) le dice al barón que la joven no piensa casarse con él. <<

[7] Ópera bufa de Gaetano Donizetti, estrenada en 1843. <<

[8] *Los maestros cantores de Núremberg* (*Die Meistersinger von Nürnberg*, 1868), de Richard Wagner (1813-1883) narra una historia de amor en la ciudad libre de Núremberg en el siglo XVI, donde hubo una famosa cofradía de maestros cantores, una especie de coral de ciudadanos de distintos gremios aficionados al canto y a la poesía. <<

[9] *El anillo del nibelungo (Der Ring des Nibelungen, 1848-1874)*, de Richard Wagner, es un ciclo operístico de cuatro obras épicas: *El oro del Rin (Das Rheingold)*, *La valquiria (Die Walküre)*, *Sigfrido (Siegfried)* y *El ocaso de los dioses (Götterdämmerung)*. <<

[10] La actriz, bailarina y cantante Betty Grable (1916-1973) fue un icono erótico en los años de la Segunda Guerra Mundial. <<

[11] Delante de la casa de Eva hay un tilo, y allí es donde tienen previsto reunirse Eva (Joan Davis) y Walther (Adam Langley) para fugarse. <<

[12] Son personajes de óperas wagnerianas. <<

[13] *Nota del autor.* Puede que al lector le interese saber, en este punto, que el testimonio de Furbelow era efectivamente exacto en todos sus extremos. <<

[14] Se trata de una broma sobre un verso de John Keats incluido en la *Oda a un ruiseñor* (*Ode to a Nightingale*, II, 5), donde el poeta habla de la necesidad de una copa de vino, «una copa rebosante del cálido sur» («*Oh, for a beaker full of the warm South*»). Obviamente, bebiendo *whisky*, Gervase Fen alaba el gélido norte. <<

[15] Esos detectives, como Fen, son ficticios: H. M. son las iniciales de *sir* Henry Merrivale, el detective de las novelas John Carter Dickson (1906-1977); la señora Adela Bradley es la detective aficionada que resuelve junto a su chófer los crímenes que idea su creadora, Gladys Mitchel (1901-1983); y Albert Campion es el personaje detectivesco de Margery Allingham (1904-1966). <<

[16] El filólogo y escritor C. S. Lewis fue profesor en Oxford y solía acudir todos los martes por la mañana a un *pub* llamado The Eagle & Child, donde se reunía con otros profesores universitarios para charlar sobre literatura; el grupo se hacía llamar The Inklings (Las Elucubraciones), y era frecuente la participación de J. R. R. Tolkien, gran amigo de Lewis. <<

[17] Boris [Fiodorovich] Godunov (c.1551-1605), zar de Rusia, es el protagonista de una ópera de Modest Musorgski, basada en un drama de Aleksandr Pushkin. <<

[18] Se refiere al famoso monólogo de *Hamlet*, que comienza con esa expresión, con la calavera de Yorick en la mano. <<

[19] Obra de teatro del alemán Georg [Morder] Kaiser (1878-1945); también se realizó una película en los años veinte. <<

[20] El poeta Richard Cadogan protagonizó, junto a Gervase Fen y a otros peculiares personajes, una de las novelas más populares de Edmund Crispin: *La juguetería errante*, a la que se hacen algunas referencias más aquí. <<

[21] De *Los maestros cantores...* III, 1: «Muchas gracias, joven amigo mío», canta Sachs. <<

[22] *Tristan und Isolde* (*Tristan e Isolda*, 1865), ópera de Wagner. Franz Liszt era suegro de Richard Wagner y colaboró en algunos de sus proyectos. <<

[23] Carolyne zu Sayn Wittgenstein fue la amante y esposa de Franz Liszt, *mademoiselle* Marie Recio se casó con Hector Berlioz y Cósima Wagner fue la compañera del pianista y director de orquesta Hans von Bülow. Ninguna de las tres se distinguía precisamente por su belleza. <<

[24] Es bien conocida la tragedia del compositor Antonio Salieri (1750-1825), que tuvo que convivir con el genio de Mozart; por su parte el compositor Giacomo Meyerbeer (1791-1864) siempre estuvo a la sombra de Verdi y Wagner. Los compositores citados anteriormente son William Walton (1902-1983) y Ralph Vaughan William (1872-1958), considerados hoy máximos representantes de la música culta moderna en Inglaterra. <<

[25] «Eso es absolutamente cierto». <<

[26] «Sí, eso es». <<

[27] Del Paraíso perdido (II, v. 660 y ss.), de John Milton. <<

[28] No se trata de una marca, sino de una técnica de punto típica en una pequeña isla escocesa; ese tipo de jerséis de punto (de distintos colores y figuras, al estilo finlandés o escandinavo) se pusieron muy de moda en la época eduardiana, antes de la Segunda Guerra Mundial. <<

[29] Hay dos óperas que tienen ese mismo título, basadas en el personaje de Shakespeare: una es de Salieri (1799), y la otra es el último trabajo operístico de Verdi (1893), al que probablemente se refieren los personajes. <<

[30] Se refiere, obviamente, a las aventuras de *La juguetería errante* (1946), que precede inmediatamente a esta novela. <<

[31] ‘*Embarras de richesses*’, del fr., o superabundancia indeseable; se utiliza cuando la multitud de opciones y posibilidades se convierte finalmente en un engorro. <<

[32] Radamantis, hijo de Zeus y Europa, es símbolo de la justicia más severa, y en algunas obras clásicas aparece como juez de los muertos. <<

[33] «Terrible, un espanto»; y en ese mismo párrafo, más abajo: «Fantástico, ¿verdad?». <<

[34] Fiodor Chaliapin (1873-1938) fue, junto a Enrico Caruso y Maria Callas, uno de los grandes cantantes de ópera del siglo xx. <<

[35] «Y no solo eso». <<

[36] De *Fedra* (I, III) de Racine, uno de sus versos más conocidos: «Venus toda a su presa aferrada». <<

[37] *Peter Grimes* (1945) es una ópera muy popular de Benjamin Britten, con libreto de Montagu Slater, basado en *The Borough*, de George Crabbe. <<

[38] Repetido mil veces, el verso original se atribuye habitualmente al poeta renacentista francés Clément Marot (1496-1549). La cita completa es «*Mon beau printemps et mon été ont fait le saut pour la fenêtre*» («Mi primavera y mi verano ya saltaron por la ventana»; esto es, saltaron y huyeron). <<

[39] W. J. Turner (1889-1946), poeta y crítico musical de la época. <<

[40] Es terminología legal arcaica que equivale a «felonía o delito contra sí» en los antiguos códigos ingleses; en definitiva, es tanto como ‘suicidio’. <<

[41] «¿Cómo se dice...?». <<

[42] «Créame». <<

[43] «Pues claro, naturalmente». <<

[44] «Evidentemente». <<

[45] Edgar Wallace (1875-1932) fue un prolífico escritor británico conocido sobre todo por sus «relatos africanos» y por sus novelas de crímenes y misterio. Fue guionista de la versión cinematográfica clásica de *King-Kong* (1933). <<

[46] «Lo mejor sería...». <<

[47] «Seguro que tiene usted razón». <<

[48] Thomas Shadwell (1642-1692) fue un famoso dramaturgo inglés, representante de la comedia costumbrista británica preilustrada. <<

[49] El aprendiz entra en casa de Sachs con una cesta en la que porta empanadas y cintas, pero se concentra en una salchicha que encuentra en el fondo: «¡Si al menos hubiera podido comerme la torta y la salchicha!». <<

[50] Palabras de Próspero en *La tempestad* (V, 1) de William Shakespeare. <<

[51] Ernest Newman (1868-1959), ensayista y musicólogo, fue el crítico musical más importante de la primera mitad del siglo xx en Inglaterra; publicó sus artículos durante varias décadas en *The Sunday Times*. <<

[52] Son palabras del zapatero Sachs (en III, VI); en esta escena Sachs asocia su relación con Magdalena con la leyenda celta de Tristán e Isolda. Como se recordará, Tristán parte en busca de una dama para el viejo rey Mark, pero cuando ve a Isolda olvida la promesa que le hizo al monarca. <<

[53] «Una degeneración germánica morena»; y más adelante «Todo eso son antiguallas». <<

[54] Entre el 13 y el 15 de febrero de 1945, los aliados bombardearon la ciudad de Dresde con tal violencia que quedó prácticamente arrasada. Se lanzaron 4000 toneladas de bombas incendiarias y se causaron más de 25 000 muertos. Con posterioridad, algunos historiadores han considerado ese bombardeo como un cruel ensañamiento de los aliados contra la población civil alemana en la Segunda Guerra Mundial. <<

[55] Por John Betjeman (1906-1984), periodista y poeta laureado. Se hace referencia a este personaje porque fue el fundador de una Victorian Society y un apasionado defensor de la estética arquitectónica victoriana con leves rasgos góticos. <<

[56] «Exactamente». <<

[57] El escocés Cecil Gray (1895-1951) fue un conocido crítico musical, también autor de varias óperas. <<

[58] *Las alegres comadres de Windsor* (*Die lustigen Weiber von Windsor*, 1849) es una ópera del músico alemán Otto Nicolai (1810-1949), con libreto de H. S. Mosenthal basado en la obra de Shakespeare. <<

[59] «Santo Dios...». <<

[60] Se refiere al tenor danés Lauritz Melchior, llamado «el Coloso Wagneriano», considerado el mejor intérprete de Wagner de todos los tiempos. <<